

UN VIAJE POR ESPAÑA



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A. MADRID

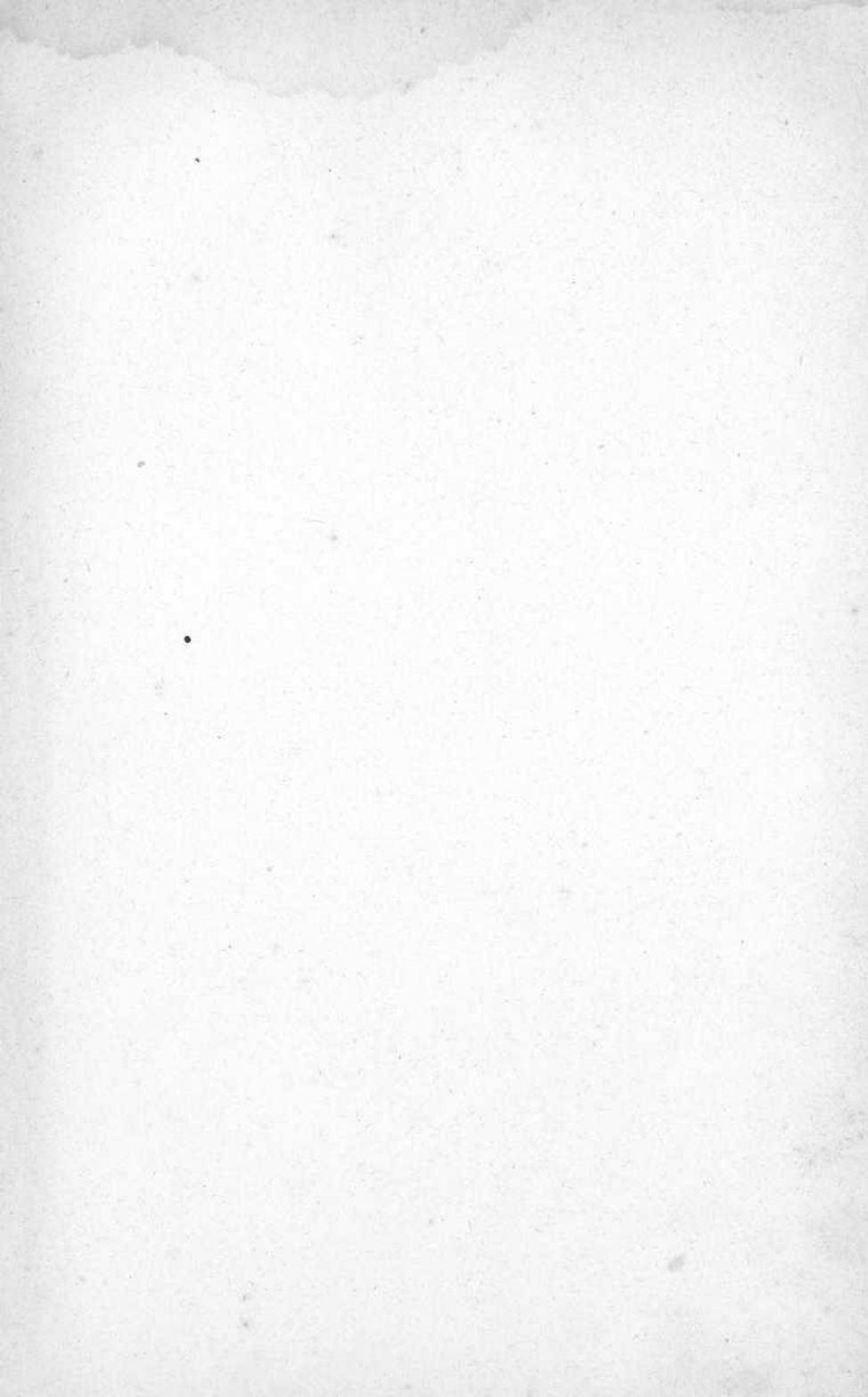


D GCL
A

C. 1161050

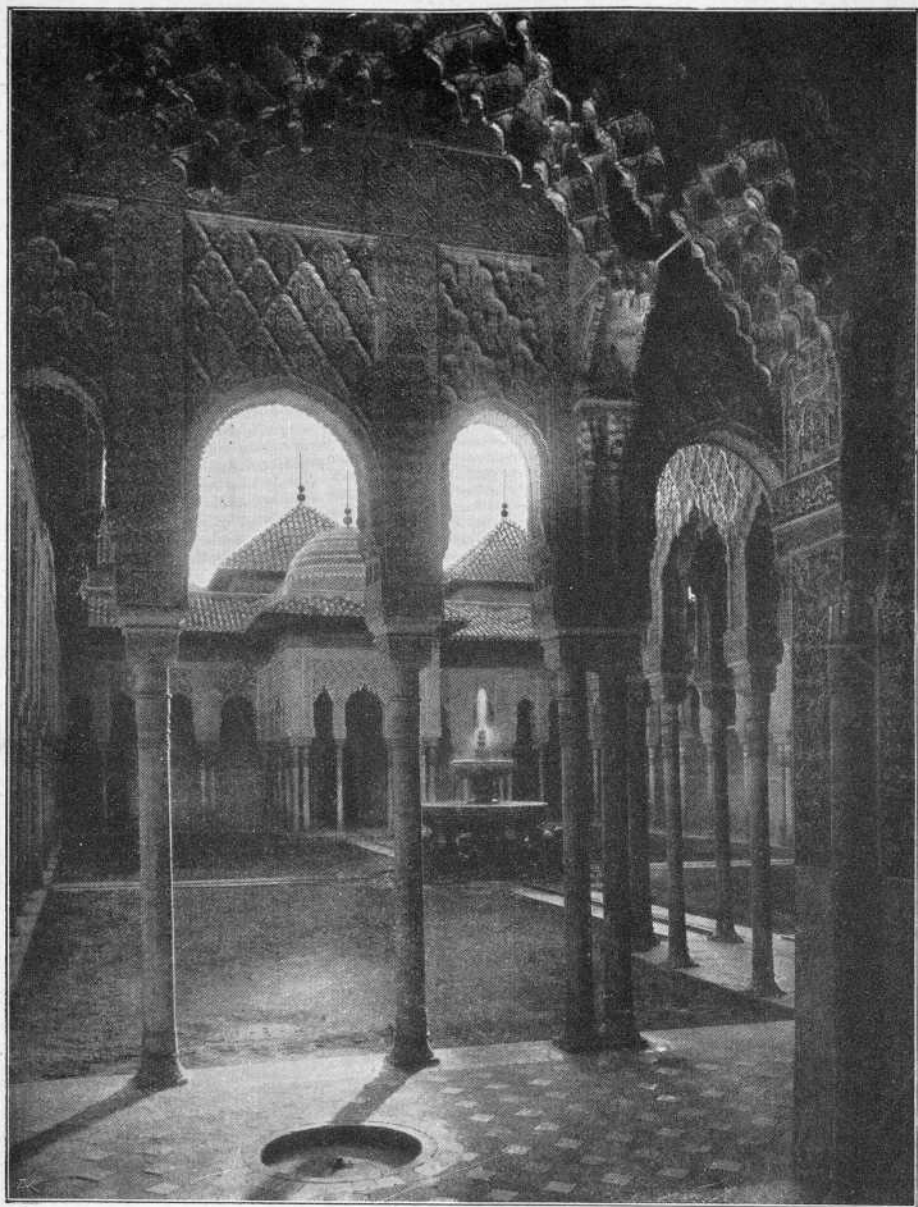
7. 124752





BIBLIOTECA PERLA

SEGUNDA SERIE



Fot. Lacoste

GRANADA.—Alhambra. Entrada al patio de los Leones

SATURNINO CALLEJA

UN VIAJE
POR ESPAÑA

*LAS REGIONES:
SU FORMACIÓN, SU RIQUEZA,
SUS COSTUMBRES,
SU HISTORIA*

CON 257 GRABADOS



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D



R. 96812

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

COPYRIGHT 1922
BY EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A.

TALLERES GRÁFICOS «ALDUS» S. A.

UN VIAJE POR ESPAÑA

CAPÍTULO I

Don Antonio María Venegas de Córdoba era tan original por su carácter como por sus aventuras. En su juventud tomó parte en las guerras de África y de Cochinchina con una charretera de subteniente. Acabadas esas campañas, dejó el oficio de las armas y emprendió largos viajes por el mundo.

Al cabo de mucho tiempo, y ya muertos sus padres y varios de sus hermanos, y dispersos los que estaban vivos y otros parientes próximos por diversos lugares, volvió al de su nacimiento, acompañado de una señora inglesa más joven que él, con quien en edad más que madura se había casado pocos años antes, y de un hijo, que no tenía arriba de cuatro o cinco.

Su llegada al pueblo (que era una villa de no escaso vecindario de las situadas en la región andaluza comprendida entre el río Genil y la Serranía) fué allí poco menos que un acontecimiento, y su persona y la de su mujer, objeto de la curiosidad y de las conversaciones de los ociosos, que eran muchos.

Hízosele algo violenta la estancia en el pueblo. Acostumbrado a las anchuras del mundo, no podía habituarse a la vida tranquila, pero algo aburrida y monótona, de una villa de segundo orden.

Por tal motivo, y obedeciendo también a sus particulares gustos e ideas, fué a establecerse a unas cuantas leguas de allí, en unas tierras que adquirió a buen precio, en un medio cortijo, medio alquería, que dispuso y arregló a su manera, rodeándose de muchos refinamientos y comodidades que había aprendido en sus viajes.

Tenía, con todo, gustos sencillos y pocas necesidades, y estaba muy dispuesto a pasar hambre y sed, y a hacer vida ruda y trabajosa si llegaba el caso. De estatura algo menos que mediana, pero fornido y vigoroso a pesar de sus años, con ojos azules de mirada viva y

penetrante, nariz aguileña y facciones regulares, color moreno, más por efecto de los soles e intemperies que de propio natural, y cara bondadosa, franca e inteligente, se hacía agradable y simpático desde el primer momento.

Su mujer, Betty, murió cuando el hijo tenía solamente siete años. Fué aquel un rudo golpe para D. Antonio María, a quien sumió en el mayor desconsuelo, dejando muy hondas huellas en su carácter. Volvióse desde entonces algo misántropo, y se pasó varios meses encerrado, sin ver ni dejarse ver sino de rarísimas personas. Pasado algún tiempo, trató de dedicarse a la enseñanza y educación de su hijo Francisco; pero desistió de ello cuando se hubo persuadido—que fué muy pronto—de que no servía para el caso. D. Antonio María adoptó, pues, una resolución heroica, penosa y violenta, pero que, después de pensarlo muy despacio, comprendió que era la única capaz de hacer de su hijo lo que él se había propuesto que fuese.

Hizo una mañana sus maletas de viaje, se trasladó con Frasquito a Gibraltar y tomó pasaje el mismo día para Inglaterra en uno de los muchos vapores que hacen allí escala. Llegados a Inglaterra, fueron a hospedarse a la residencia de un cuñado de D. Antonio.

Departieron largamente éste y su cuñado sobre la educación de Frasquito. Al fin, convino el primero en ponerle en un colegio católico de que le hicieron muy grandes elogios, situado en una villa pequeña de uno de los condados meridionales y dirigido por un respetable doctor irlandés; pero antes de tomar esa determinación, quiso don Antonio María ver por sí mismo el colegio y tener una entrevista con el director, para enterarle de sus planes sobre Frasquito.

Cuatro años largos estuvo en el colegio; y tantos progresos hizo, que no tenía palabras su padre para agradecer a Dios la idea que le había infundido de llevarle allí.

Durante ese tiempo, rara vez pasó una semana sin que tuviera don Antonio María noticias de su hijo. Unas veces le llegaban cartas de éste; otras, de su tío Sir Henry Carty, que solía ir de vez en cuando a visitarle, llevándole dulces, libros y otras chucherías, y periódicamente, las que le escribía el mismo doctor Kenny, director del colegio, para darle cuenta del proceso de sus estudios y de los adelantos que en ellos iba haciendo.

Pero no fueron sólo epistolares las relaciones que mediaron entre Frasquito y su padre en aquellos cuatro años. Varias veces (que no

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

sé a punto fijo cuántas fueron) estuvo D. Antonio María en Inglaterra durante aquel tiempo, y ninguna dejó de ver a su hijo. En una de ellas, que debió de ser de las últimas, premió su aplicación y buena conducta llevándoselo a pasar cerca de un mes a su casa de Andalucía, en compañía de Willy, un compañero del colegio a quien había autorizado su padre a hacer el viaje con su amiguito.

También había pasado Frasquito unás Navidades en casa de su tío Sir Henry Carty, y otras en la de Willy. Habitaban los padres de éste, no en un castillo, pero sí en una espléndida casa de campo situada no muy lejos de la antigua y famosa ciudad de York.

Sir Roberto, que así se llamaba el padre de Willy, reunía a la condición de «baronet», nombre con que se designa en Inglaterra a cierta categoría de la Nobleza, el grado de coronel de la milicia, y era todo un caballero, de instrucción algo más que mediana, modales finos y distinguidos, muy dado a los deportes, como suelen serlo casi todas las gentes de su clase entre los ingleses, y de carácter abierto, franco y generoso. Su mujer, que era una señora extraordinariamente buena, amable y simpática, pertenecía a una familia que en nada cedía en nobleza y distinción a la de su marido.

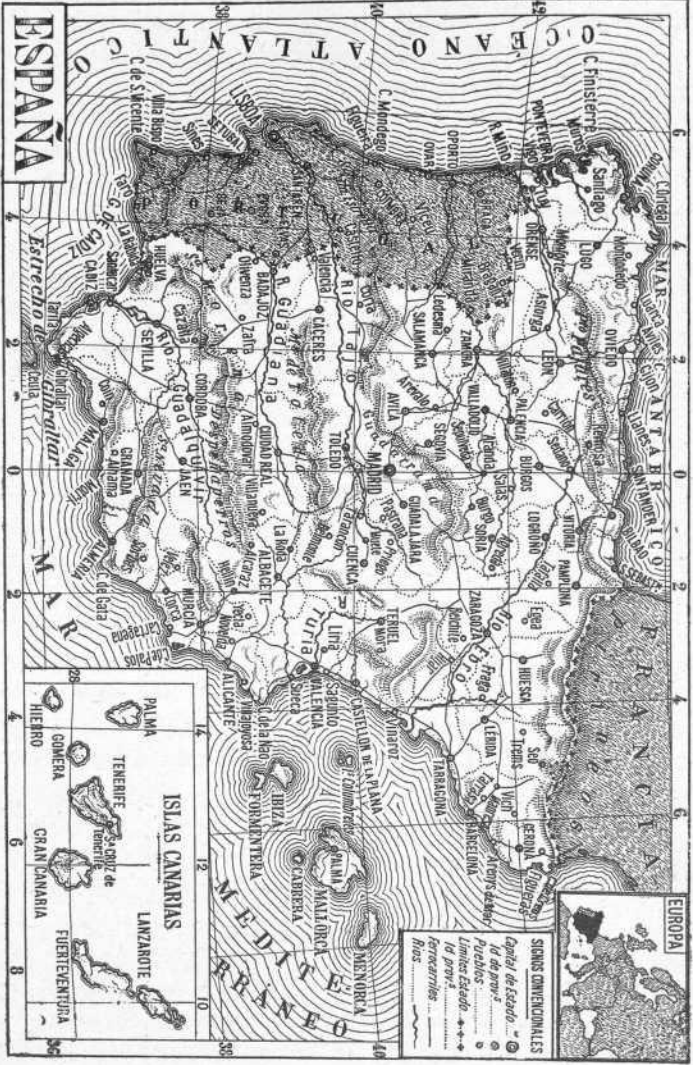
Ambos habían simpatizado mucho con D. Antonio María, con quien habían comenzado a tratarse epistolarmente, y de quien acabaron por hacerse muy amigos. La amistad entre los hijos trajo por consecuencia la cordial que se estableció entre los padres, a lo que contribuyó principalmente el irresistible atractivo de D. Antonio María, que le granjeaba amigos dondequiera, a pesar de sus rarezas.

Esta amistad fué haciéndose cada día más cordial e íntima, hasta el punto de haber pasado una buena temporada D. Antonio María de visita en casa de Sir Roberto, y éste otra en la de D. Antonio María.

Fué esto después de haber salido Frasquito de colegio, donde estuvo cinco años. Encontró su padre en él un hombre apto y dispuesto para todo lo que atañe a la vida práctica, y nada ignorante en mil materias de general conocimiento.

En los dos años que siguieron a su salida del colegio, y que pasó en su casa de Andalucía, salvo las temporadas que estuvo en Inglaterra, aprendió mucho leyendo en la biblioteca de su padre, que era muy buena y escogida, porque, dichosamente para él, había heredado de su padre la afición a los libros.

Carteábase muy frecuentemente con Sir Roberto y con Willy. Par-



MAPA DE ESPAÑA

Un viaje por España

ticularmente, la correspondencia de este último y Frasquito era continua.

Habiendo ideado D. Antonio María hacer un viaje muy largo por España, para que Frasquito conociera a fondo su país, y habiendo participado su proyecto a sus amigos de Inglaterra, convinieron todos ellos en hacer juntos ese viaje, que, como puramente de instrucción y recreo, había de ser a caballo, para poder cruzar el país en todas direcciones, sin importarles que el camino fuera bueno o malo, o que no hubiera, camino de ninguna clase. Decía D. Antonio María, y convenían en ello Sir Roberto, Willy y Frasquito, que no hay manera mejor de conocer un país que recorriéndolo de esa manera.

Hubo cartas entre ellos arreglando todos los pormenores del viaje. Advirtióles D. Antonio María que no trajesen sino lo preciso, para no hacer demasiado voluminoso el bagaje. Éste había de ir en dos acémilas, que estarían a cargo de Currillo y de Miguel, muchachos de diez y ocho o veinte años, poco más o menos, hijo el primero de un honrado aperador, y el otro, de uno de los arrendatarios de D. Antonio María. Ambos llevarían sendos caballos, para que pudiesen, si llegara el caso, andar al mismo paso que los demás expedicionarios.

Arreglado todo el plan de la expedición, se citaron en Málaga, adonde habrían de ir Sir Roberto y Willy a encontrarse con sus amigos, que los esperarían dispuestos para emprender el viaje.

CAPÍTULO II

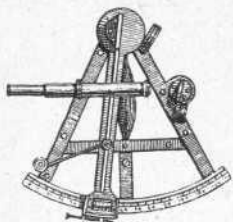
ESTUVIERON D. Antonio María y Frasquito unos cuantos días en Málaga esperando a Sir Roberto y a Willy. Al fin, llegaron éstos en un vapor procedente de Southampton, que había ido haciendo escala en varios puertos de España.

Obedeciendo a las indicaciones de D. Antonio María, no llevaron sino lo absolutamente indispensable; Sir Roberto, sin embargo, se había provisto de un excelente mapa de la Península y de un manual inglés de viaje, en octavo mayor y de letra microscópica, en que había multitud de noticias y datos difíciles de hallar reunidos, y no desprovistos tampoco de interés, aunque pecara a veces de inexacto, como suelen serlo con frecuencia tales libros.

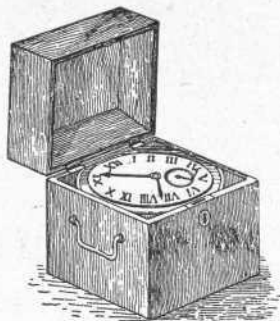
También, como si fuera a navegar por el Océano o a viajar por

las soledades del Sahara, había llevado una brújula, un sextante y un excelente cronómetro, para guiarse y orientarse en caso de necesidad, y dos buenas escopetas, la una para él y la otra para Willy.

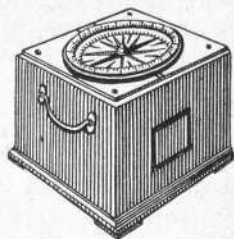
Willy era lo que se llama un arrogante mozo; alto, recio y fornido, sin ser muy grueso. Frasquito, que tenía catorce años, estaba ya más



Sextante



Cronómetro



Una brújula

alto que su padre, y aunque no tan fuerte como Willy, era muy superior físicamente a la generalidad de los muchachos de su edad.

fueron muy del gusto de Sir Roberto y de Willy, poco acostumbrados a las dulzuras de aquel clima y al espectáculo de aquella Naturaleza tropical y exuberante.

Después de descansar un par de días, emprendieron todos juntos excursiones a caballo por los alrededores de Málaga, que

fueron muy del gusto de Sir Roberto y de Willy, poco acostumbrados a las dulzuras de aquel clima y al espectáculo de aquella Naturaleza tropical y exuberante.

—Esta comarca, que hasta hace algún tiempo sólo había vivido de la exportación de sus exquisitos vinos, higos secos, pasas y frutas, particularmente naranjas y limones, producciones todas ellas que son, a la verdad, de lo mejor que hay en el mundo, y que gozan de universal renombre, es también una de las más industriales de España,—decía D. Antonio María.—La industria del hierro es ya aquí importantísima. En el mismo término de la ciudad hay grandes fundiciones de hierro; pero se quedan muy atrás de las del cercano puerto de Marbella. La riqueza de las minas de Marbella es enorme, tanto por la abundancia del mineral como por su calidad, que es inmejorable. Hay allí grandes fundiciones, y se están fabricando muelles y tranvías aéreos de hierro para facilitar los transportes y embarques; en Adra hay ricas minas

de plomo, y aquí, establecidas recientemente, grandes fábricas de hilados y tejidos de algodón, en que trabajan miles de obreros. Hay también soberbios alambiques, famosas alfarerías, en que se hacen muy buenas alcarrazas y otros artículos de barro y loza; y, aparte de mil otras industrias menudas para las necesidades de la localidad, va tomando grandes vuelos el cultivo de la caña dulce y la elaboración del azúcar. Os dará una idea de la importancia industrial de esta comarca el hecho de entrar dos mil quinientos barcos anualmente, sólo en el puerto de Málaga.

—Yo creía—dijo Sir Roberto—que la industria del azúcar era aquí antiquísima.

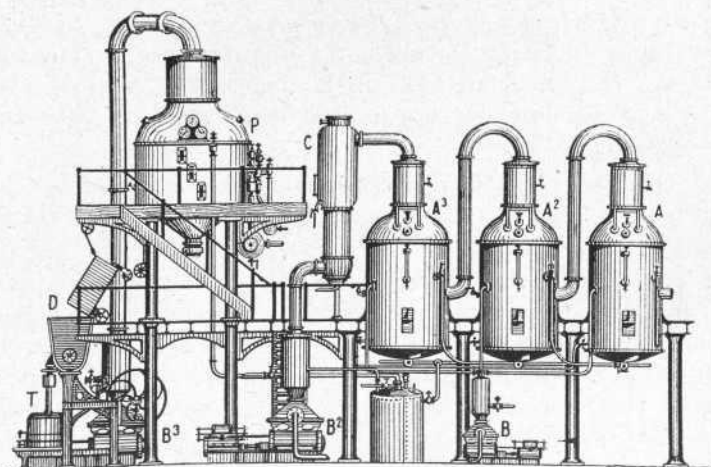
—Y lo es, efectivamente,—le contestó D. Antonio María;—pero había venido muy a menos desde hace algunos siglos. La caña de azúcar fué traída de Oriente, en tiempo de los moros, a lo que parece, y de aquí pasó primero a las islas Canarias cuando la conquista de ellas en el siglo XV, y a fines del mismo siglo, a las Antillas, recién descubiertas. Hasta se sabe el nombre del primero que plantó cañas en la isla de Santo Domingo, llamada entonces Española. Fué un tal Pedro de Atienza, muy poco después del descubrimiento; y al poco tiempo ya fabricó miel de caña, aunque en muy pequeña escala, cierto bachiller Gonzalo de Velosa. Después de ese primer ingenio de azúcar, siguieron fundándose tantos otros en la isla Española, que a mediados del siglo XVI había muchísimos, y algunos de grandísima importancia. Uno de ellos, y de los más grandes, perteneció a D. Diego Colón, hijo del famoso don Cristóbal, descubridor y primer almirante de las Indias.

—¿Y por qué se llama ingenios a las fábricas de azúcar?—pregunó Sir Roberto; del cual debo decir aquí, por más que tenga poca relación con la pregunta que acaba de hacer, que, aunque llevaba años aprendiendo el castellano, lo hablaba con bastante dificultad, y solía, por falta de costumbre de oírlo, enterarse muy mal de las conversaciones que en este idioma se sostenían en su presencia.

—Estoy seguro,—le contestó D. Antonio María,—de que Willy lo sabe perfectamente. ¿Sabes tú lo que significa «ingenio» en castellano, Willy?

—«Ingenio», en castellano,—dijo Willy,—viene a ser lo mismo que «inteligencia»; y de esa acepción se derivó la de máquina o artificio, que ya va perdiendo. Por eso, antes de la invención de la pólvora y

de usarse cañones y armas de fuego, se llamaba «ingenios» o «engenes», que es lo mismo, a las máquinas de guerra, e «ingenieros», a los que andaban con ellas. Pero, aparte de esa acepción particular, in-



Fabricación del azúcar

genio o artificio se llamaba a todas las máquinas, y, entre ellas, a las de moler cañas. Ésas son, creo yo, las únicas que siguen llamándose ingenios.

—Ni siquiera ésas,— dijo D. Antonio María;—porque lo que hoy se llama ingenio



Machete de cortar caña

es la finca entera destinada a producir azúcar, contando edificios, máquinas y tierras.



Caña de azúcar 1, planta; 2, trozos de caña; 3, guin ó espiquilla

Remolacha

—¿Y decía usted que la fabricación del azúcar había decaído mucho en España en los últimos siglos?—preguntó Sir Roberto.

Un viaje por España

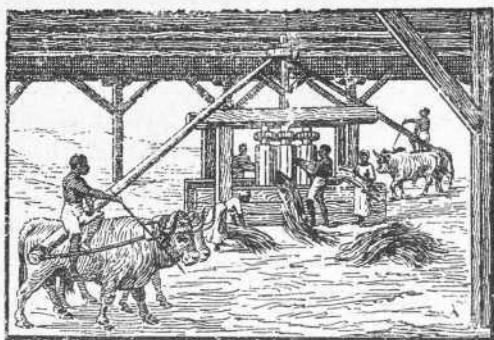
—Así se asegura; pero yo, si he de hablarle con franqueza, creo que se exagera mucho el grado de prosperidad que alcanzó esa industria en tiempos antiguos. Y tengo una razón para ello: lo poco extendido que estaba en la Edad Media, y hasta a fines del siglo XV, y aun bien entrado el XVI, el uso del azúcar, hecho que me parece incompatible con esa considerable producción que se dice. El azúcar era en aquellos tiempos artículo muy escaso y muy caro, que se vendía como droga en las boticas, de lo que hay muchas y numerosas pruebas. Se asegura, sin embargo, que la región en que por esos tiempos y los anteriores se cultivaba la caña en nuestra tierra, era mucho más extensa que hoy. Hasta hay quien dice que se extendía por todo este litoral hasta muy adentro del reino de Valencia; cosa increíble sin un cambio muy radical en el clima, que no hay razón alguna para suponer. Creo que todo eso son delirios; que la caña sólo podía cultivarse entonces, como ahora, en una estrecha zona de esta costa de Málaga y sus cercanías, y que los procedimientos de elaboración y refinado del azúcar eran muy imperfectos y costosos. También se dice que se cultivaba el algodón en España en tiempo de los moros; pero desafío a que se aporte una prueba concluyente de ello. En cambio, se sabe positivamente que el papel de trapos de lino es invención española muy antigua, para sustituir al de algodón, que se había inventado mucho tiempo antes, y que venía de Oriente. Si en España hubiera habido algodón entonces, no habría sido necesario inventar el papel de lino.

—¿Es muy difícil el cultivo de la caña, y muy complicada la elaboración del azúcar?—preguntó Willy.

—La caña es planta que pide clima algo más cálido que el de esta región; porque aquí, aunque pocas veces, hiela, y la caña no resiste las heladas. Es, pues, planta exótica, que hay que cultivar con gran esmero en tierra muy buena de regadío, empleando abonos y labores muy asiduos. Así y todo, no se logran esas gigantescas cañas de cuatro y cinco varas de largo tan comunes en las Antillas, donde crecen y se desarrollan en tierras de secano y casi sin cultivo. Ni aquí ni allí se siembran, sino que se plantan, cortándolas en trozos en que haya yemas, y tendiéndolas en los surcos. En cuanto a la elaboración del azúcar, es sencillísima, reduciéndose a exprimir la caña para extraerle el jugo, y a hervir éste luego hasta darle lo que se llama «punto de azúcar», sin otra precaución que la de agregarle

una pequeña cantidad de cal, para reducir ciertos ácidos que dificultarían la cristalización del producto. La caña se muele o exprime haciéndola pasar por entre rollos o cilindros; el jugo se hierve en calderas abiertas, y hoy, cuando se trabaja en grande escala, en grandes calderas cerradas comunicantes con bombas, que sacan de ellas el aire y los vapores que van produciéndose. Luego de obtenido el azúcar, se le purga de las melazas que están juntas con él, bien en hormas o moldes en figura de embudo, que las dejan escurrir, bien en turbinas que giran con grandísima rapidez, y que las escupen a través de sus paredes de malla metálica. Esas melazas se destinan a hacer aguardiente.

—Según tengo entendido,—dijo Willy,—el azúcar se extrae hoy también de otras plantas.



Fabricación del azúcar

—Sí,—le contestó D. Antonio María,—se extrae, de muchísimas otras, entre ellas, del sorgo, del tallo de maíz y de la remolacha, principalmente de esta última. Muy cerca de aquí, en Granada, y también en otras regiones de España, se van extendiendo cada día más el cultivo

de la remolacha y la industria del azúcar; por lo que ese negocio, de pingüe que era, como monopolio de las tierras de clima cálido en que se podía cultivar la caña, va viniendo cada día más a menos, porque todos los países producen más azúcar que consumen, y van escaseando los mercados. Esto, muy beneficioso para la Humanidad en conjunto, es perjudicialísimo para los fabricantes y cultivadores, y para los de caña en mayor grado que para los de remolacha.

—Pues yo creía—dijo Willy—que de cuantas plantas dan azúcar, era la caña la primera.

—Así ha sido hasta hace poco,—le contestó D. Antonio María;—pero hoy, merced a la selección de la semilla, han logrado los culti-

vadores de remolacha hacerla tan rica en azúcar como la caña, y es de creer que, siguiendo por ese camino, lleguen a hacerla más rica todavía.

—Y Málaga, ¿no produce más que la caña de azúcar?

—Felizmente no vive sólo de ella. Los vinos dulces, alcoholes, higos, pasas, naranjas y limones que exporta a toda España y fuera de ella, aun sin contar con las minas, bastarían para enriquecerla. Las naranjas de Torrox tienen fama de ser las mejores de Andalucía; el campo de Albuñol produce un vino exquisito, buena parte del cual se exporta a Jerez, donde se le emplea, como el de Montilla, para mezclas; las frutas de Guadix, entre ellas las uvas, que se exportan en grandes cantidades, son excelentes, y también lo son las de Ronda, especialmente las peras, manzanas, cerezas y melocotones. Notad, Sir Roberto, la extraordinaria feracidad de estos campos, y decidme si hay en el mundo nada semejante.

—Tenéis razón,—le contestó Sir Roberto;—esta tierra es un verdadero paraíso.

—También en esta ciudad de Málaga y en toda esta costa se hace gran tráfico de boquerones, que son una especie de sardinas muy pequeñas, que se llevan a todas partes de España.

CAPÍTULO III

Don Antonio María buscaba en esas excursiones por las cercanías de Málaga, no sólo hacer conocer el país a su hijo y a sus amigos, sino acostumbrar a los caballos al ejercicio. Se había propuesto ponerlos en condiciones de andar muchas jornadas de doce, trece y hasta quince leguas, sin cansarse. Decía, y con razón, que los animales, como los hombres, se hacen fuertes y musculosos con la gimnasia y el trabajo; pero agregaba, con no menos juicio, que en los ejercicios gimnásticos hay que ir poco a poco, aumentando gradualmente la intensidad y duración de los esfuerzos, para que no resulten dañosos y contraproducentes.

Llegaron a alargarse nuestros amigos en sus excursiones hasta Archidona, Antequera, Ronda, Álora y otros lugares aún más distantes, andando muchas veces por asperísimas sierras; pero al principio, cuando no se alejaban mucho, aprovechaban las horas libres para

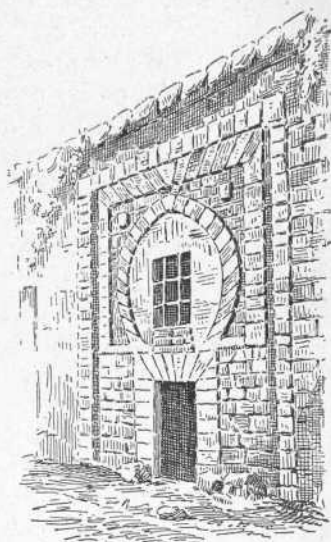
examinar las curiosidades de la ciudad, que son bien pocas desde el punto de vista artístico y arqueológico.

—Es extraño que, siendo tan antigua esta ciudad, que muy pocas habrá en Europa que puedan comparársele en ese punto, tenga tan pocos monumentos,—decía Sir Roberto.

—Se conoce—le contestó D. Antonio María—que fué siempre más dada al comercio que a las artes. Vino a poder de los cristianos muy tarde ya para que pudieran dotarla de esos espléndidos edificios religiosos, tan abundantes en otras ciudades, villas y aun aldeas de España. El estilo gótico de arquitectura estaba ya expirando a fines del siglo XV, que fué cuando se apoderaron de esta ciudad los Reyes Católicos; y en cuanto a los moros, tampoco la habían enriquecido con grandes monumentos, como los que dejaron en otras partes.

Visitaron, con todo, nuestros amigos el castillo de Gibralfaro y la

Alcazaba, recuerdos de los moros, desde la primera de cuyas fortalezas, que está a quinientos pies de altura sobre el mar, se goza de una preciosa



Arco de Atarazanas (Málaga)



Castillo de Gibralfaro (Málaga)

vista de la ciudad y sus cercanías. Vieron también la plaza del Mercado, que ocupa el lugar en que tenían los moros las



Atarazanas, de las cuales se conserva allí todavía un arco de herradura, resto del primitivo edificio, con una leyenda árabe que, traducida, dice: «¡Sólo Dios es vencedor!»

También visitaron muy detenidamente la catedral, cuya sillería del coro es una maravilla. Sus figuras más notables son de mano de Pedro de Mena, discípulo del célebre Alonso Cano.

—En madera tallada, veréis trabajos prodigiosos en nuestras iglesias, porque la escultura en madera es de las artes en que más hemos sobresalido los españoles,—dijo D. Antonio María.—Hemos sido tan hábiles escultores como pintores, y nuestra escultura no es menos digna de estudio que nuestra pintura. La catedral de Málaga comenzó a construirse en 1538 bajo la dirección de Diego de Siloe, y no se acabó hasta 1719, después de haber sido destruida en parte por un terremoto en 1548.

—¿Fué muy notable arquitecto ese Diego de Siloe?—preguntó Frasquito.

—Fué, no sólo arquitecto, sino también escultor muy distinguido, y se conservan varias obras suyas aquí, en Granada y en otras partes; pero, a mi entender, no igualó a su padre, Gil de Siloe, cuyos famosísimos sepulcros del Rey D. Juan II de Castilla y de Doña Isabel de Portugal, su mujer, y el del Infante D. Alfonso, su hijo, que están en la Cartuja de Miraflores, cerca de Burgos, más parecen obras de genios, que de hombres.

Bien puede asegurarse que en toda Europa

no hay ningún monumento en su género que pueda compararseles. Cuantos han pretendido describirlos, han tenido que renunciar a ello por imposible.

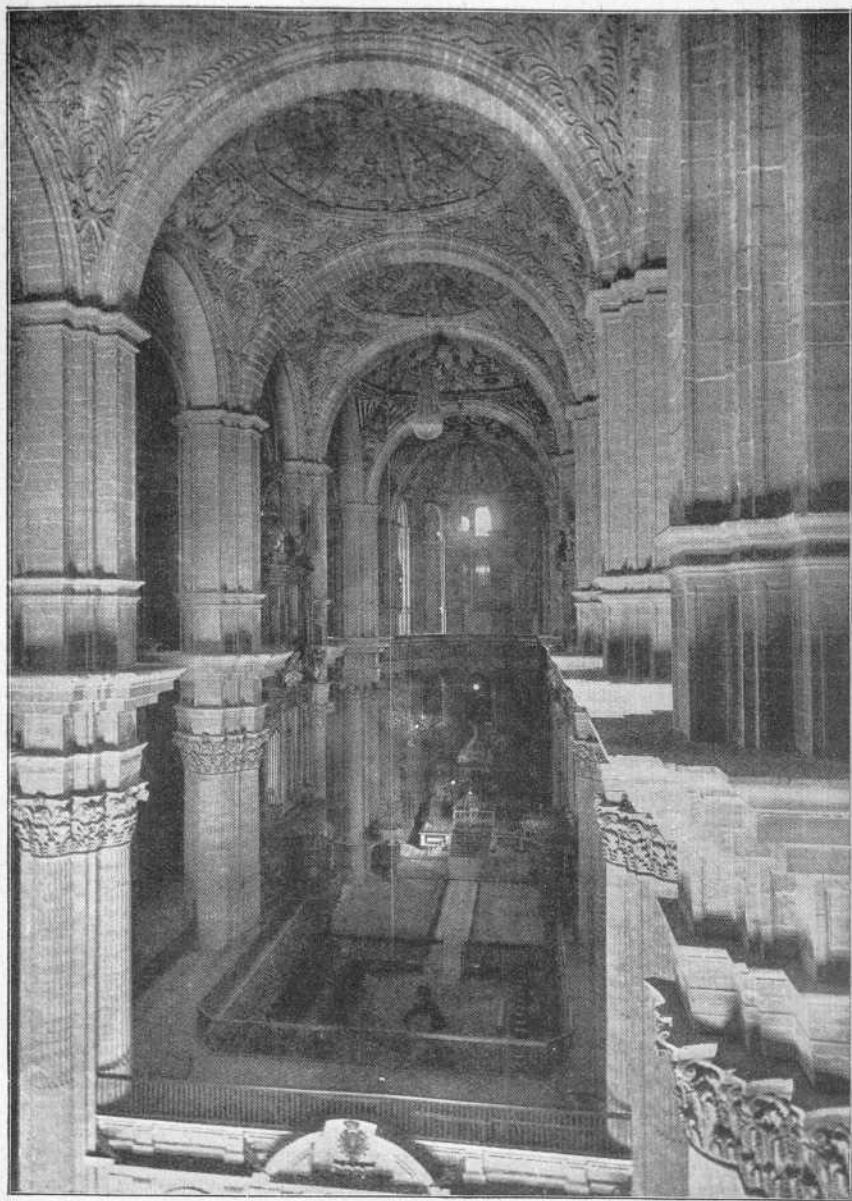
—¿Veremos esos sepulcros en el curso de nuestro viaje?—preguntó Willy.

—Sí, si Dios quiere,—le contestó D. Antonio María;—porque sería imperdonable, en un viaje por España, pasar por alto a la capital de Castilla. Sólo por ver su catedral se puede ir allí.

—Me llama la atención—dijo Sir Roberto a D. Antonio María cierto día que estaban contemplando el precioso arco árabe de herra-



Alonso Cano



MÁLAGA — La Catedral — Nave principal

Fot. Lacoste

dura de la antigua Atarazana, de que ya he hablado—que esté tan lejos del mar este edificio; porque Atarazana quiere decir, si no me engaño, astillero o arsenal donde se construyen barcos, y de aquí al mar hay lo menos cuatrocientas varas.

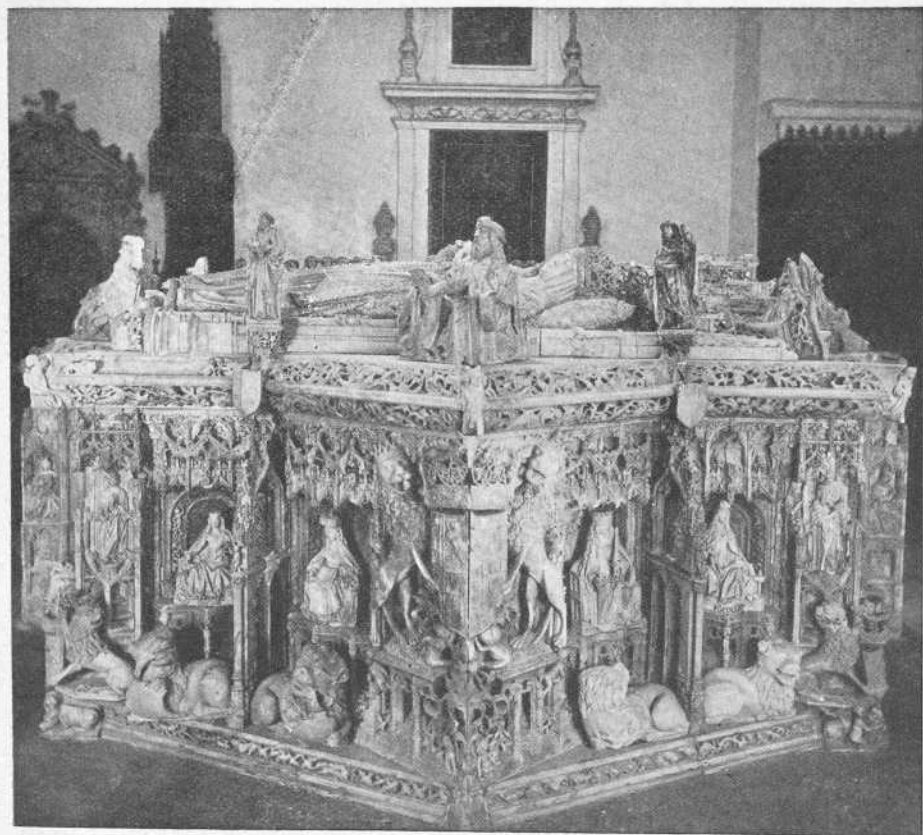
—Seguramente las hay,—le contestó su interlocutor.—Lo que prueba ese hecho es lo mucho que se ha retirado el mar en los cuatro siglos pasados desde que salió esta ciudad del poder de los moros. El mismo fenómeno se ha advertido en otras regiones de España y de Francia ribereñas del mar Mediterráneo. En otras partes, en cambio, es la tierra la que va desapareciendo poco a poco tragada por el mar. En España hay ejemplo de ello en Cádiz y en las ruinas de la antigua Carteya, próximas a Gibraltar, donde se descubren ruinas de antiguos edificios debajo del agua.

—Donde más se manifiesta ese fenómeno es en Holanda, una de cuyas provincias desapareció repentinamente en el siglo XVI, tragada por el mar,—dijo Sir Roberto.—El mar llamado Zuiderzee ocupa el lugar de una antigua provincia de Holanda. Los marineros aseguran que cuando el agua está clara y tranquila, se alcanza a ver campanarios y otros edificios en el fondo.

No dejaron de pasarse también nuestros amigos por algunos almacenes de vinos, que tanta fama han dado a Málaga. Hubieran querido, ya que estaban en ella, ver la preparación de las pasas; pero no era tiempo a propósito.

Aunque parece operación muy sencilla, y lo es verdaderamente, la de preparar las pasas, porque éstas no son, después de todo, sino uvas secas y consumidas por el calor del sol, da lugar a tantos trabajos y manipulaciones, que sorprende al que nunca la ha visto. También se exportan, encerradas en barricas y envueltas en polvo de corcho, las uvas moscateles frescas; pero las uvas de Málaga no se prestan tanto a ese tráfico como las de Almería.

—No en todas partes—decía D. Antonio María—se siguen los mismos procedimientos para preparar las pasas. Aquí se secan al sol las uvas; en algunas partes del reino de Valencia se obtiene el mismo resultado sumergiendo en lejía los racimos, y en otras partes se secan sometiéndolos a la acción del aire caliente.



Fot. Lacoste

BURGOS — Cartuja — Sepulcro de los Reyes Don Juan II y Doña Isabel de Portugal

CAPÍTULO IV

YA he dicho que durante los primeros días de su estancia en Málaga daban nuestros amigos paseos cortos por sus inmediaciones.

A Sir Roberto y a Willy los encantaba aquella deliciosa temperatura en los principios del mes de Marzo, cuando en su tierra se está todavía en pleno invierno.

—Toda España no tendrá un clima tan dulce,—dijo Sir Roberto.

—Por desgracia, no,—le contestó D. Antonio María.—En el centro de la Península hace ahora mucho frío; y en la parte de esa región que cae al norte de las sierras de Guadarrama, hasta las montañas de León y Asturias, estoy por decir que aún hace más frío que en las provincias meridionales y centrales de Inglaterra.

—¿Es posible? ¡Nunca lo hubiera creído!

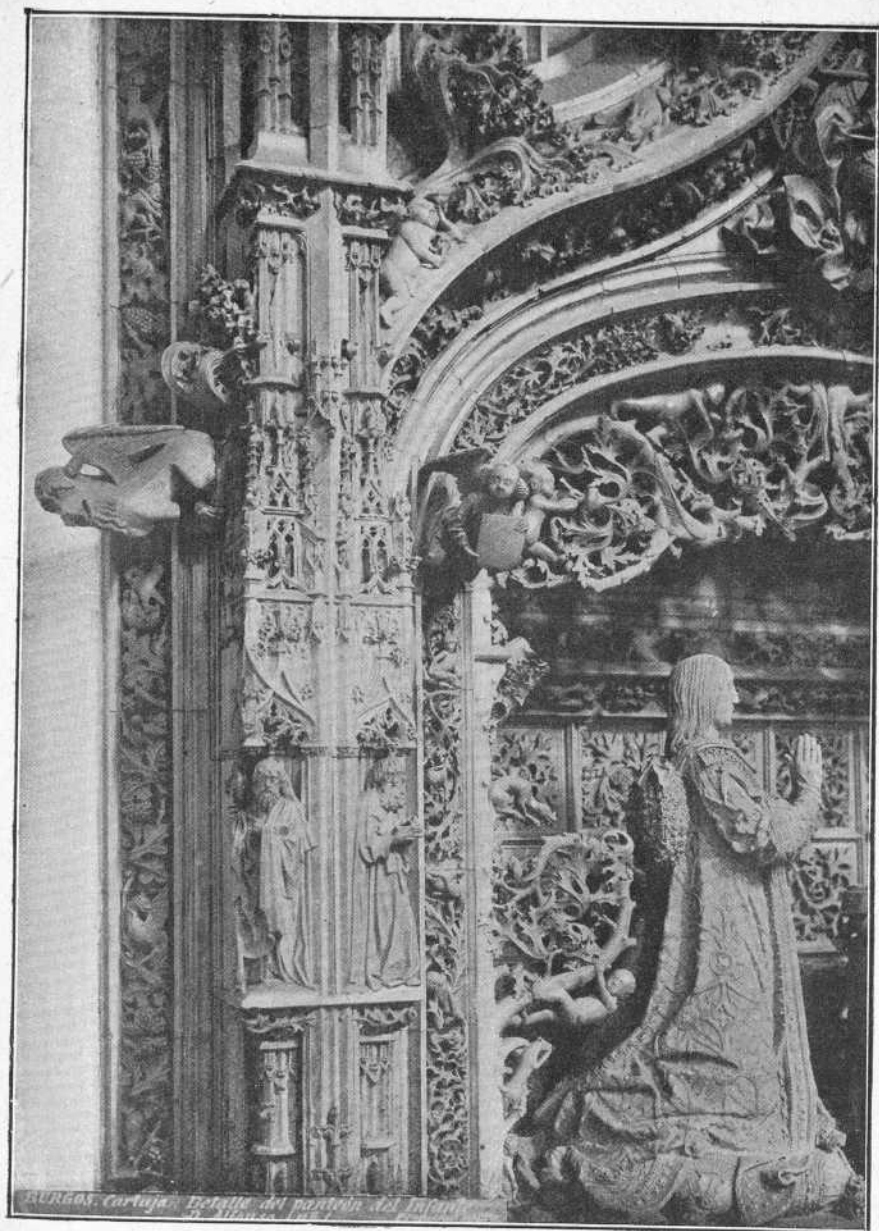
—El centro de España está formado de vastas llanuras cruzadas por cadenas de montañas, que aquí llamamos sierras. Esas llanuras son altísimas; y ya sabéis la grandísima influencia del nivel del terreno en la temperatura.

—¿Están muy altas esas planicies centrales de España?

—Al mediodía del Guadarrama, en la cuenca del Tajo, la altura es, por término medio, de dos mil quinientos pies, y la cuenca del Duero está unos mil pies más alta. En todas esas comarcas nieva menos que en Inglaterra y que en el centro de Europa; pero no por falta de frío, sino de humedad, porque son regiones muy secas, en las que es común perderse las cosechas por falta de agua. El frío es allí tan intenso, que no es raro, particularmente en la cuenca del Duero, que se hielen los ríos y que puedan cruzarlos hasta carretas bien cargadas, sin que el hielo se rompa con su peso. Las nevadas comienzan muchos años en Octubre, y duran hasta Mayo y Junio. La cuenca del Tajo no es tan fría; pero sí lo bastante para que nieve y hiele con frecuencia.

—Mentira parece—dijo Sir Roberto—que suceda tal cosa en regiones que están en la misma latitud que Nápoles; porque creo que Madrid y Nápoles están precisamente en el grado 40 de latitud.

—Sí, señor,—le contestó D. Antonio María,—y también Nueva York y Pekín, y ya sabéis lo frías que son esas dos ciudades, a pesar de encontrarse la primera al nivel, y la segunda, casi al nivel del mar. En todo el norte de China el frío es tan terrible, que hasta el mar se hiela, dejando de ser navegable en los meses de invierno.



BURGOS — Cartuja. Detalle del panteón del Infante Don Alfonso

Fot. Vadillo

Pero, sin salir de España, podemos observar grandes diferencias de temperatura en comarcas situadas en la misma latitud. Las de Toledo y Valencia están en ese caso; y son de climas tan distintos, cuanto que en la primera son comunes y corrientes los hielos y las nieves, y muy raros en la última. Aquí mismo, dentro de Andalucía, tenemos tan grandes diferencias de clima, que en Granada, que está a dos pasos de aquí, nieva con frecuencia, y aquí nunca, ni tampoco en Sevilla.

Poco a poco fueron alejándose más nuestros amigos en sus paseos. En uno de ellos se propusieron remontar el río Guadalhorce, que desemboca en el mar como a una legua de Málaga. Llegaron primero a Cártama, y después a Álora, atravesando las campiñas más deliciosas que puede imaginarse. Se detuvieron en Álora el tiempo preciso para comer, y tomaron después el camino de Antequera, adonde llegaron tardísimo.

—Este río Guadalhorce fué navegable en tiempo de los romanos, hasta aquí mismo,—dijo D. Antonio María al pasar por Cártama.—Se han descubierto tablas de bronce que lo demuestran.

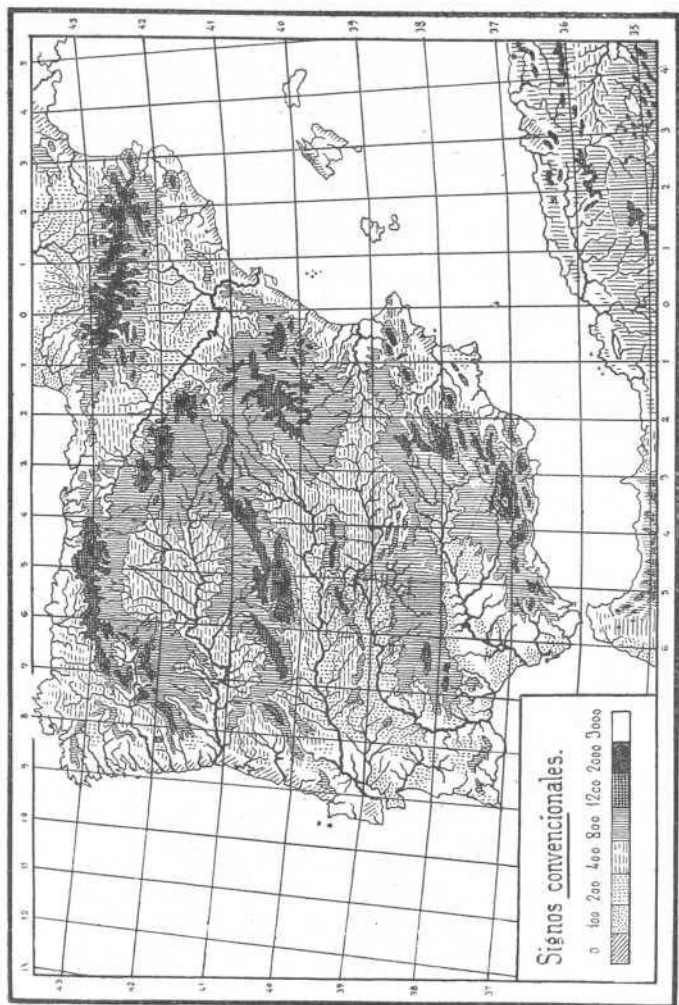
Más adelante, conforme subían por una escabrosa senda que serpenteaba por una montaña cubierta de adelfas y lentiscos entre Álora y Antequera, dijo:

—Esta tierra que estamos atravesando fué teatro de las hazañas del famoso Omar ben Hafsun a fines del siglo IX y principios del X. Muy cerca de aquí debió de estar Bobastro, refugio suyo, cabeza de sus dominios, y lugar de donde partía para sus empresas y correrías.

—Omar ben Hafsun ¿era cristiano o musulmán?—preguntó Frasquito.

—Musulmán. Su bisabuelo paterno fué el primero de sus antepasados que abrazó el islamismo, por lo cual se le llamó el Islaní, que quiere decir «el Renegado». Su abuelo se llamó Omar, como él, y su padre, Hafs, a cuyo nombre agregaron sus vecinos y paisanos la terminación «un», llamándole Hafsun. Esa terminación venía a ser entre ellos un título de honor, como el «don» entre nosotros, porque, como perteneciente a una familia ilustre, y como hombre acaudalado que era, gozaba de gran prestigio en la comarca. De ese Hafsun era hijo Omar. Se llamó Omar ben Hafsun, que significa Omar, hijo de Hafsun. Aunque musulmán, como casi todos los españoles sus compatriotas, participaba, lo mismo que ellos, del odio de raza que sentían todos los españoles de antigua cepa, fueran cristianos o mahometanos, contra aquellos de sus conterráneos que

Mapa físico de España



Se han suprimido en este mapa los nombres, para mayor claridad. Los números de los signos convencionales expresan altitudes en metros sobre el nivel del mar. De los ríos principales, se distinguen perfectamente, a la derecha, y comenzando por arriba, el Ebro, con sus afluentes el Segre, el Guadalquivir y el Segura; a la izquierda, y también de arriba abajo, el Miño, Duero, Tago, Guadiana y Guadalquivir.

blasonaban de ser de origen árabe, y que constituían la aristocracia de aquella sociedad heterogénea. La sublevación de Omar ben Hafsun fué tan seria, que estuvo a punto de derrocar el califato de Córdoba. Duró muy cerca de cincuenta años. Tuvo Omar ben Hafsun bajo su dominio una gran parte de Andalucía, y le seguía una turba inmensa, compuesta tanto de musulmanes como de cristianos, pero de raza española todos, y enemigos a muerte de la gente de raza árabe y berberisca.

—¿Y cómo acabó aquella insurrección?—preguntó Willy.

—Puede decirse que por consunción; y una de las causas, la más importante, de que acabase, fué el haber abrazado Omar ben Hafsun, a lo último de su vida, la religión de sus antepasados, lo cual le enajenó las simpatías de sus muchos secuaces musulmanes, que, aunque españoles, eran mahometanos de buena fe. El nombre de su hija Argéntea, que también se hizo cristiana, figura entre los de los mártires de nuestra Iglesia.

—¿Y dónde están ese pueblo y ese castillo de Bobastro?

—El diligentísimo y perspicaz arabista Reinhard Dozy, que más que otro historiador alguno ha investigado ese período de nuestra Historia, cree que se encontraba como a una legua al poniente de Antequera, y a un cuarto de legua de ese río Guadalhorce, al pie de un empinado monte, en que existen todavía las ruinas de una fortaleza llamada «El Castellón» por la gente de la localidad.

—Toda esta comarca debía de ser difícilísima de conquistar,—dijo sir Roberto,—no sólo por lo áspera y montañosa, sino por lo fortalecida por la mano del hombre. ¡Cuidado que había en ella castillos! Apenas hay pueblo que no tenga el suyo.

—Así fué tan larga y tan penosa su conquista por los Reyes Católicos,—dijo D. Antonio María.—Diez años tardaron en hacerla con un ejército tan numeroso como nunca se había visto en España. Se componía de 80 000 hombres, y estaba tan admirablemente dotado de toda clase de elementos de guerra, que el estudio de aquellas campañas produce el mayor asombro; porque allí absolutamente nada faltaba. Hubo que apoderarse de toda esta región ciudad por ciudad, villa por villa, aldea por aldea, a costa de largos y difíciles sitios. Fué una granada que hubo que comer grano a grano, como el mismo D. Fernando el Católico cuentan que dijo.

Así, departiendo agradablemente sobre cuanto les venía a las mientes, y haciéndose lenguas de la incomparable hermosura de la

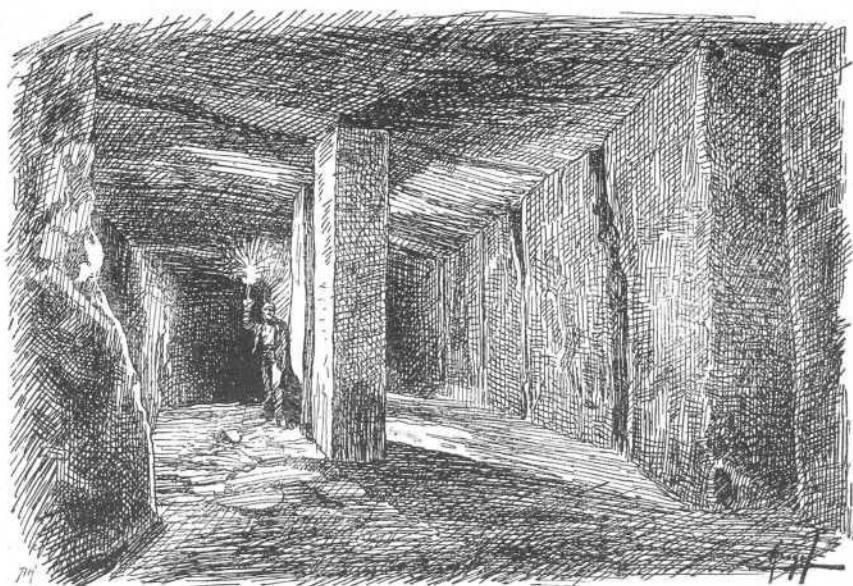
Un viaje por España

tierra que iban atravesando, tan pronto agreste y selvática como cubierta de huertas y jardines, pero siempre amena y fertilísima, llegaron nuestros expedicionarios, ya muy tarde, a Antequera, donde se quedaron a pasar la noche.

CAPÍTULO V

DEDICARON buena parte del día nuestros amigos a ver las curiosidades de Antequera.

Conserva la ciudad de sus monumentos religiosos seis iglesias, doce ermitas y trece conventos, de los cuales unos siguen siéndolo



Dolmen de Antequera

y otros han cambiado de destino; pero, en general, no se distingue ninguno de esos edificios por extraordinario mérito artístico. En el convento de Monteagudo llama la atención la torre por lo atrevido de su construcción, y en el de San Agustín se conservan las banderas ganadas a los moros por el padre de Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera, «el de la gran lanzada».

B i b l i o t e c a P e r l a

Subsisten en la ciudad muchos restos de antiguos edificios, en particular de sus muros y torres. Sobre el cerro de San Cristóbal se alzan las imponentes ruinas de su castillo, que es del tiempo de los moros, pero edificado sobre cimientos romanos. La «Torre Mocha», que forma parte de él, ha sido afeada por adiciones modernas que desarmonizan del resto de la fábrica. Allí vivieron en el siglo XV los Narváez, alcaldes de Antequera, cuyo nombre tanto figura en los romances moriscos de aquel tiempo. Las ruinas de un palacio y de un teatro romanos que había en la llamada «Antequera la Vieja», y que se conservaban todavía en buen estado a mediados del siglo XVI, sirvieron de cantera para la construcción del convento de San Juan de Dios. Algunas lápidas y fragmentos de esos edificios fueron recogidos en 1585 por Juan Porcel de Peralta, y están empotrados hoy en el llamado «Arco de los Gigantes», que está en la antigua muralla. Otros de esos restos proceden de la antigua Vescania, situada como a dos leguas y pico al poniente de Antequera, donde se fundó en 1547 un pueblo para los enfermos que acudían allí a beber las aguas medicinales de la fuente llamada en tiempo de los romanos «Fons divinus» y «Fuente de piedra» hoy.

Ganó la ciudad a los moros en 1410 el infante D. Fernando, regente a la sazón de Castilla con doña Catalina de Alencastre por ser de menor edad su sobrino D. Juan II. El hecho fué lo bastante sonado para que se diera al infante por sus contemporáneos el sobrenombre de Antequera, con que le conoce la Historia. Ese infante D. Fernando fué el mismo proclamado más adelante rey de Aragón por el famoso «Compromiso de Caspe».

De todas estas cosas hablaron nuestros amigos mientras recorrían muy a la ligera la ciudad, porque querían ver aquel mismo día lo que más la hace notable entre todas las de Andalucía, y aun de España: las antigüedades prehistóricas de sus inmediaciones y las curiosísimas piedras del Torcal, que semejan ruinas de palacios y otras figuras caprichosas. Hállanse en una caverna, cerca del camino de Málaga, subiendo a la sierra que separa las cuencas de Guadalhorce y Guadalmedina, y donde nace este último.

—Esta ciudad de Antequera—dijo D. Antonio María—es principalmente agrícola y ganadera; pero no deja de ser industrial. El río que llaman «de la Villa», que pasa más cerca de ella que el Guadalhorce, al cual tributa sus aguas, no sólo contribuye al regadío de

Un viaje por España

sus huertas, sino que presta fuerza motriz a varias fábricas situadas en sus orillas. De éstas son bastante nombradas, por la bondad de sus producciones, las de paños y bayetas de lana.

Llegaron al Torcal, paraje en que se encuentran las piedras naturales a que me referí poco atrás. Habían llevado un guía, siguiendo los consejos de varias personas de la ciudad, que les advirtieron el peligro que corrían yendo solos.

Son esas piedras y figuras resultado de los constantes sedimentos calizos de las aguas, como sucede en otras muchas partes.

—¿Tú sabes—preguntó D. Antonio María a Frasquito—cuál es el nombre científico de

esta clase de figuras naturales, y cuál es la causa de que se produzcan?

—Tengo entendido—contestó Frasquito—que se llaman estalactitas y estalagmitas, y que su formación se debe al carbonato de cal que viene disuelto en el agua que se filtra por las entrañas de la Tierra, y que cae gota a gota. El agua se va, y el carbonato de cal va quedando, ya en la parte de arriba, de donde sale la gota de agua, ya en el suelo, en donde cae. Carbonato de cal es el nombre científico del mármol y del alabastro.

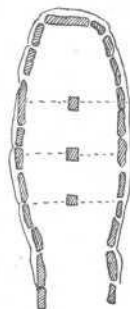
—Veo que estás bien enterado, querido Frasquito.

Volvieron a la ciudad; y habiendo sabido que la «Cueva de Menga», que así se llama el lugar en que están las famosas antigüedades prehistóricas descubiertas en 1842, y que tanta fama han dado a Antequera, se halla a la salida de ella por el camino de Archidona, se dirigieron hacia esa villa, con la intención de verla antes de volverse a Málaga.

La Cueva de Menga es un monumento megalítico, como los que tanto abundan en la Bretaña francesa y en Inglaterra. Se compone de cinco piedras de seis metros de largo por uno de ancho, colocadas como en esos monumentos conocidos entre los campesinos franceses



Cueva de Menga



Plano del dolmen de Antequera

por los nombres de «mesas de las Hadas, mesas del Diablo», y otros semejantes.

Como hubiese oído Frasquito a su padre la palabra «megalítico», le preguntó lo que tal palabra significaba.

—«Megalítico»—le contestó su padre—es voz griega adoptada por los idiomas modernos para definir esos antiquísimos monumentos formados, como éste, de piedras enormes y rudamente labradas. Aunque sea poco común el conocimiento del griego, se emplean hoy tanto sus vocablos en todas las artes y ciencias, que conviene saber el significado de algunos. Siempre que, formando parte de alguna palabra, leas u oigas «lito», sabe que se refiere a piedra, porque eso es lo que significa en griego. Así, «litograffa» quiere decir grabado en piedra; «aereolito», piedra que viene por el aire, y «megalito», piedra grandísima. Los monumentos megalíticos, como éste, son de tiempo remotísimo, anterior al uso de los metales.

—De esta clase de monumentos tenemos muchísimos en Inglaterra,—dijo Sir Roberto.—Está probado que los que, como éste, figuran mesas o cajas formadas por cinco piedras, son sepulcros, que estuvieron antiguamente, y siguen estando muchos de ellos, cubiertos de montes de tierra, bastante grandes a veces para parecer naturales. En torno de su base suele haber círculos de piedras. Cuando por cualquier motivo desaparece la tierra de esos túmulos, queda al desnudo el sepulcro central con las piedras del contorno, que suelen ser enormes, y que comprenden a veces vastísimas extensiones de terreno. En la lengua de la Bretaña francesa, se llama «dolmenes» a esas mesas, y en la del país de Gales, «cromlechs».

—En nuestra Galicia hay bastantes de esos túmulos, y la gente del país los llama «manoas» en su lengua,—dijo D. Antonio María.

—¿Y a qué causa se debe—preguntó Frasquito—que desaparezca la tierra de esos túmulos?

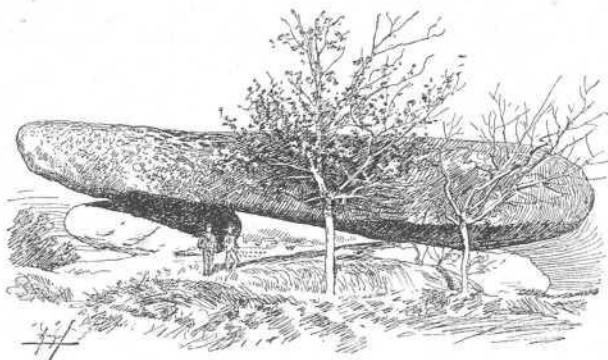
—Pues lo más común es que los deshagan los campesinos buscando tesoros. También es frecuente en terrenos pobres y áridos que vayan quitándoles la tierra, para utilizarla como abono. Sé de muchos que han sido desbaratados en nuestros mismos días, y también de algunos en que se advierten trazas de haber sido explorados en antiguos tiempos,—dijo Sir Roberto.

—Este monumento que estamos viendo estuvo cubierto por un túmulo que deshizo en 1842 D. Rafael Mitjana, arquitecto de Málaga,

Un viaje por España

encargado de buscar los tesoros que se decía haber en su interior. Ya era conocido desde años antes por los pastores de las cercanías; pero nadie había hecho caso de él,—dijo D. Antonio María.

—Debía de haber antiguamente—dijo Sir Roberto—un número prodigioso de esos túmulos; en Inglaterra a lo menos, porque el deshacerlos no es cosa de hoy, sino que se remonta a muchísimos siglos. Hasta las piedras han solido llevarse, porque es frecuente que sólo se conserven tres formando mesa; otras veces, dos: la una, enhiesta, y la otra, apoyada en ella por un extremo, y descansando por el otro en el suelo, y, por último, que sólo haya una.



Dolmen de Puenteareas

—Es bastante frecuente ese último caso,—dijo D. Antonio María,— y a él hay que atribuir el nombre de «Piedra hita» o «fita», y el de «Pierre-fitte», que llevan algunos lugares de España y Francia.

Toda la anterior conversación la tuvieron nuestros viajeros yendo hacia Archidona. El camino pasa cerca de la «Peña de los Enamorados», que se alza aislada en la llanura, y que debe su nombre a un suceso ocurrido en ella en 1410, y que D. Antonio María refirió a sus compañeros de viaje de la manera siguiente:

—Un joven cautivo cristiano contrajo relaciones de amor con la hija del señor en cuya casa servía, y la persuadió a escaparse con él a su tierra. Llamábase él Tello de Aguilar; ella, Ardana, y Abenabó el padre, que era alcaide de Torre Bermeja. Salió éste en persecución de los fugitivos, acompañado de algunos criados, y les dió alcance precisamente en este lugar. Ellos, perdida toda esperanza de salvarse huyendo, porque iban a pie, según del relato se infiere, se refugiaron en lo alto de la peña, donde se defendieron lanzando galgas contra sus perseguidores, que trataron en vano de acercárseles trepando por

la peña. El padre entonces mandó a buscar ballestas a Antequera para tirarles desde lejos y forzarlos a darse a partido. En vano algunos de los de su séquito, condolidos de los amantes, le suplicaron hasta de rodillas que los perdonase, porque, irritadísimo él, se negó a transigir. Los amantes entonces, viéndose perdidos, acordaron despeñarse, como lo hicieron abrazados, perdiendo así miserablemente la vida.

—¿Es historia, o cuento?—preguntó Sir Roberto.

—Historia, a lo que parece, pues hasta el Padre Mariana la incluye en la general que escribió de España, que goza de reputación mercedísima, no menos como obra histórica que literaria. La escribió primero en latín, y después la tradujo él mismo al castellano. Por su estilo elegante, se le ha comparado a Tito Livio. Fué jesuíta, y natural de Talavera de la Reina.

Llegaron nuestros viajeros bastante temprano a Archidona. Está la villa en la falda de una áspera sierra, en cuya cumbre se hallan las ruinas de un castillo del tiempo de los moros, como la comarca; pero también, como muchos de ellos, fundado sobre cimientos romanos y aun más antiguos. En el recinto del castillo está el Santuario de Nuestra Señora de Gracia, patrona de la villa.

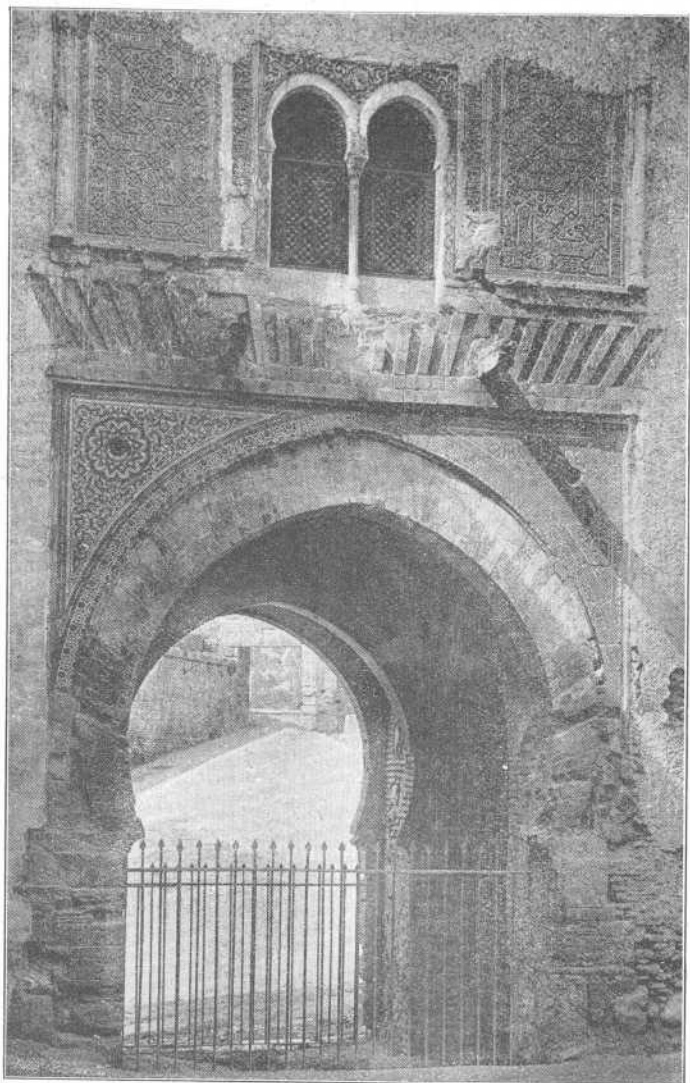
—Esta villa fué importante en los primeros tiempos de la dominación árabe, pues era cabeza de toda esta región, que se llamaba entonces Regío o Regío Montana,—dijo D. Antonio María.—En sus cercanías hay varias cuevas curiosísimas, algunas de profundidad tan grande, que no se ha podido dar con el fondo. Corren entre el vulgo consejas maravillosas sobre ellas; y no falta quien crea que son cráteres o bocas de antíguísimos volcanes, extinguidos desde tiempos muy anteriores a la Historia.

CAPÍTULO VI

DESPUÉS de pasar el día en Archidona, regresaron nuestros viajeros a Antequera.

—¿A dónde iremos ahora para proseguir nuestras excursiones?—dijo Sir Roberto.

—Lo indicado es ir a Loja,—respondió Don Antonio María,—penetrar por el vallé del Genil en la célebre vega de Granada y ver esta ciudad.

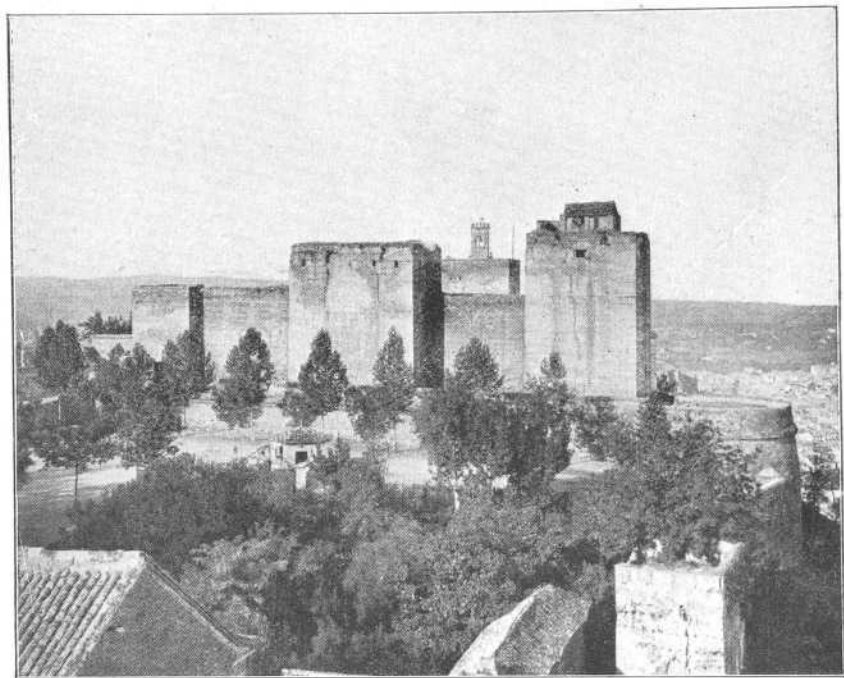


Fot. Hauser y Menet

GRANADA.—Alhambra. Puerta del Vino. (Fachada este)

Biblioteca Perla

—Lo malo es que allí no habrá guías inteligentes que nos acompañen para explicarnos bien las bellezas del arte árabe,—observó Frasquito.

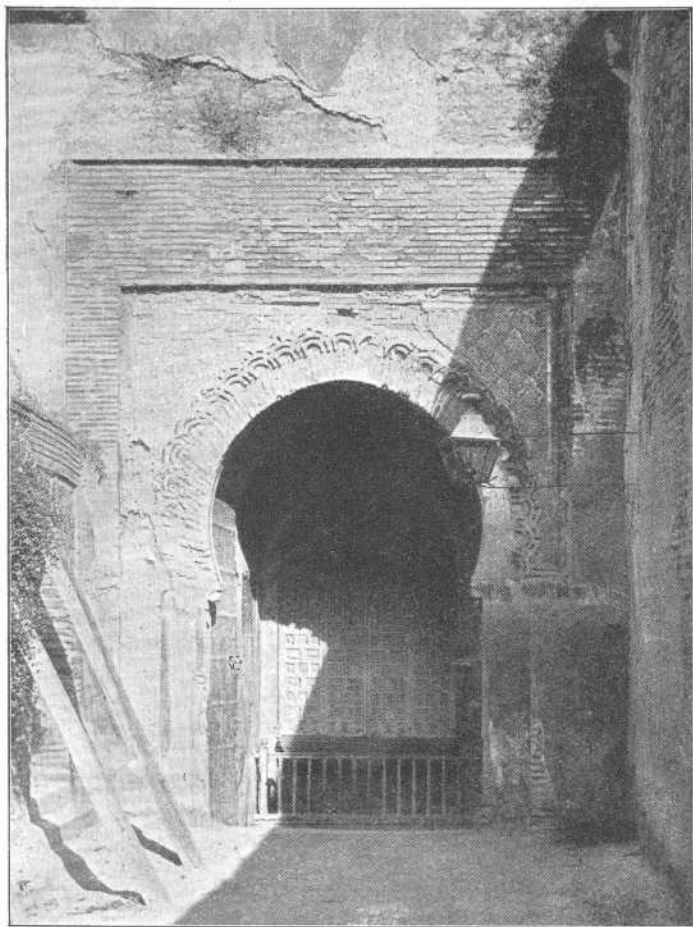


Fot. Lacoste

GRANADA.—La Alhambra. Vista general

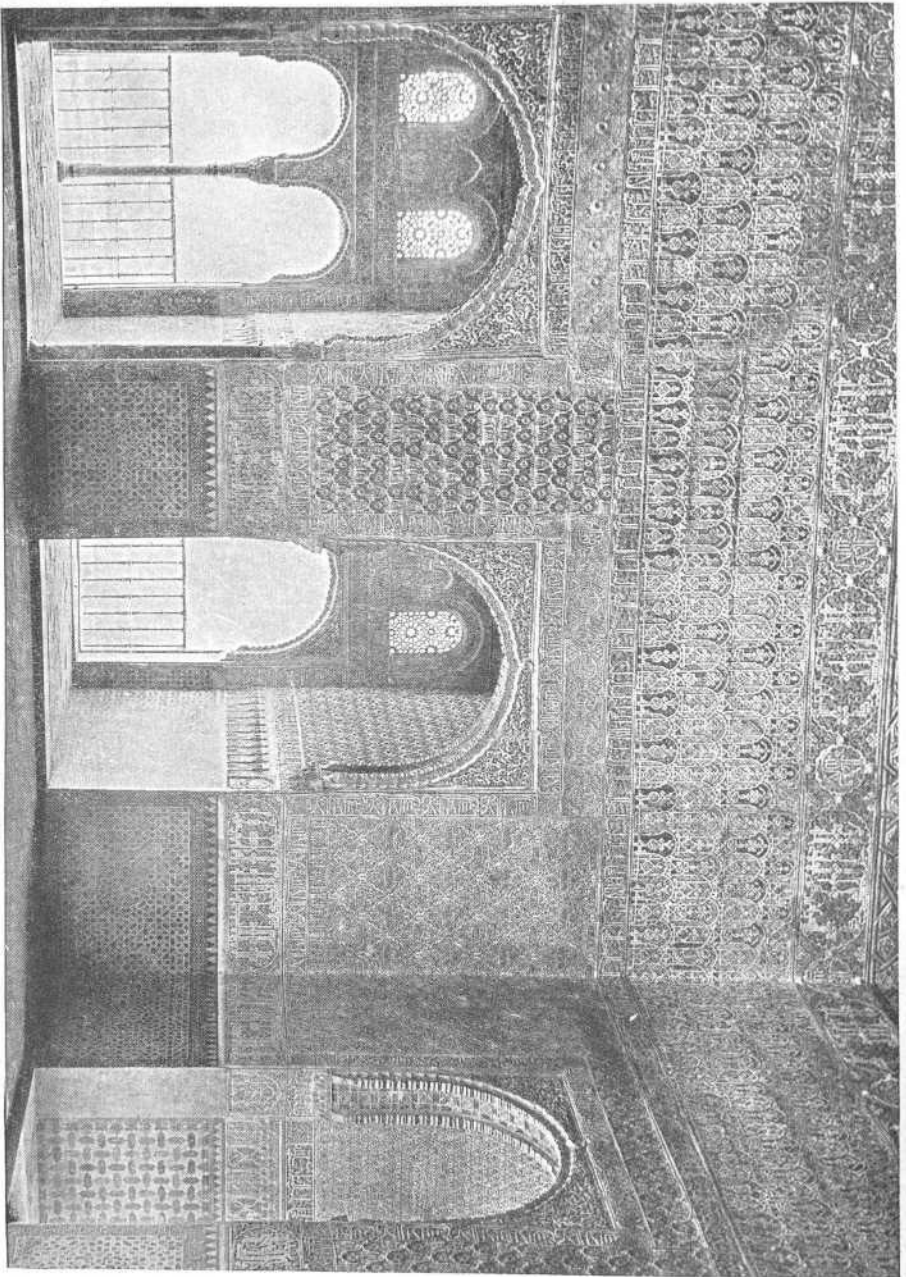
—El mejor de ellos—dijo sentenciosamente Willy—no vale lo que una buena *Guía*.

Hechos los preparativos necesarios para la nueva caminata, emprendieronla con dirección a Loja, localidad situada en un profundo valle que atraviesa el Genil entre sierras. En sus inmediaciones están los pintorescos paisajes conocidos con el nombre de *Infiernos*, en que las



GRANADA.—Puerta de la Justicia

Fot. Lacoste



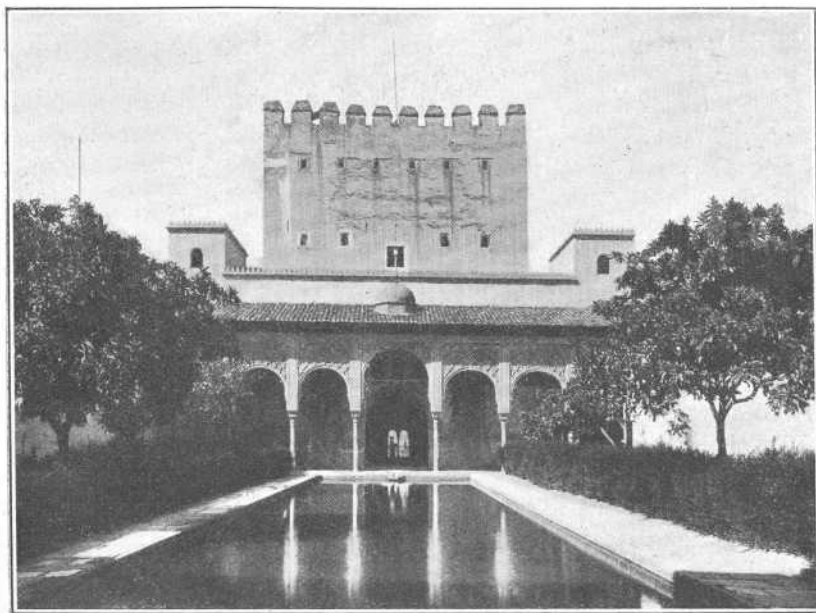
GRANADA.—Alhambra. Sala de Embajadores

Fot. Laocoste

Un viaje por España

aguas de dicho río corren con estrépito por profundos tajos y el Manzanil se precipita desde gran altura y forma una bella cascada.

Cuando la guerra de Granada, fué Loja defendida contra el ejército de Fernando el Católico por el valentísimo alcaide Aliatar, en 1482. Al frente de tres mil hombres, y próximo a cumplir los noventa años de su edad, infligió entonces a las tropas cristianas tremenda derrota,



Fot. Garzón

GRANADA.—Alhambra. Patio de los Arrayanes. Torre de Comarex

en la cual murió el Maestre de Calatrava. A su vez, el insigne caudillo musulmán fué derrotado y muerto al siguiente año en Lucena, adonde había ido por orden de su yerno el Rey Boabdil. Consérvase la espada de Aliator en la Armería Real de Madrid.

El valle del Genil se divide en dos partes separadas por los montes de Loja; pasados ya éstos, éntrase en la hermosa vega de Granada, que en muy remotos tiempos prehistóricos debió de ser un extenso lago.

Biblioteca Perla

El Genil nace en una umbría de Sierra Nevada, el Corral de la Veleta, profundo mar de hielo donde la nieve de muchos siglos forma el primer caudal, que corre por el fondo de la escabrosa quebrada Barranco de Guadamón. Cruza las provincias de Granada, Córdoba y Sevilla, desembocando en el Guadalquivir, entre Palma del Río y Peñafior, después de 211 kilómetros de curso.

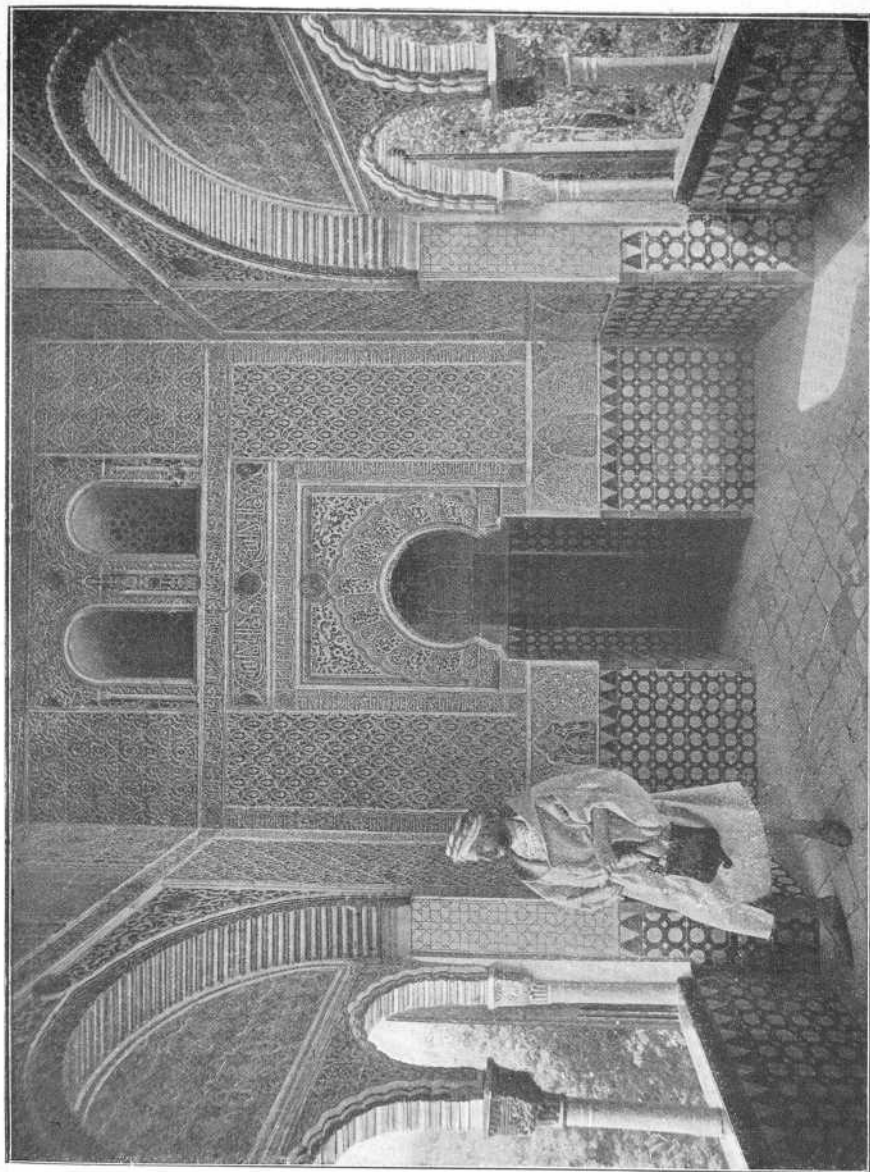
La incomparable Vega de Granada que él fertiliza, tiene 30 kilómetros de longitud, 65 de contorno y 44 de superficie. En ella está, cerca de la capital, aquel campamento de piedra hecho por el Ejército de los Reyes Católicos en muy breve tiempo y que es desde entonces la ciudad de Santafé. También está en ella el Soto de Roma, junto a Sierra Elvira, que fué retiro de los Reyes árabes y regalo hecho por las Cortes de Cádiz a Wellington, como testimonio de gratitud nacional.

Al hablar de Granada, es preciso distinguir el reino musulmán, la actual provincia y la ciudad capital de ambos, que mereció los nombres de Florencia, de Granada y aun el de Elvira (*Florentia, Garnata, Elliberis o Illiverris*), nombres de flores, frutas y mujeres, o sea un poema de bellezas.

Al desmembrarse aquel glorioso califato de Córdoba, foco de una insigne civilización superior, que nos enorgullece como españoles, nació el caballeresco y poético Reino árabe-hispano de Granada. Comprendió éste, en tiempos, no sólo la actual provincia de ese nombre, sino también las de Málaga y Almería, así como una parte de las de Jaén y Murcia.

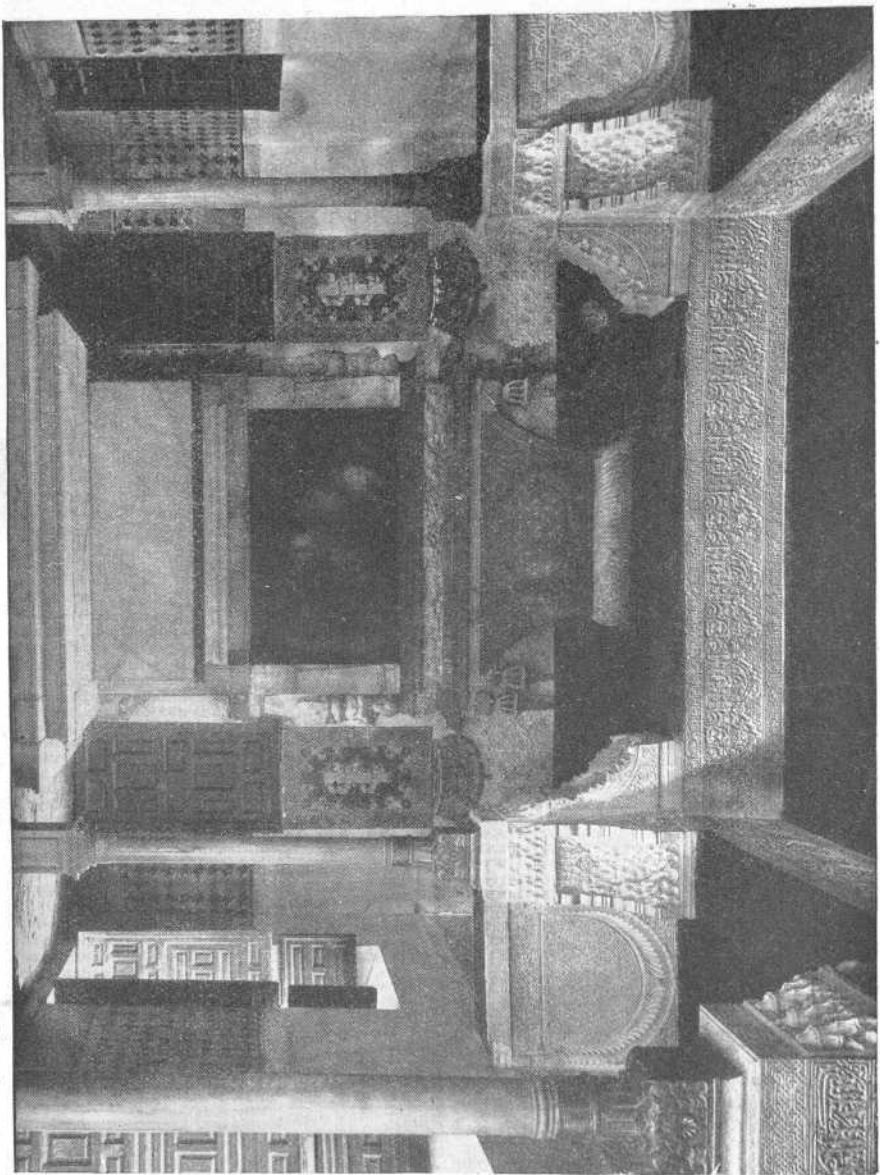
En tal territorio, sumamente quebrado, con las mayores cumbres de la Península y de las más altas en Europa, multitud de vegas y valles de espléndida lozanía y un extenso litoral de bellas playas y hermosos puertos naturales, dábanse todos los cultivos posibles en tan varia topografía, con climas comprendidos en una oscilación térmica anual de 60^o centesimales (de -12^o a +48^o) y con los adelantos agrícolas que implantaron los ingeniosos y trabajadores mahometanos españoles.

Así se comprende que el Reino árabe-granadino (Granada, Málaga y Almería) fuese un emporio de riqueza y cultura, a despecho de sus continuas luchas interiores y exteriores. Por tanto, puede calificarse de breve la guerra de reconquista de tal territorio por las armas de



Fot. Garzón

GRANADA.—Alhambra. Interior de la Mezquita



GRANADA.—Alhambra. Interior de la Mezquita

Fot. Lacombe

Un viaje por España

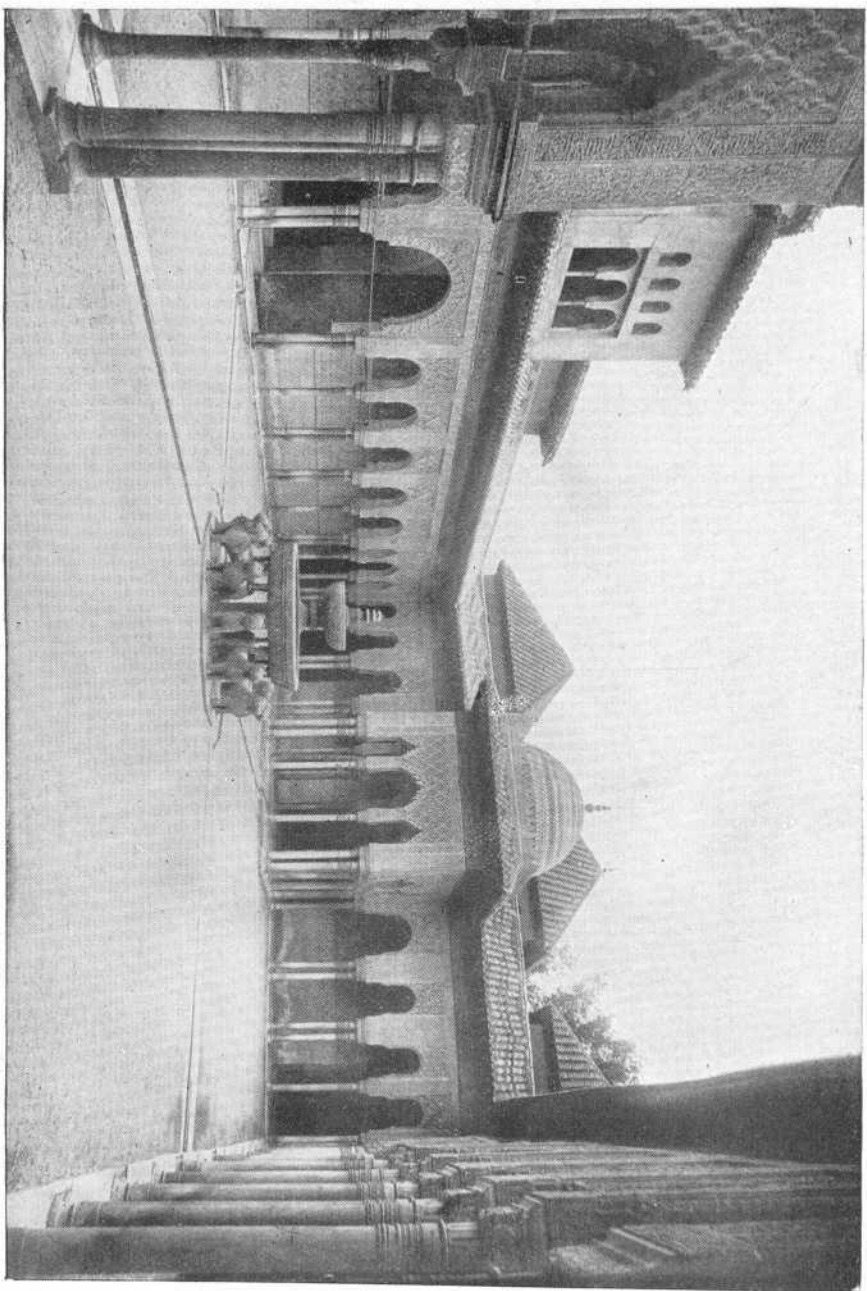
Isabel y Fernando, con haber durado nada menos que diez años de luchas heroicas por ambas partes.

Del Reino de Granada queda el nombre en el de una provincia y en el de su gloriosamente bella capital. Tiene la provincia granadina vegas y valles frondosísimos, como el de Locrín y las de Granada, Motril, Salobreña, Lobras, Almuñécar, Loja, Alhama, Guadix, Baza, los llanos del Padul y del Temple y otros fértiles territorios. En sus cien kilómetros de costa hay puertos excelentes, como son los de Motril, Albuñol y Almuñécar. La primera de estas ciudades y la de Loya cuentan cada una 20 000 habitantes; el segundo de dichos puertos, así como Guadix, Baza y Montefrío, más de 10 000, y la ciudad de Granada, 80 000 moradores.

El núcleo montañoso más potente de la Península hispana se halla en esta provincia: *Sierra Nevada*. Entre muchas otras altas cimas, destacanse eminentes los famosos picos de Mulhacén (3481 metros) y de Veleta (3470 metros), desde donde se domina un horizonte de 300 kilómetros, por el norte hasta Sierra Morena (a 165 kilómetros) y por el sur hasta el africano Atlas. Sierra Nevada dista nada más que once kilómetros de Granada: su nevado se extiende más de 44 kilómetros en longitud y 11 en latitud, o sea sobre una superficie muchísimo mayor de 484 kilómetros cuadrados.

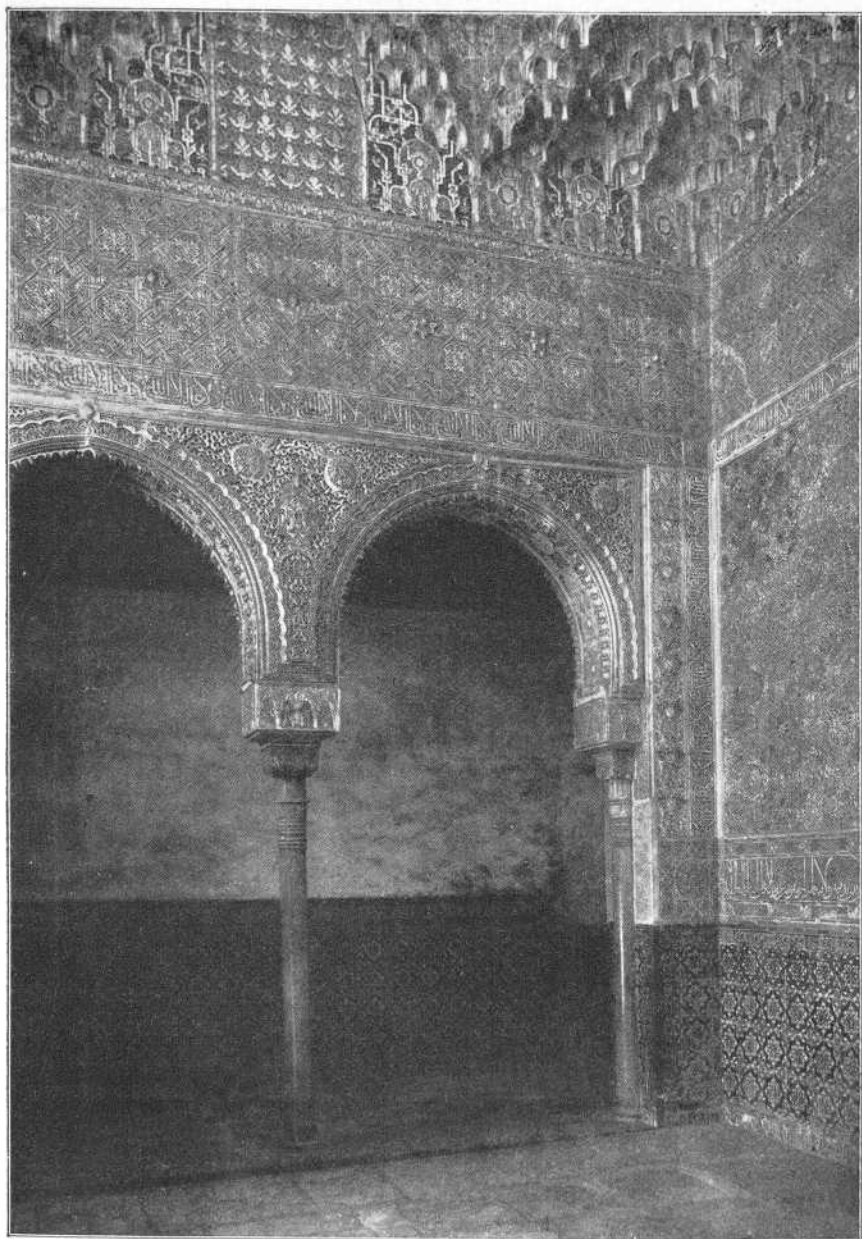
La renombrada Alpujarra es una estribación suya, y también de ese núcleo colosal se desprende la ingente cadena de la Contraviesa, Almiñana y Alhama, que va paralela a la costa. En la Alpujarra, de trágicas rebeliones históricas, hay paisajes que no parecen propios del Andalus, sino de la región galaico-asturiana, con valles umbríos donde crecen helechos, castaños y nogales, no muy lejos de donde se dan el naranjo, el limonero, el laurel, la caña azucarera, el algodón y la batata. Y aumentan esa ilusión geográfica nombres locales con la desinencia en *eira*, como el barranco de Poqueira, el valle del Capiteira, la Pampaneira, la Campineira, sitios que no describe el moro cristiano de Guadix en su bello libro *La Alpujarra*. Desde las altas laderas del norte alpujarreño véanse el Veleta, blanco de nieves, y el Mulhacén, negro de pizarras. En todo nuestro continente sólo hay cinco altitudes montañosas mayores que estas dos, y todas ellas están en los Alpes. En cuanto a la Sierra de Elvira, es árida y volcánica.

En la zona comprendida entre las orillas del Genil al norte y las vertientes occidentales de Sierra Nevada y el valle del Guadalfeo al



GRANADA.—Alhambra. Patio de los Leones

Fot. Lacoste



GRANADA.—Alhambra. Sala de Abencerrajes

Fot. Lacoste

este, hubo un funesto terremoto el 25 de Diciembre de 1884; sólo en la provincia hubo 696 muertos y más de mil heridos, quedando destruidas más de dos mil casas. Ocurrió al sur de la Vega, desde Loya, y en las estribaciones septentrionales de Alhama y de Almirajara (Alhama y Ventas de Zafarraya, Albuñuelas).

Harto sentían nuestros cuatro amigos no hallarse en condiciones para recorrer como viajeros y alpinistas tan famosas comarcas de montaña. Además, apremiábales el tiempo para conocer la Alhambra; era una de sus mayores ilusiones artísticas, y se comprende el anhelo de disfrutar cuanto antes de su realidad.

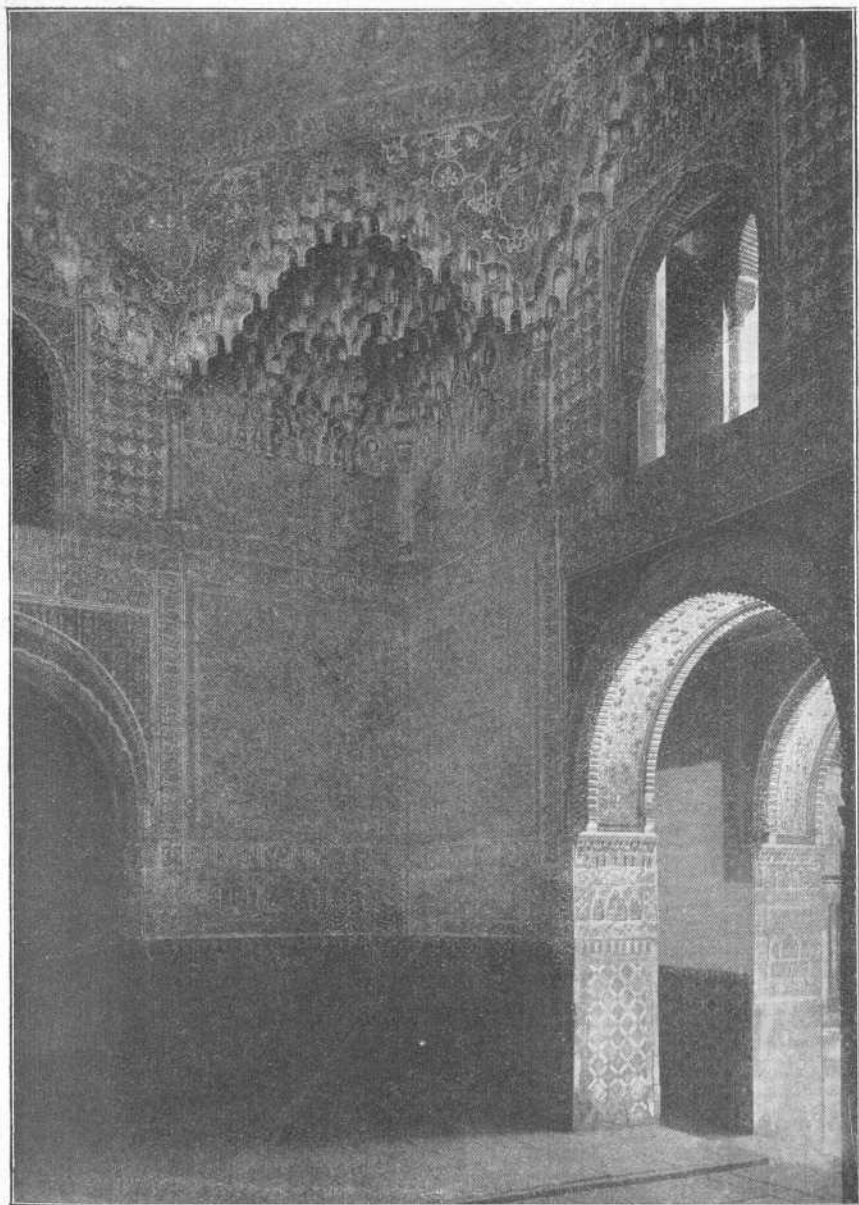
Hállase la ciudad de Granada en la confluencia del Darro con el Genil, construída (como Roma) en las laderas de siete collados que forman dos cadenas separadas entre sí por un profundo y encantador valle, en el arranque de su incomparable vega, al mediodía de Sierra Nevada.

Durante el califato de Córdoba fué Elvira la capital de la provincia árabe; Granada se fundó en el siglo XI para serlo del nuevo reino independiente y desmembrado de aquél; la primera emigración de los habitantes de Elvira a Granada ocurrió en el año de 1010. Su florecimiento, y su caída en 1492, se realizaron durante la dinastía Nazarita, extinguida en el triste Boabdil. El verdadero fundador de la Monarquía granadina fué Aben Alhamar; en las inscripciones de la Alhambra el rey Abul Walid es llamado Aben Nazar.

Para formarse idea de lo que sería en tiempos de la dinastía Nazarita la hermosa ciudad, basta el dato de que su muralla tenía 1113 torres y 20 puertas. Hoy su importancia estriba en su historia, en lo bello de su situación topográfica y geográfica; pero principalmente en su incomparable Palacio de los Reyes Nazaritas, construido en el siglo XIV.

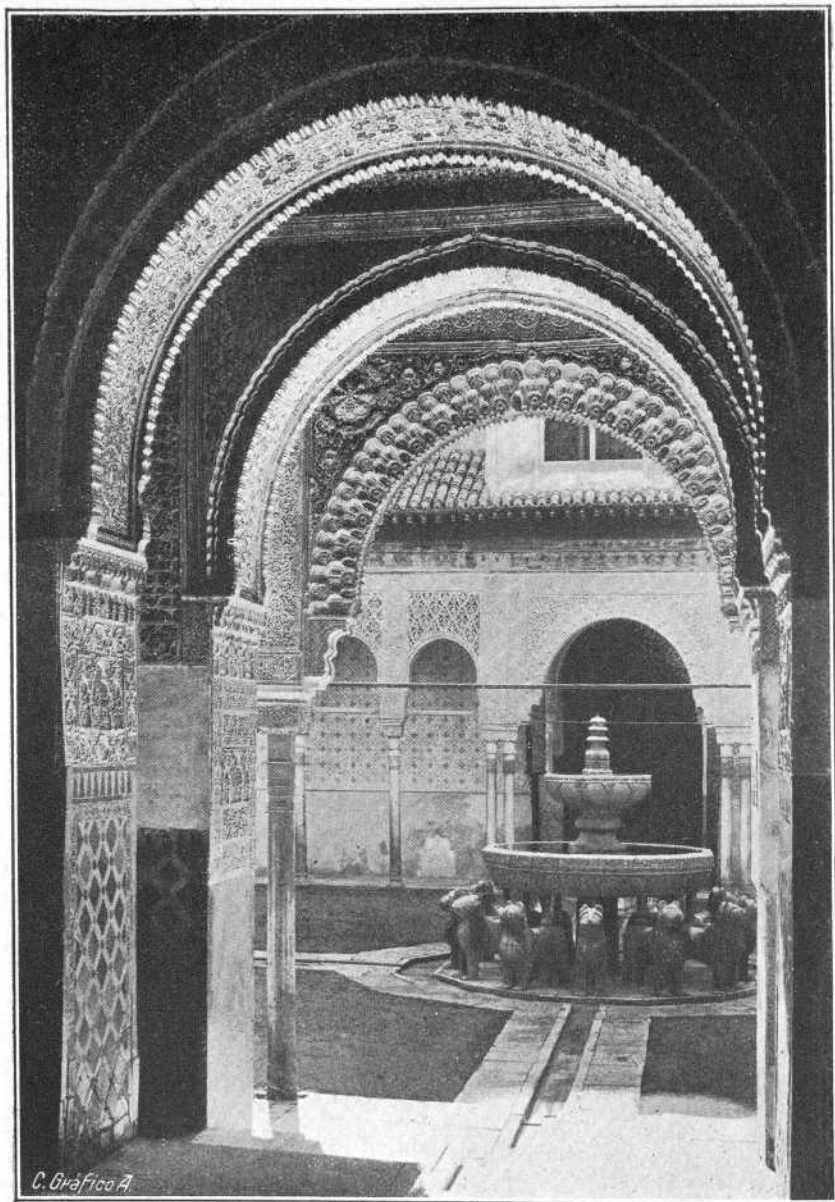
En un cerro está emplazado ese monumento sin igual en el mundo entero y en todo él conocido simplemente por la *Alhambra*. Ese montículo comenzó por ser la Acrópolis árabe de Granada, cercada de robustos muros con torreones y fortalezas militares, con una mezquita real y castrense.

¿Quién se acuerda ya de que en ese *rojo cerro* hubo una colonia íbera primitiva, la del Mauror o Moror? ¿Quién, de que después hubiera allí un castillo y un templo romanos, habiéndose descubierto tres



Fot. Lacoste

GRANADA.—Alhambra. Sala de las Dos Hermanas



C. Gráfico A.

Fot. Garzón

GRANADA.—Alhambra. Salida de la sala de las Dos Hermanas

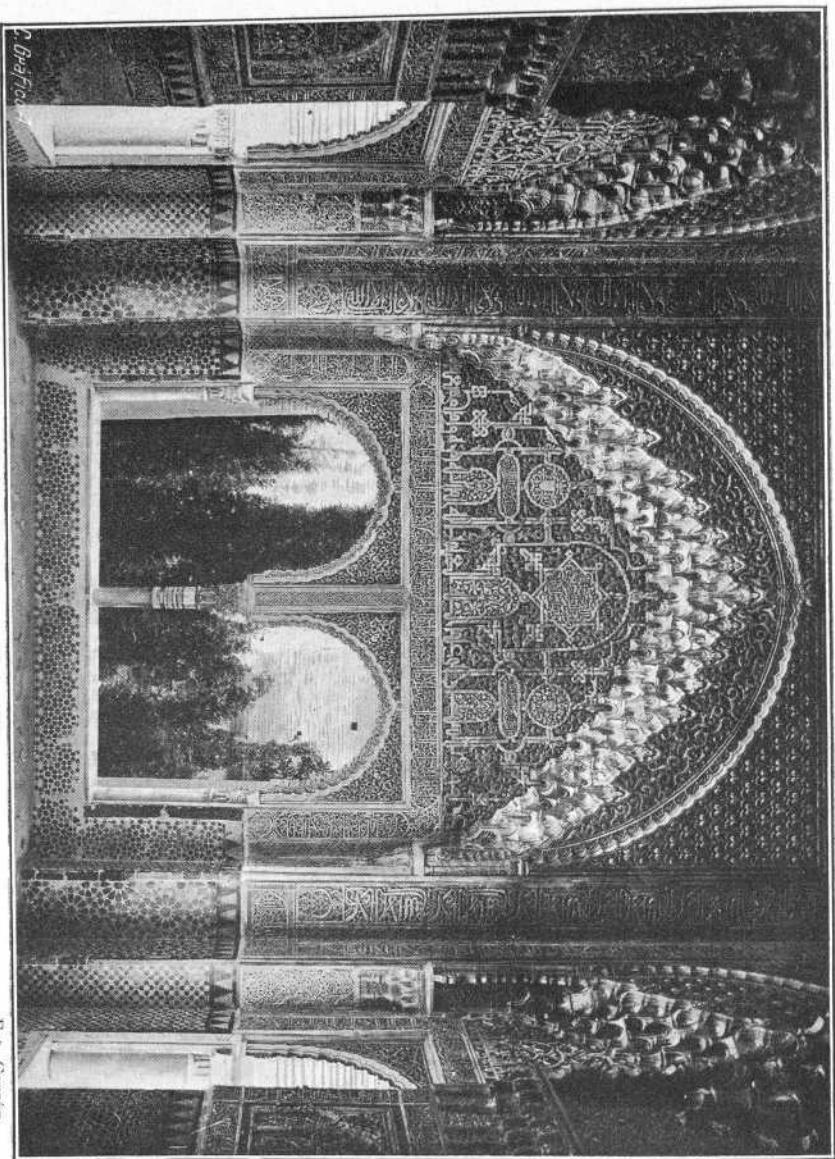
lápidas y varias exquisitas estatuas marmóreas de Apolo, Venus, Mercurio y Sátiros? ¿Quién, de que más tarde existiera en dicho sitio una de las tres basílicas godas iliberitanas, la de Gudila? ¡Todo quedó eclipsado para siempre por la belleza del arte árabe granadino!

Acerca de la Alhambra se ha escrito mucho, dentro y fuera de España. En nuestro país, las obras publicadas desde Lalaing, Navagiero, el P. Echeverría, Argote y Mármol, hasta los contemporáneos Riaño, Amador de los Ríos, los hermanos Oliver, Eguílaz, Gómez Moreno, Valladar, Simonet, Contreras y demás tratadistas. Como uno de los monumentos granadinos, ninguno tiene la suprema importancia artística que el Palacio Nazarita, obra excepcional en el mundo entero; nada tiene por qué extrañar la mención más restringida que de ellos suele hacerse en los libros que tratan de Granada, cuya rendición inspiró a Pradilla el grandioso y bello cuadro que existe en el Palacio del Senado: *La rendición de Granada*.

De la Alhambra, esa maravilla sin rival, no cabe aquí una descripción, por brevísima que fuese. Nuestros viajeros no volvían de su asombro al contemplar las pasmosas bellezas sin cuento de aquel arte encantador, que les iba explicando la *Guía de Granada*, escrita por el profesor y académico D. Manuel Gómez Moreno.

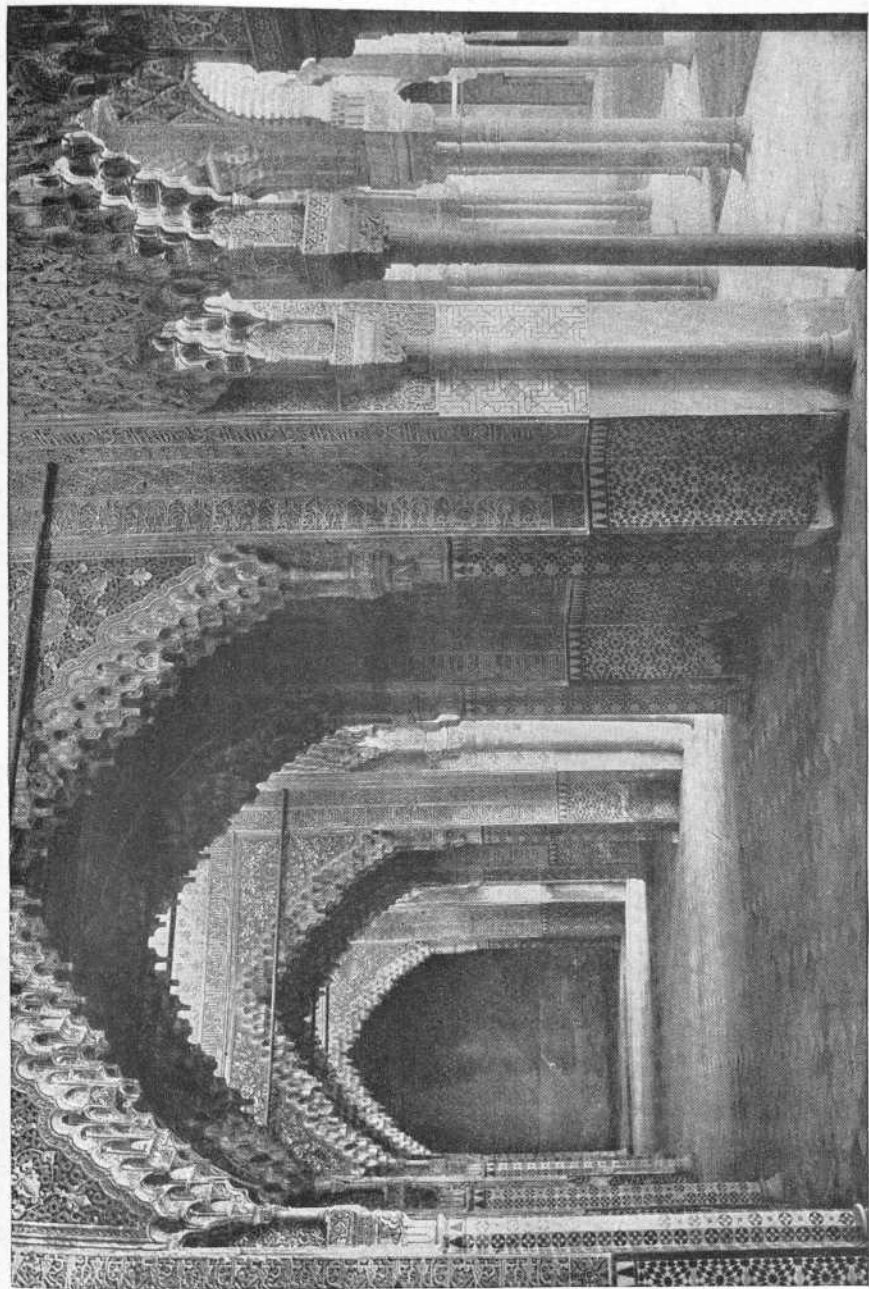
Como nuestra misión sólo consiste en dar cuenta del viaje e impresiones de ambos caballeros y de sus respectivos hijos, no vamos ni a intentar extralimitarnos en lo más mínimo de aquélla. Este es un libro de *andar* y ver, no una imposible descripción esbozada de las bellezas naturales y artísticas de nuestra patria. Una enciclopedia muy extensa no bastaría a realizar tal intento. Y aunque bastara, aun así, la Alhambra hay que verla en la realidad... ¡y parece un ensueño! Es inútil contentarse con leer en casa las más extensas monografías a ella referentes; las mejores láminas, ni aun en color, tampoco son suficientes para formarse cabal idea de tan estupendo monumento. ¡Hay que verlo!

¿Quién mostraría—y mucho menos en el reducido espacio de un breve capítulo, — quién mostraría las múltiples galanuras de las Puertas de la Justicia y del Vino, el interior de la Mezquita (con una chimenea italiana dispuesta para servir de altar cristiano), aquel bello Patio de los Arrayanes con su alberca, aquella sala de Embajadores, que



GRANADA.—Alhambra. Mirador de la Favorita

Fot. Garzón

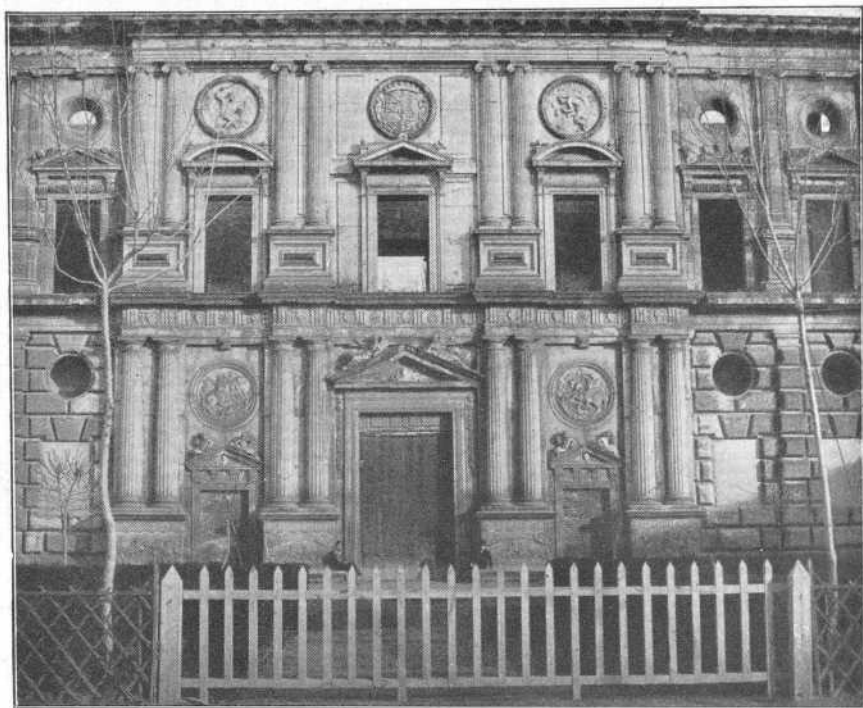


Fot. Lacoste

GRANADA.—Alhambra. Sala de Justicia y patio de los Leones

Biblioteca Perla

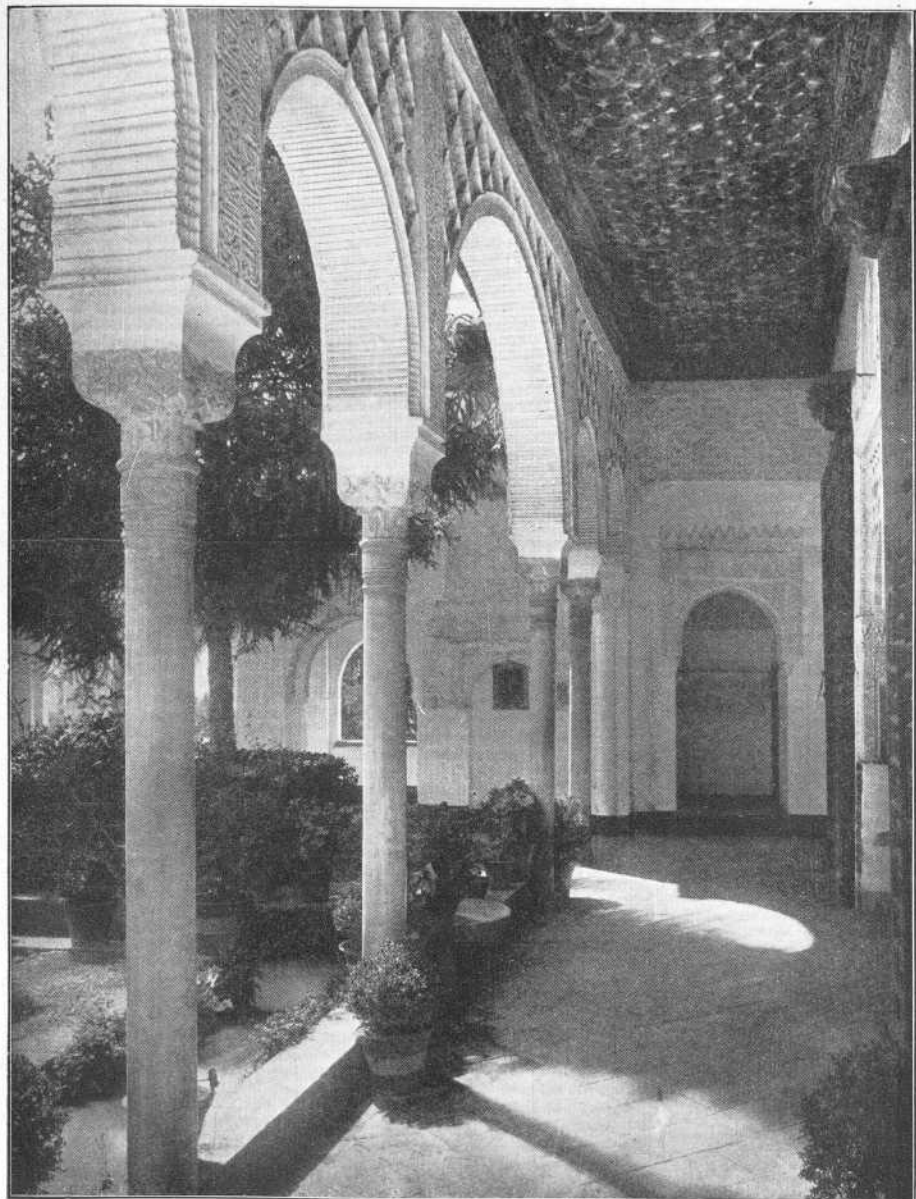
parece obra de hadas y no de hombres, aquel prodigio de hermosura que es el Patio de los Leones con las admirables salas que le rodean, sobre todo la de los Abencerrajes y la de las Dos Hermanas, el Mirador de la favorita Lindaraja y la Sala de Justicia o de los Retratos, por no citar más?



Fot. Lacoste

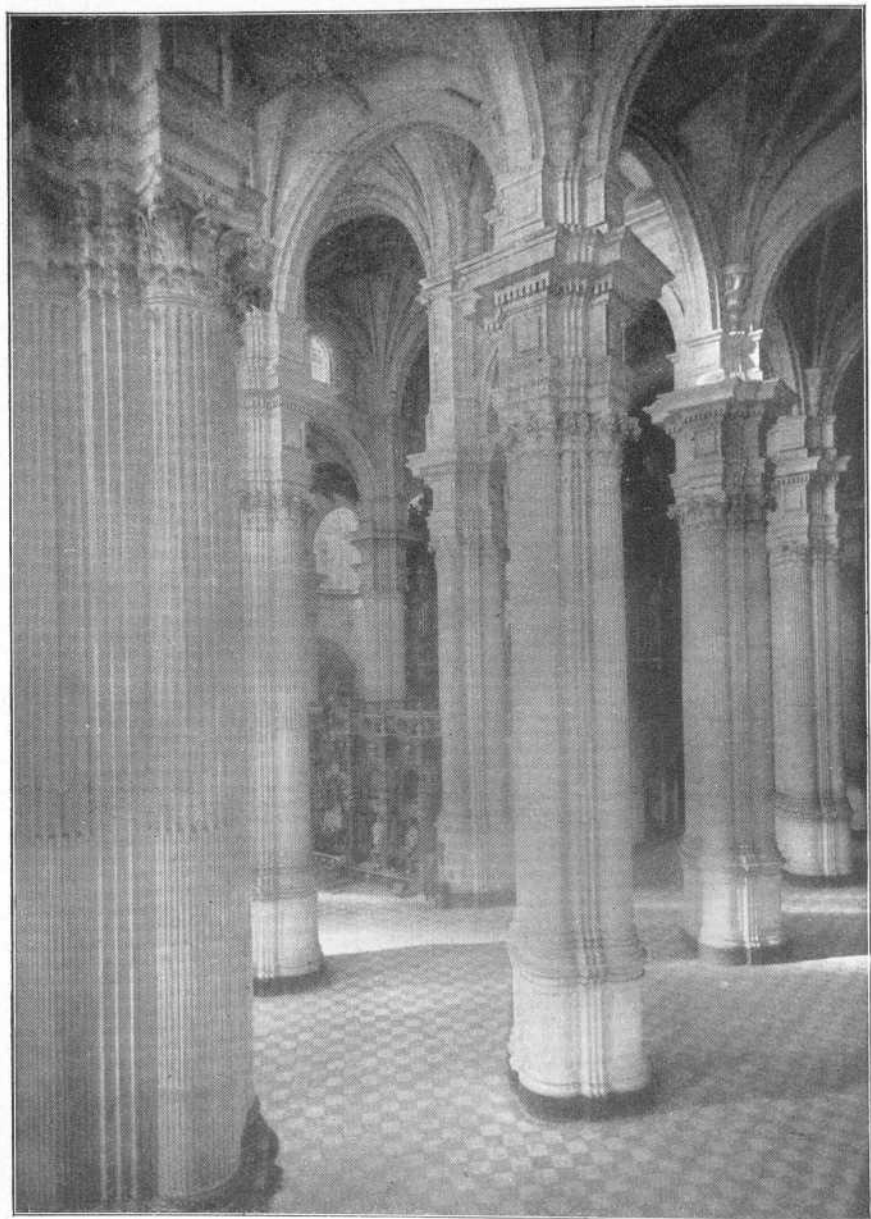
GRANADA.—Palacio de Carlos V. Fachada

A corta distancia de la Alhambra está ese lindísimo Palacio del Generalife o *Ginalarife*, la época de cuya fundación se ignora, pero que fué decorado todo él en 1319 por el Rey Abul Wálid Ismael, con anterioridad a los aposentos de aquella soberbia Casa Real. Precisa-



GRANADA.—Generalife. Una galería

Fot. Lacoste



GRANADA.—La Catedral. Interior

Fot. Lacoste

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

mente lo bello de la ornamentación compensa y disimula su mezquindad y malas proporciones; las reformas hechas lo han desfigurado muchísimo. En su Patio de los Cipreses, y casi desnudo de hojas por su vejez y los destrozos en él hechos por los viajeros, hállese el ciprés de la Sultana, célebre por el supuesto o real coloquio amoroso, a su sombra, de la esposa de Boabdil con el Jefe de los Abencerrajes.

Pegado a la Alhambra está el Palacio de Carlos V, para construir el cual sólo se derribó una salita (paralela a la de la Barca, en el cuarto de Comares y patio de la Alberca) juntamente con un pasadizo y un postigo.

El inconcluso Palacio del Emperador, obra de los Machuca, padre e hijo, y de Juan de Herrera, rivaliza con los mejores Palacios del Renacimiento italiano. Es de grandísimo efecto su patio circular, de hermosas columnas, que sostienen un anillo de piedra. ¡Lástima que se desistiera de terminar esa obra admirable!

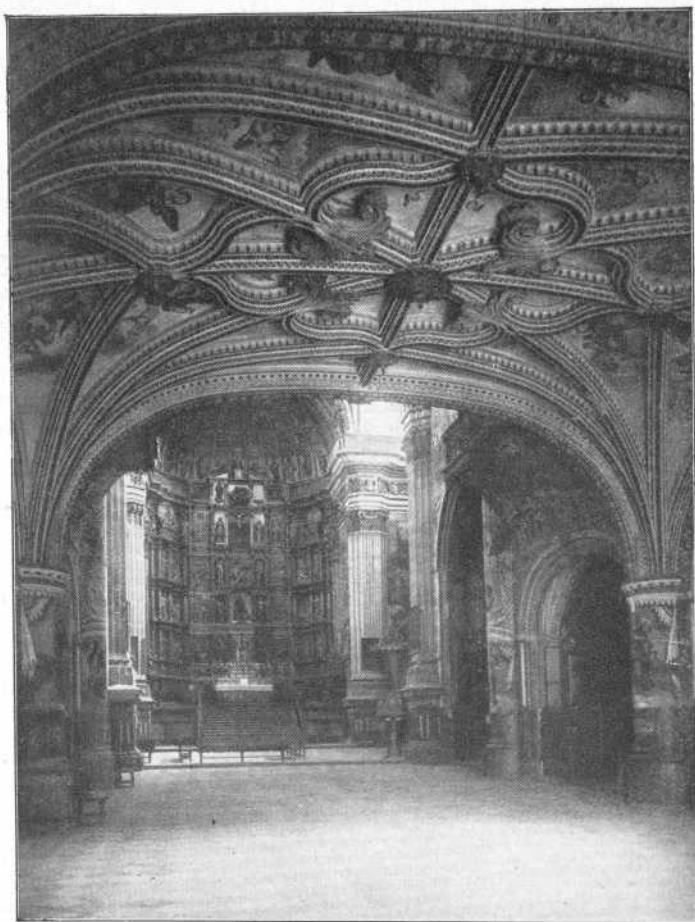
La Catedral, cuya fachada es diseño del granadino Alonso Cano y cuya primera piedra fué puesta en 1523 por Diego de Siloe, aunque tiene en España muchas rivales vencedoras, no deja de ser, exterior e interiormente, un monumento importante y bello.

La Capilla Real empezóse en 1502 y se terminó en 1517; Doña Isabel había muerto en 1504 y Don Fernando en 1516. ¿Fué su maestro mayor o arquitecto el moro aragonés Mohamed Palacios, que estuvo en Granada cuando la conquista y dirigió el camino para la entrada del ejército cristiano? Ignórase, pero así lo suponen algunos. En la Capilla Real están los primorosísimos mausoleos de los Reyes Católicos y de sus hijos Doña Juana la Loca y Don Felipe el Hermoso.

Son verdaderamente preciosos el Monasterio e Iglesia de San Jerónimo, fundado por dichos Reyes; comenzóse a edificarlos en 1496 y en 1513 respectivamente. El gran arquitecto Diego Siloe, a costa de la Duquesa de Terranova, viuda del Gran Capitán, dirigió la construcción de la Capilla mayor, terminándola en 1547; allí se trasladaron cinco años más tarde los restos del famoso héroe, cuya sepultura se halla hacia el centro del crucero y bajo una sencilla losa de mármol blanco en la cual campea elegante epitafio en latín. El magnífico templo es monumento nacional y está lleno de recuerdos artísticos en loor de Don Gonzalo, lo cual no obsta para que se haya visto en el mayor abandono.

Biblioteca Perla

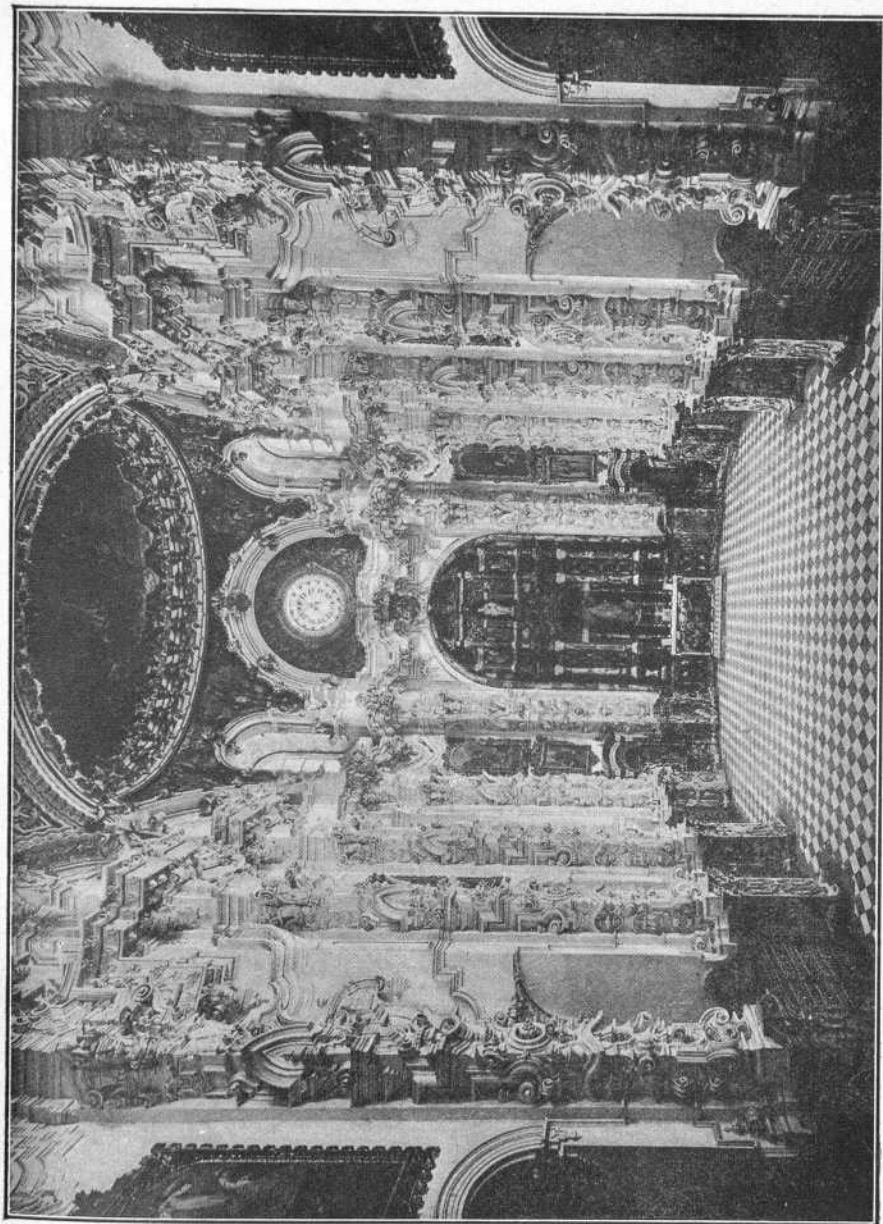
En las afueras de Granada está el Monasterio de la Cartuja, fundado en 1516 por los Monjes del Paular (Segovia), con la poderosa ayuda



GRANADA.—San Jerónimo. Interior

Fot. Lacoste

del Gran Capitán. Lo más notable es la celebrada sacristía, que se abre a la izquierda del Altar Mayor. Labróse esta sacristía por Luis de Arévalo, durando la obra y decoración desde 1727 a 1764; sus



GRANADA.—Interior de la Cartuja. Sacristía de la puerta de entrada

Fot. Garzón



La rendición de Granada, por Pradilla. (Palacio del Senado)

Por. Laurent

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

puertas y las de las alacenas, así como las cajoneras, obra todo ello de Fr. José Manuel Vázquez, se empezaron en 1730 y concluyeron en 1764.

Deslumbrados sus ojos de tanta maravilla, quedáronse nuestros viajeros a descansar aquella noche en Granada, y al alba se levantaron para regresar a Antequera y seguir su excursión por España.

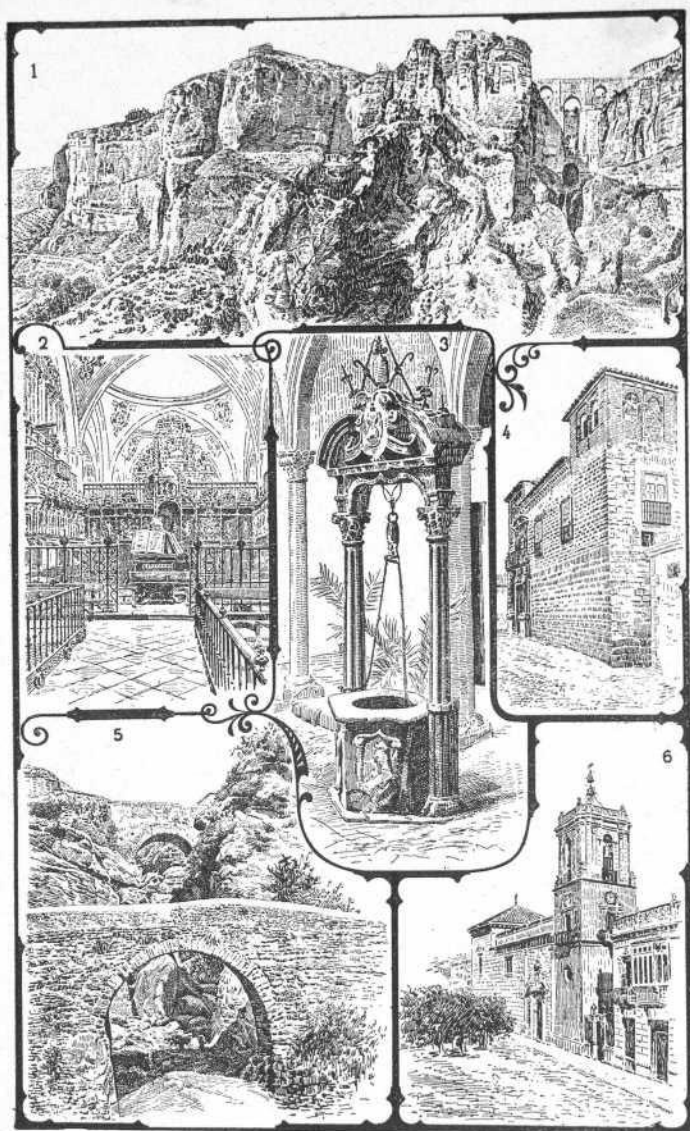
CAPÍTULO VII

Dos días después de volver de Granada, emprendieron nuestros amigos el viaje a Ronda. Sir Roberto tenía gran empeño en visitar esta ciudad, de la cual decía la guía inglesa, que no dejaba nunca de la mano, que no tenía igual en el mundo. Fueron por Casarabonela, pueblo de campiña deliciosa, situado al pie de altísimas peñas.

Escarmentados por la falta que sufrieron de muchas cosas en su expedición a Antequera, se apercibieron esta vez como si hubieran de hacer un largo viaje. Llevaron, pues, hasta herraduras en los sacos de grupa, por si se les desherraban los caballos. Sir Roberto no se olvidó tampoco de echarse encima el mapa, la brújula, el sextante y el cronómetro que, a fuer de precavido, había traído de Inglaterra para orientarse en los campos de España si le acontecía perderse en ellos; como tampoco la famosa guía, que formaba parte integrante e inseparable de su persona. Acompañábanlos esta vez Currillo y Miguel, llevando tras de sí las acémilas.

Comieron en Casarabonela y se proveyeron de vituallas, por si tenían que hacer noche en el camino. Emprendiéronlo en seguida por aquellos riscos y espesuras, que son en extremo selváticos y pintorescos. Deteníanse a cada paso a contemplar los torrentes de agua que se despeñan de las alturas, los espléndidos paisajes, los empinadísimos cerros, coronados a veces de ruinas de castillos, los espesos bosques de robles, encinas y lentiscos, las profundas y escabrosas gargantas.

No pudo menos de sorprenderlos el contraste entre la vegetación, más que primaveral, de las faldas de las montañas que miran a Málaga, y la, todavía casi de invierno, de las que miran a Ronda.



RONDA.—1. El célebre Tajo.—2. Santa María la Mayor, el coro.—3. Artístico brocal, en el patio de la histórica casa de Mondragón (siglo XVI).—4. Fachada del histórico palacio de Mondragón.—5. Puentes romano y árabe.—6. Templo de Nuestra Señora del Socorro

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

—Aunque sólo sea por gozar de la agreste hermosura de este camino se puede hacer el viaje a Ronda,—decía entusiasmado Sir Roberto, muy sensible a los encantos de la Naturaleza.

Nada menos que una semana se pasaron en Ronda nuestros viajeros, recorriendo la ciudad y sus incomparables cercanías.

El famoso «tajo», hendidura gigantesca de 250 pies de anchura y 440 de profundidad, en cuyo fondo ruge el río Guadalvin, divide en dos la abrupta y altísima peña en que la ciudad se asienta. Álzase ésta por la parte de la alameda mil doscientos pies sobre el valle, por donde corre el río luego de salido de su estrecho encierro, ciñéndola en redondo, como el río Tajo a Toledo.

La vista de la vega desde aquellas alturas, y la de las montañas que la limitan por la derecha del espectador, es incomparable.

Un atrevido puente de un sólo arco, a enorme altura sobre el fondo del tajo, pone en comunicación sus márgenes. Se construyó en 1761. Desde él, parece un juguete la aceña movida por el Guadalvin, y hormigas, los molineros que allá en el fondo de la hoz se divisan. Vicente Espinel, que era de Ronda, cuenta en sus *Aventuras del Escudero Marcos de Obregón* haber visto llover en el fondo del tajo y lucir sol espléndido en la ciudad.

No es ese puente el único, pues hay dos más sobre el tajo: uno romano, según dicen; moro el otro.

La ciudad abunda en recuerdos romanos y árabes esparcidos en templos, casas, muros y torres. Hasta treinta y dos iglesias, magníficas algunas, capillas y ermitas se cuentan en su recinto, y multitud de edificios públicos y particulares notables desde el punto de vista artístico, histórico y arqueológico.

Pero todo la que en Ronda y su territorio haya podido hacer el hombre, palidece ante lo que ha hecho la Naturaleza. Su vega es un delicioso vergel, y desde las montañas altísimas que la rodean, se descubren panoramas de sublime hermosura. África, el mar, el Peñón de Gibraltar y multitud de pueblos escondidos en los valles y en las laderas de las montañas, se ofrecen a la vista del que la dirige hacia el Mediodía. El espectáculo no es menos sorprendente para el que mira hacia Levante. Ese descubre a su frente la deliciosa hoya de Málaga, cubierta de ciudades, pueblos, alquerías, huertas y florestas, limitada al frente por el mar, y hacia la izquierda, por las cumbres de Sierra Nevada, coronadas de eternas nieves.

RELACIONES
DE LA VIDA DEL
ESCVDERO MARCOS DE
OBREGON.

AL ILLVSTRISSIMO SE-
ñor Cardenal Arçobispo de Toledo, don Ber-
nardo de Sandoual, y Rojas, amparo de la vir-
tud, y padre de los pobres.

POR EL MAESTRO VICEN-
te Espinel, Capellan del Rey nuestro señor
en el Hospital Real de la ciudad
de Ronda.

Año



1618.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid, Por Juan de la Cuesta

A costa de Miguel Martinez.

Vendefe en la calle mayor, a las gradas de S. Felipe.

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

No se cansaban nuestros viajeros de andar por aquellas campiñas, ni de contemplar sus panoramas. Visitaron la «Cueva del Gato», gruta estalactítica donde nace el río Guadalvin, que pasa por Ronda. Se lo traga la tierra como a una hora de distancia de su nacimiento en la garganta llamada el «Sumidero», que es de los lugares más románticos, selváticos y pintorescos que cabe imaginarse. Pocos paisajes alpinos le igualan en belleza.

A duras penas se decidieron un día a despedirse de Ronda. Acordaron no volver a Málaga, e ir a Sevilla dando un rodeo por Gaucín, Algeciras y Jerez de la Frontera.

—He notado—dijo Sir Roberto—que los campesinos de estas comarcas no son tan perezosos y abandonados como generalmente se dice que lo son los labriegos españoles.

—Es una de tantas calumnias que nos han levantado extranjeros que no nos conocen, y compatriotas nuestros que nos conocen todavía menos. Nada es más común en España que los vituperios contra la holgazanería de nuestro pueblo en boca de personas que no han trabajado nunca en cosa de provecho, y que sólo conocen de España los adoquines de las calles de Madrid. A esos franceses, tan dispuestos a echarnos en cara nuestra holgazanería, los están enriqueciendo los campesinos de nuestras provincias de Levante, convirtiendo en vergeles los arenosos campos de Argelia.

En esas y otras pláticas entretuvieron nuestros viajeros el tiempo hasta llegar a Gaucín, donde acordaron pasar la noche.

CAPÍTULO VIII

ESTE pueblo de Gaucín—decía D. Antonio María yendo al día siguiente camino de Algeciras—es famoso por haber muerto en sus cercanías Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

—Es raro—dijo Sir Roberto—que se aplicara el sobrenombre de «Bueno» a quien se llamaba «Bueno»; pues no sólo en inglés, sino en las demás lenguas germánicas, «hombre bueno» se dice por palabras que suenan próximamente como el apellido «Guzmán».

—No es sino una rara coincidencia,—le contestó D. Antonio María,—porque el apellido «Guzmán», que es muy anterior a Guzmán el



Bueno, procede de un castillo o lugar de ese nombre en el reino de León, donde tenía su solar esa familia.

Aquel día, como el anterior, era molesto y escabrosísimo el camino, pero admirable por los panoramas que desde él se divisaban, y que obligaban a nuestros viajeros a detenerse a cada paso para contemplarlos. Más de una vez se apearon y se sentaron en las rocas o en la hierba para gozar a su sabor de aquellas vistas.

—Pocos lugares habrá en el mundo más interesantes desde el punto de vista histórico que los que estamos contemplando,—decía D. Antonio María.—Todas las razas han pasado por ellos. Ahí, a nuestros pies, tenemos una de las famosas columnas de Hércules; allá, en la lejanía, la otra. Al pie de ese peñón están las ruinas de Carteya, llamada Tarteso por los griegos, y que ya menciona Herodoto como corte de Argantonio. Por ese Estrecho tenían forzosamente que pasar las naves fenicias para ir en busca de estaño a las Islas Casitéridas, que hoy llamamos Británicas, y por sus mismas aguas navegaron tiempo adelante griegos, cartagineses y romanos. Siglos después lo cruzaron los francos y los vándalos, y trescientos años más tarde, los árabes, para hacer la conquista de España. En uno de esos lugares, dentro del alcance de nuestra vista, se riñó la batalla en que quedó destruido el Imperio gótico. Allí, en Tarifa, que estamos viendo, se dió la última gran batalla de la Reconquista; y ahí más cerca, en Algeciras, se oyó por primera vez en España—¿y quién sabe si en Europa?—el estampido del cañón.

—He leído distintas versiones sobre la invención de la pólvora y el uso de las armas de fuego,—dijo Willy;— os agradeceré que me aclaréis el asunto. ¿Fueron los árabes, los moros, los alemanes o los chinos, los inventores de la pólvora? ¿Fué en Algeciras o en Crecy donde se emplearon por primera vez los cañones?

—Desde luego puedo asegurar que en Algeciras se emplearon los cañones; pero fué sólo por los moros sitiados, no por los cristianos sitiadores. La crónica de Alfonso XI habla de un modo inequívoco de las balas que lanzaban los moros, y de los cargamentos de pólvora que les llegaban de África. Si en la batalla de Crecy se emplearon cañones, no lo sé; Froissart no los menciona al referir esa batalla, aunque habla circunstanciadamente de ellos en muchísimos pasajes de sus crónicas relativas a tiempos posteriores, muy dentro

del siglo XIV. Pero si hubo cañones en Crecy, fueron posteriores a los de Algeciras; porque el sitio de Algeciras duró de 1342 a 1344, y la batalla de Crecy se dió en 1346.

—¿Y de dónde recibirían los moros de Algeciras el conocimiento y uso de la pólvora y los cañones?—preguntó Sir Roberto.

—Ese es otro punto muy oscuro, y también muy discutido. Muchos creen hoy en España que los asiáticos inventaron la pólvora y las armas de fuego, y que de ellos pasó su conocimiento y empleo a los moros africanos; pero, como hay datos positivos en los archivos de las ciudades de Flandes acerca de la existencia allí de cañones más de cuarenta años antes de sitio de Algeciras; como esas ciudades tenían relaciones comerciales con el mundo entero, y como la opinión más admitida atribuye a un monje alemán la invención de la pólvora, me inclino a creer que, lo mismo ella que las armas de fuego, tienen origen europeo, y que de Europa pasaron a África y Asia. Agréguese a esto que ninguna palabra referente a artillería es arábica, que desde el principio de usarse cañones en España fueron alemanes y flamencos los empleados en su fabricación y servicio, y que la artillería estuvo en los primeros tiempos de su uso más adelantada en Francia, Aragón y Navarra, que no estaban en contacto con los moros, que en Castilla, que tenía que estar muy en relaciones con ellos, y la probabilidad de que procedan del centro de Europa, y no de África ni de Asia, aumenta considerablemente.

—Por supuesto,—dijo Willy,—que los cañones con que tiraban los moros de Algeciras serían imperfectísimos.

—De lo que dice la crónica de Alfonso XI pudiera inferirse que eran más perfectos que los que se usaron siglo y medio después, porque esa crónica habla de balas de hierro del tamaño de naranjas, mientras que en tiempo de los Reyes Católicos se disparaban enormes balas de piedra, llamadas bolaños, para labrar las cuales había que llevar una muchedumbre de canteros tras de la hueste. Y eran tan imperfectas las piezas de artillería en ese tiempo, que alternaban con los antiguos ingenios. En cambio, consta que los alemanes, los franceses, los suizos, los flamencos y los borgoñones usaban ya piezas de artillería mucho más ligeras y perfectas que las nuestras. Estábamos tan rezagados en cuanto a artillería y armas de fuego, que apenas llevamos escopeteros a las conquistas de Méjico y del Perú, que fueron muy dentro del siglo XVI.



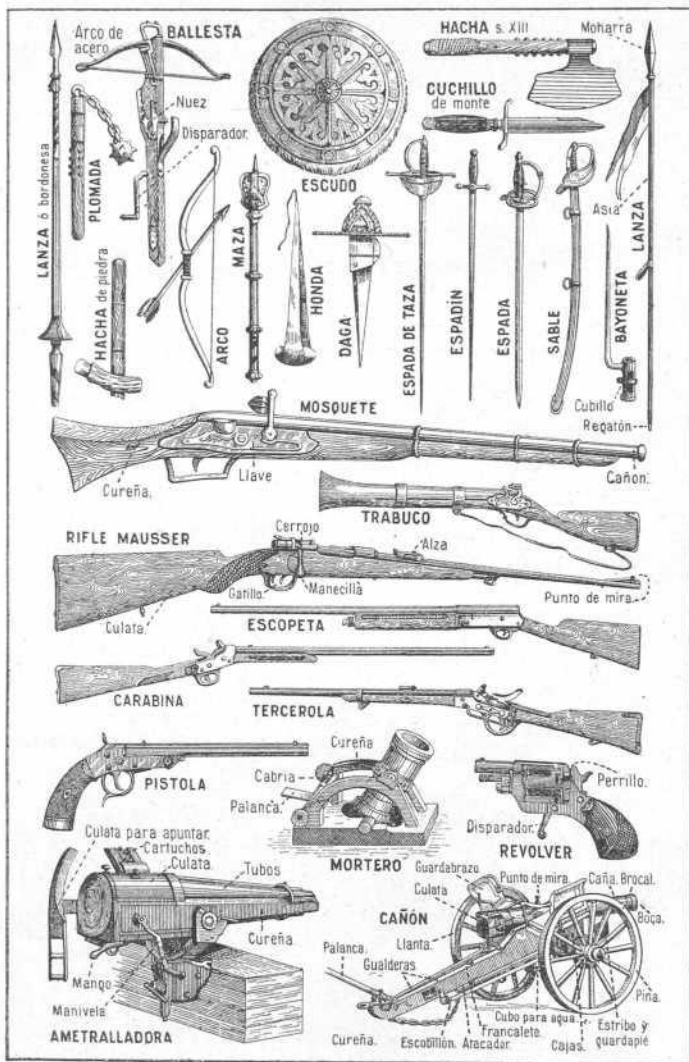
Arcabuz o escopeta de rueda del siglo XVII. (Perteneció a Felipe IV, y está guarnecida de piedras preciosas. Se guarda en el Museo Arqueológico Nacional.)

—¿Y cómo eran los cañones de ese tiempo, D. Antonio María?

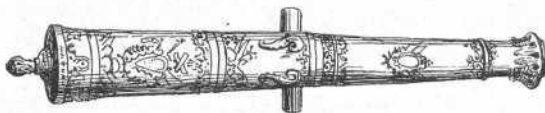
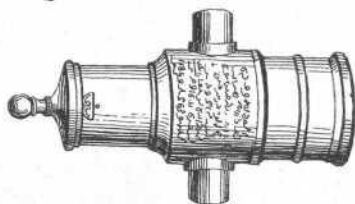
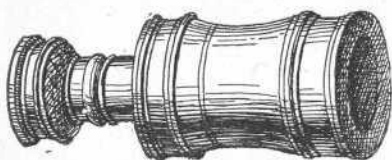
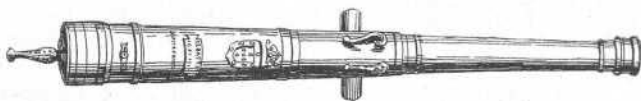
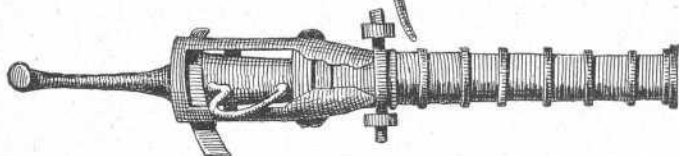
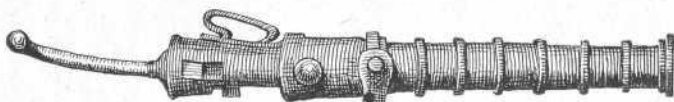
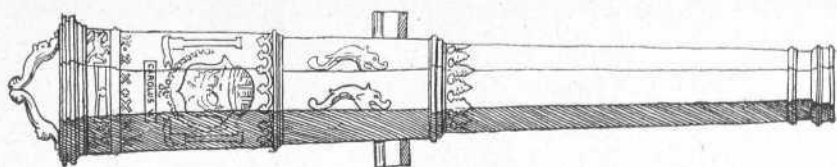
—Se hicieron al principio, y por mucho tiempo, de barras o tiras largas de hierro forjado, muy juntas unas con otras en todo su largo, fuertemente trabadas por aros o zunchos del mismo metal, que llevaban unas anillas, por las que se pasaban cuerdas para sujetarlos a la cureña. Y, asómbtrate, Willy: esos primeros cañones se cargaban por la culata, como los de hoy, para lo cual se usaba una pieza suplementaria de quita y pon, llamada «servidor», en la que se ponía la carga.

—¿Y por qué se hacían los cañones de barras juntas de hierro de ese tamaño, y no de una sólo pieza?

—Porque el estado de la metalurgia del hierro en aquella época no consentía forjar masas de hierro de ese tamaño. El haberse sustituido el bronce al hierro en la fabricación de las piezas de artillería, fué un adelanto que no llegó a España hasta que Carlos V trajo de



Armas antiguas y modernas



Diversos tipos de cañones

Flandes cañones de bronce y maestros de fundirlos, que montaron aquí su industria. Por cierto que Málaga fué uno de los primeros lugares de España en que hubo fundición de cañones de bronce. Después se establecieron en otras partes; hoy sólo tenemos la de Sevilla. Como obras de arte, las piezas de bronce de los siglos XVI, XVII y XVIII son admirables, y de ellas nos quedan muchísimas. De los antiguos cañones, hechos de barras de hierro, hay muchos en algunos lugares de España. No lejos de aquí, en Baza, había hace poco bastantes de ellos tirados por el suelo o sirviendo de guardacantones.

CAPÍTULO IX

AQUELLA noche llegaron los expedicionarios a Algeciras. La ciudad tiene poco que ver, porque es moderna y carece de monumentos notables. Su primera fundación data de la invasión árabe. En 1278 le pusieron sitio los cristianos; pero tuvieron que levantarlo a toda prisa. Entonces fundó el rey Aben Jucef, de Marruecos, a Algecira la nueva, en el mismo lugar en que había estado asentado el real cristiano. Hubo, pues, desde entonces dos ciudades reunidas, aunque cada una de ellas con su correspondiente cerco de murallas: Algecira la vieja, de la que sólo queda la torre llamada de la Villa vieja, y Algecira la nueva. Por eso se dice *Algeciras*, en plural, el nombre de esa ciudad.

Estas noticias daba D. Antonio María a sus acompañantes paseando al día siguiente por las afueras.

—En 1390—prosiguió—fué de nuevo sitiada por los cristianos, que tenían gran empeño en quitarle al rey de Marruecos ese punto de apoyo en nuestra costa. Pero entonces debía de ser fortísima Algeciras, porque tampoco consiguieron tomarla. En cambio, se apoderaron de Gibraltar. Súpose en el real cristiano que estaba desapercibida, y saliendo de la hueste sitiadora un destacamento, compuesto todo él de gente del concejo de Sevilla mandada por D. Alonso de Guzmán, D. Juan Núñez de Lara y D. Fernando Gutiérrez, arzobispo de Sevilla, la tomó casi por sorpresa.

—Pues fué una hombrada,—dijo Sir Roberto.

—No tanto como hoy nos parece,—le contestó D. Antonio María,— porque, en aquel tiempo, tomar a Gibraltar no era, como lo sería hoy, tomar el Peñón, sino nada más que la ciudad y su castillo, que ocupaban el extremo septentrional del actual caserío. Tampoco se pudo tomar a Algeciras en 1309. Fué necesario el larguísimo sitio que le puso D. Alfonso XI, de 1342 a 1344, para que se hicieran dueños de ella los cristianos. En aquel sitio fué cuando emplearon cañones los moros. Fué famosísimo y asistieron a él muchos personajes extranjeros: hasta reyes. Toda la importancia que hasta entonces había tenido Algeciras, pasó a Gibraltar de allí en adelante. Al-

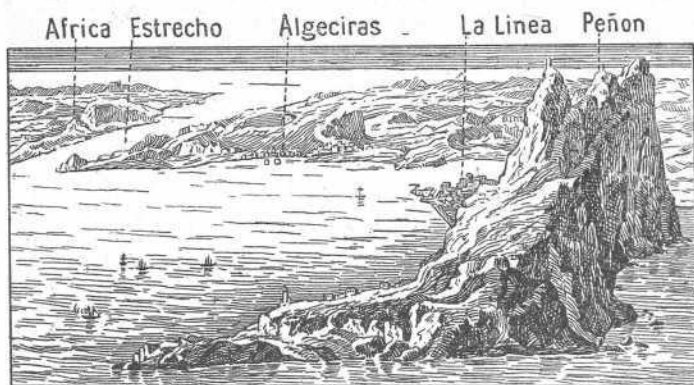


Gráfico del Estrecho de Gibraltar

geciras fué tomada y arrasada en 1346 por el rey moro de Granada, y quedó convertida en un despoblado: hasta hace unos ciento sesenta años no comenzó a repoblarse de nuevo. En cambio, Gibraltar cayó otra vez en poder de los moros en 1333, antes del sitio de Algeciras, habiendo intentado en vano recobrarla D. Alfonso XI en los dos sitios que le puso, uno en ese mismo año de 1333, y el otro, en 1349.

—Es que hay pocas plazas fuertes en el mundo que hayan sufrido más sitios que Gibraltar,—dijo Sir Roberto.

—Catorce, a lo que recuerdo,—dijo D. Antonio María.

—Precisamente catorce,—le contestó Sir Roberto.

Un viaje por España

—Pero no olvidemos,—dijo D. Antonio María,—que tan fuerte como Gibraltar es hoy, tan débil era antes de usarse la artillería.

—¡Cómo! ¡No lo entiendo!—dijo Sir Roberto.

—Pues es muy claro,—le replicó su interlocutor.—Desde que se vulgarizó el uso de los cañones, vino a constituir la plaza de Gibraltar el Peñón todo entero, que domina por su altura al mar y a los campos vecinos, mientras que antes la ciudad estaba dominada por el Peñón, que era lo que primero ocupaba el ejército que la sitiase. En 1333, el Rey de Castilla puso su campo en el arenal que une al Peñón con el continente, y mandó por mar un fuerte destacamento que ocupase el Peñón. Una ciudad dominada tan de cerca por un monte de tan grande altura, tenía muy malas condiciones de defensa. Con las antiguas máquinas, no sólo se alcanzaba a la ciudad desde lo alto del Peñón, sino también al mar. Los moros tuvieron que blindar con gruesos maderos sus atarazanas y sus barcos, para librarlos de los proyectiles que les lanzaban los sitiadores desde la cumbre del monte.

—Pero desde la invención de la pólvora y el empleo de la artillería, esa plaza se ha hecho inexpugnable,—dijo Sir Roberto.

—Reíos de cuentos, Sir Roberto. No hay plazas inexpugnables; y lo prueban esos mismos sitios de Gibraltar, en que se funda la idea de la inexpugnabilidad. Si en el último, de 1779 a 1783, el que llaman «largo», no hubiera sido socorrida varias veces, en 1780 por la escuadra de Rodney, en 1781 por la de Darby, y en 1782 por la de Howe, hubiera tenido que rendirse. Cualquiera plaza marítima es inexpugnable si el dueño de ella es superior en el mar a su adversario. Lo que hace hoy inexpugnable a Gibraltar es el poder naval de Inglaterra.

—Creo que estáis en lo firme,—le contestó Sir Roberto.

—Como Algeciras no ha sido cristiana sino desde que se apoderó de ella D. Alfonso XI hasta que la destruyó el Rey de Granada, y los ciento setenta de su nueva existencia, su historia es toda musulmana. ¿No saben ustedes qué personaje ilustre nació en ella?

—Creo que el famoso Almanzor,—dijo Frasquito.

—El mismo. No porque fuera musulmán dejó de ser un grande hombre; y en cuanto a naturaleza, tan español era como el que más, pues había nacido en España, donde llevaban más de doscientos treinta años de vivir sus antepasados. Comenzó siendo un pobre estu-

diante, y, gracias a sus talentos, llegó a ser primer ministro del Califa y verdadero rey de la España musulmana. Tan a maltraer trajo a los cristianos, que los forzó a refugiarse en lo más recóndito de las montañas del norte. Se apoderó por asalto de Barcelona, de Zaragoza, de León y de Santiago de Galicia.

—Pero, al fin, reunidos, todos los reyes y condes cristianos, llegaron a vencerle en Calatañazor,—dijo Frasquito.

—No olvides, Frasquito, que esa batalla es fabulosa.

—¿No sería un combate de menos importancia que la que se le atribuye? Yo he leído que bien pudo ser así.

—Nada; después de las pruebas que da Dozy de que no hubo tal batalla, no puede admitirse en su lugar ni una escaramuza. Ninguno de los que combaten la opinión de ese autor ha logrado destruir ni uno sólo de sus argumentos.

CAPÍTULO X

AQUELLA misma tarde salieron de Algeciras nuestros viajeros, y fueron a dormir a Tarifa.

Es la ciudad más meridional de España, y muy curiosa por varios conceptos. Conserva sus murallas y su alcázar moriscos. También se enseña la torre o cubo desde cuyo adarve arrojó D. Alonso de Guzmán su daga a los sitiadores cuando le amenazaron con degollar a su hijo Pedro Alonso si no entregaba la plaza.

—Mi «guía» dice que al lanzar la daga, exclamó D. Alonso: «Mejor quiero honra sin hijos, que hijos sin honra»,—dijo Sir Roberto.

—No es esa versión la más admitida,—le contestó D. Antonio María.

—Las palabras que se le atribuyen son estas otras: «Infante, si no tenéis cuchillo para degollar a mi hijo, ahí va el mío.»

—He leído en alguna parte que la madre murió de dolor a muy poco de ese suceso,—dijo Sir Roberto.

—Tampoco es exacto. Don Alonso Pérez de Guzmán murió diecisiete años después en una cabalgada por la serranía de Gaucín; y en cuanto a su viuda, doña María Coronel, duró hasta muy adentro del siglo XIV. El sepulcro de ambos está en la iglesia de San Isidro del Campo, en la aldea de Santiponce, cerca de Sevilla. Una de las

Un viaje por España

curiosidades de Tarifa es el modo de ponerse la mantilla las mujeres descubriendo sólo uno de los ojos, como lo hacían las de Lima. Pero, hablando de otra cosa, ¿tienen ustedes listas las escopetas?

—¿A qué viene esa pregunta?—dijo Sir Roberto;—¿acaso tendremos que habérmolas con bandidos?

—No; sino que se me ha ocurrido una idea, que creo ha de merecer la aprobación de ustedes.



Fot. Rudé

SEVILLA.—Monasterio de San Isidoro del Campo.

—¿Cuál?

—Que salgamos de aquí cuanto antes, y que vayamos a la laguna de la Janda a cazar ánades.

—¡Magnífico!—exclamaron todos a una.

Llamaron, pues, a Currillo y a Miguel, y les mandaron que lo dispusiesen todo para ponerse al momento en camino.

—Con que compren pan y vino, basta,—dijo D. Antonio María;—porque nosotros, con las escopetas, nos encargaremos de hacer provisión de otros artículos comestibles, y bien sabrosos.

Listas ya las cabalgaduras, y provistas las alforjas, salió la caravana de Tarifa por el camino de Vejer de la Frontera.

—Ved este llano que se extiende entre Tarifa y las montañas; ved también ese riachuelo que vamos a atravesar. Aquí se dió el 29 de Octubre de 1340 la batalla de Tarifa, que fué la última que se riñó en los ocho siglos de la Reconquista. Del lado de los cristianos, estaban el rey de Castilla D. Alfonso XI y el de Portugal, su suegro, que se llamaba también Alfonso, cuarto de los de su nombre que allí reinaron; del de los moros, Abulhacem, rey de Marruecos, y Yussuf, rey de Granada. La huéste cristiana estaba en la margen derecha de ese río, que se llama el Salado; la hueste mora, de este de acá. Las

fuerzas que acaudillaba el rey de Portugal formaban el ala izquierda cristiana, apoyándose en esas montañas que ahí vemos, y tenían enfrente a las del rey de Granada, que formaban el ala derecha enemiga. Los primeros que pararon del lado de acá del río Salado fueron Gonzalo Ruiz de la Vega, con el pendón de D. Fadrique, hijo bastardo del rey, de quien era mayordomo mayor, y de cuyas fuerzas era caudillo, y su hermano Garcilaso de la Vega, con el pendón y gente de D. Fernando, también hijo ilegítimo del rey. Ambos hermanos, Gonzalo Ruiz de la Vega y Garcilaso de la Vega, vestían sobre las armas aquel día sobrevestas amarillas con el



Retrato de Garcilaso
de la Vega

lema «Ave María, gratia plena», bordado en letras azules.

—Pues yo he leído—dijo Frasquito—que el origen de esa divisa fué la hazaña de un Garcilaso, paje del rey, que, cuando los Reyes Católicos tenían sitiada a Granada, rescató una cinta en que estaban escritas esas palabras del «Ave María», la cual llevaba atada a la cola de su caballo el moro Tarfe, vencién-dole antes en singular combate. Añade el romance que Garcilaso se llamó en adelante «de la Vega» por haber sido en la Vega de Granada donde hizo esa hazaña.

—Figuran en nuestra Historia muchos Lasos de la Vega, y en muy altos y señalados puestos, en tiempos muy anteriores al reinado de los Reyes Católicos y a la guerra de Granada.

Un viaje por España

—¿No sigue usted contándonos la batalla de Tarifa?—dijo Willy.

—Queda muy poco que contar. Al mismo tiempo que la hueste cristiana embestía de frente a los moros, les caía por la espalda Juan Alonso de Benavides, alcaide de Tarifa, con la guarnición de ella y con los caballeros cristianos que habían ido a engrosarla la noche anterior atravesando las líneas moras; porque habéis de saber que el motivo de la batalla fué el haber acudido el rey de Castilla a levantar el sitio que Abulhacem tenía puesto a Tarifa desde bastante tiempo antes. La victoria de los cristianos fué completa, y la mortandad de los moros, espantosa. Doscientos mil se dice que perdieron allí la vida, aunque excuso deciros que no lo creo.

—Pero, ¿cuántos eran los moros?—preguntó Willy.

—Se dice que seiscientos mil; pero tampoco lo creo, entre otras razones, porque si de veras hubiera habido seiscientos mil moros, ni los cristianos, que sólo eran veintitantos mil, hubieran ganado la batalla, ni se habrían atrevido a darla, porque en ninguna parte se dice que el rey D. Alfonso hubiera perdido el juicio.

—¿Y cuántos creéis que serían?

—¡Qué sé yo! La Crónica dice que la expedición pasó de África a Gibraltar en doscientas y tantas naves: pongamos doscientas cincuenta. Si suponemos que pasasen doscientos hombres en cada una, que ya es bastante, porque las naves no eran muy grandes, y hay que contar con los caballos, que eran muchos, y con los víveres y pertrechos necesarios a todo ejército, nos salen cincuenta mil moros, que creo serían los más que allí habría.

—¡Pues no hacéis floja rebaja!—dijo riéndose Sir Roberto.

—Sir Roberto, el que ha sido militar, como yo, sabe lo que es mover tropas, lo que es transportarlas a través del mar, y, sobre todo, alimentarlas.

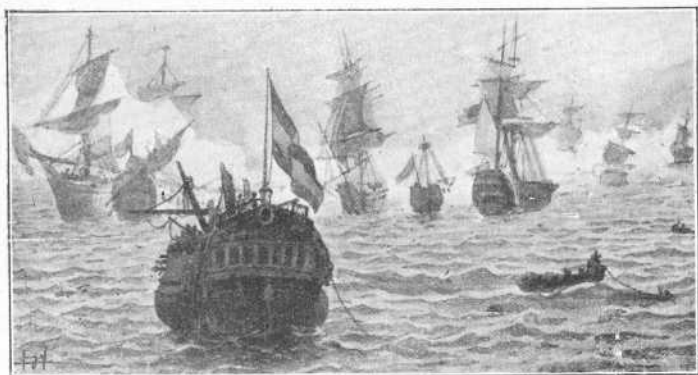
CAPÍTULO XI

TODAVÍA era temprano cuando llegaron nuestros viajeros a la laguna, de modo que pudieron aprovechar unas cuantas horas de la tarde cazando agachadizas, chorlitos y ánades.

—Si estuviéramos en Noviembre o Diciembre,—decía D. Antonio María,—veríais la buena caza que hacíamos.

Cazaron durante el día algunas abutardas y chorlitos, y a la caída de la tarde se acercaron a la laguna, por ser esa hora la mejor para tirar a los ánades.

Como a las nueve, se decidieron a abandonar aquellos parajes y a emprender el camino de Vejer. Al cruzar el río Barbate, les recordó D. Antonio María que allí mismo, y no en las orillas del río Guadalete, debió de darse la famosa batalla que abrió a los moros las puertas de España. Les dijo que la opinión de más autoridad es hoy la que atribuye la invasión de los árabes al estado de división que había en el Imperio gótico entre los partidarios de que se si-



Batalla de Trafalgar

guiera proveyendo el trono por elección, y los que querían hacerlo hereditario en la familia de Witiza, los cuales llamaron a los árabes en su ayuda y habían proclamado a un Achila o Aquila, hijo de Witiza, por rey de la provincia Tarraconense; hecho acreditado por ciertas monedas recientemente descubiertas.

Añadió que también se negaba hoy que hubiera sido en Guadalete la batalla con los moros, y que muriera en ella el rey Rodrigo, creyéndose que vivió algunos, aunque pocos años más, y que siguió defendiéndose en las sierras vecinas de la ciudad de Viseo hasta su muerte, que debió de ser en algún combate de poca importancia reñido por allí cerca; lo que explica que se encontrase algunos siglos

después en Viseo su sepulcro, y que se acuñasen monedas con su nombre en tiempo posterior al de aquella batalla.

—Por último,—dijo,—además de las divisiones políticas y de las divisiones sociales, debía de haberlas también, y muy hondas, entre unas y otras regiones o provincias de aquella Monarquía; porque no mucho tiempo antes se había rebelado la provincia Narbonense con el conde Paulo; poco después (de aceptarse las opiniones modernas) se había proclamado independiente la Tarraconense con Achila, y al tiempo de la invasión de los árabes estaba sublevada la Vasconia.

—¿Y hay muchas monedas de D. Rodrigo posteriores al tiempo en que se había supuesto su muerte?—preguntó Sir Roberto.

—Creo que no hay más que una, que se conserva en Lisboa; pero con una sólo es bastante para justificar la opinión que os dije. Esa moneda es de oro, lo mismo que todas las góticas que tenemos.

—¡Cómo! ¿Tan ricos eran los godos de España, que sólo tenían monedas de oro?

—Es de creer que hubiese tan enorme cantidad de monedas romanas de plata y de cobre, que no hiciese falta acuñarlas de esos metales. Aun las de oro góticas escasean, por lo cual hay que atribuirles carácter más bien de medallas para conmemorar acontecimientos notables, que de monedas de cambio. Hasta ese mismo siglo han circulado como corrientes en España monedas romanas de cobre: tal es su abundancia.

Sólo se detuvieron nuestros amigos en Vejer de la Frontera el tiempo preciso para admirar la vista espléndida que desde esa villa se disfruta, tanto sobre el mar como sobre tierra.

—Ahí tenéis—dijo D. Antonio María—el famoso cabo de Trafalgar, donde se dió la batalla naval en que Nelson ganó, a costa de su vida, la libertad y la independencia de su patria.

—¿Cómo?—preguntaron a coro Sir Roberto, Willy y Frasquito.

—Sí; porque si Nelson hubiera perdido esa batalla, Napoleón habría invadido a Inglaterra con el ejército que tenía dispuesto en la rada de Boloña. Es difícil saber lo que hubiera pasado; pero habría sido muy distinta la historia de Europa y del mundo. Ya véis lo que pueden influir el valor, la capacidad o la buena suerte de un hombre en el porvenir del género humano.

—En esa batalla—dijo Willy—combatieron valerosísimamente las naves españolas.

—Nuestros marinos se portaron como héroes, y los ingleses han sido los primeros en reconocerlo. Gravina murió de las heridas que recibió en el combate, y D. Cosme de Churruca, que mandaba el *San Juan Nepomuceno*, tuvo una muerte gloriosísima combatiendo contra seis navíos ingleses a un tiempo. Habiéndole llevado una pierna una bala de cañón, se hizo meter en un barril de serrín para contener la sangre, y siguió dictando órdenes hasta su último instante. La última que dió fué la de clavar la bandera, porque estaba decidido a que no se arriara mientras él estuviera vivo. No sólo fué un héroe, sino un sabio de reputación europea por sus mapas y tra-



Federico de Gravina
(1756-1805)

bajos hidrográficos. Pero no fueron sólo Gravina y Churruca los que se distinguieron en Trafalgar, sino todos los marinos españoles que tomaron parte en ese combate.

—Los franceses parece que estuvieron flojillos,—dijo Willy.

—Hubo de todo. Algunos de sus navíos combatieron muy bien; pero los que mandaba Dumanoir se retiraron del combate sin entrar en fuego. Entre ellos hubo dos, el *Neptuno*, español, mandado por D. Cayetano Valdés, y el *Intrépido*, francés, mandado por por Inernet, que se negaron a retirarse y acudieron al fuego. Lo que no puede leerse sin indignación—acabó diciendo D. Antonio María—es la relación que hace Thiers de ese combate en su *Historia del Consulado y del Imperio*, obra que es toda ella, de la cruz a la fecha, una serie de embustes, que, sin embargo, se ha tenido en España la imbecilidad de traducir al castellano.



Cosme Damián de
Churruca
(1761-1805)

Un viaje por España

De Vejer fueron a Chiclana, atravesando el campo de batalla de Barrosa.

Chiclana ofrece preciosa vista con sus casas blancas como la nieve y sus jardines. Fué fundada por D. Alonso de Guzmán el Bueno, en cuyo tiempo era un despoblado.

Casi toda esta tierra comprendida entre los ríos Guadalete y Guadiaro era antiguamente, incluso la ciudad y el Peñón de Gibraltar, de los duques de Medina Sidonia, descendientes de Guzmán el Bueno. Entre ellos y los duques de Arcos se repartían una extensión grandísima de la Andalucía baja, en que estaban enclavadas muchas y grandes y populosas ciudades y villas.

La rivalidad entre los representantes de ambas casas tuvo a toda esta región de Andalucía dividida en bandos, que se hacían guerra implacable en las ciudades y en los campos. Las calles de Sevilla eran teatro de sangrientas refriegas; las casas de muchísimos caballeros afiliados a una u otra parcialidad, estaban convertidas en verdaderas fortalezas muradas y torreadas; hasta llegó a reñirse una batalla naval entre las flotas de los duques de Arcos y de Medina Sidonia. Duró esa violentísima situación casi todo el siglo XV, hasta bien entrado el reinado de Isabel la Católica, la cual se dió maña para poner paz entre esas dos casas rivales.

Estas noticias históricas iba dando D. Antonio María a sus compañeros de viaje por el camino de Chiclana a Medina Sidonia.

Recordó que en toda aquella costa, y especialmente en Conil, había sido en extremo productiva en otro tiempo la almadraba, o pesca del atún, que se hacía por Mayo y Junio, y que atraía muchísima gente, que hacía de ella ocasión de holgorios y regocijos como si fuera una feria o una romería.

Antiguamente era muy pingüe negocio el de la almadraba, pero ha venido a menos hace tiempo, atribuyéndolo muchos al famoso terremoto de 1755, que fué el mismo que arruinó a Lisboa, que aglomeró mucha arena en toda aquella costa, y alejó de ella a los atunes, que quieren aguas más profundas.



Horacio Nelson
(1748-1805)

CAPITULO XII

AL día siguiente se encaminaron a Jerez de la Frontera.

—Aquí, lo que más habrá que ver serán las bodegas,—dijo Sir Roberto a sus amigos cuando se disponían a salir a la calle, después de haberas respuesto con un tranquilo sueño de las fatigas de las cacerías de los días anteriores.

—La fabricación del vino constituye, sin duda, la principal industria de esta ciudad. Pero, aun sin ella, es muy notable por sus edificios públicos y particulares, y por su historia, que es muy interesante; porque fué quitada a los moros, recobrada por ellos, y vuelta a



Napoleón I (1769-1821)

tomar por los cristianos.

—¿Y se debe la fama de sus vinos a los procedimientos de elaboración, o a sus cualidades naturales? —preguntó Willy.

—Alguna parte habrá que atribuir, indudablemente, al cuidado que se pone en fabricarlos y a la experiencia que se tiene en la manera de hacer las mezclas para obtener cal-

—La fama del vino de Jerez es ya antigua,—dijo Sir Roberto;—porque, según Vizetelly, era ya muy apreciado en Inglaterra en tiempo de nuestro rey Enrique VII, contemporáneo de vuestros Reyes Católicos.

—Como que la mayor y mejor parte del vino de Jerez se exporta de España,—dijo D. Antonio María.

—Yo no estoy muy enterado de su fabricación,—dijo Willy.

—En general—le contestó D. Antonio María—se reduce a exprimir la uva, bien pisándola en el lagar, bien prensándola por cualquier otro medio, bien pisándola primero y prensando después el orujo para extraerle el mosto de que está impregnado, que es lo que comúnmente se hace. El mosto fermenta durante un período de tiempo variable según su calidad y la temperatura ambiente, y una vez acabada la fermentación, se le encierra en grandes vasijas, que en unos lugares son de madera, como pipas o toneles, y en otras, de barro, a manera de tinajas, y se guarda en cuevas o bodegas todo el tiempo que se quiera, porque el vino es tanto mejor cuanto más viejo. Cuando la fabricación es esmerada, suele trasvasársele más o menos veces en períodos determinados, agregarle ciertas substancias que ejercen sobre él acción química en tal o cual sentido y hacerse mezclas de mostos de distintos años.

—¿Y a eso se reduce la fabricación del vino?

—A eso sólo. Ya ves si será sencilla, que fué el primer invento que hizo el hombre después del Diluvio. ¿No recuerdas la historia de Cam?

Esa conversación la tenían andando por las calles.

—Estas casas son muy hermosas y confortables,—dijo Sir Roberto.

—Son muy parecidas a las de Sevilla,—le contestó D. Antonio María.—Las casas de Andalucía son todas por el mismo estilo: un patio central rodeado de arcadas sostenidas sobre columnas, y una galería en torno suyo, a la cual dan las puertas de las habitaciones; y cuando la casa tiene piso alto, otra galería arriba y otras habitaciones que corresponden exactamente con las de abajo. En invierno se vive en el piso alto, y en verano, en el bajo. Algunas veréis que son verdaderas obras de arte. El Alcázar, que está cerca de la Alameda vieja, se distingue por su gallarda torre del homenaje, y otra ochavada, que descuellan sobre sus almenados muros.

Vieron después la Colegiata, que está cerca del Alcázar, donde, además de la iglesia, hay un Museo de monedas, medallas y camaféos; visitaron la iglesia de San Miguel, restaurada hace pocos años, que es de estilo gótico y de mucho mérito; las, también góticas, de Santiago, Santo Domingo y la Merced; la de estilo mixto, gótico y mudéjar, de San Dionisio, que es notabilísima, y las de San Lucas, el Carmen, la Trinidad, San Mateo y San Juan de los Caballeros.



Fot. Laurent

JEREZ DE LA FRONTERA (Cádiz).—Interior de la iglesia de la Cartuja

Un viaje por España

Después recorrieron algunos edificios civiles, como el Cabildo Viejo, o antiguas Casas Consistoriales, convertido hoy en Biblioteca provincial; varios que fueron conventos, dedicados al presente a colegios, hospitales y otros usos; el nuevo Mercado central y la hermosa casa de los Riquelmes. Es también digno de mención el acueducto, de más de ocho leguas de largo, que conduce a Jerez las aguas de los manantiales de Tempul, y el gran depósito de ellas en que termina, situado en un alto cerco, llamado del Calvario, desde donde se reparten por la ciudad.



Fot. A. González

JEREZ DE LA FRONTERA (Cádiz).—Antigua Casa Consistorial

Como habían montado a caballo para ver el acueducto y recorrer los alrededores, decidieron aprovechar la tarde yéndose de paseo a la Cartuja, que dista como una legua de la ciudad y es un soberbio edificio de estilo gótico, con añadiduras del Renacimiento, cuya fundación data de 1477, y que pasa, con razón, por ser el primer monumento artístico de la provincia de Cádiz.

Las viñas del convento tenían fama, y también sus yegudas. Allí está el primer depósito de caballos sementales. De todo el edificio, sólo la iglesia permanece con su primitivo destino.

—Toda esta región comprendida entre Sevilla y Jerez fué siempre famosa por sus caballos, que pasaron en todo tiempo por los mejores de España. De Utrera fueron a América los primeros caballos que

allí hubo; porque no ignorarán ustedes—dijo D. Antonio María—que en el Nuevo Mundo, donde tantos caballos hay ahora, eran completamente desconocidos en el tiempo del descubrimiento.

—Lo notable—dijo Sir Roberto—es que en tierras tan adecuadas a la vida y al desarrollo de ciertos animales y plantas no se produzcan naturalmente. Ni el azúcar, ni el café, ni el trigo, ni los caballos, ni los bueyes, ni los puercos, que constituyen desde hace tiempo la principal riqueza de América, son indígenas de ella, sino importados allí por los europeos.

—Lo mismo sucede en Australia con el ganado lanar,—dijo Don Antonio María.—Allí eran completamente desconocidos los carneros hasta hace muy pocos años; y ahora hay muchísimos millones de ellos, que son su principal riqueza.

—Por cierto que he leído—dijo Willy—que el primer árbol de café que hubo en las Antillas, y del cual proceden todos los que ha habido después, fué llevado allí de arbusto, plantado en una maceta por un oficial de la Marina francesa; y que él, habiéndose alargado mucho la navegación por las calmas y vientos contrarios, y habiendo tenido que ponerse a ración de agua todos los tripulantes, dejaba de beber muchas veces su ración de agua para regarlo (1).

—Efectivamente, así se cuenta; y nada tendría de extraño que fuera cierto el hecho,—dijo D. Antonio María,—por más que haya que desconfiar siempre de los cuentos novelescos.

—Voy a enseñarles a ustedes—dijo a nuestros amigos un oficial que los acompañaba en su visita—algunos de los sementales que tenemos aquí.

—Le advierto a usted—dijo D. Antonio María—que Sir Roberto es inteligentísimo en crías y cruzamientos de caballos, y que los tiene magníficos en Inglaterra.

—En Inglaterra—contestó Sir Roberto—se pone gran cuidado en la cría, en la selección y en los cruzamientos, no solamente de los caballos, sino de todos los animales útiles. Así, tenemos bueyes expresamente criados para dar carne, vacas que producen grandes can-

(1) El oficial de la Marina francesa a que Willy alude fué el capitán Desclieux, comisionado para llevar a la Martinica tres pies de cafeto del Jardín de Plantas de París, de los cuales dos murieron en la navegación y sólo uno llegó a su destino. De él proceden todos los cafetales de América.

Un viaje por España

tidades de leche, carneros para el consumo, carneros productores de lana, y caballos para todo: de carrera, de caza y de arrastre.

—De esa última clase,—dijo D. Antonio María,—en ninguna parte los he visto tan enormes como en los Estados Unidos. Por lo grandísimo de la alzada, lo ancho del pecho, lo robusto del cuello, lo grueso de las patas y lo monstruoso de los cascos, más que caballos, parecen elefantes. Los mayores percherones y normandos de Francia resultan pequeños y menudos a su lado. Arrastran pesos verdaderamente enormes.

Preguntando Willy por el campo de batalla de Guadalete, que, según les habían dicho en la ciudad, estaba por allí cerca:

—Sí, señores,—les contestó el oficial;—por aquí corre el río Guadalete; y muy cerca hay una pequeña altura, llamada el *Real de Don Rodrigo*, en que estuvo, según dicen, el último campamento del rey de los godos.

—¿Y cómo lo explican los que dicen que la batalla se dió entre el río Barbate y la Laguna de la Janda?—preguntó Sir Roberto.

—Supongo que de ninguna manera,—le contestó D. Antonio María.—No harán caso, y harán bien, de una tradición como la que sitúa aquí el real de D. Rodrigo, que se habrá originado, como casi todas las tradiciones, no en recuerdos directos transmitidos de padres a hijos desde la época del suceso, sino en las noticias de las crónicas. Pero que D. Rodrigo acampase aquí cerca, no se opone a que la batalla se diera en la orilla de la Laguna, porque bien pudo haber acampado aquí cuando se dirigía al encuentro de los árabes invasores, como acampó por estas inmediaciones D. Alfonso XI cuando se dirigía a levantar el sitio de Tarifa.

Al día siguiente fueron a ver algunas bodegas. Son vastísimos edificios de planta baja, compuestos de larguísimas naves o crujías paralelas, ocupadas a los lados y a todo lo largo por filas de enormes toneles tendidos y puestos unos sobre otros, dejando una calle en medio para el tránsito. Por lo común, hay a lo largo de esas calles vías férreas en conexión con los ferrocarriles generales para conducir los vinos al interior del territorio de la Península o a los puertos de embarque, que son al presente Cádiz y el Puerto de Santa María. Antes del establecimiento de los ferrocarriles se embarcaban y desembarcaban las mercancías de Jerez en el Portal, que está en el río Guadalete, cerca de la Cartuja.

En algunas bodegas hay toneles enormes, que tienen nombres con que son conocidos por todos los aficionados. En las de Domecq hay uno llamado *Napoleón*, que es muy famoso. De las de González Byass son muy conocidos los llamados *Doce Apóstoles*, *Matusalén*, en cuyo enorme vientre se encierra vino de noventa años, y *Non plus ultra*, que lo contiene de cincuenta. Cuando la visita en 1862 de Doña Isabel II a esas bodegas, se bautizó allí una bota nueva con vino del año 1832, que no habría de destaparse hasta la muerte de la soberana. Había en ellas veinte mil pipas de vino, y se empleaban en su servicio doscientos cincuenta trabajadores y seis máquinas de vapor.

CAPÍTULO XIII

DESISTIERON nuestros amigos de emprender aquella tarde la marcha, porque se les hizo muy tarde recorriendo bodegas.

Emprendieron temprano la marcha al día siguiente, y en dos jornadas se pusieron en Sevilla. La primera fué hasta Utrera, adonde llegaron por la noche, después de detenerse un buen rato en Lebrija.



Antonio de Nebrija (El
Nebricense (1444-1522)

Se alza esta última villa sobre una eminencia coronada por las ruinas de un antiguo castillo moruno. Está rodeada de muros y torres del mismo tiempo, como o es también la iglesia, que fué antes mezquita, y cuya torre se parece de lejos a la Giralda de Sevilla. En la plaza hay una estatua romana descabezada, conocida por el nombre de «La Mariquita del Marmolejo».

El camino que anduvieron aquel día es muy monótono, por ir en su mayor parte por la Marisma, vastas llanuras desnudas de arbolado dedicadas a pastos. Véanse en ellas de cuando en cuando rebaños de caballos y toros.

Versó la conversación sobre el vino de aquella región, tan celebrado en el mundo entero; sobre los exquisitos melones de los «Navazos» de Sanlúcar de Barrameda, que no los hay mejores en España; sobre los toros y caballos de la tierra que se comprende entre la sierra de Córdoba y la ribera del mar de Occidente, que son

Un viaje por España

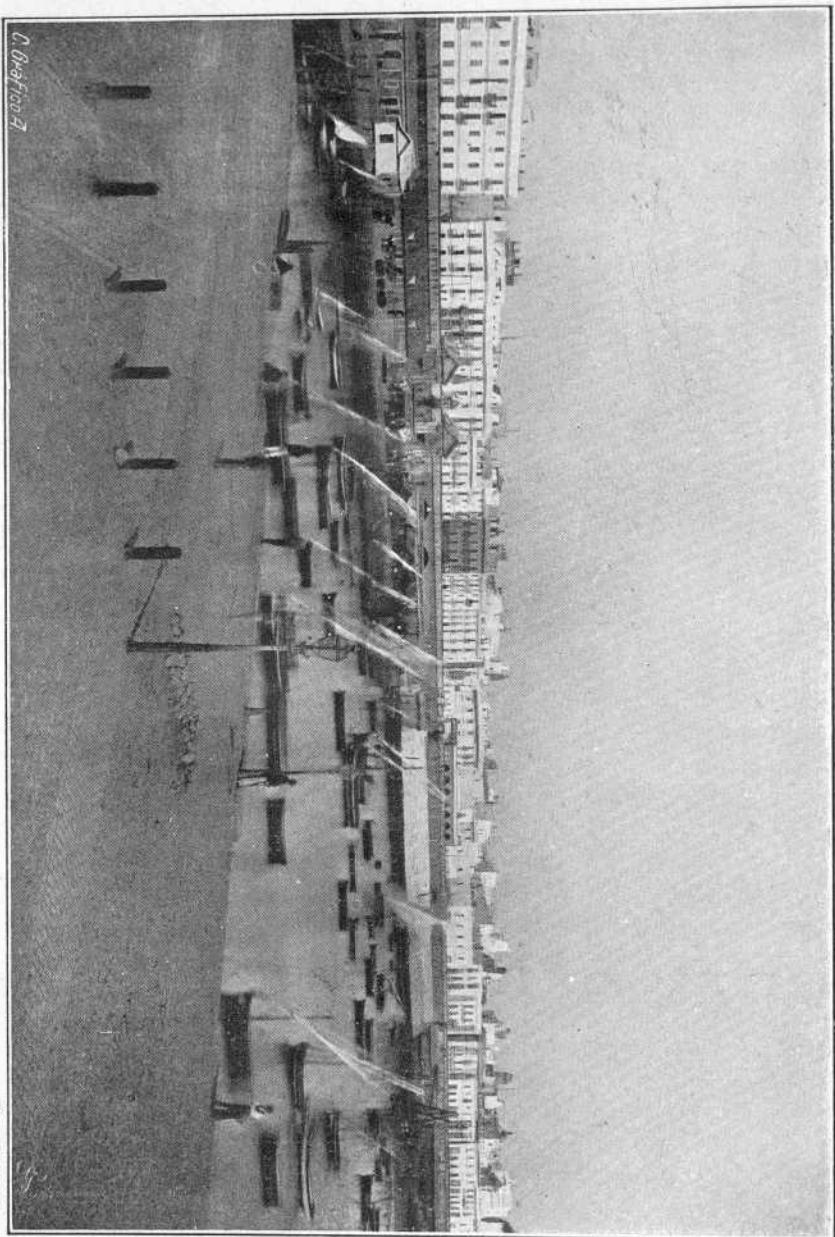
también famosos por su bravura y gallardía, y sobre la historia, tan antigua y tan variada, de toda aquella parte de Andalucía que habían andado desde que salieron de Málaga, cuyas poblaciones comenzaron casi todas por ser colonias fenicias, griegas y cartaginesas, antes de ser conquistadas por los romanos. Al pasar por Lebrija recordó D. Antonio María que allí había nacido Antonio de Nebrija, insigne latino y creador, puede decirse, de la Gramática castellana.



Isabel la Católica

Del retrato donado por la misma reina a la Cartuja de Miraflores, y perteneciente en la actualidad a S. M. Don Alfonso XIII

—No es tan sabido—añadió—que su hija Francisca fué también doctora eminentísima, a quien su padre, a pesar de ser muy instruidos sus otros hijos, le entregaba su cátedra de Retórica de la Universidad de Alcalá de Henares para que le sustituyera en sus ausencias, con aplauso de sus discípulos y de los doctores de la Universidad. Ya veis cómo en un tiempo en que a nadie se le había ocurrido hablar de feminismo, como ahora se dice, parecía natural que las mujeres aprendieran Ciencias, y desempeñasen cátedras, y hasta gobernasen provincias y reinos. No fué ella la única mujer que descolló en su tiempo por su sabiduría; porque hubo otras varias, de las que recuerdo



C. Oseficzka

CADIZ.—Vista del puerto

For. Laurent

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

en este momento a doña Beatriz Galindo, llamada la «Latina», la cual fué también, por su talento y saber, objeto de la admiración de sus contemporáneos. La misma Reina Católica fué una mujer admirablemente dotada por la Naturaleza de cualidades intelectuales y morales de primer orden. Ya de adulta, emprendió el estudio de la lengua latina con tanto fruto, que llegó a hablarla y entenderla perfectamente. Por cierto que su maestro fué el mismo Antonio de Nebrija, de quien veníamos hablando.

—Estaba esperando una coyuntura, D. Antonio María,—dijo Willy,—para preguntarle el significado de una palabra que le oí decir antes: ¿Cómo dijo usted que se llamaban las tierras de Sanlúcar en que se daban tan buenos melones?

—Navazos,—le contestó D. Antonio María.—Son unas tierras arenosas y anegadizas, en que se hunde uno hasta media pierna. Sanlúcar, además de sus buenos melones, tiene fama por su manzanilla, que es un vino dorado, suave y ligero, que yo, que no soy bebedor, prefiero al Jerez.

Ya desde buen rato antes de llegar a Utrera, había cambiado el aspecto del paisaje. A la árida marisma habían sucedido tierras fértiles, cubiertas de olivares y viñedos.

—Esta región—dijo D. Antonio María—es eminentemente agrícola. Aquí todos los frutos son de primera clase. También sobresale por la calidad de sus ganados. Se crían toros de plaza bravísimos y caballos arrogantes.

—¿Y nos quedamos sin ver Cádiz?—dijo Sir Roberto.

—Creo que lo mejor es que sigamos a Sevilla, para que no nos sorprendan los meses de calor en estas regiones; porque yendo ahora a Sevilla, podremos llegar a las provincias del norte antes de Julio.

—¿Tiene Cádiz algo de particular?

—Monumentos, no. Le pasa lo que a Málaga: que, siendo una de las ciudades más antiguas de España, y hasta de Europa, es todo nuevo en ella; pero tiene cierta importancia comercial, resto de la grandísima que tuvo en otro tiempo. En sus inmediaciones hay muchas y muy famosas salinas; cerca está la Carraca, arsenal marítimo de importancia; el Puerto de Santa María, donde hay buenas bodegas, aunque inferiores a las de Jerez, y San Fernando, Observatorio de gran nombradía. También tiene fama Cádiz por sus finísimas pescadillas.



CÁDIZ.—La Catedral

Fot. Laurent

CAPÍTULO XIV

¿Qué hay de notable en esta ciudad de Utrera?—preguntó Sir Roberto hallándose sentado a la mesa con sus compañeros de viaje, después que hubieron dejado los caballos.

—Por lo pronto,—le contestó Frasquito,—unos famosos mostachones. Currillo acaba de decírmelo.

—¿Y qué es eso de mostachones? Me huele a cosa de bigotes,—dijo Sir Roberto.

D. Antonio María se echó a reír al oír esta salida.

—Son unas panatelas suavísimas, que se confeccionan con harina, huevos, azúcar y no sé qué otros ingredientes. Es raro el pueblo que no se distingue por alguna golosina o algún otro artículo comestible; por lo común, hechura de monjas. Morón, que está muy cerca de aquí, tiene fama por sus tortas; algo más lejos, Écija, por su carne de membrillo; Granada, por sus frutas en almíbar, y en Sevilla comeréis unas yemas de San Leandro, de que os aseguro que llevaréis los más dulces recuerdos a Inglaterra.

—¿Y no hay más de particular en Utrera que los mostachones?

—Hay algo más. Es ciudad antiquísima, sobre la que han escrito Rodrigo Caro, que fué natural de ella, y otros, y que ha pasado por las mil vicisitudes de conquistas, guerras, sitios y demás por que ha atravesado toda la región andaluza. El muro, que aun subsiste como habéis visto, tiene en su circuito treinta y cuatro torreones, sin contar el castillo y torre del Homenaje. Era antiguamente la ciudad mucho mayor que ahora, pues todavía en el siglo pasado tenía tres mil casas y dieciséis mil pasos de perímetro, incluyendo los arrabales. Abunda en agua; pues, además de muchísimos pozos y de dos arroyos que corren por las mismas calles, tiene dos fuentes, el agua de una de las cuales viene encañada desde media legua de distancia. La tierra es feracísima, y el ganado que en ella se cría, inmejorable. Muchos mártires, obispos y hombres ilustres en las armas y en las letras, nacieron en Utrera. Entre los obispos, recuerdo a Gregorio, llamado Bético, que lo fué de Elvira y asistió al famoso Concilio que allí hubo, el primero celebrado en España; entre los guerreros ilustres, a Alonso de Arcos, a quien se debió la toma de Gibraltar en 1462, y cuyo sepulcro está en la iglesia de la



Fot. Lacoste

PUERTO DE SANTA MARÍA (Cádiz).—Portada
de la iglesia parroquial

Cartuja de Sevilla, y entre los hombres de letras, a Rodrigo Caro, autor de muchas obras, y entre ellas, de los famosos versos a las ruinas de Itálica, que hasta hace poco se habían atribuído a Francisco de Rioja. Mañana, si Dios quiere, porque ya hoy es tarde, veremos, antes de salir para Sevilla, algunos de los edificios de la ciudad, que serán menos seguramente de los que figuran en los manuales y descripciones, porque en la desamortización habrán desaparecido algunos, y otros habrán cambiado de destino.

Dedicaron, en efecto, las primeras horas del día siguiente, a visitar varias de las muchas iglesias de Utrera, algunas de las cuales, aunque abiertas al culto, pertenecen a conventos extinguidos. Las principales de esas iglesias son la Mayor, llamada de Nuestra Señora de la Mesa, de estilo gótico, con cinco naves, magnífico coro con esculpida y artística sillería y excelente órgano, y la de Santiago, de sólo tres naves y también gótica, aunque adornada por fuera con brillantes azulejos de estilo mudéjar.

Vieron luego el castillo, que está en ruinas; fortaleza que hizo gran papel en el siglo XV, en las contiendas entre Ponces y Guzmanes, que tan agitada y revuelta tuvieron a toda la Andalucía baja.

Algo tarde llegaron a Sevilla, por haberse detenido mucho en Alcalá de Guadaíra a ver el molino de la Mina y demás curiosas obras hidráulicas del acueducto que, con el nombre de «Caños de Carmona», surte de agua a Sevilla desde el tiempo de los romanos.

Detuviéronse en la Cruz del Campo mientras volvía Currillo, a quien mandaron a buscarles alojamiento.

No tardó en presentarse, con la noticia de haber encontrado por allí cerca una casa muy a propósito para alojarse ellos y las cabalgaduras, por disponer la dueña de ella, doña Dolores, de buenas habitaciones y de un cobertizo en el corral, que podía habilitarse para establo.

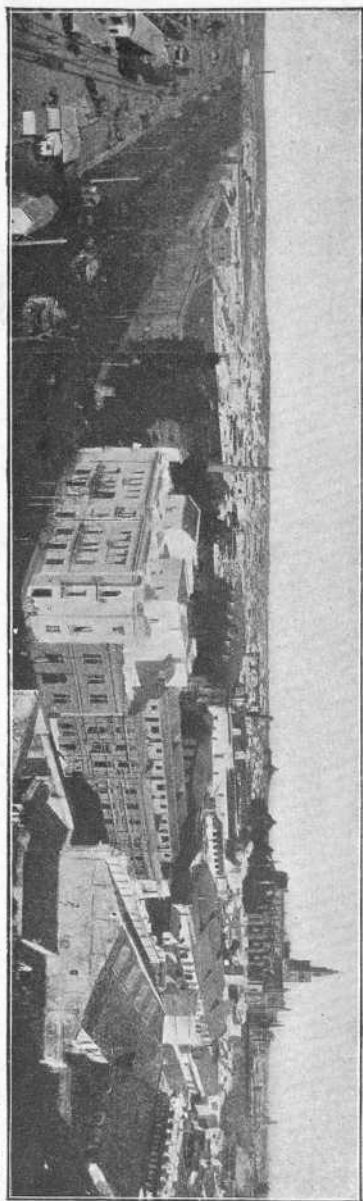
Acostáronse nuestros amigos en los cuartos que les preparó doña Dolores, y que, por lo limpios y cómodos, merecían los elogios que había hecho de ellos la dueña de la casa.

Se levantaron temprano al día siguiente, y se echaron a la calle.

—Esta es una ciudad deliciosa,—decía Sir Roberto;—la vida aquí debe de ser un encanto.

—Su único defecto—le contestó D. Antonio María—es el excesivo calor que hace en el verano. El estilo de las casas es morisco, aunque modificado por las costumbres europeas, que conceden más al ornato exterior que las musulmanas. Hasta hace tres o cuatro siglos eran raras las que tenían vistas a la calle, aunque por dentro solían ser magníficas. Todavía se conservan muchas del tiempo de los moros; pero los balcones, ventanas y rejas son de tiempo posterior. Las cancelas son todavía de más reciente introducción que los balcones y ventanas, porque no las hubo hasta este mismo siglo.

Sevilla ha sido residencia predilecta de muchos reyes, y por largo tiempo, la ciudad más importante de toda la Península por la extensión de su comercio y de su industria y por su riqueza. Su prosperidad duró tres largos siglos: el XIV, el XV y el XVI, en el último de los cuales recibió un impulso considerable por el descubrimiento de América. Fray Tomás de Mercado, religioso dominico que vivió en el siglo XVI, hace una pintura deslumbradora de su opulencia. Dice que sus mercaderes tenían corresponsales en todas las plazas comerciales del mundo; que llegaban allí cargamentos de



SEVILLA.—Vista general

For. Kude

Un viaje por España

mercancías de Inglaterra, Flandes, Italia, Francia, África, y que de allí salían igualmente para todas esas regiones y provincias, no habiendo ciudad en el mundo que se pudiera comparar con ella por la cuantía y actividad de su tráfico. Esta ciudad, dice textualmente, *arde en todo género de negocios*.

Hoy es una de las ciudades más importantes de España, y de las que ofrecen más atractivos para la vida; ninguna puede comparársele en cantidad de monumentos y obras de arte, porque toda ella es un puro museo de arquitectura, escultura y pintura, ni por el lujo y solemnidad de sus fiestas religiosas, que superan a las de la misma Roma, no a la Roma de ahora, sino a la de los Pontífices; pero como centro industrial y mercantil, no puede ya competir ni remotamente con Barcelona, ni con Bilbao, ni siquiera con Málaga.

Exporta principalmente productos agrícolas, como naranjas, aceite y aceitunas, minerales procedentes de las minas de la región, objetos de hierro y acero de la magnífica fábrica de Portilla, y artículos de loza, porcelana y alfarería. Las porcelanas que se fabrican en la Cartuja gozan de gran fama, y tienen mucha salida en toda España.

Aparte de mil industrias menudas, merecen especial mención las dichas fundiciones de hierro y acero de Portilla, la de cañones de bronce, los talleres de fabricación de cartuchos metálicos y mixtos de guerra y los de cigarros y tabacos, todos ellos pertenecientes al Estado. La fábrica de tabacos es un inmenso edificio, tan sólido como una fortaleza.

—Una de las particularidades de Sevilla y de toda Andalucía, como también de las regiones hispano americanas,—prosiguió diciendo D. Antonio María,—es el hallarse casi todo el comercio en manos de gentes de otras naciones y provincias. Las tiendas son en su mayor parte de montañeses, catalanes y naturales de otras comarcas, especialmente de las del norte de España. Antiguamente hormigueaba Sevilla en extranjeros que monopolizaban casi todo el tráfico. Había francos, genoveses, lombardos, catalanes y gentes de otras naciones y comarcas, quedando de ello el recuerdo en los nombres de algunas calles. La primera medida hostil de D. Pedro contra el rey de Aragón, antes de declararle la guerra en 1356, fué embargar las mercancías a todos los catalanes que había en Sevilla, que eran muchísimos.

—Pues ese hecho no está muy de acuerdo con la laboriosidad de

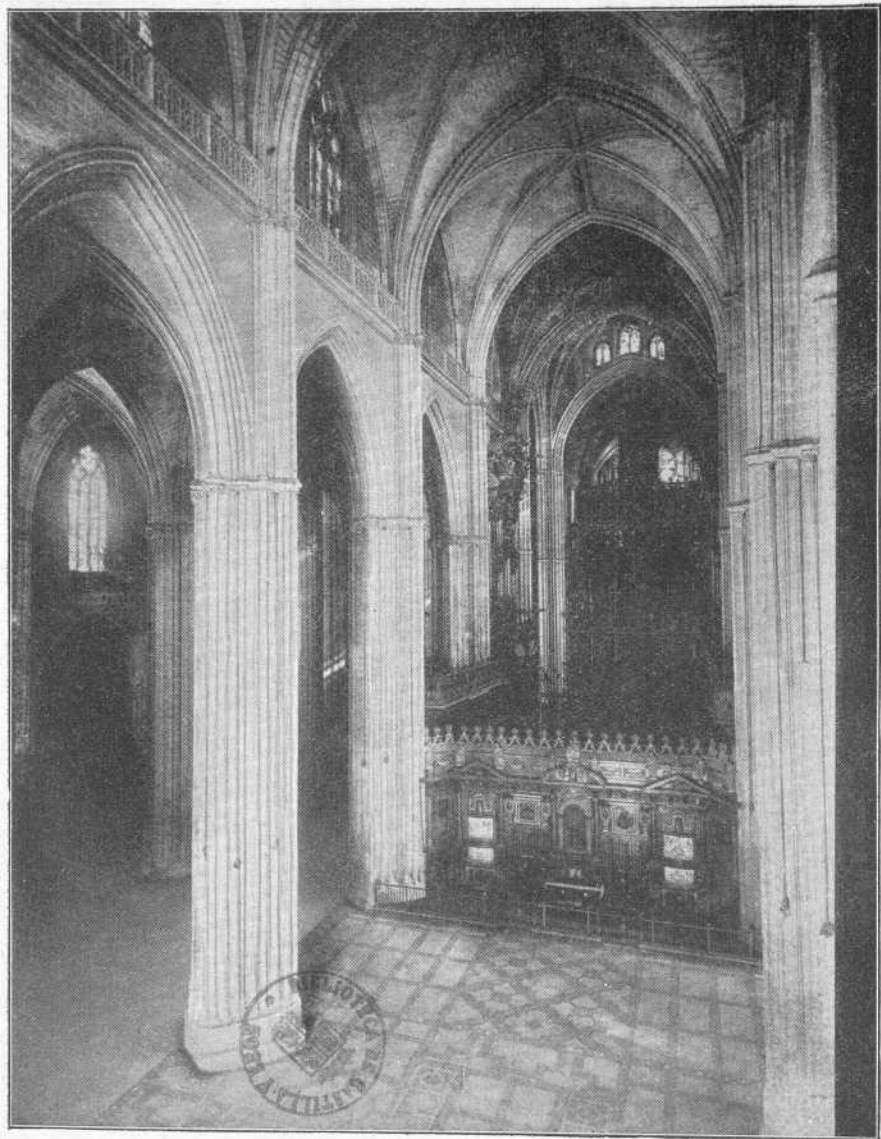
los andaluces, que tanto nos encomiábais días pasados cuando íbamos de Ronda a Algeciras—le dijo Sir Roberto.

—No creáis tal cosa. Los andaluces son laboriosos; pero no comerciantes. Los de clases altas y medianas se distinguieron en todo tiempo como guerreros, escritores, sabios y artistas, y los del vulgo fueron siempre muy trabajadores, pero en las faenas del campo o en sus casas, practicando oficios manuales. En España se tiene una idea muy equivocada del carácter y de las disposiciones de los andaluces. Se les cree holgazanes, muy largos de palabras y muy cortos de obras; gente a quien se le va toda la fuerza por la boca, como suele decirse, y no hay nada de eso. El andaluz trabaja como el que más. Aquí no veréis a las mujeres cavando ni arando la tierra, como en las provincias del norte de España y en otras comarcas de Europa, porque a mis paisanos no les gusta que sus mujeres trabajen fuera de casa; pero de lo que hacen ellas de puertas adentro tenéis una prueba en la blancura inmaculada de las paredes y en el brillo de los chismes y cacerolas pendientes de ellas, que resplandecen como el oro y la plata, hasta en las casas más humildes. Y si son o no hombres de acción los andaluces, dígalo la Historia. La segunda mitad del siglo XIII, los siglos XIV y XV, y buena parte del XVI, no cesaron un punto de guerrear con los moros; y de aquí salieron muchos de los navegantes, descubridores y conquistadores de América. En este nuestro mismo siglo, andaluces fueron en su mayor parte los que humillaron en el campo de batalla a las tropas de Napoleón, que tenía todo el mundo por invencibles; cosa que nadie había hecho antes que ellos. Un hombre puede ser muy trabajador, y, sin embargo, no ser a propósito para comerciante; pero, decidme francamente, Sir Roberto, ¿cómo se trabaja más: vendiendo arrimado a un mostrador, o cavando la tierra, o practicando un oficio mecánico?

—Defendéis tan elocuentemente vuestra causa, que no hay más remedio que daros la razón y convenir en que los andaluces son unos leones para el trabajo,—le contestó riendo Sir Roberto.

CAPÍTULO XV

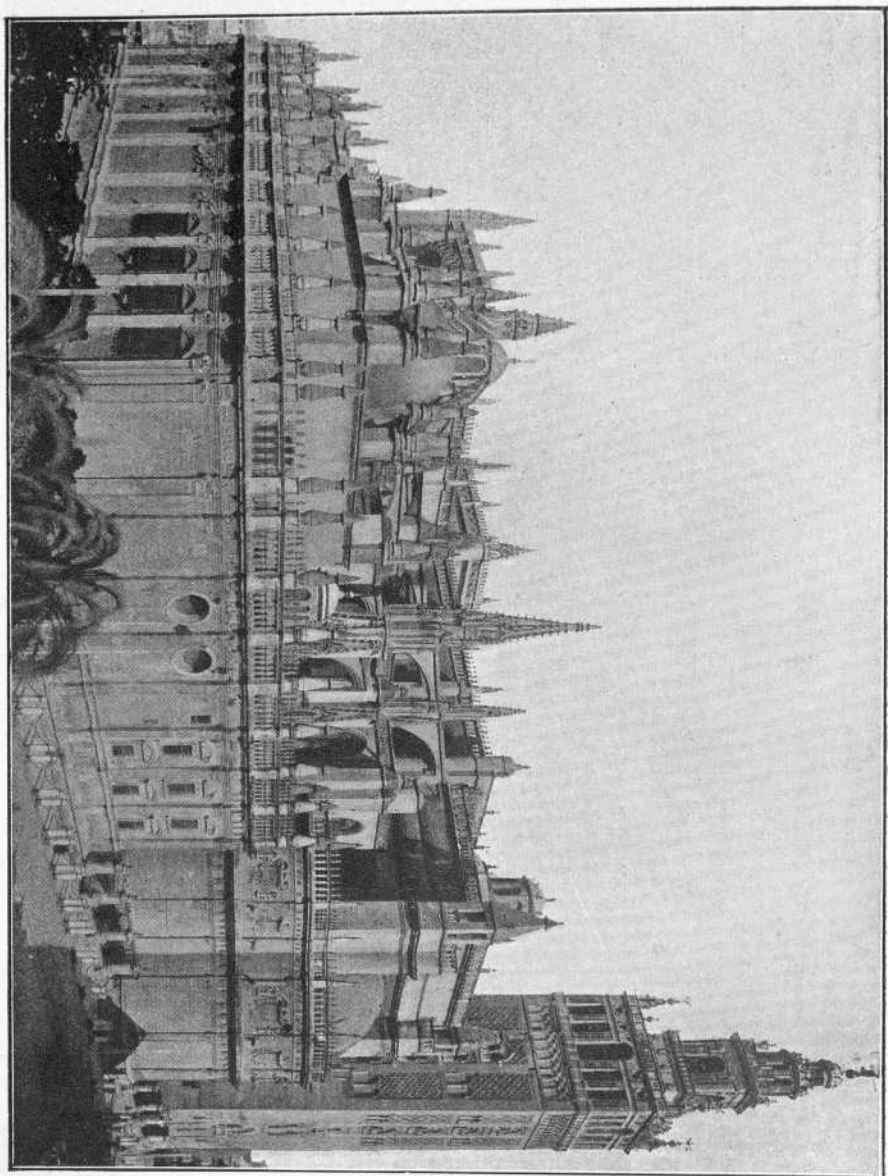
AQUEL mismo día y los siguientes los dedicaron nuestros amigos a recorrer iglesias y monumentos religiosos y civiles de Sevilla, y a pasear tarde y noche por sus alamedas y jardines.



Fot. Lacoste

SEVILLA.—Vista interior de la Catedral desde la tribuna de la puerta mayor

7 Un viaje por España



SEVILLA.—La Catedral

For. Rude

El monumento que primero visitaron fué la catedral. Al entrar en ella, experimentaron una sensación de asombro contemplando la inmensa altura y grandeza de sus naves.

—He leído—dijo Sir Roberto—que al disponer el Cabildo en 1401 la construcción de este edificio, dijo: «Edifiquemos una iglesia tal, que cuantos la vean nos tengan por locos»; ¿es cierto?

—Lo que acordó el Cabildo fué demoler la mezquita y edificar en su lugar una iglesia que no tuviera igual en el mundo.

—Pues en cuanto a altura y anchura de naves no estuvo muy lejos de realizar su propósito; ¿no es verdad, D. Antonio María?

—Como que, exceptuando las catedrales de Colonia y Milán, no hay en toda la cristiandad iglesia de estilo gótico tan grande como ésta. Cuando se acordó edificarla, estaba vacante la Sede episcopal de Sevilla, y el Cabildo dispuso por sí la obra, que llevó a efecto sin ayuda de los Reyes, y sólo con sus propios recursos. Las obras comenzaron en 1403 y se acabaron en 1506; pero, habiéndose desplomado la cúpula del crucero, que era más alta y más atrevida que la de ahora, hubo que reanudar los trabajos hasta 1519; todavía en todo aquel siglo y los dos siguientes siguió trabajándose, ya en la construcción de dependencias importantes de la iglesia, como, por ejemplo, la Capilla Real y el Sagrario, ya en la de accesorios de ella, como rejas, órganos, etc.

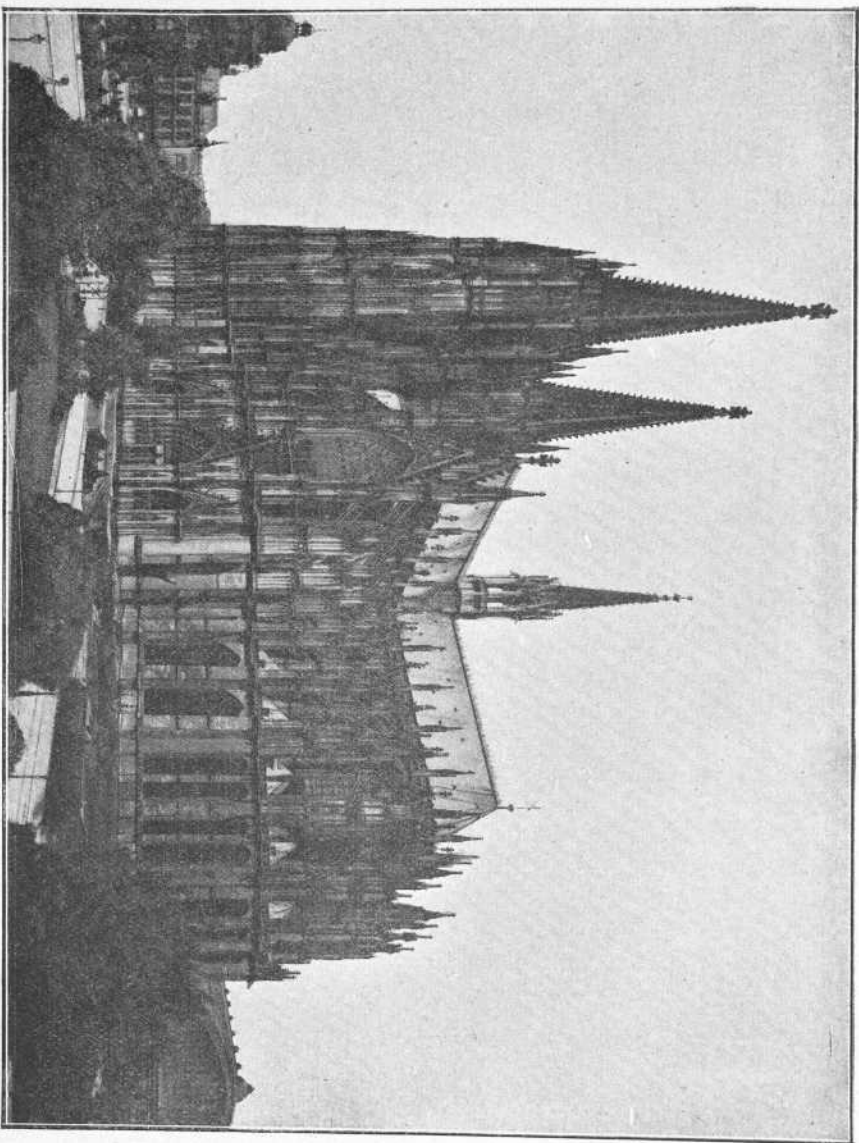
—¿Dijisteis que hubo aquí antes una mezquita?

—Sí; ocupaba justa y cabalmente el solar de la actual catedral. Tenía su patio de abluciones, que es el que llamamos de los «Naranjos», y su alminar, que es la Giralda. Todavía se conservan de ella las tapias que rodean a la catedral, la puerta del Perdón, por donde se entra al patio de los Naranjos, y la del Lagarto, que está al pie de la torre.

—Las dimensiones del edificio, según mi *guía*, son cuatrocientos catorce pies de longitud y doscientos setenta y uno de latitud; la altura de la nave central, ciento cincuenta, y la del cimborrio del crucero, ciento setenta y uno,—dijo Sir Roberto.

—Los órganos son colosales,—añadió Sir Roberto mientras recorrían el coro.

—Como que el del lado de la Epístola tiene nada menos que cinco mil trescientos tubos,—le contestó D. Antonio María.—En la Biblioteca Columbina, que es uno de los edificios que están unidos a la ca-



COLONIA (Alemania).—La Catedral

For. Braun, Paris

tedral, están las obras de Andel, célebre músico alemán del siglo XVII, regaladas por lord Wellesley, que se embelesaba oyéndolas tocar en ese órgano. Como instrumento de música, son prodigiosos estos órganos; pero como obras de arte, pecan de demasiado recargados en sus adornos y esculturas. El mayor de los dos es obra de Jorge Bosch, en 1792. ¿Y qué os parece la sillería del coro, Sir Roberto?

—¿Cómo me ha de parecer? ¡Maravillosa! Duró su construcción setenta y tantos años, según dice mi *guía*, y trabajaron en ella escultores de gran nota, como Nuño Sánchez, Dancart y Guillén.

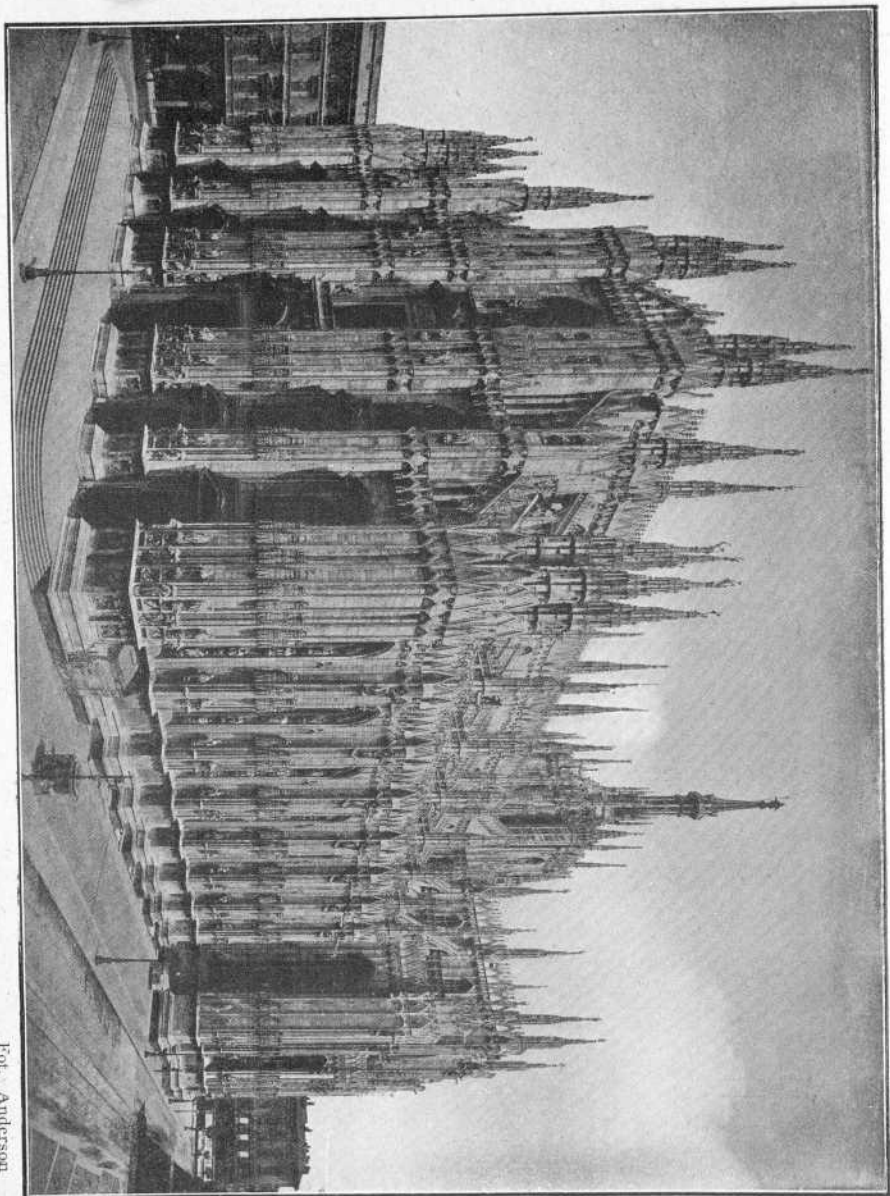
—Como que esta catedral es un museo de maravillas de todas las artes. Reparad en las rejas del coro, Sir Roberto.

—Son prodigiosas,—dijo el interpelado;—pero no me gustan los coros en las naves centrales de las iglesias, como lo están todos los que hasta ahora he visto en España. Son verdaderos edificios por su tamaño, y puestos así, en medio de la nave mayor, perjudican mucho a su visualidad y perspectiva.

—Así lo reconocen hoy todos nuestros arquitectos. No hace muchos años hubo que restaurar la iglesia gótica de San Miguel, de Jerez de la Frontera, y se suscitó esa cuestión sobre la colocación del coro, en la que intervino el Padre Gago abogando por llevarlo al ábside, como demostró que se había hecho siempre en España hasta el siglo XVI o fines del XV, en que se dió en colocarlos en la nave central. Hoy sería una lástima destruir los coros que existen para trasladarlos más allá del crucero, porque los hay que son estupendos como obras de arte. Tenemos, pues, que resignarnos a ver interrumpidas por ellos las naves mayores de nuestras soberbias catedrales.

Acercáronse a la Capilla Mayor a ver su portentoso retablo, que no tiene igual. Es gótico, y se divide en cuarenta y cuatro compartimientos, llenos de estatuas y esculturas que representan multitud de escenas del Viejo y del Nuevo Testamento y de la vida de la Virgen María, a quien está dedicado. La idea del retablo y sus planos y dibujos son de Dancart, y su construcción, que duró cuarenta y cuatro años, del mismo Dancart y de otros varios notabilísimos escultores y artistas. Del mismo estilo gótico florido que ese retablo son los costados del Presbiterio, cuya obra duró catorce años.

Pero ¿cómo podría describir, por ligeramente que fuera, ni enco- miar siquiera todo lo admirable, lo artístico, lo digno de estudio por



MILAN (Italia).—La Catedral

For. Anderson

Un viaje por España

este y el otro concepto que encierra la catedral sevillana, si se requeriría para ello un libro voluminoso? Ni aquel día, ni el siguiente, ni el otro, tuvieron tiempo nuestros amigos de hacer ninguna otra cosa.

—Ved este *Descendimiento de la Cruz*, de Pedro de Campaña, discípulo de Miguel Angel,—dijo un día D. Antonio María a Sir Roberto indicándole un cuadro que hay en el altar de la Sacristía Mayor.—Ante ese cuadro pasaba Murillo las horas muertas esperando, según decía, a que acabaran de bajar a Nuestro Señor de la Cruz: tan admirable lo encontraba. Estaba antes este cuadro en la iglesia de Santa Cruz, y delante de él estaba enterrado Murillo; pero el mariscal francés Soult destruyó esa iglesia, y también la de la Magdalena, en que se había bautizado ese pintor famoso. El cuadro, hecho pedazos, fué recogido más adelante por el Cabildo, y restaurado por Joaquín Cortés. En la misma Sacristía Mayor se halla la custodia de plata, obra maestra de Juan de Arfe, que empleó siete años en hacerla; el *Tenebrario*, o candelero de bronce que se usa en los oficios de la Semana Santa, obra de Bartolomé Morel, sin rival en su género; un viril en que hay engarzadas mil doscientas piedras preciosas; una riquísima cruz de estilo gótico, hechura de Francisco Merino; varias otras obras artísticas, y dos llaves, que, según se dice, fueron las mismas entregadas a San Fernando a su entrada en Sevilla cuando se rindió la ciudad.

Un día subieron nuestros amigos a la Giralda, desde donde se divisa inmensa extensión de tierra.

—De esta torre,—dijo D. Antonio María,—sólo es obra morisca lo que hay hasta el cuerpo de las campanas, porque este último, que llaman la Giraldilla o el Giraldillo, coronado por una estatua colosal de la Fe, obra de Bartolomé Morel, la cual estatua hace de veleta, a pesar de sus veinticinco quintales de peso, fué edificada en 1568 por Fernando Ruiz. En tiempo de los moros, adornaban lo alto de la torre cuatro bolas de bronce doradas y primorosamente labradas, que iban en disminución, de mayor a menor, comenzando por la más baja. Esas bolas se cayeron e hicieron pedazos en el terremoto de 1396, ciento cuarenta y ocho años después de la conquista de la ciudad. A pesar de decirse vulgadamente que

Veinticinco parroquias tiene Sevilla
Veinticinco campanas la Giraldilla,



Fot. Lacoste.

SEVILLA.—Parte superior de la Giralda (costado norte)

Un viaje por España

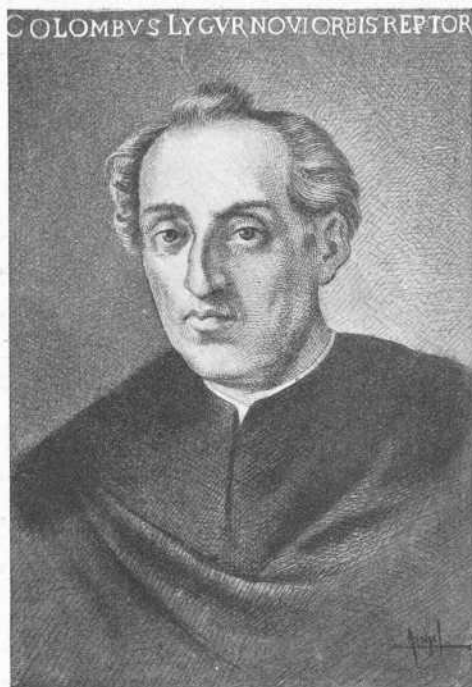
sólo veintidós se cuentan hoy: la *Santa María*, que es la mayor, pesa dieciocho toneladas. Por último, tiene esta torre la honra de haber sido, de las de España, la primera que tuvo reloj. Se colocó en ella en 1400.

—¿Es el mismo que tiene hoy?—preguntó Sir Roberto.

—No; el actual se puso en 1764, y lo construyó el fraile José Cordero. Es de gran mérito, según dicen.

Hay en Sevilla otras torres moriscas; las de San Marcos, San Juan de la Palma, Santa Marina, Santa Catalina y Omnium Sanctorum son las que mejor se conservan. Formando cuerpo con el edificio de la catedral, está el que contiene la famosa librería *Columbina*, legada al Cabildo por D. Fernando Colón, hijo del célebre descubridor de las Indias. Consta de dieciocho mil volúmenes, entre ellos muchos manuscritos curiosísimos. Algunos son

del mismo Cristóbal Colón, y otros tienen nota de su mano. Allí está también la Biblia traducida al romance castellano del siglo XIII por Pedro de Palencia, y que un tiempo se creyó perdida.



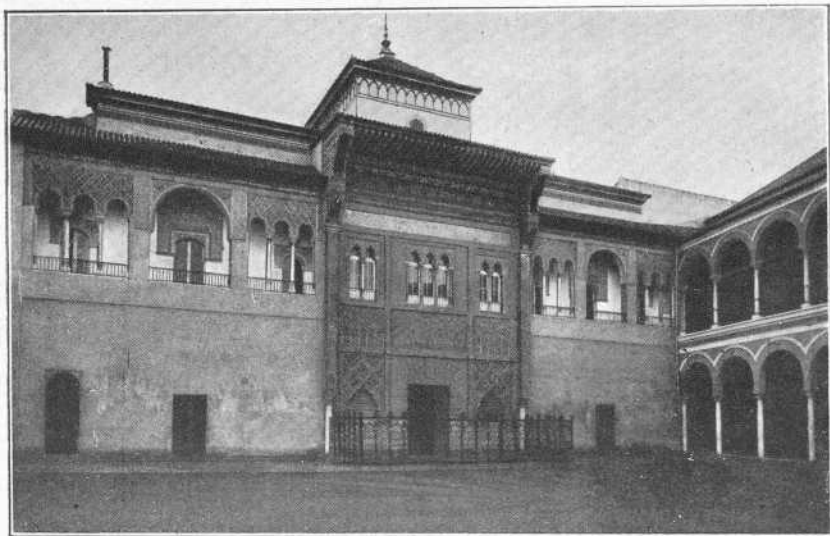
Cristóbal Colón (1441-1506)

CAPÍTULO XVI

ESTE edificio—dijo Sir Roberto cierta mañana que visitaron el Alcázar—más parece hechura de moros que de cristianos. La Alhambra de Granada debe de parecersele mucho.

Biblioteca Perla

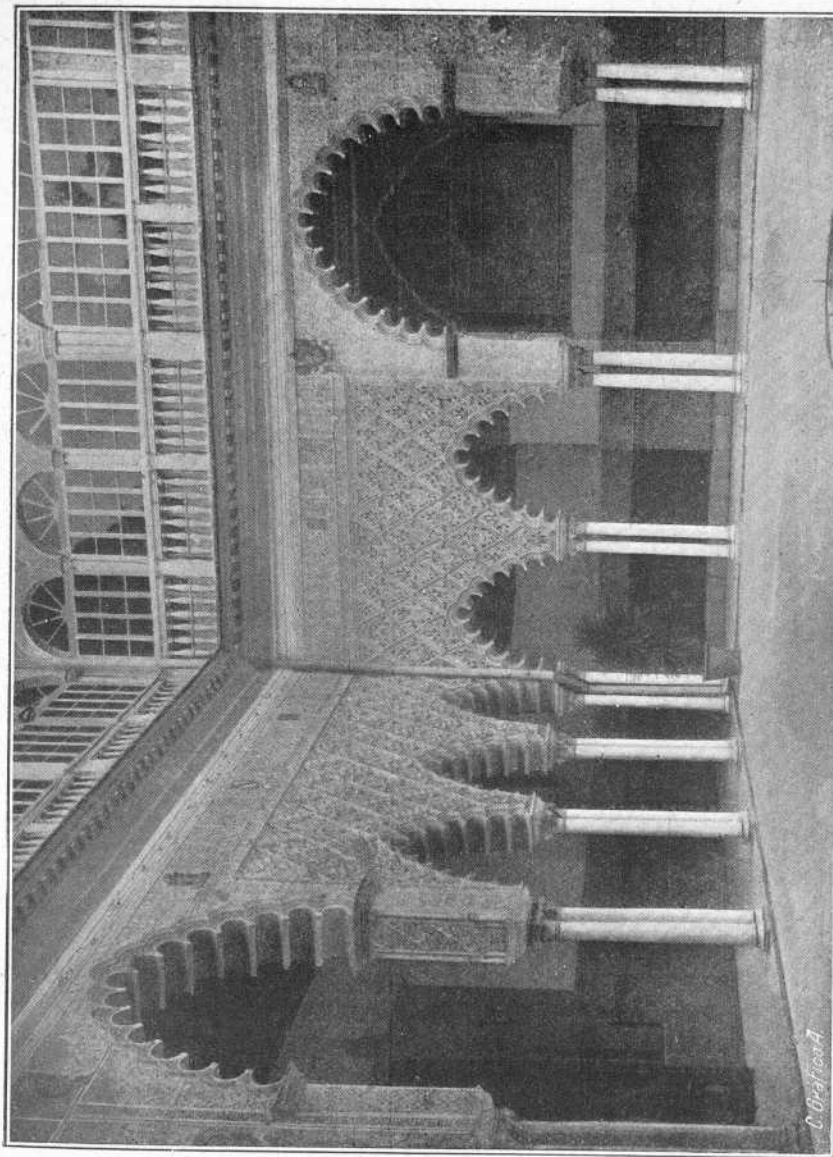
—Así es,—le contestó D. Antonio María;—pero tened presente que, aunque casi todo lo más precioso que en él hay de morisco es del tiempo del rey D. Pedro, fueron moriscos o mudéjares los arquitectos que dirigieron los trabajos, y los artistas y albañiles que los ejecutaron. En los edificios civiles de ese tiempo se prefería el estilo morisco al gótico; y hasta en los religiosos se nota muchas veces la influencia del gusto morisco, especialmente en ciertos pormenores de



SEVILLA.—El Alcázar. Fachada principal

Fot. Rudé

la ornamentación. Este edificio y la Alhambra de Granada son los únicos de estilo morisco del último período que se conservan en España. Del primero, sólo tenemos la mezquita de Córdoba; pero ése no es civil, sino religioso. Si hubieran llegado a nosotros los famosos palacios de Medina Azahara y de Azahira que había cerca de Córdoba, conoceríamos ese estilo civil morisco en su primera época, el cual, a juzgar por las descripciones que se leen y por la riquísima ornamentación de las alquiblas y maksuras de la mezquita, debía de ser maravilloso.



SEVILLA.—Alcázar. Patio de las Doncellas

Fot. Laurent

C. O. P. 1007

—Es difícil distinguir en este edificio—dijo Sir Roberto—lo que es del tiempo de los moros, de lo restaurado en los de D. Pedro, Reyes Católicos y Carlos V, porque en unas de esas restauraciones se ha conservado el estilo morisco, y en otras no, viéndose mezclas extrañas de él y el plateresco.

—Las cámaras que dan al jardín—le contestó D. Antonio María,—pasan por ser de la primitiva construcción árabe; la parte occidental del edificio pertenece a lo restaurado en tiempo del rey Don Pedro, y el patio de las Doncellas y la sala de Carlos V son del tiempo de este último soberano.

Aparte de la iglesia, tiene el Alcázar en el piso alto un oratorio del tiempo de los Reyes Católicos, notable por los azulejos de estilo italiano que lo adornan, pintados en 1504 por Niculoso Francesco, y los más preciosos en su clase que quizás haya en España, muy semejantes a los que se ven en la portada de la iglesia de Santa Paula y en la de San Isidro del Campo, cercana a Sevilla.

Los jardines del Alcázar, que también vieron nuestros viajeros, son de lo más curioso de Europa. Pertenecen al estilo del siglo XVI; que también en jardinería, como en arquitectura, hay estilos.

Otra día visitaron la *Lonja*, el palacio arzobispal y las *Casas Capitulares*.

El primero de esos edificios, fabricado por Juan de Herrera para los negociantes, que antes se reunían para sus cambios y transacciones en las gradas de la catedral, es magnífico. En él está el famoso Archivo de Indias, que tiene como treinta mil legajos, inexplorados en su mayor parte.

—Aquí, como muy ordinario ocurre, faltaba edificio cuando había negocios, y dejó de haber negocios cuando hubo edificio,—dijo D. Antonio María;—porque precisamente se construyó en las postimerías de la vida mercantil de Sevilla.

Las Casas Capitulares son una maravilla del estilo plateresco. No se sabe el nombre del arquitecto que las hizo.

No acabaría nunca si siguiera a nuestros viajeros en sus excursiones por Sevilla, visitando las más notables de sus interesantísimas iglesias, admirando las innumerables obras de arte, riquezas y curiosidades que encierran, así como sus variados estilos de arquitectura.

Otro día fueron nuestros viajeros a la Cartuja.

Un viaje por España

Habían conseguido una recomendación para el director de la fábrica, y vieron detenidamente todos sus talleres y dependencias.

La fábrica es de primer orden, y está montada con todos los adelantos modernos.

—Hasta 1836, fué este edificio Monasterio de Nuestra Señora de las Cuevas,—dijo D. Antonio María.—En su iglesia, que ha con-



SEVILLA.—La Lonja

Fot. Moreno

servado intacta su actual propietario, estuvo depositado muchos años el cuerpo de Cristóbal Colón, antes de trasladarlo a la ciudad de Santo Domingo.

—Veo que está usted muy enterado,—le dijo el director del establecimiento, que los acompañaba.—La iglesia se conserva como estaba; los propietarios han tenido ese buen gusto. Compraron este edificio tres años después de la desamortización. El Monasterio fué fundado en 1400 por D. Gonzalo de Mena, arzobispo de Sevilla, que

había sido antes obispo de Burgos; y aunque Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, supone que hizo esta fundación en recuerdo de la Cartuja de Miraflores, que está cerca de Burgos, no es exacto, porque la Cartuja de Miraflores se fundó cerca de cincuenta años después que ésta.

En la iglesia de la Cartuja estuvieron hasta la época de la desamortización varios sepulcros muy notables de varios caballeros de



Fot. Rudé

SEVILLA.—Las Casas Capitulares o Ayuntamiento

la familia de Rivera, que fueron trasladados entonces a la iglesia de la Universidad, donde ahora se encuentran. Había también en ella una soberbia sillería de coro, de la cual sólo queda la mitad, pues el resto de ella fué regalado por D. Carlos Pickman a la reina Isabel II, que se la regaló a su vez a la Catedral de Cádiz, donde ahora se encuentra.

Enseñó el director a nuestros amigos el museo de Arte Cerámica que hay en la fábrica; los llevó a pasear por los jardines, que son preciosos, y, por último, los condujo hasta la puerta, donde los despidió cortésmente.

CAPÍTULO XVII

DESPUÉS de pasarse muchos días en Sevilla sin descansar un sólo instante, viendo sus innumerables iglesias y monumentos, pusieron a discusión nuestros amigos el itinerario de su viaje.

Willy tenía empeño en ir primero a Extremadura, y después, a Salamanca, para ver el teatro de las campañas de lord Wellington. Frasquito hubiera preferido remontar el río Guadalquivir hasta sus fuentes y trasponer después las montañas, para entrar en el reino de Murcia, y desde allí ir siguiendo el litoral hasta Cataluña. Sir Roberto no se inclinaba a plan alguno; pero, obligado a elegir, habría optado por ir primero a Madrid, para dedicar unos cuantos días a visitar el Museo del Prado.

Don Antonio María oía los argumentos de unos y otros sin tomar parte en el debate. Pidióle Sir Roberto que decidiese.

La solución del problema no era fácil. Había buenas razones para todos; pero el verano se acercaba, y el calor, que en esa estación es insostenible en toda España, aconsejaba que se diese la preferencia a las comarcas más frescas y frondosas, que, desde luego, no son las centrales.

En su deseo de complacer a Sir Roberto y a Willy, propuso que fueran primero a Córdoba, donde verían la Mezquita, edificio árabe de distinto estilo que la Alhambra, y encaminarse desde Córdoba a Extremadura, y después entrarse por el reino de León, donde decidirían si remontarse a Galicia y Asturias, o seguir a Castilla. Esa proposición fué aceptada por unanimidad.

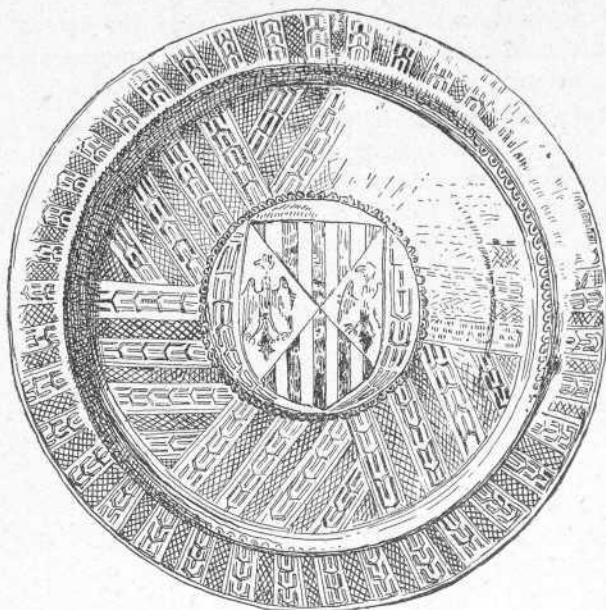
Recayó después la conversación sobre las artes cerámicas, de que habían visto tan hermosos ejemplares en la fábrica de la Cartuja y en muchas iglesias y edificios de Sevilla.

—No diré que España haya sobrepujado en esas artes a todos los pueblos de Europa,—dijo D. Antonio María;—pero durante un largo período de la Edad Media ocupó un puesto muy distinguido, por la originalidad y hermosura artística de sus productos. Nuestros azulejos y barros labrados y esmaltados de reflejos metálicos gozan de fama grande entre los inteligentes.

—¿No se fabrica ya esa clase de loza?—preguntó Willy.

Biblioteca Perla

—Desgraciadamente, se han perdido los procedimientos que se seguían para fabricarla; pero se trabaja asiduamente en recobrarlos,



Cerámica árabe de reflejo metálico

y ya se hacen azulejos que, si no son iguales a los antiguos, van pareciéndoseles.

—Por lo que infiero de lo que vimos en la Cartuja, y por la grandísima variedad que hay en los productos del arte cerámico, debe de ser esa industria difícil y complicada,—dijo Willy.

—No difícil, sino difícilísima,—le contestó D. Antonio María;—como que requiere muy profundo conocimiento de la naturaleza de las tierras que han de entrar en la composición de las pastas que han



Cerámica griega

de moldearse, y de las sales y óxidos metálicos que han de formar los vidriados, barnices y pinturas, y, por último, una práctica grandísima para el torneado y moldeado de los objetos, y para graduar los fuegos de los hornos. Y no cuento con la parte puramente artística de la industria, pues su campo es tan dilatado como el de las



Cerámica árabe de reflejo metálico

demás artes gráficas.

—Tengo en tendido—dijo Willy—que ese arte son los chinos y los japoneses los primeros en el mundo.

—Desde el punto de vista puramente mecánico, y hasta pudiéramos decir científico del arte, o, para explicarme más claro, teniendo sólo en cuenta la finura de la pasta y la brillantez, viveza y variedad



Cerámica china



Alcora



Triana



Talavera



Alcora



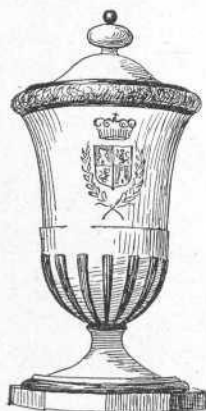
Moncha



Triana



Talavera



Retiro



Sargadelos (Galicia)



Retiro

Un viaje por España

de los colores, es indudable que los chinos y japoneses ocupan el primer puesto entre los fabricantes de barro cocido; pero desde el punto de vista artístico, según el concepto que del arte tenemos los europeos, nadie en el mundo aventajó a los griegos como artistas del barro, así como nadie los ha aventajado tampoco como artistas del mármol. Las hidrías, ánforas y demás vasos griegos, por la esbeltez y elegancia de la forma y por la belleza de los adornos y figuras, son el *non plus ultra* del arte.

—Lo que parece extraño—dijo Sir Roberto—es que de tantas obras de mérito como se ven en España hechas de azulejos y barro cocido, no se sepan los nombres de sus autores, como se saben en

Italia y Francia los de muchos de los artistas fabricantes de sus lozas mayólicas y porcelanas.

—Eso depende del desprecio con que en España se ha mirado el trabajo. Por eso notaréis que entre los españoles cuyos nombres han pasado a la posteridad, hay muchos de santos, guerreros,



Francisco Zurbarán
(1598-1662)



Diego Rodríguez de Silva
y Velázquez (1589-1660)

teólogos, oradores, poetas y literatos; pero contadísimos de arquitectos, fabricantes, artistas o inventores. Y no es porque no los haya habido, como en todas partes, sino porque se hacía poco caso de ellos, y los hombres que escribían tenían a menos tratar de asuntos que consideraban indignos de su atención. Sólo en los siglos XVI y XVII las relaciones constantes en que estábamos con los demás Estados de Europa, donde se daba a las artes otra importancia que entre nosotros, nos hizo otorgar una consideración que hasta entonces no nos habíamos dignado conceder a los pintores y escultores. Sin esa circunstancia, es probable que los nombres de Velázquez, Murillo, Ribera, Siloe, Berruguete, Alonso Cano, Zurbarán, Montañés y otros artistas nos fueran desconocidos o poco menos, como nos lo son los de

la mayor parte de los artistas, arquitectos y fabricantes de tiempos anteriores. ¿Quién es capaz de averiguar los nombres de los muchos artistas que idearon y fabricaron los innumerables trabajos de barro



Bartolomé Esteban
Murillo (1608-1682)

cocido, sean azulejos, placas labradas en bajorrelieve, jarrones de estilo mudéjar y mil otros objetos de ornamentación que se ven esparcidos por iglesias, palacios y casas particulares de Sevilla, Córdoba, Granada, Toledo y otros lugares de España? Pues, sin duda ninguna, muchos de los autores de esas obras introdujeron modificaciones en los procedimientos de fabricación, idearon emplear materias nuevas para la combinación de las pastas, y adoptaron otras novedades que les sugirieron su ingenio y su experiencia.

—Y la única clase de barro cocidos en que se ha distinguido España, ¿es la de esmaltes de reflejo metálico?—preguntó Willy.

—Como cosa propia, exclusivamente nuestra, sí; aunque conviene advertir que los artistas italianos de fines del siglo XV y principios del XVI tomaron de nosotros ese estilo. Pero también en la fabricación de otras clases de loza polícroma se distinguieron los alfareros de Talavera y de otros lugares, cuyos procedimientos de fabricación fueron, a lo que generalmente se cree, los mismos empleados en Italia por el mismo tiempo y en tiempos anteriores. Gonzalo Fernández de Oviedo, en una de sus obras que lleva por título *Las Quincuagenas*, dice que la loza de Talavera era la más hermosa y mejor de España; noticia que se refiere a los últimos años del siglo XV y primeros del XVI.



Juan Martínez
Montañés (1580-1649)

—¿Y ha desaparecido del todo esa industria?—preguntó Willy.

—Puede decirse que sí; porque la que hoy tenemos es de introducción moderna. De la industria antigua, sólo vino a quedarnos

en el siglo XVIII, y ha llegado hasta nosotros, la parte más humilde y pobre de ella: toda la que se refiere a la fabricación de ollas, tinajas, alcarrazas, macetas y otros objetos semejantes; pero la industria artística y relativa a objetos de valor se extinguió, como todas las demás industrias españolas, en el curso del siglo XVII. Los reyes de la dinastía borbónica, y muy especialmente Carlos III, hicieron grandes esfuerzos para restablecer esas industrias extinguidas; pero tropezaron con la dificultad de faltarles base en que apoyar la restauración que intentaban. Tan tremenda había sido la decadencia, que no quedaba ni sombra de ninguna de esas industrias, ni se encontraban obreros que entendieran los procedimientos y principios más elementales de ellas. Hubo que acudir en demanda de maestros y de oficiales a Francia, Italia y Alemania. Por lo que hace a la industria cerámica, la restauración del siglo XVIII produjo las fábricas del Retiro y de la Moncloa, en Madrid, la de Alcora, y no recuerdo si alguna otra, las cuales se acreditaron bastante por sus productos, que gozan de gran estimación entre los aficionados e inteligentes. De esas fábricas, de las cuales algunas funcionan todavía, se han derivado las muchas establecidas por iniciativa particular en este nuestro siglo, y una de las cuales es la de la Cartuja. Hoy se fabrica loza y porcelana en Sevilla, Talavera, Segovia, Gijón y en varios otros lugares, y alfarería basta, en muchísimos. En Nolla, población del reino de Valencia, se fabrican ladrillos finos y mosaicos, de que se hace gran consumo en toda España.

Don Antonio María, por consideración a Sir Roberto y a Willy, no quiso decir que la muy renombrada fábrica de porcelana llamada *de la China*, establecida en el Retiro de Madrid, fué destruida por los ingleses en la guerra de la Independencia.

—Ahora, Frasquito,—prosiguió D. Antonio María,—dime si estás enterado de los procedimientos del arte cerámico.

—En líneas generales,—contestó Frasquito,—sé que la base principal de la fabricación de los barro cocidos es la arcilla, tierra plástica que forma pasta con el agua, y que se endurece al secarse; que su nombre químico es silicato de alúmina. Esta tierra arcillosa se mezcla con otras tierras en que entra la sílice, el cuarzo y otras materias poco plásticas, variando la proporción de unas y otras en la mezcla según sea la clase de productos, más duros, tiernos, mates, brillantes, porosos o impermeables, que se trate de obtener. Todas esas tierras

se criban, lavan y purifican más o menos; se someten después a trituraciones y moliendas que las reducen a polvo finísimo, tanto más fino cuanto más hayan de serlo los objetos que hayan de fabricarse, y después, a mezclas y batidos con agua que las unen íntima y homogéneamente, hasta formar la pasta a que ha de darse forma, bien por medio de moldes, bien en el torno, bien a mano, cuando se trata de objetos muy artísticos o rebeldes por su forma a tales procedimientos, como sucede con las figuras, estatuas y medallones, que más son obra de escultores que de obreros y artesanos. Después se someten las piezas ya moldeadas a varias cochuras, de las cuales la primera, que suele ser única para cierta clase de barro tiernos, porosos y de poca consistencia, es más bien una preparación para las siguientes, en que se fijan sobre la superficie de los objetos el barniz, vidriado y pinturas con que han de quedar definitivamente.

CAPÍTULO XVIII

AL día siguiente salieron de Sevilla nuestros amigos por la puerta de Carmona. Una de las cosas en que repara necesariamente quien vaya por ese camino, son los Caños de Carmona, acueducto fundado sobre aquerías, que lleva buen caudal de agua a Sevilla desde tiempo remotísimo.

—Debe de ser ese acueducto de construcción árabe,—dijo Sir Roberto;—así a lo menos lo dicen las guías.

—Generalmente, se cree—le contestó D. Antonio María—que es del tiempo de los romanos; aunque es de suponer que desde entonces acá haya experimentado tantas reparaciones, que no queden ya de la primitiva fábrica sino trozos. En materia de acueductos, nada hay en España, ni quizás fuera de ella, tan notable como el de Segovia. Y lo que más sorprende es que de semejante obra, indudablemente romana, no diga ni una palabra ningún autor antiguo, y que se hiciese para población de tan mediana importancia como lo era Segovia entonces.

—En Inglaterra tenemos también—dijo Sir Roberto—increíble número de restos romanos. Son muchísimos los puentes y calzadas actuales que están fundados sobre cimientos romanos, y pasma el

número de quintas que había en nuestro suelo, cuyos cimientos se descubren a poco que se cave.

Todavía era temprano cuando llegaron nuestros viajeros a Alcalá de Guadaíra. Habían recorrido un camino amenísimo a través de un terreno algo quebrado y cubierto de olivares, viñedos, huertas, árboles frutales y tierras de labor. El río Guadaíra, encajonado entre las alturas, parecía una cinta de plata. Antes de entrar en Alcalá, descubrieron a la derecha, sobre una altura, su grande y famoso castillo, medio arruinado desde hace mucho tiempo.

—Si pudiéramos detenernos, subiríamos al castillo,—dijo D. Antonio María.—Es uno de los ejemplares mejor conservados de la arquitectura militar hispano-árabe de la Edad Media. En su recinto se venera la imagen de Nuestra Señora del Águila, por lo cual es frecuente el nombre de Águila en las mujeres de Alcalá.

A esta villa de Alcalá de Guadaíra se la suele llamar también Alcalá de los Panaderos, por ser la molienda del trigo y la fabricación del pan el principal, y casi pudiera decir único tráfico en que se emplea su vecindario. Hay en su término más de doscientas aceñas, movidas por el río Guadaíra. La harina que aquí se obtiene es muy buena, y el pan, exquisito. Pero no sólo de pan surte Alcalá a Sevilla, sino también de agua, pues aquí comienzan las obras hidráulicas que ya vimos para recoger las que conducen a Sevilla los caños de Carmona; obras sumamente notables, de origen romano, sin duda, pero en que también pusieron mano los moros.

Carmona, donde se detuvieron a almorzar, está sobre una altura, y fué tenida en lo antiguo por población fuerte y de fácil defensa. Conserva buena parte de sus antiguos muros y su alcázar, aunque muy modificado éste por obras y restauraciones modernas. Son todas esas fortificaciones del tiempo de los moros; pero los cimientos, y aun quizás algunos trozos de ellas, son seguramente romanos, porque la ciudad fué fortificada por Julio César.

Desde las torres del alcázar se goza de una vista extensísima, distinguiéndose los pueblos de Morón, Osuna, Jerez de la Frontera, el Arahal, Paradas, Zahara, Grazalema, Ubrique y la Serranía de Ronda.

Recordó D. Antonio María a sus compañeros de viaje, señalándoles a Zahara, que el haber quebrantado los moros las treguas

tomando a esa población fué lo que motivó la guerra de Granada en tiempos de los Reyes Católicos.

—Allí,—les dijo señalándoles a Ubrique,—se han dedicado de algún tiempo acá a la fabricación de petacas, carteras, portamonedas y otros artículos semejantes, que son ya conocidos y apreciados en toda España. Después de la disolución del califato de Córdoba, fué a temporadas Carmona cabeza de reino; pero cayó definitivamente en poder de los cristianos en 1247, poco antes que Sevilla. A la muerte del rey D. Pedro, se refugió e hizo fuerte en ella don Martín López de Córdoba, maestre de Alcántara, que tenía bajo su custodia a los hijos y los tesoros del difunto monarca, y allí sufrió el largo asedio que D. Enrique puso a la villa. Tuvo que capitular al fin; pero D. Enrique faltó a lo pactado en la capitulación, haciendo matar al intrépido maestre.

Al oír esto Sir Roberto, no pudo menos de decir:

—Pues veo que D. Enrique no valía mucho más que su hermano.

—Fué un hombre de muy buenas condiciones; pero ese hecho indigno será siempre una mancha en su memoria,—contestó don Antonio María.—Ayala lo refiere con la misma frialdad que los hechos de D. Pedro; lo que bastaría para demostrar su imparcialidad, que algunos pretenden negarle, sin otro fundamento que el deseo que suponen en él de congraciarse con el nuevo monarca.

Por la necesidad que tenían de ir aquel mismo día a dormir a Écija, no pudieron ver nuestros viajeros sino algún que otro edificio, entre los cuales los hay de mérito, como tampoco la sala Capitular del Ayuntamiento, que es magnífica.

CAPÍTULO XIX

FUERON hablando nuestros amigos por el camino de Carmona a Écija sobre la famosa Escuela sevillana de pintura; tema muy del gusto de Sir Roberto.

Don Antonio María explicó cómo se había formado mediante la concurrencia de la influencia italiana y de la flamenca; hizo un resumen del proceso de su desarrollo durante los siglos XVI y XVII, y acabó haciendo una relación de los nombres de sus principales artistas,

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

entre los cuales descuellan los de Antonio de Arfian, Juan de las Roelas, Francisco de Zurbarán, Bartolomé Murillo y Diego Velázquez de Silva.

—También hubo en Sevilla escultores en madera,—dijo Willy.

—En las artes de tallar y esculpir la madera y forjar el hierro, como también en platería y orfebrería artística, pocos pueblos pueden competir con España,—le contestó D. Antonio María.—Hemos tenido escultores, tallistas y fundidores de primer orden. Ya hemos visto en Sevilla imágenes, retablos, sillerías de coro y otras obras en madera, rejas, custodias, viriles, relicarios y otros objetos de hierro, oro, plata y bronce como no los hay mejores en el mundo, y todavía nos queda muchísimo que ver.

—¿Y ya no hay quien practique esas artes?—preguntó Willy.

—Como todas, han entrado entre nosotros en un período de renacimiento,—contestó D. Antonio María,—y van de día en día tomando mayores vuelos. Ya hay muy buenos forjadores, tallistas y joyeros. En Barcelona se hacen muy buenos trabajos de hierro forjado, y en Éibar se fabrican objetos de hierro con incrustaciones de oro, que son verdaderas joyas.

Hablando de estos y otros asuntos, llegaron a Écija ya algo tarde, por el mucho tiempo que se habían detenido en Carmona.

Asiéntase en la orilla izquierda del río Genil, gran afluente del Guadalquivir, que se llamó Síngilis en tiempo de los romanos, y Guadagenil hasta hace muy poco. Fué en lo antiguo tan importante como Sevilla y Córdoba, y tuvo silla episcopal.

Hoy no carece de importancia con sus treinta mil habitantes, seis iglesias parroquiales y doce más que fueron conventos extinguidos. Varias de esas iglesias tienen torres revestidas de resplandecientes azulejos con vivos colores, que presentan aspecto originalísimo. Son también dignos de verse los claustros de los conventos de San Francisco y Santo Domingo. Las columnas de las iglesias de Santa María y Santa Bárbara son romanas, procedentes de las ruinas de un templo gentílico que había en la calle de los Mármoles.

También conserva la ciudad en gran parte sus robustas murallas árabes.

Las casas, con sus patios adornados de arquerías, fuentes y flores, y separados de los zaguanes por afiligranadas cancelas, son lindísimas

y semejantes en un todo a las de Sevilla. El teatro ofrece la singularidad de carecer de techumbre, y la plaza de toros, que es magnífica, ocupa el lugar de un antiguo circo romano. Tiene también Écija un paseo delicioso, adornado de fuentes y estatuas, a orillas del río.

Pasaron el día muy agradablemente nuestros amigos dando vueltas por la ciudad y viendo lo más notable de ella.

Suelen llamarla «la sartén de Andalucía», por lo caluroso de su clima, y tiene fama por su dulce de membrillo. Esta última noticia la supieron nuestros amigos por Currillo, cuya madre era de allí, y confirmaron su rigurosa exactitud comiéndose una buena ración.

Salieron de Écija nuestros viajeros muy de madrugada por la puerta del Puente, que es muy bonito, aunque algo angosto.

—¿Es por aquí cerca—preguntó Willy—donde se dió la famosa batalla de Munda entre César y los hijos de Pompeyo?

—Has tocado un punto—le contestó D. Antonio María—de los más debatidos. No se sabe dónde estuvo Munda. Hay quien cree que en Monda, pueblo cercano a Coín; otros suponen que en Ronda; otros, que en Montilla, que cae por aquí cerca. Yo estoy en que debe de ser alguno de estos pueblos que hay entre el río Guadalquivir y el Genil. Nada tendría de particular que estén en lo cierto los que piensan que Munda corresponde con Montilla; pero, si no es así, para mí no hay duda de que no andan muy lejos de la verdad.

—¿Y hacia dónde cae Montilla?—preguntó Willy.

—A nuestra derecha. Es famosa por sus vinos, que compiten con los de Jerez, y por haber nacido en ella el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba.

Un poco más hacia el mediodía está Lucena, célebre por la batalla que se dió en sus inmediaciones en tiempo de los Reyes Católicos, en la que fué hecho prisionero Boabdil. Hoy tiene fama por los objetos de azófar que allí se fabrican, entre los cuales merecen citarse los velones, que, aunque cada día menos usados por lo muy vulgarizados que están otros sistemas de alumbrado,



Gonzalo Fernández de Córdoba. El Gran Capitán (1443-1515)

forman un ramo importante de su comercio. Ambas son poblaciones grandes y populosas, pues Lucena tiene veinte mil habitantes, y quince mil Montilla. Todavía más lejos que Lucena, y detrás de nosotros, cae Osuna, ciudad también importante, que hasta hace no mucho tiempo tuvo Universidad...

—Sí,—dijo Willy;—la misma en que se graduó el doctor Pedro Recio de Agüero.

—Muy enterado te veo del *Quijote*, querido Willy; pero ¿crees tú de veras que hubo nunca tal doctor Agüero? ¿Vas a salirnos uno de esos calamitosos cervantistas que toman por historias verdaderas y personajes reales los que se le antojó a Cervantes hacer figurar en su obra?

—Ya sé que no hubo tal doctor Pedro Recio,—contestó Willy;—pero al hablar usted de la Universidad de Osuna, recordé la comida de Sancho en la ínsula Barataria, que es graciosísima.

—Es verdad,—dijo D. Antonio María.—La gracia de esa escena, como de otros muchos pasajes del *Quijote*, es inimitable. No es fácil encontrar libro tan entretenido y ameno, y tan profundo al mismo tiempo. Pero hay que leerlo con cierta cautela; porque te advierto, querido Willy, que ha vuelto más gente loca ese libro, que el Amadis de Gaula y todos los de caballería juntos.

—¿De veras, D. Antonio María?

—No tienes sino que leer los innumerables desatinos que se han escrito sobre el *Quijote*, para convencerte de ello. Hay quien cree que no hay en él una palabra que no tenga doble sentido, y se devana los sesos por descubrirlo. Hay otros que han escrito para demostrar la profunda ciencia de Cervantes como nauta, como geógrafo, como orador, como artista, como historiador... ¡hasta como cocinero! Tampoco faltan quienes crean que todas las escenas y personajes del *Quijote* han sucedido y existido verdaderamente, y señalan *ce* por *be* las ventas, caminos y lugares en que ocurrieron las aventuras que se cuentan en la obra, y las personas verdaderas que se ocultan tras de los nombres de Don Quijote, Sancho Panza, el cura, el barbero, el caballero del Verde Gabán, etc. Ya los habitantes de los pueblos de la Mancha han llegado a tomar por lo serio todas esas extravagancias y enseñan a los viajeros la casa de Don Quijote, la venta en que sucedió la aventura de los pellejos de vino, el lugar en que pasó

SEGUNDA PARTE
DEL INGENIOSO
CAVALLERO DON
QVIXOTE DE LA
MANCHA.

Por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte.

Dirigida a don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su Magestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarca de la Orden de Alcantara, Virrey, Governador, y Capitan General del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.

Año



1615

CON PRIVILEGIO.

En Madrid. Por Juan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey N.S.

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

la de los batanes, el corral en que mantearon a Sancho y la encrucijada en que apedrearon los galeotes a Don Quijote.

—¿Y es verdad, padre, que el *Quijote* acabó con los libros de caballería?—preguntó Frasquito.

—Yo más bien creo que ese libro fué eco fiel de la opinión contra ellos que ya reinaba en su tiempo en España, y que a haber condensado y dado cuerpo a esa opinión tan chistosa y admirablemente, se debe la extraordinaria aceptación que tuvo, como debe la que tiene universalmente a la profunda filosofía que encierra.

Así entretenidos en esa y otras semejantes conversaciones llegaron nuestros viajeros a Córdoba, donde se alojaron en una posada de uno de los barrios extremos, y se acostaron temprano para aprovechar las más horas posibles de día siguiente.

CAPÍTULO XX

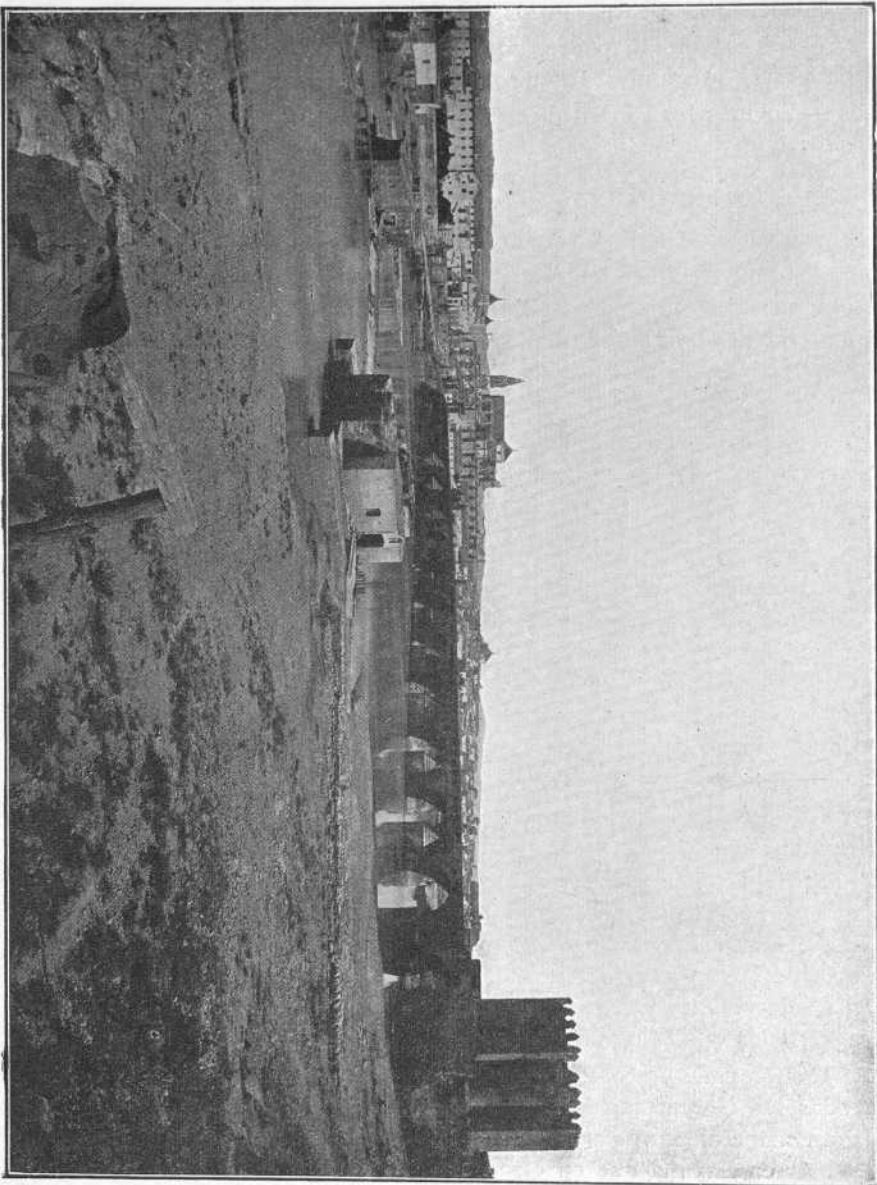
MUY de mañana se echaron a la calle y anduvieron a la ventura por la ciudad para formarse una primera idea de ella.

Tenía allí D. Antonio María un antiguo amigo, D. Juan de Argote, a quien conocía casi desde la niñez. Habían hecho, además, algunos viajes juntos por América, con lo que se había refrescado su amistad, no habiendo dejado nunca después de cultivarla y sostenerla escribiéndose, aunque de tarde en tarde.

No le pareció bien pasar por Córdoba sin hacerle una visita, y a eso de las diez, habiendo dejado a sus compañeros en un café, se encaminó solo a la casa de su amigo.

Recibióle éste con los brazos abiertos y lo presentó a su familia, que se componía de su mujer, doña María Antonia Ramírez de Prado, señora de muy buena familia cordobesa, con la que llevaba algo más de veinte años de casado, y de dos hijas, Rosario y María Antonia, de veinte y diecinueve años de edad, respectivamente, muy agraciadas y distinguidas.

Contóles D. Antonio María el motivo de su venida a Córdoba y todas las circunstancias relativas a su viaje, lo que los sorprendió en gran manera, por lo poco común que se ha hecho en nuestro tiempo, y más en España que en otras partes, semejante manera de viajar.



CORDOBA.—Vista general

Fot. Laeoste

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

Cuando hubo oído D. Juan las noticias que acerca de su viaje le dió su amigo, se empeñó en llevárselo a él y a sus demás compañeros a su casa.

—No temas—le dijo—serme molesto: la casa es grande, y cabe en ella todo un escuadrón, con caballos y todo.

Resistíase D. Antonio María a aceptar los ofrecimientos de don Juan, no tanto por evitarle molestias a él, como a Sir Roberto y a Willy, que temía hubieran de encontrarse cohibidos entre personas para ellos desconocidas. Con todo, tanto insistió su amigo, que prometió hacer lo posible por vencer la resistencia que suponía había de encontrar en Sir Roberto.

—Se me ocurre—dijo D. Juan—que lo mejor es que salgamos juntos y vayamos en busca de tus compañeros, a quienes me harás el favor de presentarme. Ya verás cómo se allanan todas las dificultades.

Se encaminaron, pues, al café donde media hora antes había dejado el primero a sus compañeros de viaje. Hizo D. Antonio María la presentación en toda forma, *more anglica*, de D. Juan y Sir Roberto; puso asimismo a D. Juan en relaciones con Willy y Frasquito, no tardando en establecerse una franca y decidida corriente de simpatía entre todos ellos.

Chapurreaba D. Juan el inglés, más bien que lo hablaba, con acento y giros andaluces tan graciosos, que hacía las delicias de Sir Roberto, Willy y Frasquito, los cuales no podían contener la risa que les retozaba en los labios. No se incomodaba por eso D. Juan, sino que les acompañaba en sus risas, porque era hombre de mucha correa, como suele decirse, y se había propuesto ante todo hacerse simpático y agradable a sus flamantes amigos.

—Lo primero de todo es que se vengan ustedes a mi casa a comer, que ya va siendo hora. Allí tendré el gusto de presentarles a mi familia; descansaremos un rato, y después podremos ver las curiosidades de la ciudad.

No había modo de resistirse a tal proposición, por la buena voluntad, oportunidad y llaneza con que fué hecha. Levantáronse, pues, y se dirigieron a la casa de D. Juan.

Iban muy despacio, curioseándolo todo y oyendo las explicaciones que D. Juan les iba haciendo sobre tal casa, tal ventana, tal columna empotrada en una pared, tal torre o tal otra antigüalla que se hallaban a su paso.

—Esta ciudad es toda ella una pura ruina,—les decía.—Las casas están fabricadas con restos de edificios romanos y árabes, amontonados sin orden ni concierto. Estoy seguro de que no se cavaría en parte alguna del suelo de la ciudad y sus alrededores sin encontrar fragmentos de columnas, estatuas, pisos y cimientos de edificaciones antiguas; porque salta a la vista que esa Córdoba, de un millón de habitantes, trescientas mezquitas y novecientos baños del tiempo de los Califas, no podía ser esta misma Córdoba que estamos viendo.

—¿No habrá algo de exageración en esas descripciones?—preguntó D. Antonio María.—Porque, dada la extensión que tiene hoy la ciudad, no parece que pudiera contener el caserío correspondiente a tantos baños y mezquitas.

—Bien pudiera ser que hayan exagerado los autores de esas noticias la grandeza de la ciudad; pero en las ciudades antiguas las murallas no abarcaban nunca en su recinto todo el caserío, sino sólomente la parte de él que podía buenamente defenderse y que venía a formar una especie de ciudadela o acrópolis, como las llamaban los griegos. Aquí, según las noticias que he leído en obras modernas fundadas en textos arábigos y en los escritos de San Eulogio y San Álvaro, de Córdoba, había al otro lado del río un arrabal pobladísimo, que se llamaba *Secunda* o *Segunda*, habitado por artesanos y gente pobre, muchos de los cuales seguían siendo cristianos en el tiempo de los Califas. De ese barrio, del que se habla mucho en las historias y relaciones del tiempo de los martirios, no dicen una palabra los autores de las descripciones modernas de Córdoba. También se dice que la ciudad se extendía mucho más que hoy por la parte de Occidente, por los vestigios de edificios y los restos de murallas que se descubren en las huertas del pago de la Salud. Y nada te digo de las quintas de recreo que había en sus términos y alrededores, a lo largo de la ribera del río y entre la ciudad y las faldas de la sierra, que eran innumerables. Sólo los palacios de Medina Azahara y de Azahira, construidos, el primero por el califa Abderramán el Grande, y el segundo por el famoso Almanzor, eran verdaderas ciudades, por lo extensos y poblados.

—Parece que ya está averiguado el lugar en que estuvo Medina Azahara,—dijo D. Antonio María.

—Sí,—le contestó D. Juan.—No se duda ya de que estaba a la

falda de la sierra, como a una legua de la ciudad, en la dehesa llamada de Córdoba la Vieja, cerca de donde se alza hoy el convento de San Jerónimo, que fué construido a principios del siglo XV con materiales sacados de las ruinas de la misma Medina Azahara. Ese palacio, o mejor dicho, esa ciudad, porque era un conjunto de muchísimos edificios y jardines, debía de ser infinitamente superior, según las descripciones, a la tan famosa Alhambra de Granada.

—Y el palacio de Azahira, ¿se sabe dónde estuvo?

—De ése no hay más noticias que las que nos dan los autores árabes. Parece que estaba al Oriente de la ciudad y a la orilla del río. Fué también una ciudad, y sus arrabales casi se tocaban ya con los de Córdoba. Fué destruido por el populacho allá por 1008 o 1009, antes que Medina Azahara con los barberiscos, castellanos y catalanes, en el turbulentísimo período que siguió a la muerte de Almanzor.

Llegaron en esto a la casa de D. Juan. Pasaron el zaguán y entraron en el patio, que les pareció lindísimo a Sir Roberto y a Willy.

—Vean ustedes esta columna,—les dijo D. Juan señalándoles una de las que sostenían los arcos del patio;—sospecho que es una de las que se quitaron de la mezquita cuando se demolió una parte de ella para construir la catedral en el siglo XIII, o el coro, en 1523. Como ésta hay muchas en otras casas de Córdoba. No son estas casas tan bonitas como las de Sevilla; pero su traza es la misma, como sucede con todas las de Andalucía. Aquí no se estilan las cancelas que separan el zaguán del patio en las casas de Sevilla; pero tampoco su uso es muy antiguo en la misma Sevilla. La que hoy es cancela en las casas sevillanas, era antes una puerta de madera, como las de nuestras casas de Córdoba, y se la llamaba «puerta de en medio».

Subieron la ancha escalera, y al llegar arriba, se encontraron con doña Marfa Antonia y sus hijas, que los esperaban. Hizo D. Juan las presentaciones consiguientes, y poco después, sentados todos en la espaciosa sala, emprendieron animada conversación, que D. Juan razonaba con sus felices y discretas ocurrencias.

Pasado algún tiempo, se levantaron doña María Antonia y sus hijas para ocuparse en disponer la comida, y aprovechó la coyuntura D. Juan para enseñar a sus amigos su biblioteca, que era verdaderamente digna de un bibliófilo. Extendió sobre una gran mesa

un plano de Córdoba y se entretuvo explicándoles la topografía de la ciudad.

—¿Ven ustedes esta ancha vía que divide la ciudad en dos partes desiguales? Es la calle de la Feria, y por ella iba una antigua muralla, de que aun quedan restos, que separaba la ciudad alta o Almedina, del arrabal llamado Ajarquía, que fué el que primero ocuparon los cristianos cuando se apoderaron de Córdoba en tiempos de San Fernando. Este edificio, situado a la orilla del río, es el que fué convento correspondiente a la iglesia, profanada hoy, de los Santos Hermanos mártires de Córdoba, Acisclo y Victoria, a quienes ya sólo se rinde culto en una capilla que hay al fondo de la iglesia. Esta otra iglesia que aquí ven ustedes, no lejos de la mezquita, es la del convento de Santa Clara, que, según opinión muy autorizada, aunque no admitida por todos los historiadores, tuvo antes de la conquista árabe la advocación de San Jorge, y fué donde el conde o gobernador godo de Córdoba se defendió durante tres meses después de tomada la ciudad por los moros mandados por Mugeith.

Entró en esto en la biblioteca un criado a avisarles que las señoras los esperaban en el comedor.

Poniendo punto a sus explicaciones, arrolló D. Juan el plano, lo encerró en su estuche y se encaminó al comedor con sus amigos.

La comida fué agradabilísima, no menos por lo bien sazonado de los manjares, que por la conversación discreta y amena y por la cordialidad de buen tono que reinó en ella.

Doña María Antonia los obsequió con un plato de dulce confeccionado por ella misma, y tan exquisito, que Sir Roberto confesó no haber probado en achaque de confituras nada mejor en su vida.

Don Antonio María declaró que los dulces que se confeccionan en Andalucía no tienen rival en el mundo entero.

—Las yemas, huevos hilados, bizcotelas, frutas en almíbar y otras confituras que hacen las monjas de Sevilla, Granada, Córdoba y muchas otras ciudades de Andalucía, son de lo más exquisito que se conoce en toda la redondez de la Tierra,—dijo.

—Es que el arte culinaria, como cualquiera otra, tiene fisonomía y carácter especial en cada pueblo,—dijo Sir Roberto;—lo mismo que hay idiomas, estilos de arquitectura, escuelas de pintura y escultura distintas y características de cada país, lo mismo sucede con el arte de confeccionar cosas de comer, sean dulces o no.

Un viaje por España.

—Es una verdad incuestionable,—le contestó D. Antonio María.— La cocina española tiene caracteres propios bien definidos, que ningún gastrónomo confundirá con los de la cocina francesa, inglesa o italiana; y dentro de cada una de ellas hay variedades, o como si dijéramos, dialectos.



Fot. Moreno

CÓRDOBA.—Galería del Patio de los Naranjos

Al oír tal ocurrencia, tratándose de asuntos culinarios, no pudieron todos menos de reírse.

—No lo tomen ustedes a broma,—les dijo D. Antonio María.—Por humildes que sean las cosas, si se las estudia seriamente se echa de ver que obedecen a las mismas leyes y principios generales que

las grandes. Y, bien mirado, no sé por qué hemos de tener por fútil e indigno de atención cuanto se refiere al arte culinaria, siendo así que el comer, y el comer bien, es una de las grandes preocupaciones de los hombres.

Levantáronse de la mesa y fueron a tomar café a la galería, donde siguió la conversación discurriendo sobre mil asuntos ligeros y entretenidos. Durante ella encontró oportunidad D. Juan de presentar a Sir Roberto y a D. Antonio María la proposición que había hecho antes al último, apoyándola en tan buenas razones, que aquella misma tarde, antes de las dos, estaban instalados en casa de don Juan los viajeros y sus caballos.

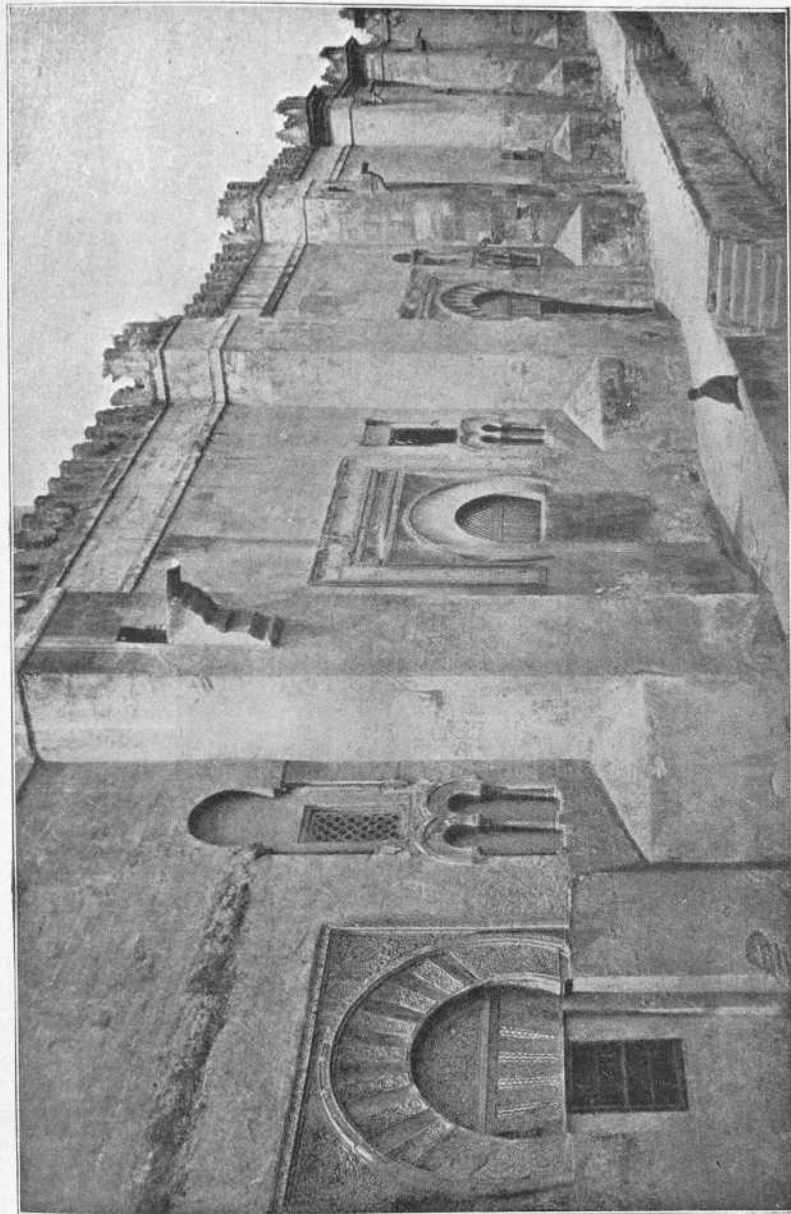
—Ahora vamos a ver la mezquita, si les parece a ustedes. Es el monumento más notable de Córdoba, y necesitaremos verlo más de una vez para que se formen ustedes de él cabal idea.

CAPÍTULO XXI

MUY curioso y digno de estudio les pareció ese enorme edificio, cuyas novecientas y pico de columnas formando diecinueve naves que corren de norte a mediodía, cruzándose con las treinta y tantas que van de oriente a ocaso, dan a su interior la apariencia de un bosque de piedra.

De las dos fanegas y media castellanás que tiene el solar de forma cuadrilonga en que se asienta, las dos terceras partes están bajo la techumbre; la tercera restante la ocupa el «Patio de los Naranjos», que era el de las abluciones en tiempo de los moros, al cual se abrían entonces, sin interposición de pared alguna, las diecinueve naves primeramente dichas, en cuyo fondo estaban las *maksuras* y la *alquibla*, hoy convertidas en capillas de las más de cincuenta que la iglesia tiene.

No hay modo de dar idea del conjunto de sutiles y graciosas arquerías, aéreas columnas, resplandecientes mosaicos esmaltados, y afiligranados y marmóreos muros y cúpulas de esa parte de la mezquita, que allá en el fondo de la larguísima columnata se descubría en tiempo de los moros desde el «Patio de los Naranjos», y que hoy impiden ver, en primer lugar, la pared que cierra el edificio por ese



Fot. Lacoste

CÓRDOBA.—Mezquita. Vista exterior (por levante)

lado separándolo del susodicho patio, y en segundo lugar, la fábrica de la catedral cristiana, que se alza en medio de la mezquita, y corta con los muros de su coro las alineaciones de las crujeas.

—Pertenece estas capillas—decía D. Juan a sus amigos—a un estilo artístico muy distinto del de las obras moriscas de tiempos posteriores, como la Alhambra de Granada y el Alcázar de Sevilla. En estas últimas todo es apariencia: arcos fingidos que nada sostienen, madera, yeso y estuco; aquí todo es realidad: verdaderos arcos, piedra, mármoles y jaspes. Sólo en la Capilla Real y en la de Nuestra Señora de Villaviciosa, restauradas por alarifes mudéjares en el siglo XIV, cuando ya estaba convertida la mezquita en iglesia cristiana, verán ustedes un estilo de ornamentación análogo al de la Alhambra y el Alcázar.

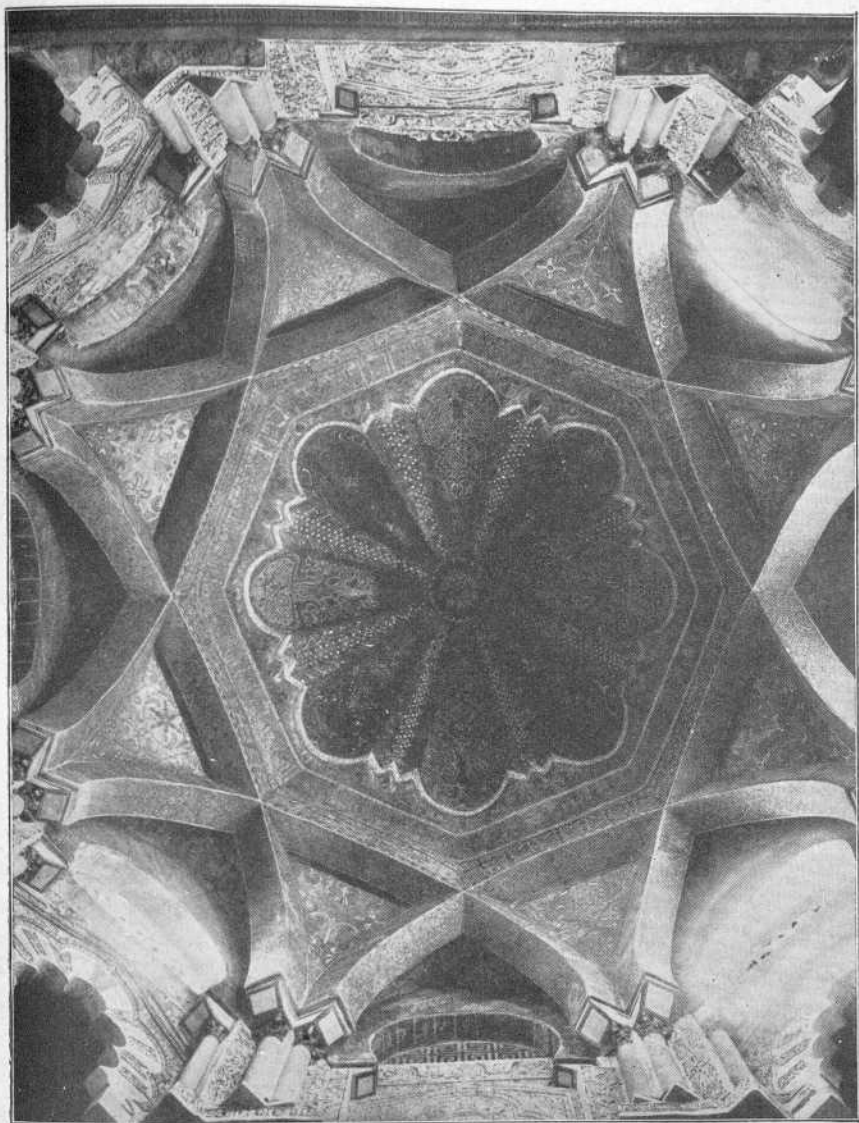
Una noche, hallándose todos de tertulia con D. Juan y su familia, preguntó doña María Antonia a su tocayo su opinión sobre la mezquita.

—Es—le contestó el interpelado—uno de los monumentos más notables que pueden verse, y de que con justicia está orgullosa Córdoba. Carlos V tuvo razón cuando, al ver la obra del coro, que se estaba haciendo entonces, dijo que se estaba erigiendo un edificio como había muchos, y destruyendo lo que era único en el mundo: porque catedrales góticas de mérito hay muchas en Europa; pero mezquitas como la de Córdoba, ninguna. Ahora, si se me pregunta cuál estilo de arquitectura está más en armonía con el espíritu del cristianismo, si el de la mezquita o el de una iglesia gótica, diré sin vacilar que el de una iglesia gótica.

Sir Roberto se mostró de acuerdo con esta opinión de D. Antonio María.

—Es—siguió éste diciendo—que hay relaciones inexplicables y misteriosas entre el alma y las impresiones que recibimos por los sentidos. Las líneas de la arquitectura y los sonidos de la música, según sean y se combinen, así despiertan tales y cuales ideas y sentimientos, vagos y oscuros por lo general, pero intensísimos. No todos los hombres experimentan en igual medida esas emociones, pues así como los hay insensibles a la música, así los hay que nada sienten a la vista de un edificio; pero a todos, más o menos, los conmueven las combinaciones de líneas, colores y sonidos.

—A mí la música me hace sentir mucho,—dijo D. Juan.

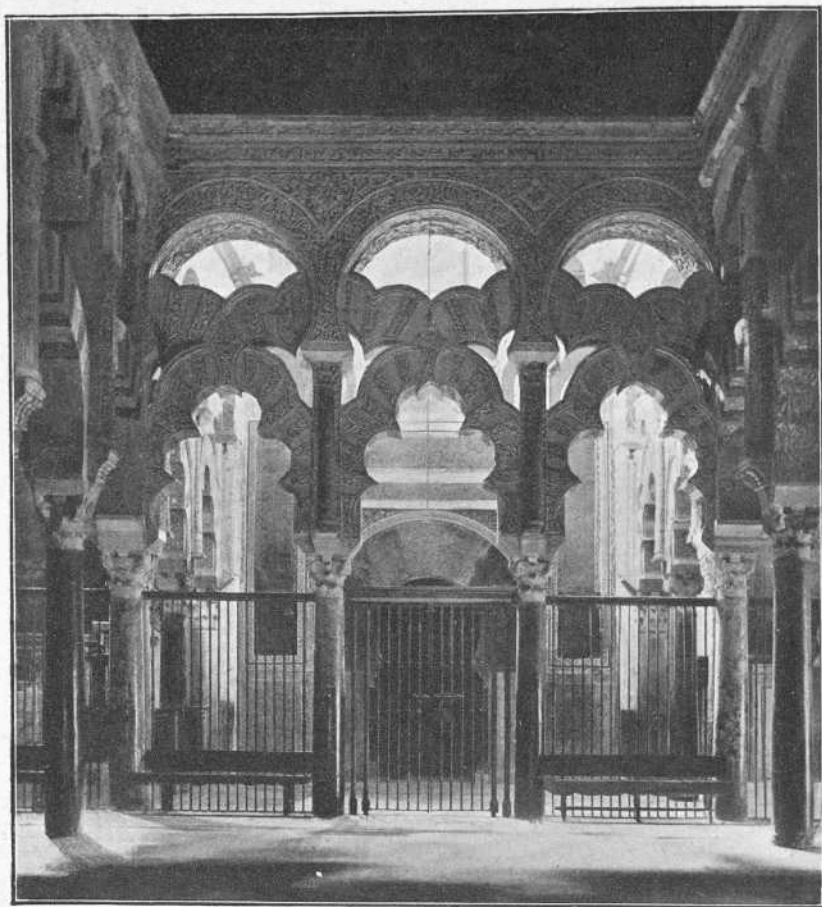


Fot. Moreno

CÓRDOBA.—Mezquita. Techo de la Capilla del Mihrab

Biblioteca Perla

—Y a mí, tanto,—dijo doña María Antonia,—que a veces hasta lloro. Hay canciones que me llenan de tristeza.



Fot. F. A. Montilla

CÓRDOBA.—Mezquita. Arcada que da acceso al Mihrab o Santuario

—Pues a mí—dijo D. Antonio María—me conmueve mucho la música; pero la arquitectura, tanto o más. En una catedral gótica me siento más cristiano que en mi casa; y en cuanto a la música,

no me explico que haya quien sienta lo mismo oyendo la *donna è mobile* que el *tantum ergo*. Estoy, además, en que esas relaciones entre el espíritu y la materia son recíprocas. Así, el espíritu cristiano ha producido el estilo gótico, y el estilo gótico despierta el pensamiento cristiano.

—No quiero entrar en discusiones sobre eso,—dijo D. Juan;—pero el estilo gótico se explica por la necesidad de cubrir grandes espacios con escasos materiales. Se hizo preciso apoyar en las columnas toda la fábrica, dejando reducidos los muros al papel de tabiques que pudieran sustituirse, como se hizo, por grandes ventanales. La necesidad de disminuir los empujes laterales de los arcos dió origen al arco apuntado; la de contrarrestar esos empujes produjo los arbotantes; la de aumentar el peso y estabilidad de las columnas, las agujas y los pináculos...

—Todo eso es muy cierto,—interrumpió D. Antonio María,—en cuanto se refiere a lo puramente material de la arquitectura; pero no respecto a lo espiritual de ella. Cada estilo tiene su alma, su espíritu. El alma de los sombríos templos de la India, cavados en el seno de una montaña, no es la misma que la del Partenón de Atenas, ni la del Partenón, que la de la Alhambra.

Otra noche se habló sobre la decadencia a que había venido Córdoba.

—Desde que cayó el califato,—dijo D. Juan,—no ha cesado un punto esa decadencia. En el mismo siglo XI ya fué Córdoba suplantada por Sevilla, y después de la reconquista cristiana dió un bajón enorme. Tres siglos después tuvieron Carlos V y Doña Juana que eximir de tributos por diez años a los que viniesen a vivir a Córdoba: tan despoblada debía de encontrarse.

—Una de las causas principales de la decadencia, no sólo de Córdoba, sino de todo el reino,—dijo D. Antonio María,—fueron las leyes económicas absurdas promulgadas a petición de las Cortes en los siglos XVI y XVII. Ya de largo tiempo atrás prohibían las leyes sacar oro y plata del reino. Fueron confirmadas en el siglo XVI, y se dictaron al mismo tiempo otras prohibiendo el uso de telas, guardaciones y demás tejidos de oro y plata.

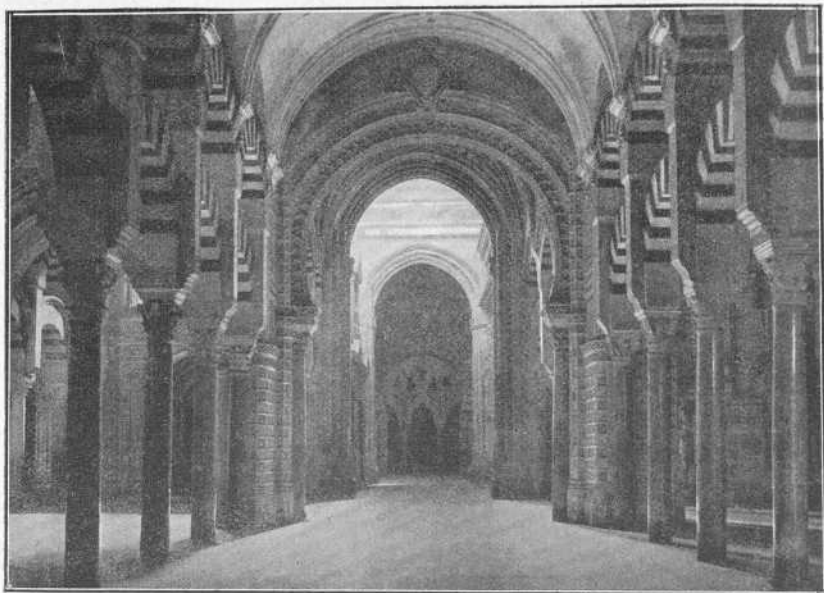
—Si se prohibía sacar el oro y la plata, y se prohibía también usarlos,—dijo Willy,—¿qué hacía con ellos quien los tuviese?

Biblioteca Perla

—Esa pregunta me hago yo, y no acierto a contestármela. Otras leyes de ese mismo siglo prohibían exportar artículos fabricados a las colonias de América.

—¿Y a qué esa prohibición?—preguntó Sir Roberto.

—Para evitar que se encareciesen aquí esos artículos.

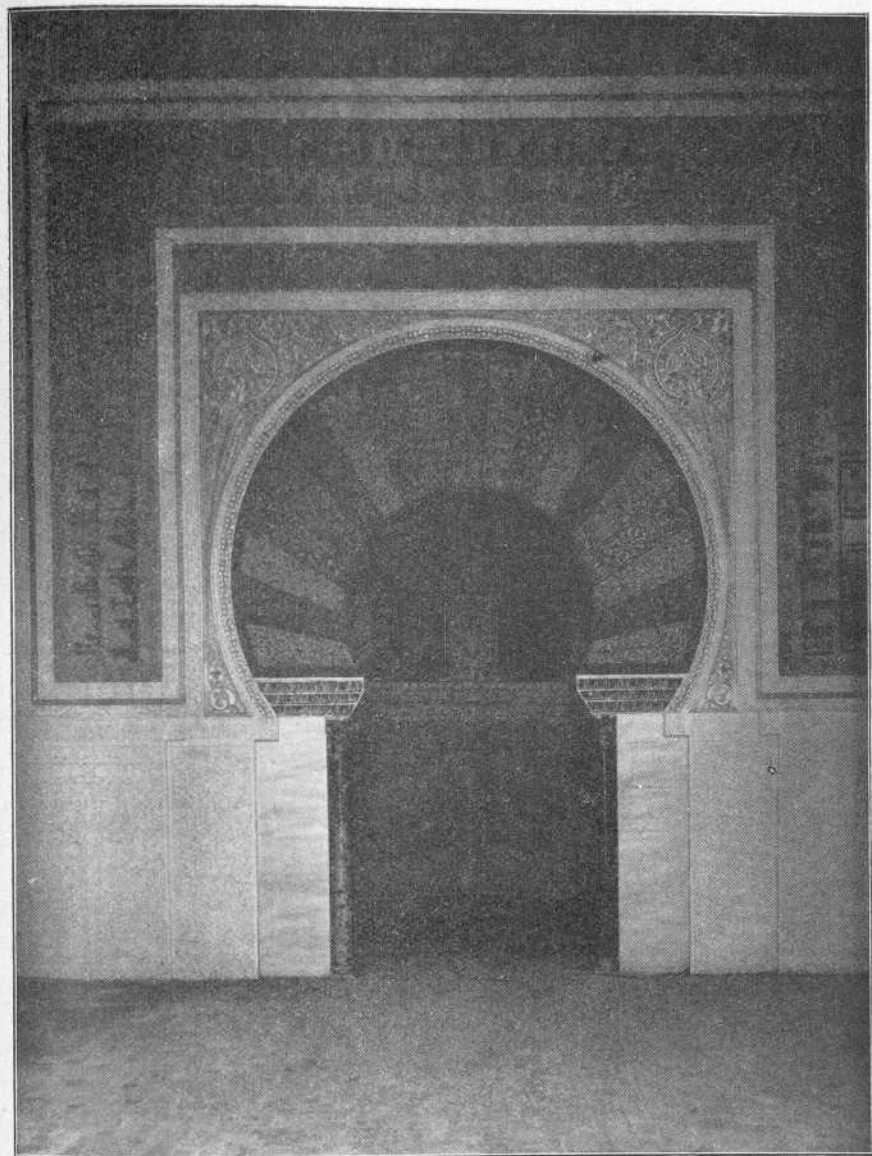


Fot. F. A. Montilla

CÓRDOBA.—La Mezquita (hoy Catedral). Vestibulo

—Pero si se prohibía sacar el oro y la plata, ¿no era natural que el exceso de esos metales hiciera subir los precios de las cosas?

—¡Qué duda cabe!—contestó D. Antonio María.—Pero las Cortes de entonces no entendían eso: no veían en el oro y la plata mercancías como cualesquiera otras, sino riqueza. Creían que el que poseía oro o plata era más rico que el que poseía en granos, por ejemplo, el valor de esos metales. Faltos de experiencia en materias económicas, los hombres de entonces, como la mayor parte de los de ahora



CÓRDOBA.—Mezquita. Puerta del Mihrab

Fot. Lacoste

y de todos los tiempos, porque esos asuntos económicos son muy complicados y difíciles, veían los efectos, y trataban de ponerles inmediato remedio, sin tomarse el trabajo de investigar las causas. De ahí resultó que se dictaron otras leyes prohibiendo el comercio de granos; otras que prohibían la fabricación de paños finos, y permitían la introducción de paños extranjeros; otras, también del tiempo de Carlos V, prohibían sacar del reino cueros curtidos y sin curtir, cordobanes labrados y sin labrar, guadamaciles, guantes y zapatos; otras prohibían exportar seda, tanto en bruto como tejida, y autorizaban a entrar seda extranjera; otras prohibían la exportación de hierro. Por último, por pragmática expedida en Madrid en 1551, se prohibió el giro de letras dentro del reino. ¿Quieren ustedes mayores desatinos? ¿Hay motivo para sorprenderse de que, pasados unos cuantos años, hubieran muerto todas las industrias del reino? ¿Qué falta hace calentarse la cabeza para averiguar las causas de la ruina de España?

—Por lo que ha dicho usted, veo que Córdoba fué en otro tiempo población industrial,—dijo Sir Roberto.

—Fué muy nombrada por sus cueros lisos y labrados, conocidos por los nombres de *cordobanes* y *guadamaciles* o *guadamacés*—le contestó D. Juan.

—Y hoy, ¿qué industrias quedan en Córdoba?—preguntó Sir Roberto.

—Hoy no es población industrial ni comercial,—le contestó Don Juan.—Tiene sólo esas pequeñas industrias que hay en todas partes para cubrir las necesidades locales, y exporta algunos objetos de platería que se venden en las ferias de la provincia.

—¿Y nada nos dicen de las aceitunas ni del aceite, que son superfinos, según es notorio?—preguntó D. Antonio María.

—No me has dejado decirlo. Efectivamente; las aceitunas de esta tierra son de primera clase, y el aceite, exquisito.

—¿Y de la antigua industria de cordobanes y guadamaciles, nada queda?—preguntó Sir Roberto.

—Hay tenerías; pero como las de cualquiera otra parte.

CAPITULO XXII

NO se contentaron nuestros amigos durante su estancia en Córdoba, que fué de muchos días, con ver la ciudad, sino que hicieron excursiones por sus alrededores, y bastante largas algunas.

Don Juan, para poder acompañarles en ellas, se había hecho llevar de una de sus fincas una robusta jaca de campo.

Una de esas excursiones, que duró dos días, fué para ver el campo de batalla de Bailén.

Don Antonio María se la explicó sobre el mismo terreno a sus amigos, que siguieron con el mayor interés sus explicaciones.

—A fines de Mayo de 1908,—comenzó diciéndoles,—todavía no había pisado un soldado francés el suelo de Andalucía, cuando Dupont salió de Toledo con su ejército, y, atravesando la Mancha, pasó la Sierra, y llegó el 3 de Junio a Bailén; el 4, a Andújar; el 5, a Villa del Río; el 6, al Carpio, y el 7, después de un ligero combate en el puente de Alcolea, a Córdoba, donde entró a saco, cometiendo sus tropas atrocidades inauditas; hombres, viejos y niños asesinados, mujeres atropelladas, casas robadas, iglesias y monasterios profanados y saqueados... En tanto que todo esto ocurría, y desde algunos meses antes, el general Castaños estaba organizando en Sevilla



Francisco Javier Castaños
(1758-1852)

un ejército con los elementos que tenía a mano, y Reding, otro en Granada. Componíanse ambos de las tropas que había en la región y de cuantos voluntarios se iban presentando. No ocultándosele ese hecho a Dupont, y creyéndose en situación peligrosa por la presencia de Castaños a su frente, y de Reding a su flanco izquierdo, que, con avanzar un poco, podría situarse a su espalda cortándole la comunicación con Madrid, retrocedió a Andújar después de haber permanecido diez días en Córdoba, y se estuvo allí hasta mediados de Julio, al mismo tiempo que dirigía carta tras carta a Madrid pidiendo refuerzos.

»Erró Dupont en detenerse en Córdoba diez días y todo un mes en Andújar, dando tiempo a sus enemigos para apercibirse y combinar

sus planes; porque si, una vez tomada Córdoba, hubiera seguido sin detenerse a Sevilla y a Cádiz, es seguro que apenas habría encontrado quien se le opusiera, y, en todo caso, habría desbaratado al ejército de Castaños, que estaba organizándose. Cuando un general se encuentra en la situación de Dupont respecto a dos ejércitos enemigos tan separados entre sí como los de Castaños y Reding, que estaban en Sevilla el uno y en Granada el otro, no debe esperar a que se le acerquen y ataquen al mismo tiempo, sino que debe lanzarse como el rayo, primero sobre el uno, y en seguida sobre el otro, para destruirlos parcialmente. A esa operación debió Napoleón la mayor parte de sus victorias.

»He dejado a Dupont en Andújar, pidiendo refuerzos a Madrid. Al fin, le llegaron en dos Cuerpos, mandados respectivamente por Vedel y Gobert; el primero de los cuales se situó a sus espaldas en Bailén, y el otro, algo más atrás, en la Carolina.

»Pero Castaños y Reding, ya organizados sus ejércitos, avanzaron a una: el primero, desde Sevilla hacia Andújar, a encontrarse con Dupont; el segundo, desde Granada hacia Bailén, para atravesársele sobre el camino de Madrid y caerle por la espalda. Entonces Vedel, que estaba en Bailén, cometió el gravísimo error de avanzar en ayuda de Dupont hasta Andújar, abandonando a Bailén, que hubiera podido ocupar Reding, que seguía avanzando desde Granada; bien es verdad que Gobert, que hasta entonces había estado en la Carolina, avanzó a su vez hasta Bailén, ocupando el lugar que Vedel acababa de dejar vacío.

»Castaños se había presentado el 14 de Julio frente a Andújar, en la orilla opuesta del río, y Reding seguía avanzando desde Jaén hacia Mengíbar. Gobert, que acababa de llegar a Bailén, sabiendo la aproximación de Reding, le salió al encuentro, y perdió la batalla y la vida cerca de Mengíbar. Las tropas de Gobert retrocedieron en mal estado hasta la Carolina. Dupont, sabedor del caso, mandó a Vedel que saliera a toda prisa para Bailén, que había vuelto a quedar vacía después de la retirada de las tropas de Gobert, mandadas entonces por Dufour; pero Vedel no se detuvo en Bailén, sino que siguió más atrás, yendo a reunirse con Dufour en la Carolina, en tanto que Reding, siguiendo su marcha, ocupaba a Bailén, poniéndose así entre Dupont y Vedel.

Un viaje por España

»Dupont estaba encerrado entre Castaños y Reding, y Reding entre Dupont y Vedel, y todos ellos, sobre el mismo camino que va de Córdoba a Despeñaperros.

»Castaños, comprendiendo que era de más importancia el ataque de Reding, que iba dirigido contra la espalda de Dupont, que el suyo, que era contra el frente, destacó de su ejército el Cuerpo mandado por Coupigny y lo mandó a reforzar a Reding, mientras él permanecía frente a Andújar, para engañar a Dupont.

—¿Y cómo podía llegar Coupigny hasta donde se hallaba Reding, si estaba Dupont entre los dos?—preguntó Willy.

—Pues por medio de un rodeo, como lo dió yendo por Mengíbar. Pero Dupont advirtió el movimiento, y, comprendiendo el peligro, retrocedió a Bailén en la noche del 18.

—Pero se encontraría allí con Reding,—dijo Willy.

—¡Pues claro! Ese encuentro fué precisamente la batalla de Bailén, en la cual tuvo que combatir el ejército de Dupont dando frente adonde tenía antes la espalda. El ejército de Dupont, marchando desde Andújar hacia Bailén en la noche del 18 de Julio, formaba una columna interminable, porque llevaba como seiscientos carros consigo. Antes de llegar a Bailén, se encontró con las avanzadas de Reding, que tenía su ejército desplegado en batalla delante de Bailén, y se entabló en seguida la pelea.

—Que ganó Reding,—dijo Willy.

—Sí, gracias a Dios. Poco después de mediodía tuvo que pedir Dupont suspensión de hostilidades después de muchos e infructuosos ataques contra la línea enemiga, que le opuso resistencia inquebrantable. Cuantas veces había intentado emplazar su artillería, otras tantas había sido desmontada por la española, cuyos tiros eran certerísimos. Algunas horas después de suspendido el combate, llegaron al campo de batalla Castaños con su ejército, por el camino de Andújar, y Vedel por el de la Carolina.

—De modo—dijo Willy—que Castaños vendría a caer sobre la espalda de Dupont, y Vedel, sobre la de Reding.

—Eso es. La cosa acabó capitulando todo el ejército francés, incluso el cuerpo de Vedel. Thiers, en su *Historia del Consulado y del Imperio*, cree que a la llegada de Vedel debió Dupont romper de nuevo las hostilidades.

—Habría sido una infamia, si horas antes había solicitado, y se le había concedido, suspensión de ellas cuando se vió perdido,—dijo Willy.

—Eso es lo que a cualquiera se le ocurre; pero Thiers piensa, por lo visto, que todo era lícito para los franceses, con tal de no pasar por la humillación que sufrieron. Mas no cuenta con lo que hubiera podido suceder allí; pues, si bien es cierto que Vedel había llegado de refresco en favor de los franceses por un lado, Castaños había llegado también en favor de los españoles por otro.

—Habría sido una batalla rarísima la que se hubiera allí entablado,—dijo Willy,—porque Dupont y Reding habrían tenido que combatir ambos al frente y a la espalda a un mismo tiempo.

—Ni más ni menos,—contestó D. Antonio María.—Veo que te has hecho perfecto cargo de la situación de las fuerzas.

CAPÍTULO XXIII

AL día siguiente determinaron los viajeros partir para Extremadura. Willy se lamentó de no haber visto bastante de Andalucía.

—Es verdad, y lo visto ha sido muy a la ligera; pero es imposible que lo hagamos de otro modo, so pena de renunciar a nuestro viaje por España.

Continuaron hablando de Andalucía nuestros amigos, ya que tan pronto iban a dejarla. Alababa D. Antonio María la riqueza de su suelo y la variedad de su clima.

—En Sierra Nevada,—decía,—hemos visto en un espacio de muy pocas leguas la vegetación de la Groenlandia y la de las Antillas. Hay allí un lugar llamado Trevélez, cuyos jamones, curados en la nieve, dejan muy atrás a los mejores de York y de Westfalia, que todavía son inferiores a los nuestros de Galicia y Asturias, y a los de esta misma tierra de Extremadura, en que vamos a entrar muy pronto. Y no sólo se distingue Andalucía por la excelencia de su suelo, sino también por la riqueza mineral que encierra en sus entrañas: sus minas de plomo, hierro, cobre y plata son riquísimas y rinden beneficios enormes; y en cuanto a mármoles, jaspes y otras piedras de construcción, no hay que decir sino que a las sierras de Granada hubo que ir a buscarlas para la edificación de El Escorial, por no

Un viaje por España

haberlas semejantes en ninguna otra parte de España. El mal de que adolece Andalucía, y particularmente ciertas regiones de ella, consiste en la aglomeración de la propiedad territorial en pocas manos.



Fot. Hauser y Menet

JAEN.—La Catedral

—Yo no veo—dijo Sir Roberto—que sea ése un mal tan grande; al contrario, nada hay más favorable a los progresos de la agricultura y de la ganadería que las grandes fincas, porque permiten la im-

plantación de máquinas y procedimientos de cultivo, que la escasez de recursos ponen fuera del alcance de los pequeños agricultores. ¿A qué, sino a lo poco repartido del suelo, se deben los progresos de la agricultura y de la ganadería en Inglaterra?

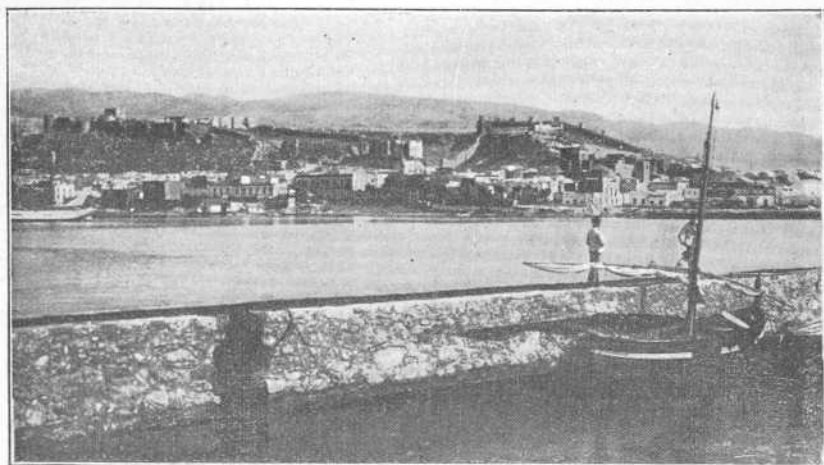
—Es cierto,—le contestó D. Antonio María;—pero, de ordinario, allí viven en sus tierras los grandes propietarios, y no, como aquí, en las grandes poblaciones. Ese es uno de los males más graves que se padecen en España, y el que más se opone a su progreso y al bienestar de sus habitantes. En Inglaterra, las casas mejores y más espléndidas están en el campo; para allí reservan sus ostentaciones y sus lujos los grandes propietarios; en mejorar sus fincas, promoviendo así la prosperidad del país y de sus habitantes, invierten sus rentas. A eso se debe que esté convertido el suelo de Inglaterra en un jardín delicioso. Aquí se andan leguas y leguas sin ver, no ya palacios, pero siquiera viviendas, como no sean castillos y monasterios en ruinas, o ranchos de pastores. Sólo en las Vascongadas, Asturias y Galicia veréis a los dueños de las tierras vivir en ellas, que por eso son las más pobladas y prósperas y las mejor cultivadas de España.

—Pero propietarios y colonos tan chicos no es posible que dispongan de capitales para la adquisición de máquinas agrícolas, ni siquiera para el empleo de sistemas de cultivo perfeccionados,—dijo Sir Roberto.

—Sobre ese punto tengo yo ideas particulares,—le contestó don Antonio María.—Comprendo la utilidad de las máquinas donde sobre la tierra y falten los brazos para cultivarla, como sucede en las comarcas americanas, donde, por tal motivo, son altísimos los jornales, y hay inmensas extensiones de tierra verdaderamente abandonadas por falta de gente que las trabaje; pero donde, como aquí, gana un hombre dos pesetas al día, no hay máquina que compita con él. Las máquinas son, por eso, adecuadas al cultivo extensivo, que es el usado en los Estados Unidos de América, donde las cosechas son inmensas, no por la perfección de los procedimientos agrícolas, sino por la extensión de los terrenos que se cultivan, pues la tierra, como es sabido, da allí poquísimos. Los sistemas de cultivo han de adaptarse a las circunstancias. Quien imite aquí los de los Estados Unidos, no sólo se arruinará miserablemente, como ha pasado a muchos poco discretos o mal aconsejados, sino que promoverá conflictos sociales. Tras de sacar de la tierra escasos productos, dejará

Un viaje por España

sin trabajo a muchos, cuyos jornales le costarían menos que la compra y entretenimiento de las máquinas con que tratase de sustituirlos. El sistema, seguido en grandes regiones de España, de combinar el cultivo extensivo con el trabajo a mano, es desastroso. Con el intensivo practicado a mano se sacan más productos a la tierra, y se da empleo a muchísima gente que tiene que buscar trabajo en oficios menos productivos a la sociedad, o emigrar, como único remedio a su miseria. ¿No es increíble que se emigre donde hay tanta



Fot. Hauser y Menet

ALMERÍA.—Vista general

tierra sin cultivar, y tanta otra que, por mal cultivada, rinde la décima parte de lo que debe?

—Voy creyendo que tenéis razón,—dijo Sir Roberto.

—¡Y tanto como la tengo! Ni en agricultura, ni en economía, ni en nada, suele convenir a un país lo que a otro. En los Estados Unidos, la agricultura, como todo, es negocio tan arriesgado como el juego al alza o a la baja de los fondos públicos. Por eso hay allí tantos ejemplos de sujetos que pasan repentinamente de la nada a capitalistas de cientos de millones de duros, cosa inconcebible en Europa por medio de negocios lícitos y corrientes. En España, no hay otro camino para enriquecerse, o alcanzar siquiera el bienestar, que el de

la economía y el ahorro; idea que hay que inculcar a todo el mundo, y al agricultor antes que a nadie. Yo, en mis propiedades de Andalucía, he adoptado el sistema de dividir las en colonias, proporcionadas a las fuerzas de los arrendatarios. Sólo admito como tales a hombres formales, de laboriosidad y honradez probadas, y además, que

tengan familia, porque sólo así se apegan al terruño. Las rentas que les señalo son módicas, y no tengo inconveniente en ayudarlos a desenvolverse al principio entregándoles animales, instrumentos de labranza, semillas, abonos y hasta efectivo, cuyo valor, más el pequeño interés correspondiente, han de devolverme cómodamente a plazos lar-



Séneca el filósofo
(2-66)



San Isidoro

gos, porque quiero que esos donativos tengan el carácter de empréstitos beneficiosos a ambas partes contratantes, y no el de limosnas.

—Pues eso que hacéis es constituirlos en Banco agrícola, D. Antonio María,—dijo Sir Roberto.

—Ya lo sé, Sir Roberto; y todavía pienso llegar más allá, porque estoy estudiando la organización de una sociedad cooperativa, administrada por ellos mismos, que les permita adquirir todos los artículos que necesiten a precios inferiores que en el comercio. Todo lo que sea suprimir intermediarios entre el consumidor y el productor, es conveniente para ambos.

—¿Y dejáis a vuestros colonos en libertad de sembrar y plantar lo que quieran, de hacer los cultivos en la forma que les acomode, o les imponéis condiciones determinadas?

—Los dejo en libertad de hacer lo que quieran, pero dentro de ciertos límites; porque comprenderéis que no podría autorizarlos a hacer lo que creería un abuso hacer yo mismo: por ejemplo, cortar árboles añosos sin sustituirlos antes por otros ya bien crecidos y des-

arrollados. El hombre tiene el derecho de cortar lo que él mismo ha sembrado y que da frutos en el término de su vida, pero no lo que sembraron sus antepasados, no para una sólo generación, sino para muchas. ¡Lucidos andaríamos si las generaciones que nos precedieron no se hubieran ocupado en plantar árboles, y sí sólo en cortarlos! Creo que estamos en el deber de hacer por nuestros sucesores lo que

hicieron por nosotros nuestros antepasados.

—De lo que apenas hemos hablado—dijo Willy—es de los hombres ilustres de Andalucía, que deben de ser muchos.

—Tantos,—le contestó D. Antonio María,—que sólo nombrarlos me sería imposible. Sin llegar a los tiempos modernos, ya a la caída del Imperio romano



Luis de Góngora y Argote (1561-1627)
(De un cuadro de Velázquez, Museo del Prado)



Benito Arias Montano (1527-1598)

hubo muchísimos andaluces ilustres por su santidad o por su sabiduría. De entonces acá, son innumerables, Séneca, Lucano, Columela y otros autores latinos, infinidad de santos y mártires y otros hombres esclarecidos, entre ellos algunos emperadores, fueron andaluces; y en tiempos más recientes, San Isidoro, San Leandro, San Fulgencio, San Hermenegildo, San Eulogio, San Álvaro de Córdoba y otros muchos santos mártires también lo fueron. Sin contar los príncipes; guerreros y hombres de letras que florecieron en la Andalucía musulmana, que debieron de ser muchísimos, y de los cuales, no tanto por sernos poco conocidos como por haber vivido en religión y costumbres ajenas a la nuestras, solemos prescindir absolutamente; tenemos tan gran número de guerreros, sabios, artistas y hombres de letras en la Andalucía cristiana, posterior a la conquista de San Fernando, que podrían llenarse libros con sus nombres. Gonzalo de Córdoba, el capitán más ilustre que ha habido en España y que figura a la par de los más famosos de Europa; Benito Arias Montano, portento de sabiduría; Antonio de Nebrija, famosí-



Nicolás Antonio, autor de la «Biblioteca Hispana»
(De un grabado de Selma, hecho en Madrid en 1788)

simo retórico; Gonzalo Argote de Molina, notable historiador y genealogista; Ambrosio de Morales, insigne investigador de nuestras antigüedades; Nicolás Antonio, bibliófilo eminente; Diego Ortiz de Zúñiga, analista muy distinguido, y una verdadera legión de literatos y artistas, entre los que citaré a Luis de Góngora, de reconocido talento, a pesar del culteranismo y obscuridad de su estilo, y a Vicente Espinel, inventor de las décimas llamadas espinelas, y gran músico, a quien se debe la quinta cuerda de la guitarra; y, sobre todo, Bartolomé Murillo y Diego Velázquez, que son los primeros pintores de España, y Pedro Roldán y Juan Montañés, que, si no son los primeros escultores, figuran en el número de los mejores.

CAPÍTULO XXIV

TODA la anterior plática la sostenían nuestros viajeros camino de Llerena, adonde llegaron más tarde de lo que debieran, por lo malo del camino, que entre Fuenteovejuna y Reyna va por ásperas montañas, que separan por allí las aguas del Guadalquivir de las del Guadiana.

—Por aquí cerca—dijo D. Antonio María cuando pasaban por las inmediaciones del lugar de Aljazar—se dió en los primeros días de Junio de 1010 una batalla reñidísima entre los berberiscos y los moros cordobeses, en la que tomaron parte, a favor de los últimos, los condes soberanos catalanes de Barcelona, Urgel y otros, como también varios obispos de Cataluña, con numerosos contingentes. Todo el peso de la batalla lo sostuvieron los catalanes, que tuvieron grandes pérdidas, entre ellas la del conde Armengol de Urgel. Obtuvieron, con todo, la victoria, habiéndose retirado los berberiscos a Medina Azahara; pero algunos días después se rió batalla hacia el lugar en que confluyen los ríos Guadaira y Guadalquivir, muy cerca de Sevilla, que ganaron los berberiscos y que costó la vida a más de tres mil catalanes. Cataluña se cubrió de luto. En los documentos que se hallaban, y que seguirán hallándose en gran parte en los archivos de sus iglesias, hay muchísimas referencias a estas batallas, que apenas mencionan, sin embargo, nuestros escritores modernos, que dedican, no obstante, largas páginas a las de Calatañazor, Clavijo y otras no

menos fantásticas. A la primera de las dos que he dicho la llaman de Acabalbacar los historiadores árabes; lugar que, según Dozy, es este mismo de Aljázar, o castillo de Bacar, que tenemos a la vista.

Aquella noche, nuestros viajeros acamparon a orillas del rio Guadiato, que habían tenido que vadear una vez cerca de Aljázar.

Había sido cansadísima la jornada, no tanto por lo larga como por la aspereza y soledad del camino. Hubo un momento, ya cerrada la noche, en que se desorientaron hasta el punto de no saber qué rumbo seguir.

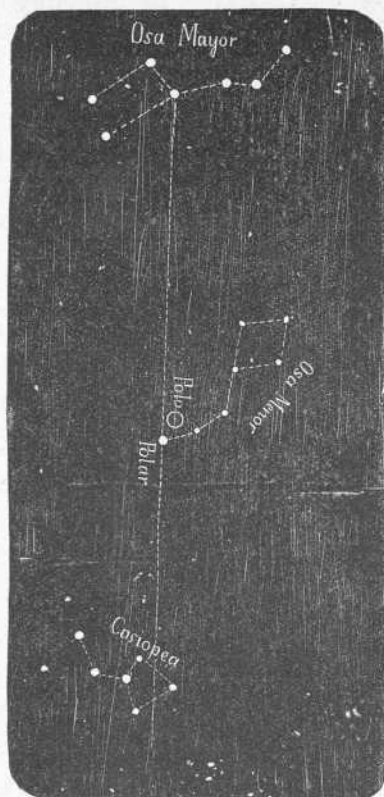
—Lo malo es—dijo riéndose D. Antonio María a Sir Roberto—que no puede sacarnos de apuros vuestro sextante, que sólo sirve para tomar la altura del sol en pleno día.

—Pero sí sirve mi brújula,—le replicó Sir Roberto.

—Tampoco necesitamos de ella en noches despejadas como la de hoy, porque las estrellas bastan para guiarnos. ¿Sabes tú; Frasquito, dónde está la estrella polar?

—Perfectamente,—contestó Frasquito.—Allí tenemos la Osa mayor o el Carro; con prolongar imaginariamente la línea que une las dos estrellas de la zaga, iremos a tropezar con la polar, que es la de la punta de la lanza de la Osa menor. Yo no necesito hacer esa operación para encontrarla, porque he mirado tantas veces y con tanta

atención a la polar, que a la primera ojeada la distingo. Vedla allí,—dijo señalándola con el dedo.



Constelaciones de la Osa Mayor y Menor y determinación de la estrella Polar

—Pero también sabrás—le dijo don Antonio María—que no indica exactamente el norte.

—Exactamente, no; pero sí con la aproximación suficiente en muchos casos. Describe un pequeño círculo alrededor del Polo norte.

—¿Y sabes tú qué estrella marca la posición del Polo sur?

—Sé que es una que forma parte de una constelación muy brillante, que se llama la *Cruz del Sur*; pero no he podido verla, porque nunca he salido del hemisferio septentrional de la Tierra.

—Serías capaz de determinar la latitud del punto en que nos encontramos? ¿Sabes tú lo que es latitud?

—Latitud de un lugar se llama al arco de meridiano comprendido entre él y el Ecuador. Con medir la altura de la estrella polar sobre el horizonte, se tiene medida aproximadamente la latitud.

—Con tales astrónomos, ¿cómo es posible que nos perdamos, Sir Roberto? Descansemos tranquilamente esta noche, y mañana, si Dios quiere, iremos a dormir á Llerena, que ya es de Extremadura.

—Y no veremos la comarca de Huelva, donde hay mucho que ver y estudiar, no sólo desde el aspecto histórico y artístico, sino también del industrial, pues hay allí muy ricas y famosas minas de cobre,—dijo Willy.

—Tan famosas, que ya fueron explotadas por los fenicios y los romanos. Las minas de Tarsis son curiosísimas. Fueron explotadas en la antigüedad más remota, y por procedimientos tan perfectos, que las escorias del tiempo de los fenicios y los romanos, que hoy se encuentran en gran abundancia, no contienen apenas residuos metálicos. Las antiguas galerías son de corte redondo y cuadrado; las cuadradas se tienen por fenicias; las redondas, por romanas. Estuvieron abandonadas esas minas por muchísimos siglos, pero en 1865 se pusieron de nuevo en explotación, desaguando primero por medio de bombas el lago de aguas sulfurosas que se había formado en el hueco de las antiguas excavaciones. Hay otras minas allí cerca, las de Ríotinto, también explotadas por los romanos, y que se supone que lo fueron antes por los fenicios y cartagineses. Los pozos y galerías romanas se encuentran en todas las profundidades a que se ha llegado hasta ahora, viéndose allí también los restos de un pueblo y un cementerio romano y los de un vasto recinto fortificado del mismo tiempo. Desde esa remota

época hasta principios del siglo XVIII estuvieron abandonadas esas minas de Ríotinto; pero ha vuelto a explotárselas durante el siglo último y el presente, unas veces por el Estado y otras por contratistas o arrendatarios, con escasos resultados y a veces con pérdidas, hasta que, sacadas a pública subasta en 1873, fueron adjudicadas a una Compañía inglesa, que ha hecho trabajos colosales de muelles de hierro para embarcar el mineral, ferrocarriles que van desde esos muelles hasta las minas, porque están muchas leguas distantes del mar; otros ferrocarriles, descubiertos unos y subterráneos otros, para sacar el mineral de las minas y transportarlo por dentro de las galerías; máquinas, hornos, un acueducto de tubos de hierro fundido de más de una legua de largo, grandes depósitos de agua para alimentarlo y tres o cuatro poblaciones para alojar a los trabajadores, que son unos once mil, almacenes y otras cosas convenientes para la explotación.

—¿Y de qué son esas minas de Tarsis y de Ríotinto?—preguntó Willy.

—De piritas de cobre y de hierro. *Piritas*, como tú sabes, sin duda, son las combinaciones del azufre con los metales. Lo primero que hay que hacer con el mineral es separarlo de las piedras y tierra con que está mezclado al salir de la mina, lo cual se hace mecánicamente; después se le calcina, junto con carbón y una substancia que contenga sílice. Gran parte del azufre se volatiliza, formando humos muy densos y muy dañosos a la vegetación; el resto se combina con el cobre y el hierro, formando sulfatos. Nuevas calcinaciones en presencia del carbón y de la sílice dan por resultado minerales cada vez más ricos en cobre y más pobres en hierro. Éste, solicitado por la sílice y el oxígeno, forma silicatos, que pasan a las escorias. Los humos que se producen por la calcinación de los minerales de Huelva han acabado con toda vegetación en los alrededores de las minas, promoviendo quejas de los agricultores; pero de ningún modo son comparables los daños que en un reducido territorio pueden hacer esos humos con los beneficios que la explotación de las minas trae al país en general, y más notablemente a la población de esos mismos territorios. Ya que de minas hablamos, os diré que precisamente ahí, a nuestra izquierda, están Guadalcanal y el Pedroso, y más lejos, Almadén de la Plata; los tres, dentro de Andalucía. En el

Pedroso hay abundantes minas de hierro, que sostienen a más de tres mil trabajadores,—dijo D. Antonio María.

—¿Están allí las famosas minas de azogue?—preguntó Willy.

—No; el Almadén que tú dices está en la Mancha. En este de aquí hubo antiguamente minas de plomo argentífero, que están abandonadas, y en Guadalcanal las hubo también en explotación hasta fines del siglo último. *Almadén* es voz árabe, que significa *mina*; de modo que donde veas un pueblo de ese nombre, ten por cierto que o las hay, o las hubo en lo antiguo.

Al pasar por Reyna, llamó D. Antonio María la atención de sus compañeros sobre las ruinas de su castillo romano.

—Esta villa—dijo—es la misma *Regina* que nombra Plinio entre las ciudades que tenían título de romanas. En estos alrededores se encuentran a cada paso cimientos de edificios, lápidas, columnas, medallas y otras antigüedades, que demuestran su importancia en lo pasado. Poco antes de la conquista de Sevilla, fué tomada Reyna a los moros por los frailes de Santiago, conducidos por su maestre Pelayo Pérez Correa, que militaba con ellos en las huestes de San Fernando, y fué desde entonces una de las muchas encomiendas de esa Orden en Extremadura, dependientes todas ellas del convento de San Marcos de León.

—Yo tenía entendido—dijo Frasquito—que la casa matriz de la Orden de Santiago estaba en Uclés, en la Mancha.

—Te diré: la Orden tenía dos casas matrices; una, el convento de San Marcos, en León, para el reino de ese nombre, y otra, el de Santiago de Uclés, para el de Castilla. Porque la Orden de Santiago se fundó en el siglo XII, cuando no se habían reunido las coronas de León y de Castilla en la persona de un sólo soberano.

—En mi *guía*—dijo Sir Roberto—he leído que esas Órdenes, medio monásticas, medio militares, se fundaron a imitación de los morabitos, especie de monjes musulmanes armados.

—Esa es una noticia tomada de la «Historia de los Árabes» de Conde, que goza hoy de poco crédito. La Orden de Santiago, como todas las análogas fundadas en España y en otras partes, fueron imitación de la famosa del Temple, que fué la primera de todas. La de Santiago tenía muchas encomiendas en Extremadura, dependientes del convento de San Marcos, de León. En la Edad Media estaba

obligada a servir con mil lanzas en la guerra, y es sabido que una lanza no se reducía a un hombre armado a caballo, sino que comprendía al hombre de armas con todo su acompañamiento, que consistía en varios escuderos y pajes, todos armados.

—¿Y de dónde salían esos hombres armados?

—¿De dónde habían de salir, sino de la congregación misma? Componíase de freiles o caballeros de hábito; de comendadores, que estaban sobre ellos y los gobernaban; de clérigos seculares y de un maestre, que estaba sobre todos. Hacían vida en común en sus castillos y encomiendas, y en caso de guerra formaban escuadrones que salían a campaña, quedándose en los castillos los caballeros indispensables para guardarlos.

—Los caballeros serían los oficiales de las tropas de la Orden,—dijo Frasquito;—pero los soldados ¿de dónde salían?

—No había soldados, en el sentido que das a esa palabra; o mejor dicho, los caballeros eran los soldados, porque la milicia en aquel tiempo estaba organizada de muy otra manera que ahora. Ha habido muy distintas clases de milicias, según los tiempos. En los de la República romana, sólo podían ser soldados los ciudadanos que posesen bienes que dieran arriba de cierta renta, que la ley determinaba; porque se creía que sólo éstos podían tener interés en la conservación de la República. Más adelante, en tiempo de Mario, se abrieron las filas a los esclavos y libertos, lo que, en opinión de muchos, fué causa de la pérdida de las libertades y del establecimiento del Imperio. Entre los godos invasores de España, como entre todos los pueblos que destruyeron el Imperio romano, eran guerreros todos los varones, desde el primero al último; pero no los esclavos que los seguían. Eso fué al principio; porque siglos adelante, como se ve por el Fuero Juzgo, formaban sus ejércitos de esclavos, a lo que hay que atribuir en gran parte la catástrofe de Guadalete y la destrucción de su Imperio. En los siglos siguientes de la Edad Media estuvo tan honrada la profesión de las armas, que se tenía por un codiciado privilegio reservado a los nobles y caballeros y envidiado por los que no lo eran. Y así es natural que sucediera, porque sólo los primeros estaban interesados en la conservación de las instituciones feudales. Por eso, a medida que se extendieron las libertades municipales, fueron entrando en la constitución de los ejércitos las milicias

Un viaje por España

concejiles, muy a despecho de la Nobleza, que no veía con buenos ojos armarse a la gente de inferior condición. Esta participación de la gente común en el oficio militar comenzó hacia la segunda mitad del siglo XII.

—Y hoy,—preguntó Frasquito,—¿qué sistema se sigue en España?

—Como todos gozamos de iguales derechos, a todos nos toca cumplir los mismos deberes, y el de defender a la nación es uno de los más elementales de todo ciudadano,—dijo D. Antonio María.

—Y los caballeros de la Orden de Santiago y de las otras análogas ¿no salen ya a campaña como antes?—preguntó Frasquito.

—Hace mucho tiempo—le contestó su padre—que han perdido esas Órdenes todo otro carácter que el de distinciones honoríficas.

—Tengo entendido—dijo Sir Roberto—que hay que hacer muchas pruebas de Nobleza para ingresar en ellas.

—Hoy, sí,—le contestó D. Antonio María.—Esa costumbre se introdujo hace unos cuatro siglos, precisamente cuando comenzaron las Órdenes a perder su antiguo carácter práctico.

—¿Antes no se hacían esas pruebas?—preguntó Frasquito.

—Nada se sabe de cierto, porque faltan documentos. Se supone que los que ingresasen en esas cofradías serían hidalgos de pública voz y fama; único modo, probablemente, de serlo en épocas en que apenas se escribía, ni había partidas de bautismo, ni registros, ni apenas documentos escritos de ninguna clase. Recuerdo haber leído en la Crónica del Rey D. Pedro que Juan Diente, uno de los ballesteros de maza que le acompañaban siempre, y que le serviría de verdugo, fué nombrado nada menos que comendador de Santiago; y no me cabe en la cabeza que ese Juan Diente fuera ningún personaje ilustre. A lo que entiendo, debía de ingresarse en las Órdenes de paje de lanza; de ahí se ascendería a escudero; después, a freile o caballero, y a comendador por último. A los freiles y comendadores los nombraba libremente el maestre.

—¿Y quién al maestre?—preguntó Willy.

—Los mismos freiles. En la de Santiago eran trece comendadores los electores; pero no hay que decir las influencias e intrigas que se pondrían en juego en esas elecciones.

CAPITULO XXV

LERENA es población antigua e interesante. En ella pasaron los viajeros la noche y unas pocas horas del día siguiente para darle un vistazo.

Perteneció, hasta la desamortización de los bienes del clero, a la Orden de Santiago, y ejercía jurisdicción sobre un vasto territorio en que había más de cincuenta villas y lugares. En la antigüedad se llamó *Regiana*, y dependería probablemente, a juzgar por ese nombre, de la cercana y hoy tan decaída villa de Reyna.

Conserva restos de sus antiguos muros. Tiene dos iglesias parroquiales. En la de Santa Clara hay trozos románicos dignos de estudio, y en la iglesia matriz, una torre de ciento ochenta pies de altura, llamada de la *Granada*.

Después de dar un paseo por la villa, emprendieron nuestros amigos el camino de Zafra.

—Ahora sí que estamos en pleno teatro de la guerra que llamas tú de la Península,—dijo D. Antonio María a Willy;—de aquí en adelante, pasaremos todos los días por lugares famosos por los sitios y batallas que hubo en el curso de esa guerra. ¡Quién sabe si tu abuelo anduvo por este mismo camino que seguimos ahora!

—Esta provincia de Extremadura, que estamos recorriendo, ¿fue también reino independiente alguna vez?—preguntó Willy.

—No; todo lo que conocemos hoy con el nombre de Extremadura fue conquistado a los moros en el siglo XII por D. Fernando y don Alfonso, reyes de León, y formó parte del reino de ese nombre antes de su unión con el de Castilla; pero debo advertirte que el nombre de Extremadura ha experimentado muchas vicisitudes. Comenzó a llamarse Extremadura a la frontera del río Duero, que es lo que el nombre de *Extrema Durii* significa en latín, porque el Duero fue, durante el siglo X y buena parte del XI, el límite meridional de los Estados cristianos del centro y occidente de España. Extendióse, pues, entonces Extremadura desde las fuentes del Duero hacia Soria, hasta su desembocadura en el mar en Oporto. Cuando la disolución del califato de Córdoba y la consiguiente debilidad de los Estados musulmanes permitió a los reyes de Castilla y León ir conquistando y poblando el territorio que se comprende entre los ríos Duero y

Un viaje por España

Tajo, se fué corriendo el nombre de Extremadura a toda la tierra fronteriza de la cuenca del Duero. Había, pues, dos Extremaduras: la castellana, que era gran parte de lo que llamamos hoy Castilla la Vieja, y en que estaban Ávila, Segovia y Osma, y la leonesa, en que estaban Zamora, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Viseo y Coimbra. A la Extremadura castellana se la llamaba también Castilla la Nueva.

—Pues si a la tierra de Segovia y Ávila se las llamaba Castilla la Nueva, ¿qué nombre se daba a la Castilla la Nueva de ahora?

—Se la llamaba reino de Toledo, que es su propio nombre. La Extremadura castellana acababa en la tierra de Guadarrama, donde comenzaba el reino de Toledo; pero la leonesa se fué extendiendo hacia el Sur por las conquistas del siglo XII, hasta tocar con Andalucía. Acabó, por último, por perder la Extremadura castellana ese nombre, y no conservarlo de la leonesa sino la región más meridional de ella, que es la que se comprende hoy en las provincias de Badajoz y de Cáceres. Separado Portugal de León por ese mismo tiempo, conservó el nombre de Extremadura la parte de ese reino que se comprende entre Duero y Tajo.

Un día entero dedicaron nuestros viajeros a pasear por Zafra, población muy antigua y llena de recuerdos, pero que padeció mucho en la invasión francesa. Fueron señores de ella los duques de Feria, título que está hoy incluido en los de la casa de Medinaceli. El alcázar, magnífico edificio de estilo gótico, edificado en 1437 por Lorenzo Suárez de Figueroa, progenitor de los duques de Feria, fué muy maltratado en la guerra de la Independencia. A su entrada, se ve uno de esos cañones del siglo XV formados de barras y zunchos de hierro forjado, restos de la armería ducal robada por las tropas francesas de Drouot en 1811. El convento de Santa Clara, fundado también por los Figueroas, fué asimismo saqueado y maltratado por los invasores, los cuales mutilaron varias estatuas de las iglesias, entre ellas las del fundador y su mujer, que adornaban su sepulcro.

Próximo al alcázar se encuentra el convento de Santa Marina, que experimentó la misma suerte que los demás edificios de la villa. En su iglesia está el sepulcro de Margarita Harrington, hija de lord Exton, erigido en 1601. Hay en la villa varios edificios de estilo del Renacimiento dignos de nota, como el soberbio patio de mármol adornado de columnas góticas y dóricas de la Casa Grande y la

torre de la Colegiata. El blasón de Figueroa, apellido de los duques de Feria, campea en muchos edificios de la villa.

—Son armas parlantes,—dijo D. Antonio María contestando a una pregunta que le hizo su hijo Frasquito.—¿No sabes tú lo que son armas parlantes?

—Te confesaré que no estoy muy enterado de Heráldica.

—Pues no está de más tener idea de ella. Armas parlantes son las que, en sus emblemas o figuras, declaran, poco más o menos, el nombre de la persona u objeto a que se refieren. Así, por ejemplo, un castillo, por Castilla; un león, por León; una granada, por Granada; un águila, por Aguilar; dos abarcas, por Abarca; cinco llaves, por Chaves; una paloma, por Coloma, y cinco hojas de higuera, por Figueroa, que es el caso de que tratábamos, son armas parlantes.

CAPÍTULO XXVI

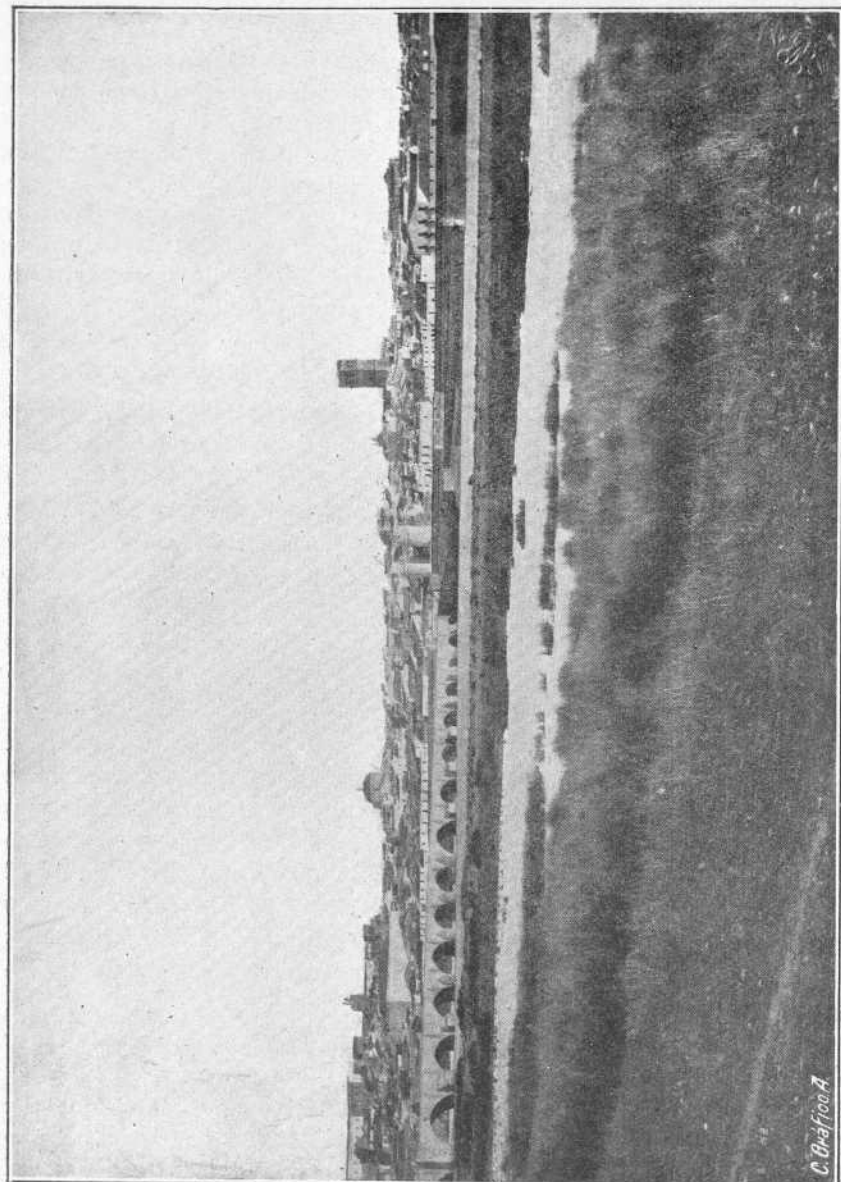
DESDE Zafra fueron nuestros amigos a Badajoz en dos jornadas: la primera, hasta la Albuera, pasando por Feria y Santa Marta; la segunda, hasta Badajoz, donde pasaron la noche.

Se detuvieron en la Albuera por complacer a Willy, que quería ver el lugar en que se dió una de las más famosas batallas de la guerra de la Independencia.

Aunque pasaron en el campo de batalla más de dos horas, llegaron muy temprano a Badajoz.

Antes de entrar en la ciudad, estuvieron examinando por fuera su recinto, para darse cuenta de cómo pasaron las cosas en el memorable asalto de 6 de Abril de 1812, en que estuvieron a gran altura los ingleses; porque apoderarse a escala franca de una plaza tan fuerte como Badajoz, defendida por una guarnición de 5.000 hombres y con los adarves cubiertos de cañones, es empresa más que humana, como dijo D. Antonio María.

—Ese sistema de atacar plazas fuertes escalándolas a la luz del día bajo los fuegos del enemigo, es en extremo irregular, arriesgadísimo y más que temerario; pero honra en gran manera el ánimo y empuje de los que se atreven a ponerlo en práctica.



Fot. Laurent

BADAJOZ.—Vista general

C. Balfou A

—¿Pues cuál es el método regular y científico de atacar una plaza fuerte?—preguntó Sir Roberto.

—Depende de su situación y de la clase de defensas que tenga,—le contestó D. Antonio María.—Si consisten las fortificaciones en cortinas y baluartes, como todas las que se construyeron del siglo XVI en adelante, antes de pensar en acercarse para abrir las brechas, es preciso desmontar la artillería de los adarves del frente de ataque, estableciendo en la prolongación de sus caras las baterías llamadas «de rebote»; porque ya comprenderán ustedes que no sería posible acercarse hasta el borde del foso para establecer allí las baterías de brecha estando entera la artillería de las murallas.

—¿Y qué necesidad hay de acercarse tanto para abrir la brecha? ¿No puede hacerse desde lejos?—preguntó Sir Roberto.

—Si estuvieran los muros al descubierto, sí,—le contestó D. Antonio María;—pero una de las modificaciones que se introdujeron en el arte de fortificar plazas después del empleo de la artillería, fué ocultar todas las mamposterías de los muros dentro del foso y no dejar al descubierto sino los parapetos que los coronan, que deben hacerse de tierra apisonada, de modo que sólo desde el borde del foso pueden verse las mamposterías.

—¿Y no puede tirarse contra las mamposterías y abrir brecha en ellas sin verlas, con los cañones de tiro tan preciso que hoy se estilan?—volvió a preguntar Sir Roberto.

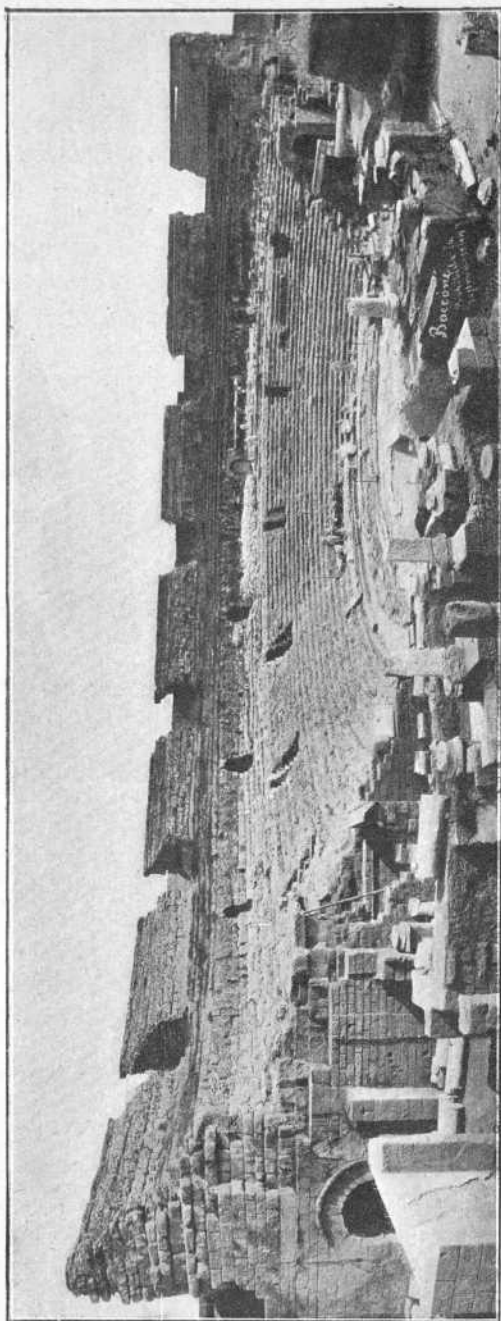
—Seguramente que sí,—le contestó don Antonio María;—pero ni habría nunca seguridad en que esa brecha no vista fuera practicable, ni podría tampoco la columna de asalto romper la marcha desde muy lejos de la muralla y atravesar un gran espacio de campo a la vista y bajo los fuegos del enemigo; ni, aunque pudiera efectuarse tan difícil operación, sabría qué clase de obstáculos habría de encontrar para descender al fondo del foso y asaltar la imperfecta y problemática brecha, que los artilleros que había dejado media legua detrás le aseguraban haber abierto.

Al día siguiente y a eso de las diez de la mañana, emprendieron el viaje a Mérida.

A la salida de la ciudad, les recordó D. Antonio María que por allí cerca se dió el año 1086 la sangrienta batalla de Zalaca, Sacralias o Salatrices (que de todas esas maneras la llaman), en que fué

desbaratado el ejército cristiano por el de los almoravides, y herido el rey D. Alfonso, el conquistador de Toledo.

—Aterrados los príncipes musulmanes de los varios Estados en que se había dividido el califato de Córdoba ante los progresos de las armas cristianas, acordaron pedir ayuda a Jucef o Yusuf, rey de los Almoravides de África. Acudió éste a su llamamiento con un poderoso ejército; súpolo D. Alfonso, que estaba sitiando a Zaragoza, y le salió al encuentro. Por cierto, que cuentan los genealogistas que en ese combate tuvo principio el linaje de los Girones en cierto caballero que, al ver al rey desmontado por haberle sido muerto el caballo, le ofreció el suyo, cortándole, al tiempo de cabalgar, un jirón de la sobrevesta; aventura que ha dado motivo para un cuadro a un



Fot. Bocconi

MÉRIDA (Badajoz).—Restos del Teatro romano

pintor moderno llamado Carlos Rivera. El hecho es, sin género de duda, fabuloso en todas sus partes.

Llegaron a Mérida demasiado tarde para ver la ciudad. Se entretuvieron hablando sobre Extremadura mientras daban vueltas por la plaza Mayor y las calles más iluminadas.

—Hoy es provincia mucho más agrícola que industrial, y más ganadera que agrícola,—decía D. Antonio María.—Una de sus principales fuentes de riqueza consiste en la cría de ganados, y más principalmente, en la del puerco. Los jamones y chorizos extremeños son famosos en toda España. Hay grandísimas dehesas y bosques de robles y alcornoques en que se crían y ceban miles de cerdos. En los pueblos pequeños, en que puede tener uno o dos cada vecino, se acostumbra mandarlos a la dehesa juntos todos con un sólo porquero; y es cosa curiosa ver cómo esos animales, que se nos figura que son tan poco inteligentes, se reúnen por sí solos en piara para salir del pueblo, y cómo toma cada uno de ellos el camino de su casa, sin equivocarse nunca, cuando vuelven del campo por la tarde. Una tierra dedicada en su mayor parte al pastoreo, como Extremadura, tiene que estar poco poblada, y así sucede, efectivamente; pero antiguamente fué de las más populosas y ricas de España; bien se echa de ver todavía, en los restos de caminos, puentes, acueductos y edificios antiguos de toda clase de que está literalmente sembrado su suelo. Esta ciudad de Mérida era la capital de la Lusitania, la segunda de España en tiempos de los Romanos.

—¿Y cuál era la primera?—preguntó Frasquito.

—La primera era Tarragona, que daba nombre a toda la provincia tarraconense, la más grande de las tres en que España se dividía.

—¿Cuáles eran las otras dos?

—La Bética y la Lusitania. La Bética ocupaba toda la Andalucía de ahora y algo más; la Lusitania, mucho más que el actual reino de Portugal, pues se prolongaba todo a lo largo del Duero hasta su confluencia con el Pisuerga y comprendía todo el territorio que llamamos hoy Extremadura y buena parte del de Castilla. Todo lo demás de España pertenecía a la provincia tarraconense. Pues, como iba diciendo, Mérida, capital de Lusitania, era sin disputa la segunda ciudad de España, a pesar de haberlas grandes y magníficas, como Sevilla, Córdoba, Málaga, Cartagena, Astorga y otras. Todavía en el

Un viaje por España

siglo VIII era tan grande y soberbia, que Muza, que se apoderó de ella después de un largo sitio, estaba asombrado de su magnificencia. Hoy es la ciudad de España, sin excluir a Tarragona, donde más restos romanos se hallan. No tengo duda de que si se practicaran grandes excavaciones en sus términos, habrían de descubrirse antigüedades en gran número; y lo mismo digo de toda Extremadura. Tiene Mérida la gloria, poco estimada hoy de la gente superficial, pero la más grande, sin duda, de que puede una ciudad envanecerse, de ser patria de una de las más antiguas e insignes mártires del cristianismo:

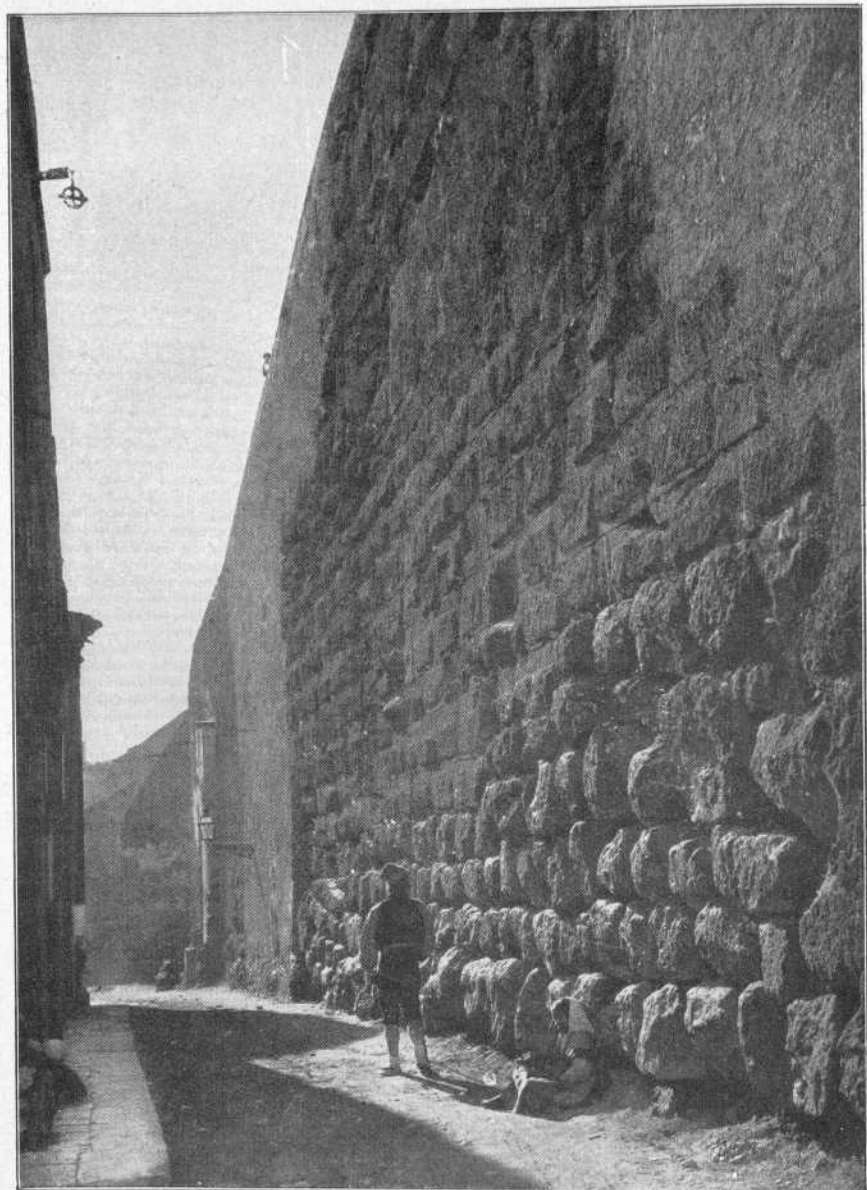
Santa Eulalia, que nació en el año 292, y que fué martirizada en el tiempo de la persecución de Diocleciano. Sus reliquias, llevadas a Asturias cuando la invasión musulmana, están en la Cámara Santa de la Catedral de Oviedo. Pocos santos hubo nunca en España tan venerados; apenas hay pueblo de mediana importancia donde no se le rinda culto, bien que bajo el nombre de Sansa Olalla, que es la verdadera y castiza forma de decirlo.



Fot. Bocconi.

MÉRIDA (Badajoz).—Acueducto de San Lázaro

El puente sobre el Guadiana es uno de los monumentos más antiguos y notables de España. Tiene 81 arcos, 2.675 pies de largo, 21 de ancho y 33 de altura sobre el nivel del agua. Por su longitud desmesurada con relación a su altura, más parece calzada que puente. Es de sillares almohadillados de granito, y tiene mil ochocientos años de antigüedad, porque es del tiempo de Trajano. En Abril de 1812 volaron los ingleses algunos de sus arcos para impedir que pudiera acudir Marmont en socorro de Badajoz. Aguas arriba del puente, en una isla de en medio del río, hay un dique de mampostería, también



TARRAGONA.—La muralla ciclópea

Fot. Lacoste

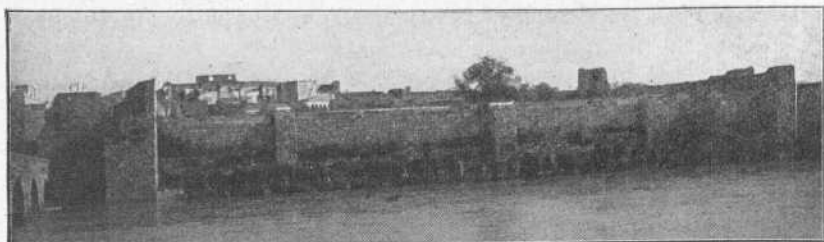
de fábrica romana; llamado el Tajamar, cuyo objeto es proteger los arcos del puente contra las inundaciones.

Entrando en la ciudad por el puente, a mano derecha, está el *conventual*, edificio que fué, en su origen, fortaleza romana; después, árabe; más adelante, palacio episcopal; todavía después, convento de templarios, y, por último, residencia del provisor de la Orden de Santiago. De ese edificio sólo quedan ruinas: un patio rodeado de columnas de granito, una alberca, restos de antiguos baños y restos también de un templo antiguo. Los franceses contribuyeron no poco a acabar de arruinarlo, como también arrancaron los mármoles de un antiguo arco de cuarenta y cuatro pies de altura, levantado en tiempo del emperador Trajano, llamado arco de Santiago. Cerca de ese arco se encuentra el palacio del duque de la Roca, diplomático que vivió en tiempo de Felipe IV; un verdadero museo por los restos de fábrica románica, gótica y morisca, que constituyen su arquitectura. Un templo antiguo de Diana, del que quedan altas columnas estriadas con capiteles corintios, está hoy transformado en casa particular.



Fot. Bocconi

MÉRIDA (Badajoz).—Palacio ducal



Fot. Bocconi

MÉRIDA (Badajoz).—Conventual

Fuera de la ciudad, y cerca del convento de los Descalzos, se hallan las ruinas del Foro, muy próximas a la llamada *Vía Plata*, calzada romana que va de Mérida a Salamanca, la cual, algo más allá, cruza el río Albarregas por un puente, también romano, de 450 pies de largo y cuatro magníficos arcos.

Véanse, alrededor de la ciudad, ruinas de varios acueductos. Las más notables de ellas son las que se encuentran al norte de la ciudad, cerca de la *Vía Plata*. De cuantos restos romanos hay en Mérida, esos son los más importantes. A oriente de la ciudad están las ruinas, bastante bien conservadas, del Circo Máximo, de 1.350 pies por 830; las de un anfiteatro y las llamadas las *Siete Sillas*, que lo son de un teatro de que hace minuciosa descripción Bernabé Moreno de Vargas en su *Historia de Mérida*. Hay, además, en Mérida y sus cercanías, muchísimas otras ruinas romanas de menos importancia, restos de edificios formando parte de construcciones más modernas, fragmentos de columnas, piedras con inscripciones y otras reliquias que demuestran la antigua grandeza de la ciudad. La iglesia de Santa Eulalia, en las afueras de ella, aunque se asegura ser del siglo IV, ha debido de experimentar grandes modificaciones en tiempos más modernos, porque su notable portada y sus capillas son de estilo románico.

CAPÍTULO XXVII

Yo le agradecería a usted, padre,—dijo Frasquito,—que me explicase en qué consiste la diferencia entre romano y románico, porque veo que no son la misma cosa, como yo había creído.

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

—La palabra *románico* se refiere siempre a arquitectura,—contestó D. Antonio María,—y se emplea para designar el estilo de ella que precedió al gótico en las provincias del occidente de Europa; pero ni *románico* tiene que ver nada con los romanos, ni *gótico*, hablándose de edificios, con los godos. Tampoco es general el empleo de la palabra *románico* para designar aquel estilo: en Italia lo llaman *lombardo*, y *sajón* en Inglaterra; nombres ambos tan impropios como los de románico y gótico, porque ni los sajones ni los lombardos tuvieron sistema propio de arquitectura.

—¿Y todos esos estilos, románico, sajón y lombardo, son uno mismo? —preguntó Frasquito.

—Sobre poco más o menos, sí.

—Y ¿cuándo acabaron esos estilos y comenzó el gótico?

—El gótico comenzó en el siglo XII; y se discute mucho sobre si tuvo origen en Francia o en Alemania. Si nació en Francia, fué, indudablemente, en sus regiones septentrionales; a mi parecer, su cuna hay que buscarla hacia las orillas del Rhin.

—¿Y en todas partes comenzó al mismo tiempo a construirse conforme al estilo gótico?

—Casi al mismo tiempo. En España, particularmente en los reinos de León y Castilla, se sostuvo el estilo románico en lucha con el gótico hasta bien dentro del siglo XIII, cediendo muy lenta y difícilmente el terreno; como a su vez lo cedió difícilmente el gótico al del Renacimiento, porque todavía se edificaron en España, en el siglo XVI, iglesias góticas tan magníficas como las de Segovia y la nueva de Salamanca.

—Y antes del estilo románico, ¿cuál hubo en los seiscientos o setecientos años que mediaron entre el tiempo en que se edificaron estos circos, anfiteatros y puentes que estamos viendo, y las iglesias románicas?—preguntó Frasquito.

—Puede decirse que ninguno; y se explica perfectamente. Fueron siglos más ocupados en destruir que en edificar. Habían construido los romanos tan enorme número de edificios, y tan sólidos y magníficos, en los quinientos años del Imperio, que nada dejaron que hacer a las generaciones siguientes, como no fuera destruir lo que ellos habían edificado. Las ciudades eran inmensas, y los campos estaban cubiertos de caminos y puentes que las ponían en comunicación unas con otras, y de acueductos que las surtían de agua en abundancia.

Vino primero el cristianismo, que aborrecía las divinidades paganas y los juegos y espectáculos propios de la vida antigua, y por ese sólo hecho quedaron inutilizados los templos, termas, arcos de triunfo, estatuas, circos, anfiteatros, teatros y naumaquias. Vinieron después las irrupciones de los bárbaros, que ocasionaron tremenda mortandad, pestes, hambres, desolaciones y estragos en las tierras del Imperio. La población de ellas tuvo que disminuir considerablemente en aquellos siglos. Sobraban, pues, palacios y habitaciones, y faltaba gente. ¿Cómo y a qué se había de construir? Para comprender cuán grande debió de ser la destrucción en esos tiempos, basta considerar la gran profundidad a que suelen encontrarse los restos de los antiguos edificios y el increíble número de monedas que se descubren con el arado y la azada. Para que los hombres tirasen el dinero, y para que dejaran cubrirse de montones de escombros edificios magníficos, sobre los cuales vinieron a levantarse, andando el tiempo, casuchas de mala muerte, es preciso que fuera espantoso el estrago.

—De modo, que durante todo el tiempo que medió entre el paganismo y el principio del estilo románico, se aprovecharían para iglesias los antiguos templos de los dioses de la gentilidad.

—No, porque esos templos eran inadecuados al culto cristiano. Los antiguos templos eran pura y simplemente la habitación, digámoslo así, del dios, donde sólo entraban los sacerdotes, quedando fuera el pueblo; mientras que las iglesias cristianas habían de tener cabida para todos los fieles. Por eso en las provincias occidentales de Europa se aprovecharon para templos cristianos las antiguas basílicas, que eran edificios a modo de Bolsas y tribunales de comercio, donde había un lugar para estrado de los jueces, y lo demás del edificio, para el público y los negociantes. Esas basílicas se componían de tres naves separadas por columnas, de las cuales la más ancha era la central. Al fondo de esa nave central estaba el estrado destinado a los jueces, escribanos y alguaciles. Ese espacio ha venido a ser el ábside de nuestras iglesias, más acá del cual se agregó, andando el tiempo, una nave cruzada con las otras para dar a la traza del edificio figura simbólica de cruz, y ahí tienen nuestros cruceros.

—¿De modo,—dijo Frasquito,—que la palabra basílica se aplicaba al principio a otros edificios que no eran iglesias?

—Sí; *basílica* es voz griega que significa *palacio real*, adoptada por la lengua latina para designar los edificios que te he dicho; de

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

modo, que esa palabra, conservándose la misma, ha tenido sucesivamente tres significaciones distintas.

—¿Y en qué tiempo se usó ese estilo de arquitectura que llaman *bizantino*, del que veo frecuente mención en los libros?

—Este estilo tuvo muy poca entrada en el occidente de Europa. Comenzó en las provincias de Oriente, en el siglo VI, precisamente en ese largo periodo en que aquí no había estilo ninguno. Sus edificios más notables son: Santa Soffa, de Constantinopla; San Vital, de Rávena, y San Marcos, de Venecia.

—Pues Venecia y Rávena están en el occidente de Europa, pues que son, si no me engaño, ciudades de Italia,—dijo Frasquito.

—Es cierto; pero San Vital, de Rávena, fué edificada en el tiempo en que pertenecía esa ciudad al Imperio de Oriente; y en cuanto a Venecia, estuvo siempre en más estrechas relaciones y frecuente comunicación con las provincias orientales de Europa, que con las occidentales, por razón de su comercio marítimo.

Después de haber visto todas o las más notables ruinas que hay en Mérida y sus contornos, hicieron nuestros amigos una excursión a la «Charca de la Albuhera», conocida entre los arqueólogos por el nombre de «Laguna de Proserpina», monumento, también romano, situado algo más de dos leguas al norte de la ciudad. Es un depósito de agua, como dos veces lo dice su nombre vulgar, con gigantescas obras de piedra granítica para represarla, y dos torres, llamadas «Los Bocines», con sendas escaleras para bajar al depósito. Otro, llamado la «Albuhera de Cornalvo», que está a dos leguas de Mérida por otro camino, también lo vieron el mismo día.

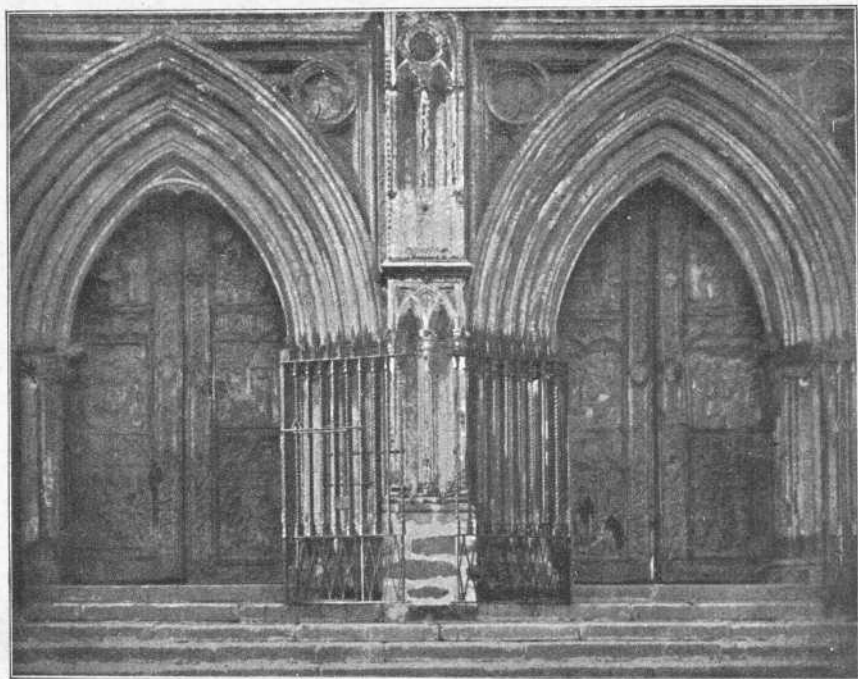
—Siquiera en el nombre de éste no se incurre en la redundancia que en el del otro,—dijo D. Antonio María,—porque, en «Charca de la Albuhera», o sobra la «charca», o sobra la «albuhera», que son en castellano exactamente lo mismo.

CAPÍTULO XXVIII

ESTUVIERON discutiendo aquella noche nuestros viajeros el proyecto que les ocurrió al pronto de ir directamente a Madrid; pero al fin lo desecharon, acordando dirigirse al día siguiente a Guadalupe, pasando por Medellín, y así lo pusieron en práctica.

Biblioteca Perla

—Venin a Extremadura, y no pasar por Guadalupe, es un pecado mortal,—decía D. Antonio María.—Durante los tres siglos XIV, XV y XVI, fué el santuario más célebre y venerado de España. No hubo rey, príncipe ni personaje de nota en todo ese tiempo que dejase de hacer una peregrinación, por lo menos, a Guadalupe. Cristóbal Colón, al verse medio perdido en el mar viniendo de regreso de su primer viaje de descubrimiento, hizo voto de verificar esa peregrinación con los



Fot. Moreno

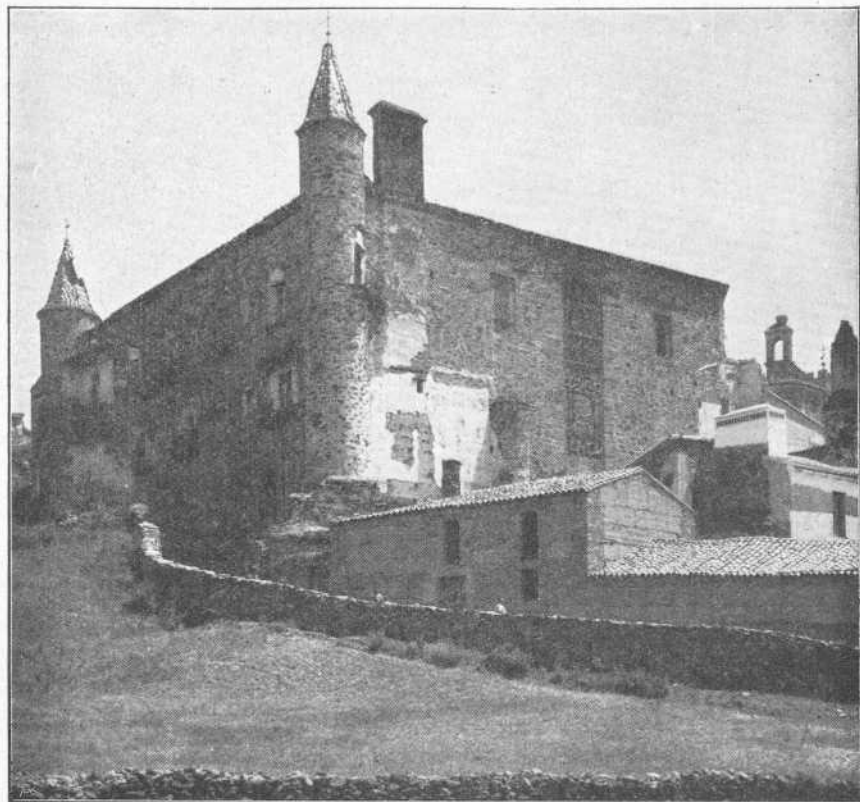
CÁCERES.—Portada del Monasterio de Guadalupe

tripulantes de sus naves, con cirios en las manos y descalzos. Y de más está decir que Cortés, Pizarro y todos los demás conquistadores de América que pudieron regresar a España, y con mayor razón los que eran extremeños, no se olvidaron de ir a visitar ese famoso santuario.

Un viaje por España

—¿A qué se debía esa popularidad de la Virgen de Guadalupe?—
dijo Willy.

—A que desde 1331, hacia cuyo año descubrió esa imagen en una cueva de la sierra de Guadalupe un pastor de Cáceres, dió en



Fot. Moreno

GUADALUPE (Cáceres).—Antiguas dependencias del Monasterio

decirse que era ésta la misma esculpida por San Lucas y regalada a San Leandro por el papa San Gregorio; la cual, para librarla de los ultrajes de los musulmanes, habían escondido los cristianos, cuando la invasión árabe, en esa cueva de la sierra. A poco de descubierta la imagen, se le hizo una capilla, que no tardó en convertirse en

magnífica iglesia, a la que se agregó muy poco después un monasterio de Jerónimos, que fué la casa matriz de los de esa Orden religiosa en España. La devoción que se tuvo a esa imagen de allí en adelante fué tan grande, que los regalos y donativos de reyes, príncipes, personajes ilustres y gente común llovieron sobre el monasterio, que vino a ser el más opulento de España.

Llegaron a muy buena hora a Medellín nuestros viajeros para dar un vistazo a la villa y proseguir su camino.

—Aquí nació Hernán Cortés,—dijo Frasquito.

—Sí,—contestó Sir Roberto;—era un porquero, lo mismo que Pizarro: así lo dice mi *guía*.



Hernán Cortés
(1486-1547)

De una medalla de la época que tiene la leyenda siguiente: Don Ferdinando Cortés. M.DXXIX Anno.—Etatis XXXXII

—Pues en eso está equivocada vuestra *guía*. Cortés era hidalgo y de familia pobre, sí; pero no tan escasa de medios que no pudiera mandar a su hijo a estudiar a Salamanca. Quien guardó puercos fué Francisco Pizarro, que, aunque hijo de otro hidalgo, no era legítimo, y pasó la niñez en el más completo abandono, por la pobreza de su madre.

—¿Nació también en Medellín?—preguntó Sir Roberto.

—No,—le contestó Frasquito;—en Trujillo, que está muy cerca de Medellín.

—También pasaremos por Trujillo,—dijo D. Antonio María,—cuando volvamos de Guadalupe. Y notad,—añadió dirigiéndose a Sir Roberto,—que todos los nombres de estos pueblos han sido trasladados a América: allí tenéis Trujillo, Medellín, Cáceres, Guadalupe, lo mismo

que aquí; porque siendo de esta tierra muchos de los conquistadores, tuvieron gusto en ver reproducidos allí los nombres de los lugares de su nacimiento.

Medellín era una de las poblaciones más florecientes de Extremadura antes de la invasión francesa. Tiene un castillo arruinado, que perteneció, como toda la villa, a los condes de Medellín, con una vista espléndida sobre el campo circunvecino. Al pie de la villa corre el Guadiana, sobre el que hay un puente fabricado hace como

tres siglos, y había antes uno romano, cuyos restos aun se descubren. También se ven fuera de la villa trazas de dos vías romanas, que iban, la una hacia Mérida, y la otra en dirección SO., como hacia Zafra o Almedralejo.

Desde Medellín fueron nuestros amigos a la cercana villa de Don Benito, de campo muy fértil, en que se dan muy buenas frutas; y sin detenerse en ella, siguieron hacia Guadalupe, adonde no pudieron llegar aquella noche, que tuvieron que pasar en Logrosán.

No lo sintieron, al recordar que existe en sus inmediaciones el rarísimo, o quizás único caso de Europa, de una mina de fosfato cálcico entre capas estratificadas de cuarzo y arcilla, o de arcilla y pizarra. Extiéndese unas cuantas millas el filón o depósito, entre capas de arcilla y pizarra en los extremos, y de arcilla y cuarzo en el centro. Sobresalen en algunas partes del suelo, distinguiéndose por su ligero color amarillo pajizo, que allí donde es más rico se convierte en laminillas blancas y purpurinas, como las de los depósitos estalactíticos de carbonato de cal. Contiene el mineral como 14 por 100 de fluoruro de calcio.

—Si no nos urgiera llegar a las provincias del Norte antes de que arrecien los calores, podríamos ir a las minas de Almadén, que son quizás las más ricas del mundo,—dijo D. Antonio María.

—¿Estamos cerca?—preguntó Sir Roberto.

—A unas dieciséis horas,—contestó D. Antonio María.—El mineral que allí se encuentra,—prosiguió diciendo,—es el cinabrio, combinación de azufre y mercurio, asociados generalmente con cobre y con pirita de hierro. Se obtiene el mercurio por medio de calcinaciones, que se hacen en dos clases de hornos, de los cuales el mejor es el inventado por Bustamante en el año 1633.

—¿De modo, que las minas de Almadén son muy antiguas?

—Antiquísimas. Ya fueron explotadas por los romanos, y más adelante, por los árabes. Puede decirse que no han dejado nunca de estar en explotación. En Almadenejos, que está cerca de allí, hay también minas de azogue, probablemente prolongación de las de Almadén, pues son tan extensas, que se las considera inagotables.

—Y ¿quién las explota?—preguntó Sir Roberto.

—Pertenecieron siempre al Estado,—le contestó D. Antonio María; —unas veces las ha explotado él directamente, y otras, por medio de contratistas o arrendatarios. Uno que, allá por el siglo XVI, tuvo

a su cargo esa explotación, fué el famoso banquero alemán Fugger, a quien llamamos nosotros Fúcar, que, con sus hijos y descendientes, vino a constituir una opulentísima dinastía de Fúcares, como la de los Rothschild de nuestros tiempos.

—¿Y saca mucho el Estado español de esas minas?

—No todo lo que pudiera si las explotase con más ahínco; pero esa explotación es, en extremo, malsana para los mineros, porque las emanaciones del azogue ocasionan gravísimos trastornos, que, además de manifestarse en enfermedades molestas, acortan mucho la vida. Es, pues, muy difícil encontrar trabajadores.

De Lognosán a Guadalupe, el camino es precioso. Primero se llega a Cañamero, que está a la entrada de una hoz o garganta, por donde corre el pintoresco Ruescas, riachuelo que, junto con otro que baja de la misma sierra, va a desembocar en Guadiana cerca de Medellín. Poco adelante se entra en la sierra de Guadalupe, ascendiéndose por montañas cubiertas de bosques y hierbas aromáticas, alcanzándose al cabo una alta llanada, desde donde se descubre gran extensión de terreno.

El embajador veneciano Navagiero, que acompañó al emperador Carlos V en una visita a Guadalupe, lo describe más como ciudad que como monasterio. Un fuerte muro almenado y torreado circuye el conjunto de edificios y torres que forman el monasterio, dando a éste ese aspecto de plaza de guerra, tan común en los conventos orientales.

La iglesia es gótica, con el coro en medio de la nave central. La reja que separaba a los monjes del pueblo es soberbia, obra maestra de Francisco de Salamanca y Juan de Ávila. El retablo del altar mayor es magnífico, pero fuera de lugar en una iglesia gótica. Lo proyectó y dibujó Juan Gómez de Mora, y lo ejecutó Giraldo de Merlo. La capilla mayor, la de los cuatro altares, el sagrario y la sacristía son dignas del edificio. En la de los cuatro altares están las estatuas de D. Dionis de Portugal y de doña Juana, su mujer, y el sepulcro de doña María de Alencastre, duquesa de Aveiro. Súbese al camarín de la Virgen por una escalera de mármol.

El general francés Víctor robó los diamantes, perlas, joyas, oro y plata que en vestiduras, lámparas y mil otros objetos habían sido regalados al santuario durante siglos. Nueve carretas se llevó, cargadas de plata. De los muros del sagrario pendían antiguamente las

cadena de los cautivos que debían su libertad a la intercesión de la Virgen. Llámala Cervantes «Santísima imagen, libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones».

Hay en torno del santuario muchos edificios, antes extensos y suntuosos. En la hospedería, que era el destinado a alojamiento de los peregrinos, hay dos hermosos claustros, gótico el uno, mudéjar el otro. Es muy digno de atención un precioso templete de gusto gótico, sobre el cual se alza una elegantísima arquería. Todavía se conservan el edificio destinado a botica y la librería, de la cual han desaparecido los mejores libros. Para facilitar el viaje al monasterio, edificó en 1338 D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, el soberbio puente que cruza el Tajo poco más arriba de Talavera la Vieja, y que, por tal motivo, se llama «Puente del Arzobispo».

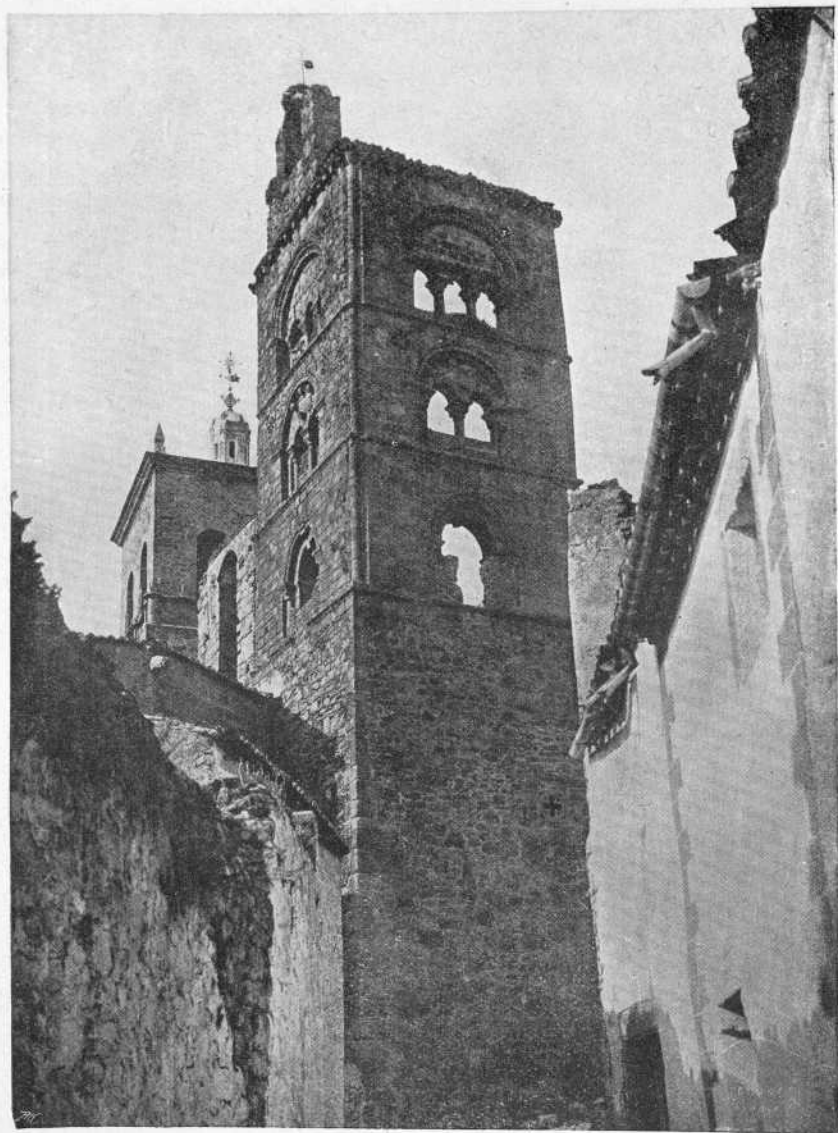
CAPÍTULO XXIX

DESDE Guadalupe, fueron nuestros viajeros a Trujillo. En lugar de volver a Logrosán, se encaminaron casi en línea recta a Trujillo, pasando por Navezuela, Cabañas y Madroñera, y atravesando riscos y montañas escarpadísimas.

Trujillo es ciudad antigua, que se dice fundada por Julio César con el nombre de «Turrís Julia». Su parte alta, que llaman la *Villa*, se asienta sobre una peña granítica, y domina por su altura el país circunvecino. Cíñese de muros torreados, y tiene en su parte norte una fortaleza romana, también murada y torreada. Son todas esas construcciones de sillares de granito, tan enormes en algunas partes, que parecen ciclópeos. Ofrece la villa gran interés al artista, por lo pintoresco de sus casas y calles, abiertas en la peña, y por sus muchas torres, algunas de aspecto morisco.

La iglesia de Santa María la Mayor es notable por su hermoso rosetón calado, sus ventanales góticos y su portada del mismo estilo. Tiene una torre románica más antigua que ella. En sus capillas se ve, entre otros, el sepulcro de Diego de Paredes, famoso por lo enorme de sus fuerzas.

La ciudad está en la falda de las peñas en que la villa se asienta. La iglesia de San Martín, de una sóla nave y esbeltas arcadas, se



TRUJILLO (Cáceres).—Torre Julio César

Fot. Lacoste

distingue por su techo de piedra, de muy curiosa hechura. Contiene varios y muy artísticos sepulcros y un espléndido rosetón calado. Hállase en la esquina de la plaza, que está circuida de curiosos y pintorescos edificios públicos y privados, contándose la casa de Pizarro entre los últimos, y la del Ayuntamiento entre los primeros. Son dignos también de mención el retablo de granito de la iglesia de Santiago y el patio del convento de San Francisco. Hay antiguas y buenas casas particulares, algunas de las cuales son verdaderos palacios. En la iglesia de la Concepción hay un sepulcro dentro de un nicho, una estatua orante, que se dice de Francisco Pizarro, así como el sepulcro; pero, haciendo imposible este hecho el positivo de hallarse en la Iglesia Mayor de Lima la momia de Francisco Pizarro, hay que convenir en que este sepulcro de la iglesia de la Concepción, de Trujillo, no es de Francisco Pizarro, sino de algún otro caballero de este apellido, o en que, de ser de él, no contiene sus restos.

El sepulcro de Francisco Pizarro y su momia, muy bien conservada por cierto, están en Lima. Fué hijo de Gonzalo Pizarro, llamado «El Largo», capitán que estuvo en la guerra de Navarra, y no fué más cruel que cualquiera otro hombre de guerra de su tiempo o de los nuestros. Muchas más crueldades y actos de barbarie, y sin razón que los cohonestara, cometieron aquí muchos generales franceses. Francisco Pizarro se encontró en el Perú en situaciones peligrosísimas, en que se jugaba el todo por el todo, y en que se necesitaba suplir con una energía llevada hasta la ferocidad la inmensa flaqueza de sus fuerzas. Era de carácter noble, de buen corazón, y tan liberal, que rayaba en despilfarrado. Se cuentan varias anécdotas que lo acreditan. Pasando una vez un río en una barca, se cayó al agua, y fué arrastado por la corriente, un criado indio que le acompañaba; él se tiró al agua y lo salvó, con gran riesgo de su vida, pues pasaba entonces de los sesenta años y no estaba ya para esos trotes. Tan dadivoso era, que, con haber sido el español que más plata y oro allegó de cuantos pasaron a Indias, no dejó nada a su muerte.

—Que fué, por cierto, bien trágica,—dijo Sir Roberto.

—Sí; fué muerto en su propia casa por los que seguían al hijo del adelantado D. Diego de Almagro. Y para que veáis de qué casta de hombres era Pizarro, os diré que, con más de sesenta y cinco años que tenía cuando fué muerto, hizo frente a cinco o seis hombres armados hasta los dientes, que le acometieron a un tiempo.

—Sí; recuerdo perfectamente lo que refiere William Prescott sobre ese hecho. Dice que, no pudiendo con él todos juntos, sacrificaron a uno de ellos levantándolo en alto y arrojándolo encima, y aprovecharon el momento que tardó él en atravesarlo con la espada, para darle una estocada en la garganta.

—Así lo refieren los cronistas contemporáneos. Debía de ser un hombre hercúleo cuando, a edad tan avanzada, se pasaba el día entero jugando a los bolos y a la pelota. Tanto él como su compañero, y más tarde rival, Diego de Almagro, no vacilaban en atacar ellos sólo a cien indios de guerra.

—Yo creo que Cortés le aventajaba mucho,—dijo Sir Roberto.



Pizarro (Francisco)
(1475-1541)

—Estoy en lo mismo; pero no caben comparaciones entre ellos. Cortés recibió una educación esmerada, estuvo estudiando dos años en Salamanca, y hasta llegó a saber muy pasablemente el latín. Pizarro, en cambio, pasó la niñez en el mayor abandono, y no sabía siquiera escribir su nombre. Cortés hizo la conquista de Méjico a los treinta y tres años; Pizarro pasaba de los cincuenta cuando conquistó el Perú.

—¿Y a cuál de los dos hechos concedéis más mérito?

—Es difícil decidirlo; porque, si bien los indios aztecas y tascaltecas, de Méjico, parecían ser gente mucho más brava y guerrera que los del Perú, Cortés dispuso de más elementos que Pizarro, aunque fueron bien escasos los de ambos. Cortés emprendió la conquista de Méjico con quinientos ocho hombres, de los cuales treinta y dos eran ballesteros o escopeteros, a los cuales hay que agregar ciento diez maestros, pilotos y marineros y dieciséis caballos y yeguas. Además, llevaba unos cuantos cañoncitos pequeños, de los llamados culebrinas. En cuanto a Pizarro, entró en el Perú con sesenta y dos hombres de a caballo y ciento dos de a pie, de los cuales veinte iban armados de ballestas, y sólo tres de escopetas. En resumen, Cortés disponía de seiscientos dieciocho hombres, seis u ocho escopetas y unos cuantos cañones; y Pizarro, de ciento sesenta y cuatro hombres y tres escopetas: la diferencia es enorme.

Un viaje por España

—Pero, ¿sólo con tres armas de fuego conquistó Pizarro el Perú? ¡Eso es increíble!—dijo Sir Roberto.

—Pues no llevó ni una más. Se ha exagerado mucho la parte que tuvieron las armas de fuego en las conquistas de América. Las relaciones de entonces más hablan de ballestas que de escopetas; y bien sabéis que entre las ballestas que llevaban los españoles y los arcos que usaban los indios, la diferencia era bien poca.

—Y tan poca,—dijo Sir Roberto,—que, como sabéis muy bien, nosotros los ingleses preferimos siempre el arco a la ballesta.

—Tanto más en mi abono. Ya veis, Sir Roberto, que, para acusar a un hombre porque cometió algunos actos de crueldad al verificar con ciento sesenta y cuatro hombres y tres escopetas la conquista de un imperio, aunque estuviera habitado por carneros, es preciso ser bien intolerante. ¿Cómo se pretende que hiciera esa conquista? Los autores de esos vituperios, no lo dudéis, o no han visto guerra en su vida, o proceden de mala fé.

—Con quien no se condujo nada bien fué con su compañero Almagro,—dijo Sir Roberto.

—Como, probablemente, se hubiera conducido Almagro con él si se hubieran vuelto las tornas; ya sabéis lo que son las guerras civiles. Hay que tener también en cuenta la rudeza de aquella gente. Y sólo hombres de ese temple pueden llevar a cabo empresas como aquella. ¿Creéis que abundarían mucho los hombres como Cortés, Pizarro, Alonso de Ojeda y otros tales, en España ni en ninguna parte? Ya os he dicho lo que era Pizarro; pues Cortés no le iba en zaga. Bernal Díaz del Castillo, que le acompañó a la conquista de Méjico, y autor de una relación de ella sumamente curiosa, al describir su persona, como lo hace con pelos y señales, dice «que sabía menear muy bien las manos, como muy varón que era»; y para que así hable Bernal Díaz, tan hecho a ver varones del temple de los conquistadores de Indias, mucho tenía Cortés que serlo. Y ¿dónde me dejáis a Francisco de Orellana, que tuvo el valor de abandonarse a la corriente del río Amazonas, sin saber a dónde iba a parar, ni si se despeñaría por alguna catarata, metidos él y su gente en una mala nave hecha por ellos mismos, hasta salir al Océano después de un viaje comparado con el cual, la famosa expedición de los argonautas y la Odisea de Ulises son verdaderos juegos de niños?

—Por cierto que ese Orellana era también de Trujillo.

—¡Esa es otra! La mayor parte de esos hombres, metidos a descubridores de islas y continentes, a cosmógrafos, hasta a calafates y fabricantes de barcos, eran naturales de tierras cien leguas distantes del mar, y que hasta el día de embarcarse para las Indias no habían visto más agua que la de los arroyos y albuferas de sus pueblos. Cuando Cortés titubeaba entre ir a Italia o a las Indias, seguramente no conocía el mar sino de oídas; debió de verlo por primera vez al embarcarse en Sanlúcar de Barrameda.

—Siempre he admirado, más que el valor de Colón,—dijo Sir Roberto,—el de los Pinzones, y todavía más el de los marineros que los acompañaron en el primer viaje; porque Colón, como el autor del proyecto, y como hombre científico que era, habituado, además, a largas expediciones marítimas, podía estar, y estaría seguramente, convencido del éxito de la empresa. Los Pinzones podían quizás entreverlo; pero, ¿en qué podrían fundar esperanzas marineros rudos e ignorantes, incapaces de entender ni por asomo las explicaciones de Colón, dado que se las diera?

—Y ¿en qué consistían las explicaciones de Colón?—preguntó Frasquito.—¿Es que él sostenía que la Tierra es redonda y no querían creerlo?

—No era eso. Todo el mundo sabía entonces, y desde muchísimos siglos antes, que la Tierra es redonda. Pasaba por hecho fuera de toda discusión. Hasta en las insignias imperiales se representaba desde tiempo inmemorial a la Tierra por un globo. El punto que se discutía era si podía o no dársele la vuelta saliendo de un paraje cualquiera y caminando o navegando constantemente en la misma dirección, y volviendo a él por el lado opuesto. Colón sostenía que sí, y sus adversarios, que no, fundándose para ello en pasajes de autores antiguos y de las Sagradas Escrituras, interpretadas a su manera.

—¿Y fueron muchos los adversarios de Colón?

—Fueron muchos menos de lo que generalmente se supone. Su mayor enemigo no fué tanto la incredulidad como la indiferencia. Después de todo, lo que pedía, y lo que al cabo se le dió, tres cascarones de nuez (que a eso estaban reducidas las carabelas), era bien poco. Sólo esa indiferencia explica que, no ya un soberano, sino cualquier sujeto particular de medianas rentas, no le facilitase tan insignificantes elementos: posible es que si hubiese propuesto cualquier desatino, hubiera encontrado más fácilmente quien le ayudase.

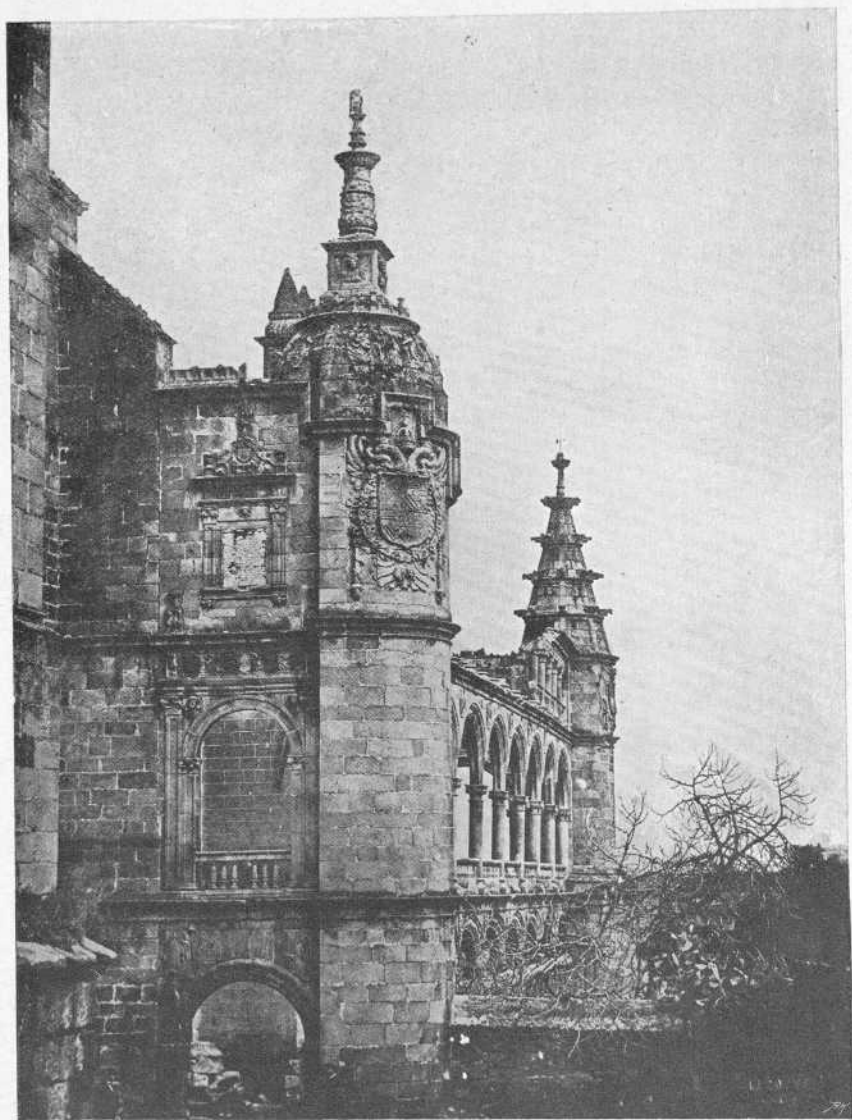
CAPÍTULO XXX

DE Trujillo fueron nuestros viajeros a Cáceres, ciudad situada en una eminencia en medio de una campiña fertilísima y cubierta de frutales y viñedos. La parte alta de la ciudad conserva sus antiguos y torreados muros, y toda ella abunda en sólidas mansiones de aspecto señorial, con sus portadas de granito, en que campean emblemas heráldicos. La de los duques de Abrantes tiene lindísimas ventanas; la de los Golfines, antiguos y preciosos mosaicos, y en otras hay interesantes detalles de estilo mudéjar. Las iglesias de San Mateo, Santa María y Santiago, son todas notables. La primera de ellas es gótica, y tiene una hermosa torre; la segunda, un magnífico retablo en el altar mayor, y la tercera, que está extramuros y que fué mozárabe, una preciosa reja. En las tres hay magníficos sepulcros. En la plaza se alzan dos estatuas romanas: una de Ceres, que está mutilada, y otra de Diana.

Ya que estaban en Cáceres, aprovecharon la ocasión para ver las minas de fosfato de cal que hay entre esa ciudad y el lugar de Malpartida, que son las más ricas de España. Una compañía, fundada en 1876, explotaba esas minas hasta una profundidad de ochenta metros, con magnífica maquinaria de vapor de hasta 250 caballos de fuerza, y las viviendas de los mineros formaban ya un pueblo, con su iglesia, escuelas, casa de correos, etc.

Arroyo del Puerco, adonde fueron nuestros viajeros desde Malpartida, es uno de los pueblos más ricos de Extremadura. En su iglesia parroquial hay algunas pinturas del *divino* Morales. Tiene un antiguo reloj de torre, que, por alumbrarse de noche, llaman el *Faro*. Desde allí fueron a Brozas, lugar en que hay un castillo de aspecto muy pintoresco y una torre, que llaman de Belvis; y desde Brozas, atravesando un país árido y miserable, a Alcántara.

Esta villa, de la que tomó nombre la célebre Orden Militar que hasta principios del siglo XV dependió de la de Calatrava, es la que se llamó en tiempos de los romanos *Norba Cesárea*. Hállase sobre una eminencia a orillas del Tajo, y tiene antiguos muros y torreones y un castillo que domina el caserío, haciendo todo ello un conjunto muy pintoresco. El convento de San Benito es un soberbio edificio, que perteneció, como todo el pueblo, a la Orden de Alcántara, y que



Fot. Lacoste

ALCÁNTARA (Cáceres).—Fachada del convento de San Benito

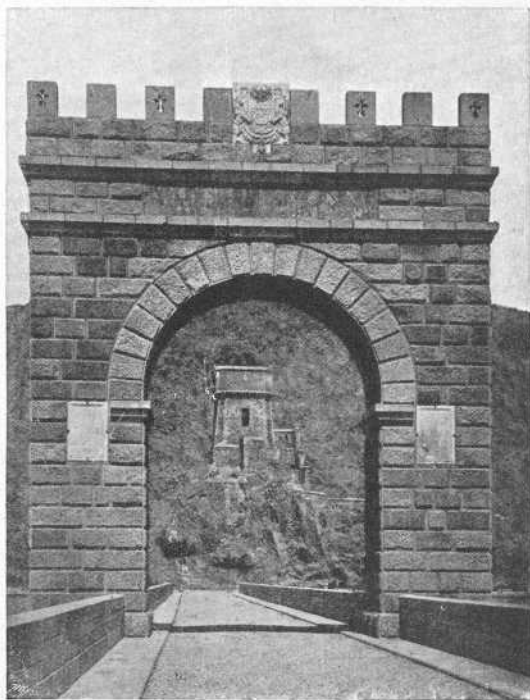
Un viaje por España

fué casi arruinado en la guerra de la Independencia. En su iglesia están los sepulcros de varios comendadores y caballeros de aquella Orden. Otros de esos sepulcros están en el claustro.

Al puente debe la villa el nombre que lleva: pues Alcántara significa el *punte* en lengua árabe, y significaba antes lo mismo en la castellana. Hoy, fuera de alguna región de Andalucía, y no sé si también del continente de América, sólo nos queda el diminutivo *alcantanilla*, que va poco a poco torciéndose de su acepción legítima para tomar la de *cloaca*, que muchos, mal informados, le atribuyen. Decir, pues, puente de Alcántara, es una redundancia.

El puente es colosal y soberbio; obra de romanos, al fin, que más parece de gigantes que de hombres. Consta de seis arcos, de los cuales los dos de en medio, de 110 pies de vano son los mayores. Tiene 670 pies de largo y 210 de alto sobre el río. Lo construyó en el año

105 de Cristo, imperando Trajano, Cayo Lucio Celer, como reza la lápida que hay en la especie de capilla que está a su entrada, capilla que es contemporánea de la obra. Compónese ésta de sillares almohadillados de granito, sin argamasa interpuesta; y habría sido eterna, como lo dicen los versos latinos de la lápida, sin la barbarie de los



Fot. Lacoste

ALCÁNTARA (Cáceres)—Arco de triunfo del puente romano

hombres. En 1113 fué roto uno de los arcos centrales, y se suplió la falta con una obra de madera, hasta que en 1543 la reparó Carlos V. El segundo arco de la orilla derecha fué volado el 10 de Junio de 1809 por el coronel Mayne, para impedir el paso del río a los franceses. Se reparó de nuevo con madera el defecto, hasta que, vuelto a ser cortado el puente en 1836, en la guerra civil, ha sido definitivamente restaurado en 1882 por el ingeniero D. Alejandro Millán.

CAPÍTULO XXXI

COMO todos tenían empeño, y D. Antonio María el primero, en hacer una visita a Yuste, en cuyo monasterio pasó el último año de su vida y murió el emperador Carlos V, y como querían ver también el puente de Almaraz, fueron primero a este último pueblo.

Es de dos arcos, y tiene 580 pies de largo y 134 de alto sobre el nivel del agua. Se construyó en 1552, a costa de la ciudad de Plasencia, para facilitar el paso a Guadalupe a los peregrinos de las provincias de allende el Tajo. Lo fabricó Pedro de Urías, y es obra de gran mérito. El general Cuesta lo cortó en 1809 para impedir a los franceses el paso del río, y en tal estado quedó hasta 1845, en que lo recompuso a expensas de la localidad el padre Ibáñez.

—Aquí tienes, Willy,—dijo D. Antonio María,—el teatro de una hazaña de tus compatriotas.

—Ya lo recuerdo,—contestó Willy.—Habla usted de la toma del reducto de *Napoleón* por las tropas de lord Hill en 1812.

—Veo que sabes al dedillo todas las operaciones de la guerra de la Península.

—Sí, señor; porque se las he oído contar muchas veces a mi abuelo. Esa operación fué la primera de la campaña que acabó con la batalla de Salamanca. El general Hill se trasladó súbitamente desde la raya de Extremadura y Andalucía a orilla del Tajo, se presentó aquí el 18 de Mayo, y tomó a escala franca el fuerte que estaba en la orilla izquierda y como a media milla del puente. Fué una gran hazaña, pues no llevaba consigo ni una sóla pieza de artillería, y en el fuerte había montadas dieciocho.

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

Río abajo, más allá de su confluencia con el Tietar, hay otro puente, llamado del Cardenal, por deberse su construcción al cardenal D. Juan de Carvajal.

Plasencia, adonde fueron desde Almaraz, es una pintoresca ciudad situada a orillas del clarísimo Jerte.

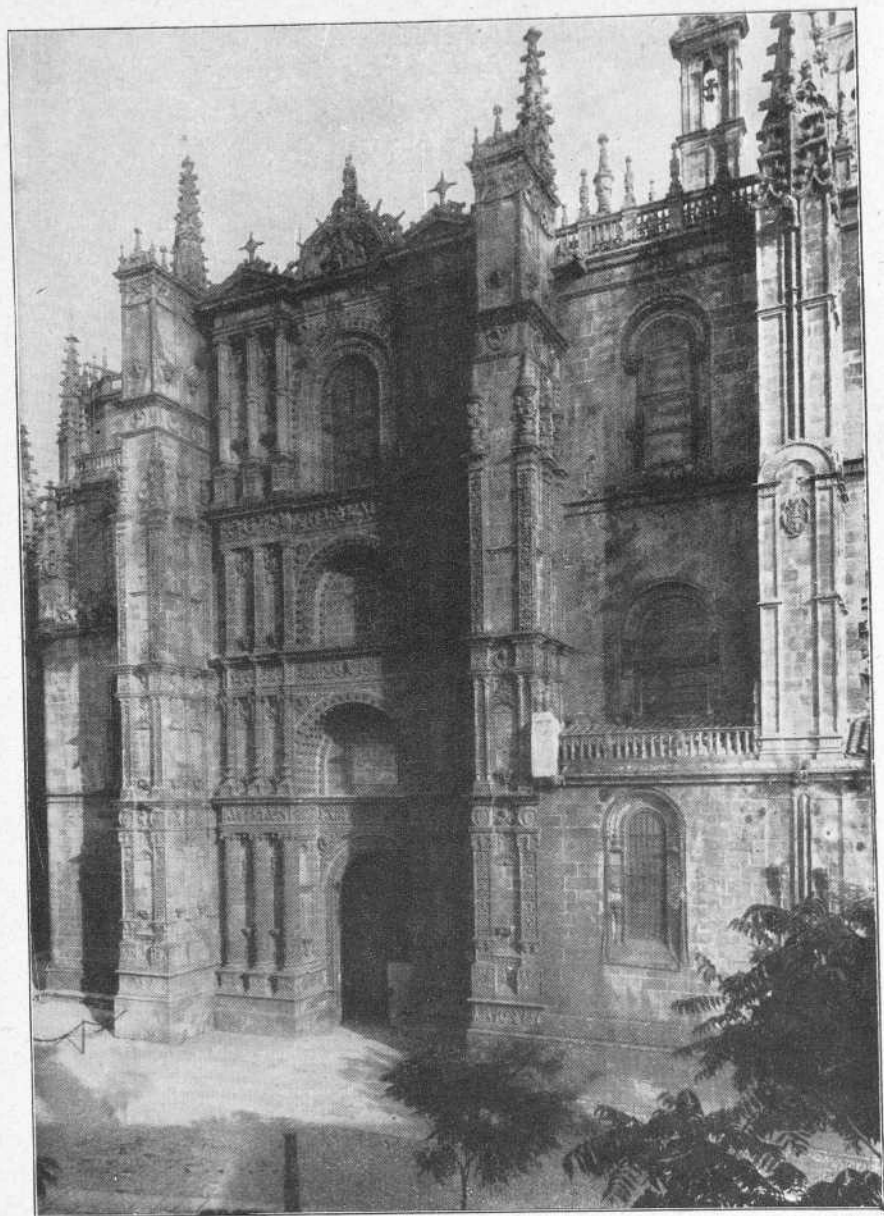
La ciudad está ceñida por antiguos muros con sesenta y ocho torreones medio arruinados en torno: tiene también un alcázar en ruinas a la parte del septentrión, y un largo acueducto. La vista que presenta la ciudad desde la eminencia granítica que está frente a una de sus puertas, llamada el *Postigo*, es preciosa.

La fundó Alfonso IX en 1190 sobre las ruinas de la antigua Ambracia, y estableció Sede episcopal en ella.

La catedral, que no está acabada en algunas partes y ha sufrido en otras alteraciones y adiciones impropias de su estilo, es del gótico florido, y comenzó a construirse en 1498. Es hermosa su puerta meridional, y la septentrional, llamada «del Enlosado», obra de Berruguete, lo es asimismo, con sus medallones de estilo italiano del Renacimiento y sus escudos heráldicos, imperiales y de la casa de Carvajal, que tantos hombres ilustres ha dado a la ciudad.

El retablo del altar mayor es magnífico, y la reja una obra maestra. La capilla mayor, comenzada por Juan de Álava, fué terminada por Diego de Siloe y Alonso de Covarrubias. La sillería del coro es un trabajo admirable de escultura, en que están figurados asuntos de toda clase, sagrados, profanos, serios, bufos, báquicos y eróticos. Data de 1529, y es obra de Rodrigo Alemán, autor también del trono del obispo y del confesonario del penitenciario. Entre los sepulcros, es notable el del obispo D. Pedro Ponce de León, con su estatua orante.

En la iglesia de San Nicolás está el sepulcro del obispo D. Pedro de Carvajal, con su estatua, también orante, como lo es asimismo la de Cristóbal de Villalba, que está en la del convento de San Ildefonso y que lo figura armado de punta en blanco. En la iglesia de San Vicente hay otro sepulcro con estatua, de Martín Nieto, que murió en 1597, y que lo representa también armado. Este sepulcro, que era le mejor obra de piedra de Extremadura, ha experimentado bárbaras mutilaciones. Inmediata a este último convento está la llamada «Casa



Fot. Laurent

PLASENCIA.—Fachada de la Catedral

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

de las bóvedas», construida en 1550, cuyo patio y cuyas salas, con pinturas al fresco que representan las guerras de Carlos V, son dignos de nota. Lo es asimismo la esbelta cruz que se halla fuera de las puertas de la ciudad, camino del puerto.

Varios sujetos ilustres del apellido de Carvajal fueron naturales de Plasencia. Entre ellos hubo varios prelados y el famoso doctor Lorenzó Galíndez de Carvajal, consejero de los Reyes Católicos y autor de varias obras muy estimables.

Desde Plasencia se dirigieron nuestros viajeros, por la aldea de Pasarón, al monasterio de Yuste.

Está admirablemente situado para el objeto que Carlos V se propuso al elegirlo por morada. Su fundación data de 1404, y se hizo en el paraje mismo en que, según tradición, catorce obispos habían padecido martirio cuando la invasión sarracena. El edificio del monasterio, construido a mediados del siglo XVI, a expensas casi exclusivamente de los condes de Oropesa, fué quemado por los franceses poco después de su derrota en Talavera de la Reina. Sólo quedaron en pie la iglesia, el monasterio primitivo en que habían habitado los monjes antes de construirse el otro, el cual se conservaba con el nombre de «el Noviciado», y los aposentos que había mandado construir Carlos V años antes de su abdicación, con la idea, que ya tenía por entonces, de ir a pasar allí sus últimos años.

El llamado «Palacio del Emperador» está rodeado de corpulentos naranjos. Tiene sobre la planta baja un piso en que están las habitaciones que ocupó Carlos V, precedidas por una especie de mirador, que forma su fachada, y al que se sube por una rampa sustentada sobre arcos, que se hizo expresamente para que el emperador pudiera bajar y subir a caballo a sus habitaciones.

La iglesia es gótica, de una sóla nave, tan larga y tan alta como la de cualquier catedral. No ardió con el monasterio, porque no había en ella nada que pudiera servir de pasto a las llamas.

—¿Fué aquí donde Carlos V. celebró sus exequias en vida?—preguntó Frasquito.

—No hubo tales exequias; Modesto Lafuente lo ha probado,—le contestó D. Antonio María.

CAPÍTULO XXXII

SALIERON aquella misma tarde de Yuste y fueron a pernóctar en plena sierra, más allá de un lugar llamado Cabezuelas. Desde allí, por caminos escabrosísimos, se pusieron en Monsagro, pasando por Montemayor, y desde Monsagro, en Ciudad Rodrigo.

El viaje fué largo y penoso, pero entretenidísimo por sus peripecias. Hubo momentos en que tuvieron que apearse y caminar a pie.

En Montemayor supieron que se hallaban muy cerca de Béjar, y tuvieron tentaciones de dirigirse a esa villa; pero desistieron de ello por no alargar el camino.

—Es uno de los centros industriales más importantes de esta región extremeña,—dijo D. Antonio María.—Hay como doscientas fábricas de paño, que dan trabajo a unos cinco mil obreros. Cerca de Alcántara hay un pueblo llamado Garrovillas, empleado en la misma industria.

—Por lo visto, los habitantes de esta región no sólo son agricultores y ganaderos, sino mineros y fabricantes,—dijo Sir Roberto.

—Alguna industria hay, pero escasa,— le contestó D. Antonio María.—Antiguamente, debía de estar algo más desarrollada que ahora, porque he leído que en Talavera de la Reina, a fines del siglo último y principios del presente, era importantísima la industria de la seda y se fabricaban grandes cantidades de tejidos, galones de oro y plata, cintas y otros mil artículos de seda. Verdad es que se hacía todo eso en una gran fábrica establecida bajo la tutela o la inmediata dirección del Estado; pues sin duda fué su establecimiento una parte del plan general de Carlos III, encaminado a dar nueva vida a las antiguas industrias del país, al cual obedeció también el establecimiento de las fábricas de paños de Segovia, de armas de Toledo, de porcelana del Retiro, de la Moncloa y otras. Al presente, en Talavera no creo que haya otra industria que tenga alguna importancia que la de fabricación de loza.

—Allí se dió una gran batalla en la guerra de la Independencia,—dijo Willy.—Duró dos días, y fueron vencidos los franceses, a pesar de ser en doble número que los ingleses.

—Los ingleses sólo perdieron 6.000 hombres y diecisiete cañones. A Wellington; que todavía no se llamaba así, sino Sir Arturo

Wellesley, le recompensó su Gobierno con el título de par y una pensión anual de dos mil libras esterlinas. Pues volviendo al asunto de que estamos hablando, diré que el territorio de Extremadura, aunque dedicado casi todo él a la agricultura y a la ganadería, debe de ser riquísimo en minas, pues las hay de hierro, antimonio, wolfram y otros metales; pero en su mayor parte no están en explotación.

—¿Y por qué no se explotan?—preguntó Frasuquito.

—Unas veces,—le contestó D. Antonio María,—por las pretensiones excesivas de sus propietarios; otras, por la dificultad y carestía de los transportes; otras, por la desconfianza de los capitalistas, muy escarmentados ya de invertir su dinero inútilmente en tales empresas. Porque hay que tener en cuenta la dificultad de extraer el mineral, el valor de los jornales, el de los transportes, el del combustible, si, como en los más de los casos sucede, se requiere emplearlos para los trabajos. Ya ves: para la explotación de las minas de Huelva hay que traer de Inglaterra cantidades enormes de hierro en bruto y de carbón de piedra. Otra cosa tenía que decirles a ustedes: que debemos estar en las Batuecas o muy cerca de ellas.

—¿Qué es eso de las Batuecas?—preguntó Sir Roberto.

—Así se llama a uno de estos valles, por el nombre de un riachuelo que lo cruza, y de un convento que en él había y se quemó hace poco tiempo. Ha dado en decirse que ese valle de las Batuecas, y también el de las Hurdes, que quizás hayamos atravesado sin saberlo, eran desconocidos, y que fueron descubiertos en este siglo. ¡Descubrirse un valle en España! ¡Tiene gracia! ¡Y un valle en que había convento y un santuario (que subsiste) donde se venera una devotísima imagen de la Virgen, muy visitada por la gente de los contornos! Se halla ese santuario en la Peña de Francia, así llamada porque un francés llamado Simón Vela (nombres que nada tienen de franceses), después de andar por todo el mundo conocido, vino a descubrir aquí esa imagen de la Virgen.

Iban hablando así nuestros viajeros durante el trayecto entre Montemayor y Monsagro, que es de lo más pintoresco que puede imaginarse. Encontráronse un campesino montado en una mula, con una mujer a la grupa. Vestía él una especie de colete de piel, y ella, un justillo de paño encarnado y un pañuelo de colores vivos a la cabeza.

Después de saludarse mutuamente, preguntóle D. Antonio María por dónde caían las Batuecas.

—Pues por el mismo camino que traen sus mercedes: deben de haber pasado por allí mismo. ¿De dónde vienen sus mercedes?

—Salimos esta mañana de Montemayor, y queremos llegar antes de la noche a Monsagro.

—¿Y no han pasado sus mercedes por Alberca?

—Hemos visto a derecha e izquierda algo parecido a pueblos; pero pasar precisamente, no hemos pasado por ninguno.

—Pues, por lo que veo, han pasado sus mercedes por entre las Batuecas y las Hurdes. Deben de haber dejado las Batuecas a la izquierda, y las Hurdes, a la derecha; y si no han pasado por la misma Peña de Francia, tiene que haber sido muy cerca, porque queda ahí detrás, en el mismo camino que traen.

—¿Y nos falta mucho para llegar a Monsagro?

—Ni un cuarto de hora de camino.

—¿Y de dónde venís vosotros, si no es impertinente la pregunta? —dijo Willy.

—Hemos salido de Salvatierra, y vamos a Ladrillar, que está muy cerca de las Batuecas.

Despidiéronse de aquellos amables campesinos, y siguieron su camino comentando las peripecias de la jornada.

—Veo—dijo Willy—que aquí, como en muchas partes de Andalucía, se estila el tratamiento de *merced*.

—Es exactamente lo mismo que el de *usted*,—le dijo D. Antonio María.—*Usted* es contracción de *vuestra merced*, como *usía* lo es de *vuestra señoría*, y *ucencia* o *vucencia* de *vuestra excelencia*. Vosotros los ingleses, como los franceses, empleáis el plural de la segunda persona, y decís *vos* o *vosotros*, aunque sea un sólo sujeto a quien dirijáis la palabra; nosotros los españoles empleamos en los mismos casos el singular de la tercera, y no nos dirigimos a la persona con quien hablamos, sino a su *merced*, o *señoría*, o *excelencia*, o *alteza*, o *majestad*, o *santidad*; y realmente incurrimos al hablar así en una falta lógica y de concordancia, porque, siendo *merced*, *señoría*, *excelencia* y todas esas demás cualidades del género femenino, debiéramos decir, por ejemplo, *usted* o *vuestra merced* o *vuestra señoría* es muy *buena*, y no muy *bueno*, como decimos.

Un viaje por España

—De esa clase de errores se cometen en todos los idiomas,—dijo Sir Roberto.—En francés, que, como en inglés, se habla en plural a la persona a quien uno se dirige, debiera sostenerse esa pluralidad en los adjetivos que se le aplicaran, y no se hace. En vez de decir *sois* muy *buenos*, como debiera hacerse, aun hablando con una sola persona, se dice *sois* muy *bueno*, lo que es una falta de concordancia.

—¿Y ya no se emplea nunca el *vos* en castellano al dirigirse a una sólo persona?—preguntó Willy.

—Todavía se emplea entre los campesinos de algunas comarcas de España, y también en algunas regiones de América. En la isla de Cuba está muy en uso ese tratamiento, no sólo entre la gente del campo, sino también entre la más educada de algunas poblaciones, y lo mismo sucede en algunas regiones del continente de América.

—¡Calla!—exclamó de pronto D. Antonio María después de un rato de silencio.—¡Cuidado que he sido torpe! Monsagro... Monsagro...: eso quiere decir *Monte sagrado*, *Monte sacro*, y no tengo duda de que se llama así por la Peña de Francia, que tiene que estar cerquísima. ¡Parece mentira que no se me haya ocurrido antes! Pues ya no tengo duda de que hemos pasado por las mismas Batuecas, y rozándolas.

Pasaron aquella noche en Monsagro, pueblo de gente honrada y hospitalaria, y allí se enteraron de que estaban a dos pasos, como quien dice, de la Peña de Francia.

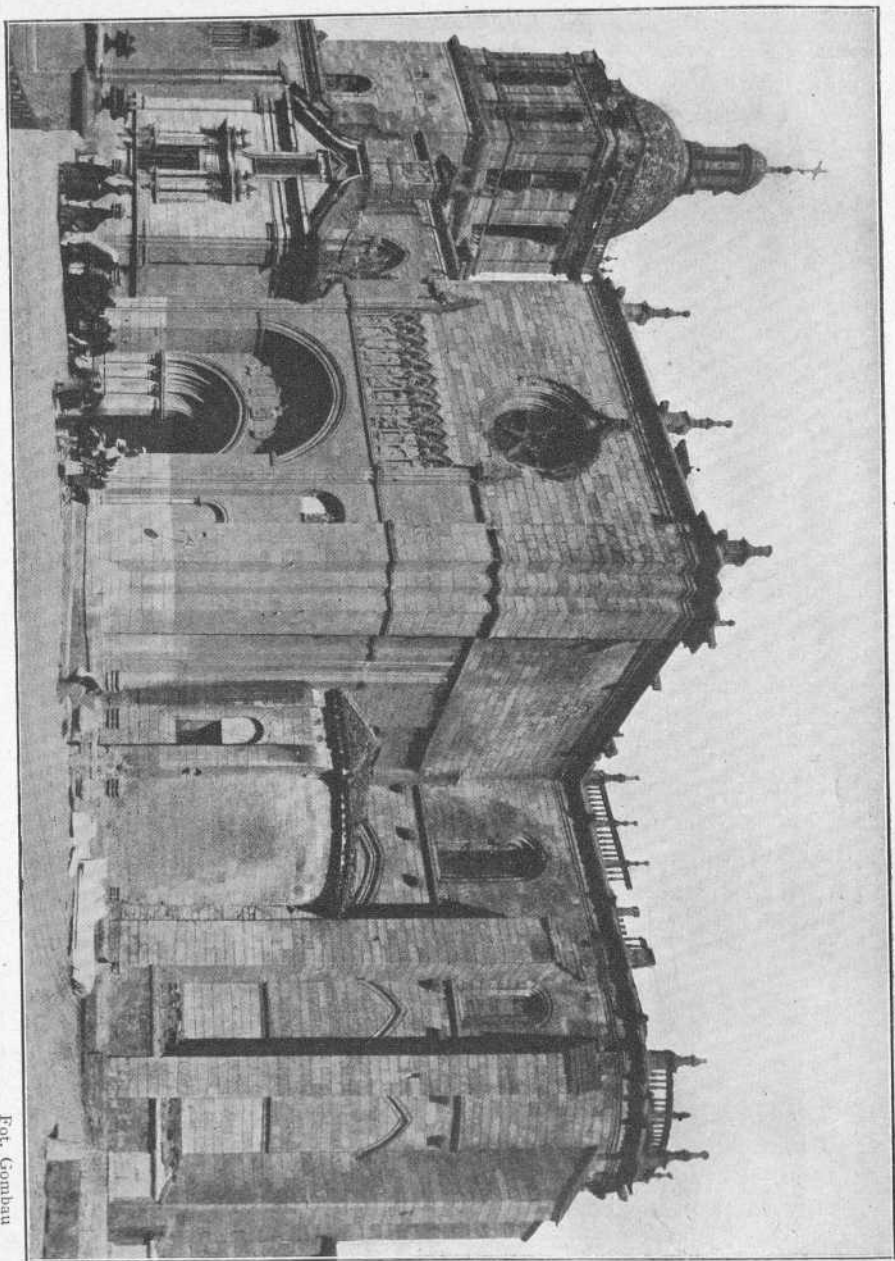
¡Pero si la tenemos ahí, a la vista!—les dijo su huésped;—vengan a la puerta, y la verán ahí mismo.

Efectivamente, así era. Habían pasado al pie mismo de ella sin verla.

Al día siguiente muy temprano se pusieron en marcha, y llegaron a muy buena hora a Ciudad Rodrigo.

CAPÍTULO XXXIII

FUÉ fundada esa ciudad en 1150 por el conde Rodrigo González Girón. Tiene una hermosa catedral, cuya construcción se comenzó en 1190, reinando en León Fernando II; muy buenas iglesias, monasterios y casas particulares, y un castillo del siglo XV muy bien con-



CIUDAD RODRIGO (Salamanca).—La Catedral

For. Gombau

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

servado, que domina todo el caserío. Pero lo que a los ojos de Willy daba más interés a la ciudad era el recuerdo del famoso asalto que le dieron los ingleses en 1812.

En 1810 fué tomada a los españoles por los franceses después de un largo sitio, en el que la guarnición se condujo valerosísimamente. En el convento de Santa Cruz, que estaba extramuros de la ciudad, se peleó con tal fiereza, que estuvo en poder de sitiados y sitiadores a un mismo tiempo, habiéndolo defendido los primeros palmo a palmo.

La ciudad capituló al fin. Su gobernador se llamaba Herrasti, y Massena y Ney, los generales franceses que mandaban el ejército sitiador; los cuales obraron con gran torpeza, porque el tiempo que invirtieron en el sitio se lo dieron a Wellington para fortificarse en las célebres líneas de Torres Vedras.

A principios de 1812 se le presentó oportunidad a Wellington de recobrar la plaza. El general francés Marmont estaba en Valladolid, y Soult, en Andalucía. Wellington atravesó el Águeda por Mariabón, y caminando entre hielos y nieves, se presentó ante Ciudad Rodrigo el 7 de Enero. Estaba rodeada la plaza de dos muros: el interior, que está ahora convertido en paseo, y el exterior, que era lo que se llama una falsabraga, de doce pies de alto. Ayudaban a la defensa los terraplenes que se habían levantado cuando el sitio de 1810, extramuros de la ciudad, y tres conventos, también extramuros, que los franceses habían convertido en fortalezas: los de Santa Cruz, San Fernando y Santo Domingo. De dos eminencias, el Teso grande y el Teso chico, que están al norte de la ciudad, habían fortificado la primera, construyendo en ella una luneta a trescientas varas del recinto, protegida por dos baterías establecidas en el convento de San Fernando.

En la noche del 8, el general inglés Colborne, al frente de trescientos hombres, se apoderó de la luneta del Teso grande. Inmediatamente se establecieron allí baterías contra la plaza, porque Wellington quería precipitar las operaciones antes de que pudiera acudir Marmont en socorro de los sitiados. En la noche del 13, se apoderaron los ingleses del convento de Santa Cruz, y el día 15, del de San Francisco. El 19, abiertas varias brechas en la falsabraga, avanzaron las columnas de ataque inglesas, penetrando por ellas, y después de varias tentativas infructuosas para apoderarse del muro

interior, lograron escalarlo por dos lugares a un tiempo y apoderarse de la ciudad.

Aquel famoso sitio valió a lord Wellington el título español de duque de Ciudad Rodrigo, con grandeza, que le otorgó el Gobierno provisional establecido en Cádiz, y que el rey Fernando VII le confirmó más adelante.

La catedral es magnífica. Tiene tres naves, con crucero, arcos apuntados, pilares formados de haces de columnas, ventanales altos de arcos ligeramente apuntados, y carece de triforio. En la nave de la derecha hay tres ventanales con esculturas románicas, que ningún amante de las artes debe dejar de examinar. La portada Norte, de gran profundidad en el espesor del muro, tiene las jambas profusamente cubiertas de esculturas. Doce estatuas de santos las adornan, con columnillas entre ellas, cuyos capiteles, así como los doseletes que las



Fot. Gombau

CIUDAD-RODRIGO (Salamanca)
Catedral. Detalle de la puerta principal

coronan, son de labor maravillosa. La portada que se abre en el brazo derecho del crucero, llamada «Puerta de las cadenas», es románica. Hay sobre ella cinco estatuas, y encima, otras doce en hornacinas. La sillería del coro está admirablemente esculpida por Rodrigo Alemán, conforme al estilo gótico. La nave de la izquierda

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

se comunica con el claustro, en cuya arquitectura se combinan el estilo gótico del primer período y el flamígero.

El cañoneo de los ingleses contra el Teso grande hizo gran daño a la catedral, por hallarse situada en la esquina del recinto que cae hacia ese lado.

También en 1818 estuvo a punto de quedar destruida la preciosa capilla de Cerralbo, que alguien había tenido la peregrina ocurrencia de convertir en polvorín. Ardió la pólvora; pero tal era la fortaleza de los muros del edificio, que la explosión no pudo volar sino el techo.

Como a seis leguas de Ciudad Rodrigo, en la misma frontera portuguesa, está Fuente Aguinaldo, lugar muy célebre por las frecuentes entrevistas que allí tuvieron en antiguos tiempos los Reyes de Portugal y de Castilla.

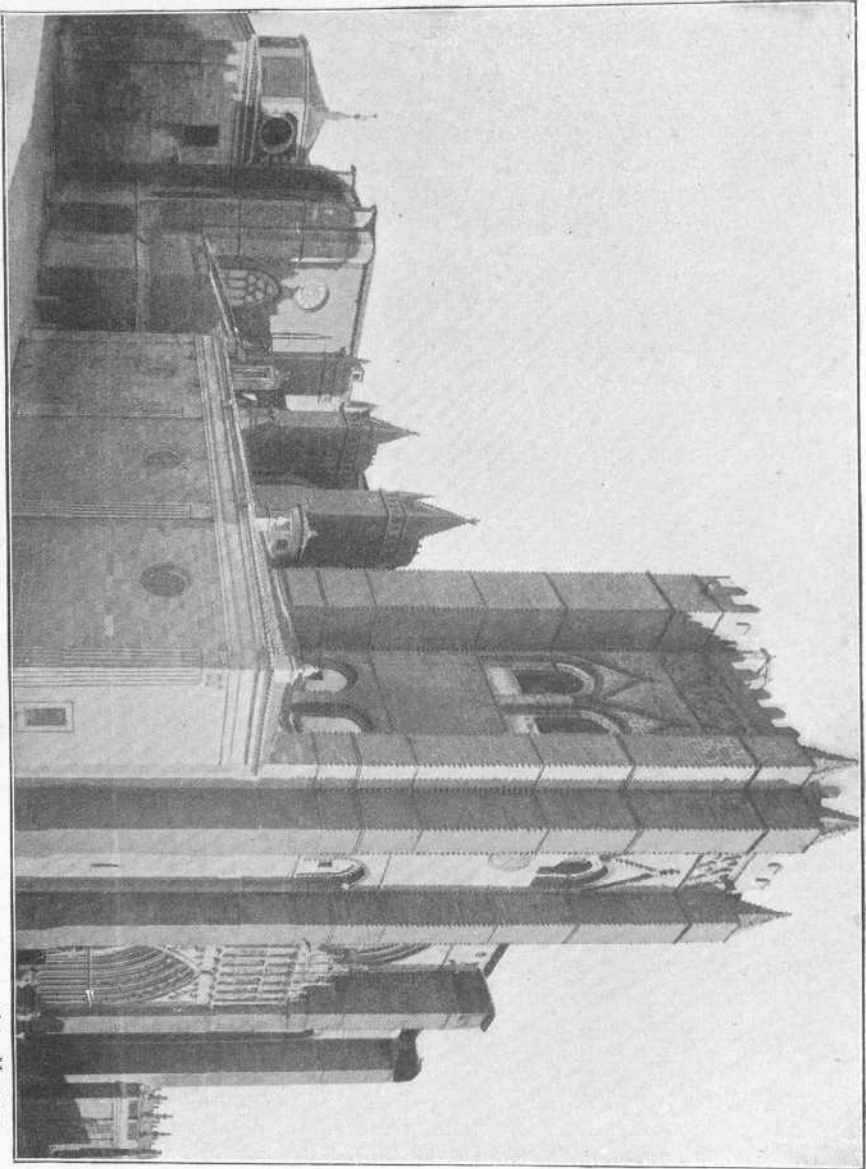
Al día siguiente salieron nuestros viajeros de Ciudad Rodrigo y fueron a Ávila, atravesando sierras, ríos y barrancos, por caminos imposibles, pero de una hermosura selvática incomparable. Tenebrón, Salvatierra, el Barco, Avellaneda, San Martín de la Vega y Robledillo, fueron los lugares que encontraron a su paso.

CAPÍTULO XXXIV

ÁVILA es una de las ciudades más curiosas de España. Conserva íntegros sus antiguos muros y torreones. Ochenta y seis de éstos hay en el circuito de los muros, los cuales tienen cuarenta pies de altura y doce de grueso, franqueándose por diez puertas.

La catedral está tan ligada a ellos, que uno de los torreones forma su ábside. Es románica, conforme al estilo común del siglo XII, en que fué construida. Sus muros almenados y su cimborrio le dan, vista por fuera, aspecto de castillo.

—Hay datos curiosos sobre la reconstrucción de esta ciudad,—dijo D. Antonio María a sus compañeros de viaje.—El Rey D. Alfonso VI, el conquistador de Toledo, encomendó su repoblación, y la de Segovia y Salamanca, a su yerno D. Ramón de Borgoña, marido de su hija Doña Urraca, y éste trajo a ellas grandes colonias de



AVILA.—La Catedral

Fot. Moreno

r.1310634

Un viaje por España

asturianos, gallegos, montañeses, gente de Burgos y su tierra, y procedió a fortificarlas y a repartirlas entre los nuevos pobladores.

—¿Cuándo se conquistaron estas ciudades?—preguntó Sir Roberto.

—A decir verdad,—le replicó D. Antonio María,—creo que no hubo que conquistarlas, porque toda esta región, llamada Extremadura en los siglos X, XI y XII, debía de estar abandonada: a lo menos, no recuerdo haber leído en ninguna parte que tuvieran que poner sitio los cristianos del norte a Segovia, ni a Ávila, ni a Coria, ni a Salamanca. Es más: allá por el año de novecientos treinta y tantos, Ramiro II, para acudir en socorro de los moros de Toledo, que estaban alzados contra el Califa de Córdoba, atravesó con su ejército toda esta tierra, y el primer lugar fortificado con que se tropezó fué Madrid, que cae al otro lado de los puertos. Madrid era entonces, a lo que parece, como un antemural o puesto avanzado de la ciudad de Toledo; una fortaleza con algunas casas en torno, ceñidas por una muralla, que Ramiro II tomó y desmanteló en esa ocasión, si no miente la Historia.

—¿Y por qué estaba desierta esta comarca?

—Yo me lo explico por varias razones. En primer lugar, porque su clima, rigurosísimo, y su tierra, poco fértil y amena, no invitaban a establecerse en ella a los habitantes de las regiones meridionales de España; en segundo, porque las septentrionales no estaban lo bastante pobladas para que pudieran desprenderse de colonos o emigrantes que se establecieran en ésta; en tercero, porque, siendo muy llana toda esta región central de España, era muy accesible a las correrías de los moros y cristianos fronterizos, que la barrían con sus algaras o escuadrones de gente a caballo, haciendo muy difícil la defensa de las poblaciones, y muy precarias las propiedades, por la incertidumbre de las cosechas.

—¿De modo que esta tierra no vino a habitarse hasta...?

—Hasta que la conquista de Toledo hizo más tranquila y segura la vida. Observad que casi todas las iglesias de Ávila, de Segovia y de toda esta tierra son de estilo románico, que era el predominante en el siglo XII. Estas murallas, las de Segovia y las de Salamanca, deben de ser de ese mismo período. De éstas, desde luego lo afirmo, porque se sabe hasta el nombre de los maestros que las construyeron y el tiempo que se invirtió en construirlas. Llamábanse los maestros Casandro, italiano, y Florín de Pontuenga, que supongo sería de

Pontieu, francés. La obra, que se comenzó en 1090, duró nueve años, y hubo empleados en ella hasta ochocientos hombres.

—¿Y se sabe quién hizo la catedral?

—Albar García Navarro fué el maestro o arquitecto que dirigió las obras. Trabajaron en ellas como mil hombres, y se acabaron en 1107, aunque después se han hecho muchas modificaciones y añadidas. La portada norte de la catedral no pertenece al estilo del edificio, porque es gótica, con estatuas muy estropeadas en las jambas. La fachada occidental es también gótica, del último período de ese estilo. Las torres no están acabadas. El retablo del altar mayor es del tiempo de los Reyes Católicos. Sus pinturas son de Santos Cruz, Pedro Berruguete y Juan de Borgoña, y se cuentan entre las más antiguas de España. La sillería del coro es muy notable. La esculpió Cornielis, entre 1536 y 1547. Hay dos púlpitos de hierro, que son maravillas de labor en hierro forjado. Está llena la iglesia de sepulcros notables, así como la sacristía, de joyas, entre las que merecen especial mención una custodia de plata, obra de Juan de Arfe, y un cáliz del siglo XIV, de Andrea Petrucci, de Siena. Los claustros son hermosos, pero se hallan en mal estado. Éntrase por ellos a varias capillas. En la de San Miguel hay un precioso sepulcro del siglo XIII con curiosas esculturas.



Juan de Arfe
(1535-1602)

—Creo recordar a ese Juan de Arfe como autor de alguna otra obra notable que en alguna parte hemos visto,—dijo Sir Roberto.

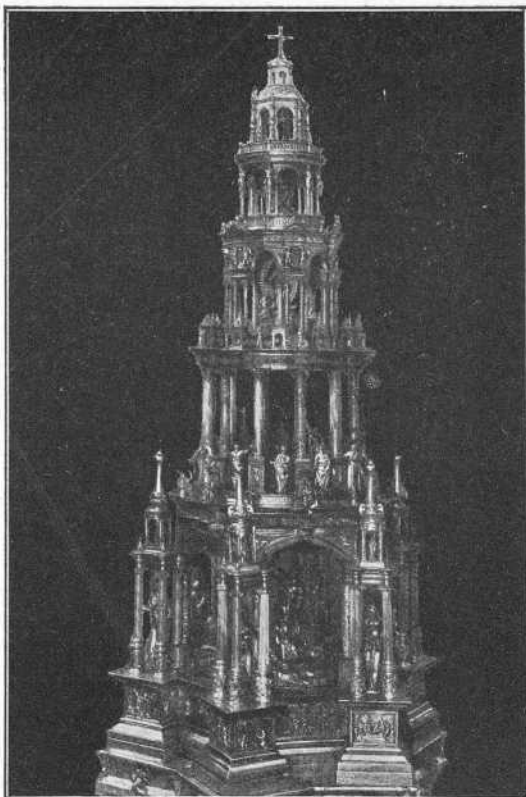
—¡Ya lo creo! Como que él hizo la soberbia custodia de la catedral de Sevilla y otras obras preciosas que quizás veamos en alguna otra parte. Era leonés, como lo dice el letrero que hay en la custodia que acabamos de ver. Nació por el año 35 del siglo XVI, y tiene varias obras escritas; una de ellas, «El quilatado de oro, plata y piedras», impresa en Valladolid en 1572, y la otra, que se titula «Varia conmensuración», que se refiere a arquitectura y escultura, impresa en Sevilla en 1585, y es muy conocida.

Saliendo de la ciudad por la puerta de San Vicente, se va a la iglesia del mismo nombre, fundada en 1107 sobre las ruinas de

otra, sin duda en honor de los santos Vicente, Sabina y Cristeta, hermanos, martirizados el 27 de Octubre del año 303 en la roca que se enseña en la cripta que hay bajo el ábside oriental. La iglesia es preciosa, y su extremo occidental, lo mejor que tiene. Es de estilo románico, y consta de una sóla nave. El sepulcro de San Vicente, que está en el crucero, es obra muy interesante del siglo XIII, y pertenece por su estilo al gótico italiano del primer período, como se echa de ver en los fustes de las columnas; pero la labor afiligranada de metal que hay sobre los arcos es más moderna.

Son muchas las iglesias de Ávila dignas de la atención del historiador, del arqueólogo y del amante de las artes. Mencionaré la de Santa Teresa de Jesús, fundada en el solar de la casa en que nació la santa. Muy cerca de ella está la de Santo Domingo, con una buena portada románica. En la del convento, hoy seminario de Santo Tomás de Aquino, y una de las pocas de estilo gótico de Ávila, está el

precioso sepulcro del príncipe D. Juan, heredero de los Reyes Católicos, que murió en Salamanca en 1497, a los diecinueve años de edad. Ese sepulcro, que ha padecido graves mutilaciones, se parece



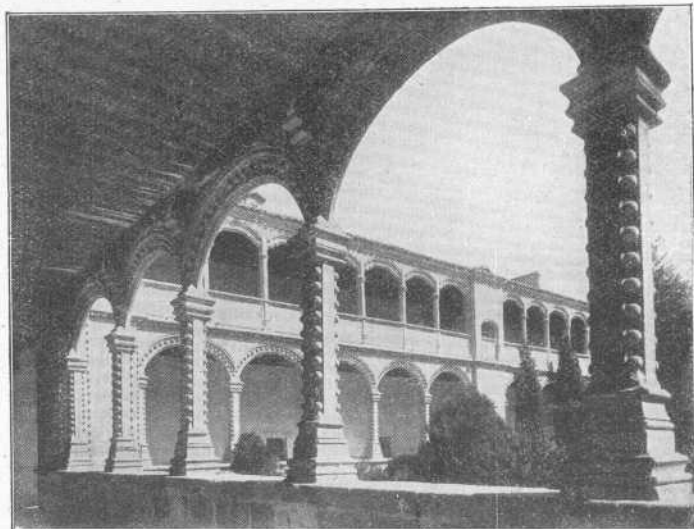
Fot. Liado

Catedral de Ávila.—Custodia de plata de Juan de Arfe (siglo XVI)

Biblioteca Perla

al de los Reyes Católicos en la catedral de Granada. En la tercera capilla del lado norte está el de Juan de Ávila y doña Juana Velázquez, su mujer, criados del príncipe, con sus efigies preciosamente esculpidas. Ambos sepulcros, el del príncipe y de sus criados, son obras maestras de *Messer Domenico*, escultor florentino.

Merece verse la casa del duque de la Roca, inmediata a la iglesia de Santa Teresa de Jesús. En el patio de la del duque de Abrantes se

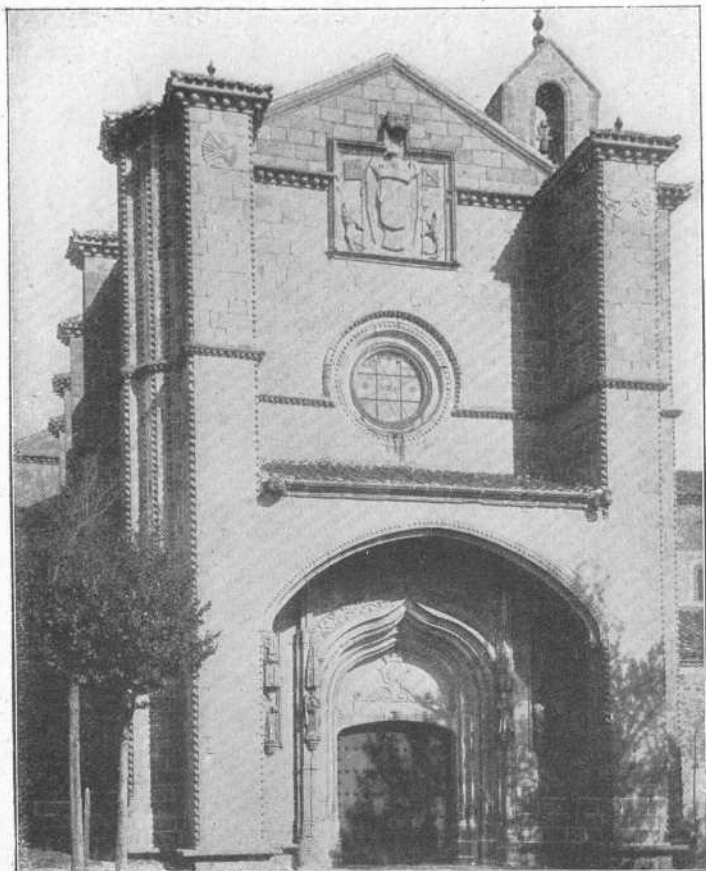


Fot. Moreno

ÁVILA.—Claustro del convento de Santo Tomás

ven dos de los famosos *toros de Guisando*, figuras prehistóricas de piedra berroqueña que, con otras muchas semejantes, se hallaban en el campo de Guisando, tres leguas distante de la ciudad. Otros dos de esos toros están en la plazuela de Santo Domingo. Los restantes se conservan en el patio del monasterio de Jerónimos, del mismo Guisando, en cuyo campo se verificó el 9 de Septiembre de 1468 la célebre entrevista de D. Enrique IV y su hermana doña Isabel, más adelante reina de Castilla. Gil de Ávila, que escribía en 1598, contó

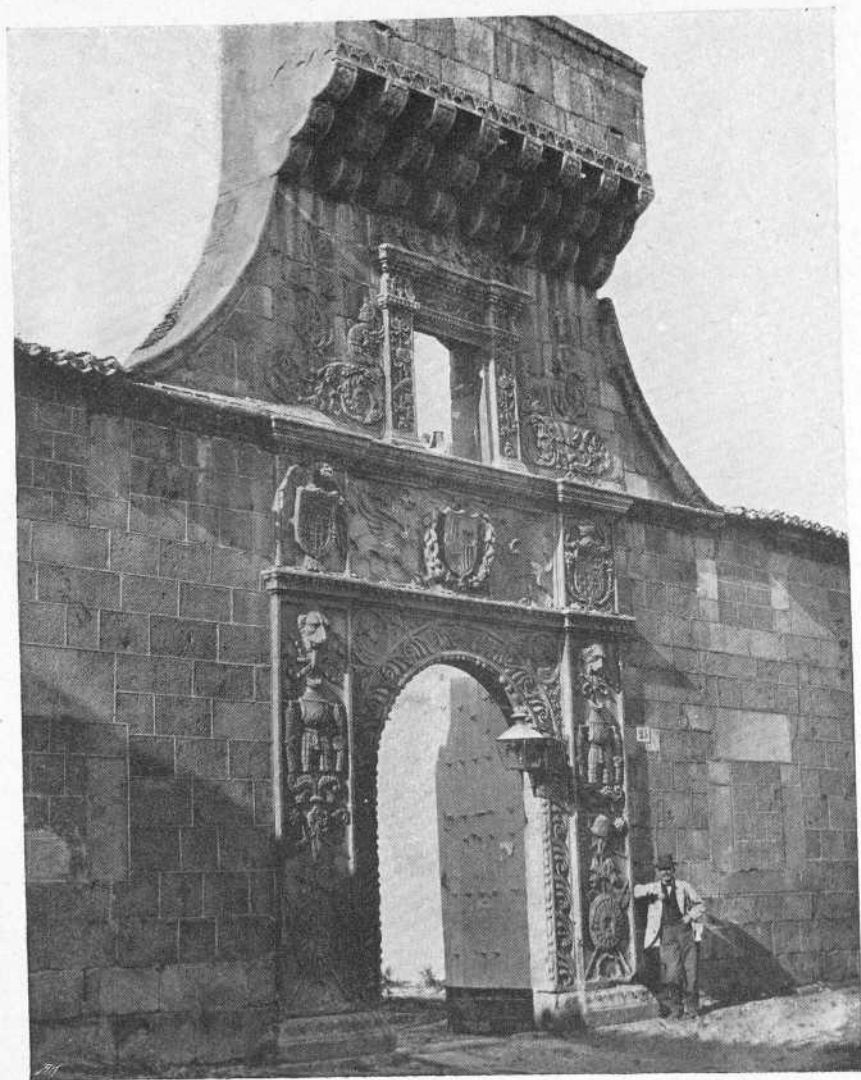
63 de esos toros de piedra como existentes en Guisando; Somorrostro, en 1820, sólo 37. Algunos de ellos llevan inscripciones latinas, in-



Fot. Moreno

ÁVILA.—Convento de Santo Tomás. Fachada

dudablemente más modernas que las figuras. Eran éstas, a lo que parece, bastante comunes en el centro de España. En Segovia había en la calle Real una o dos semejantes, que llamaban allí «las marranas de piedra»; pero en nuestros días, con ese afán de coleccionar que se



Fot. Lacoste

AVILA.—Portada del palacio de los condes Polentinos

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

ha desarrollado tanto en los individuos como en las corporaciones, han sido trasladadas al Museo provincial, donde sólo las ven los poquísimos que le visitan. Se han hecho mil conjeturas, ninguna satisfactoria, acerca de la significación y objeto de tales figuras, que, por lo mal definido de sus líneas, pueden ser lo mismo de toros que de otros animales cualesquiera.

Otro de los edificios religiosos notables de Ávila, la iglesia de San Pedro, lo es en grado extraordinario. Pertenece, como casi todos los de la ciudad, al estilo románico. Entre los edificios civiles que hay en Ávila dignos de nota, está el antiguo palacio de los condes de Polentinos, con preciosa portada llena de esculturas y patio elegante, aunque algo maltratado; pero, más que este o el otro edificio, merece atención la ciudad en conjunto, por la fisonomía antigua y venerable, al par que artística, de sus calles, plazas, casas y monumentos. Por dondequiera se ven columnas, escudos heráldicos, arcos, portadas, esculturas y mil otros objetos curiosos y artísticos. Hasta las aldabas y herrajes de las puertas son dignos de estudio.

Tres días se detuvieron allí nuestros amigos. Después de ellos, se encaminaron al Escorial, atravesando la sierra llamada de Ávila, que es prolongación por aquella parte de la misma cadena en que están las de Somosierra, Navacerrada y Guadarrama.

CAPÍTULO XXXV

COMO desde Extremadura, y muy en particular desde Ciudad Rodrigo, venían viendo continuamente nuestros viajeros los variados trajes, a veces ricos y ostentosos, de los labradores de las comarcas que atravesaban, ya no ponían atención en ellos. Para Sir Roberto y Willy, acostumbrados a la prosaica y monótona uniformidad en el vestir de los campesinos de Inglaterra, fueron al principio esos trajes motivo de gran curiosidad, y hasta de asombro, por su riqueza y elegancia. Decía Sir Roberto que todavía le gustaban más que los tan celebrados de majo y maja de Andalucía, que él había tenido por comunes a toda la Península.

—Pues todos estos trajes, que pasan por muy antiguos entre los observadores superficiales, son de fecha reciente,—dijo D. Antonio María.—¿Qué piensas tú de eso, Willy?

—Ya os oí hablar de esto mismo en Tarifa, y me parecieron tan lógicos vuestros argumentos en pro de lo moderno de esa costumbre y de la mayor parte de las prendas de los trajes populares, que me pongo de vuestra parte.

—Pues yo pienso de otro modo,—dijo Sir Roberto.—Creo que, si no todas, la mayor parte de las piezas que componen esos trajes son de una antigüedad venerable.

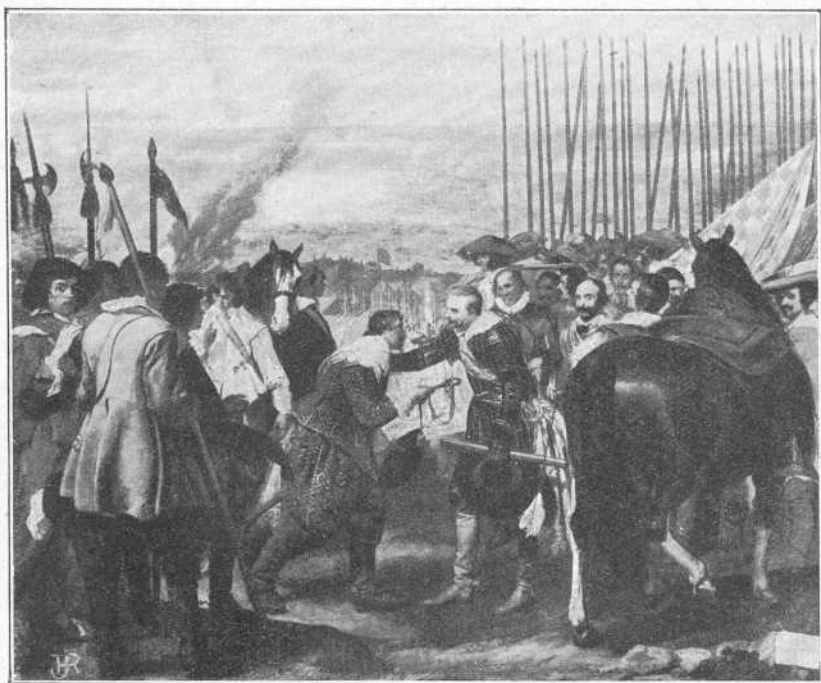
—Pero, padre,—dijo Willy,—reparad bien en que todos estos trajes se componen de chaquetas más largas o más cortas, chalecos y calzones hasta media pierna, amén de las medias y de los sombreros. Pues bien; todas esas prendas, más o menos historiadas con bordados, galones y botonaduras, son las mismas del traje francés, adoptado en la Península después del advenimiento de la dinastía borbónica, del cual traje francés se deriva el mismo que nosotros usamos.

—Lo que me dices, querido Willy, es lo que llaman en español una verdad de Pero Grullo, extensiva a todos los trajes más o menos ceñidos al cuerpo, y que no sean, por lo tanto, de los llamados talares, que van sueltos y flotantes; porque, siendo una la figura humana, todos los trajes que se le apliquen siguiendo sus contornos han de componerse de una funda o forro para el tronco del cuerpo, y de unos tubos más o menos anchos para los brazos y las piernas, lláme-seles como se quiera.

—Pero en que esa funda para el tronco sea más larga o más corta, abierta por delante, por detrás o por los costados, o cerrada de alto a abajo con botones, cordones o corchetes, con solapas o sin ellas, ceñida y ajustada al cuerpo, o más o menos suelta, acuchillada, mostrando otro traje interior, o escotada, formando cuadrados o triángulos sobre el pecho, o completamente cerrada; y en que esos tubos que decís para los brazos sean ceñidos o anchos, o anchos por arriba y ceñidos por abajo, de una sólo pieza o formando globos o bullones unos a continuación de otros, cerrados de arriba a abajo o abiertos por la sangría del brazo, enseñando la manga de la camisa u otra segunda manga interior, y en mil otras figuras variadísimas en la manera de cubrir el cuerpo, los brazos y las piernas, está la diferencia entre unos y otros estilos de trajes. En una prenda para encerrar el tronco del cuerpo, abierta por delante, provista de botones a un lado y de ojales al otro, con las mangas unidas a ella, puesta sobre otra prenda cerrada y sin mangas, que antes se llamaba chupa

Un viaje por España

y ahora chaleco, con dos tubos (valiéndome de vuestra misma expresión) para encerrar los muslos, seguidos de otros dos para las piernas, consiste ese traje francés, del cual se deriva el que ahora usamos, y que se diferencia, si no en cosas muy substanciales, sí lo bastante, en su forma general, del llamado «a la antigua española»,



Fot. Lacoste

La rendición de Breda. (Cuadro de Velázquez)

y también «de golilla», que, con diversas modificaciones en sí mismo, y dentro de su estilo propio, se usó en España en los siglos XVI y XVII,—dijo D. Antonio María.

—¿Y en qué consistía la diferencia entre el traje francés y el de golilla?

—La diferencia esencial estaba en la pieza que cubría el tronco del cuerpo, que en el traje de golilla era cerrada por delante y tenía

las mangas independientes, usándose para cubrir la espalda; que, a lo que creo, no era de la misma tela que el resto de la prenda, sino algo así como las de nuestros chalecos de ahora, una esclavina o capa, madre de las que quiso desterrar Esquilache y abuela de las que todavía actualmente usamos en España. Al traje francés se le venía llamando desde antes del advenimiento de Felipe V «traje militar», y ya lo habían adoptado nuestros soldados, como puede verse en el cuadro de Velázquez que representa la rendición de Breda.

—¿Y cómo se llaman las prendas de ese traje de golilla?—preguntó Sir Roberto.

—Pues capa, calzones, medias y jubón. Por cierto que nada hay tan curioso como seguir las vicisitudes por que han pasado esos nombres de las piezas del vestuario. «Jubón», por ejemplo, es aumentativo o diminutivo (que no lo sé bien) de la voz «juba», que también con el artículo árabe antepuesto, dijimos «aljuba», y que tomaron de nosotros los franceses, convirtiéndola en *jupe* y *jupon*, que designa entre ellos la falda del traje mujeril, y que nos devolvieron convertida en «chupa». La semejanza de todas esas palabras se comprende mejor recordando que la «jota» sonaba antes en castellano lo mismo que en francés; de modo que juba, aljuba, chupa, jubón, *jupon* y *jupe* son en castellano o en francés, en forma natural, en aumentativo o en diminutivo, y aplicadas a tal prenda o cual otra del traje varonil o del femenino, exactamente la misma palabra. Y el antiguo «jaco» o «jaca», que seguramente pronunciaríamos «yaco» o «yaca», y que llamaban *jacque* los franceses, ¿dónde me lo dejáis? De esa palabra se derivan los «jaquets», chaquetas, chaquets y demás familia. Lo curioso de esas palabras es que ruedan de un idioma a otro, y vuelven al de su procedencia tan alteradas y corrompidas, que ya no parecen las mismas. Desde que nos vestíamos «jacos» y «jacas» hasta que volvió a nosotros la palabra con que los designábamos, convertida en «chaquets» y «chaquetas», había ocurrido en nuestra lengua el cambio de pronunciación de la jota; y tan ajena nos es ahora la que antiguamente tenía, que para imitarla tenemos que valernos de la «ce-hache». Hasta en la disposición de los órganos vocales nos diferenciamos de nuestros antepasados, Sir Roberto.

—Y las palabras «calzón y media», ¿qué origen tienen?

—«Calzón» es diminutivo de «calza», que era una parte del traje que cubría toda la pierna desde las caderas hasta los dedos del pie.

Un viaje por España

Cuando la calza se dividía en dos partes, se llamaba «calzón», en diminutivo, a la de arriba, y «media calza» a la de abajo, que, abreviando, se dijo más adelante «media» tan sólo.

—¿Y de dónde procede la voz «calza»?

—Ducange cree que se ha derivado de la latina «cáliga», calzado militar entre los romanos, de donde tomó su nombre el emperador Calígula; pero Ducange se equivocó, indudablemente, porque está a la vista que «calza» es corrupción de la voz latina «calcea», que significa lo que se dice «calzado» en castellano.

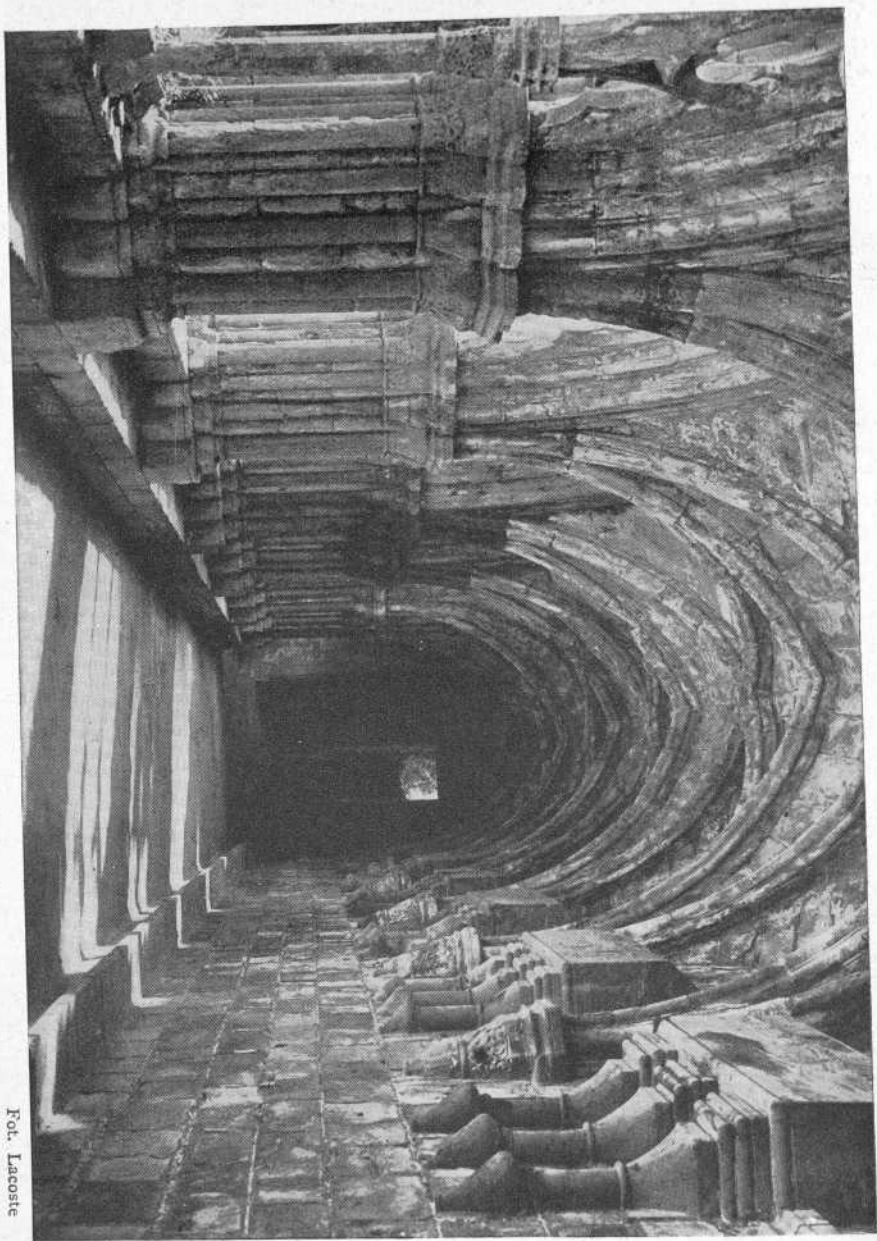
CAPÍTULO XXXVI

EL monasterio de San Lorenzo de El Escorial es uno de los mayores de España; porque si bien hay otros que quizás ocupen más terreno, no están, como él, en un sólo cuerpo, sino formados por varios edificios circuidos de un muro común que los comprende a todos, como los de Guadalupe, Santa Creus, Poblet y otros.



POBLET (Tarragona).—Vista interior del claustro

Fot. Lacoste



POBLET (Tarragona).—Vista interior del claustro

Fot. Lacoste

Un viaje por España

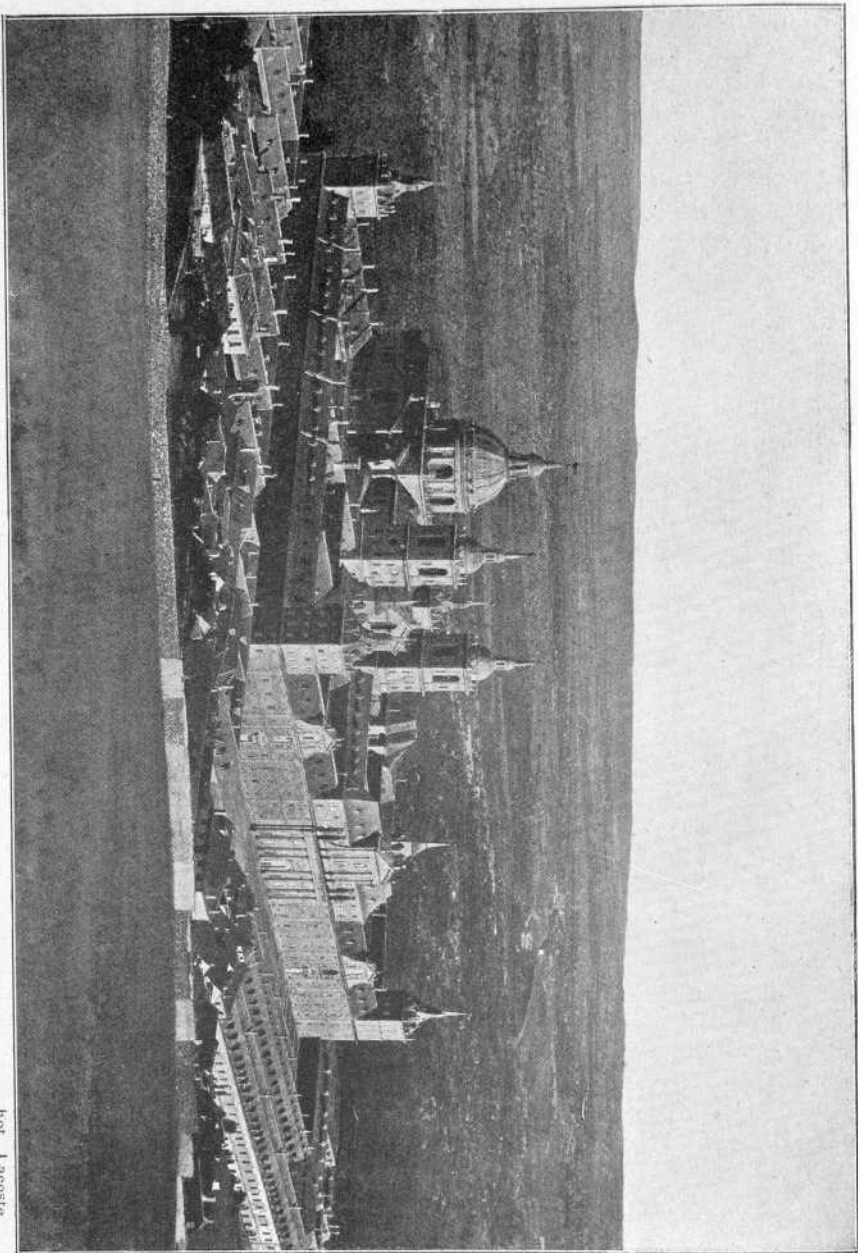
La guerra de la Independencia y la desamortización de los bienes eclesiásticos fueron rudos golpes para el monasterio. En los cinco años que siguieron a ese último hecho padeció más que en los dos siglos precedentes. Argüelles impidió su completa ruina destinando a su conservación una pequeña parte de las rentas patrimoniales de la Corona.

Ya antes había sido maltratado y robado por el general francés La Houssaye durante la ocupación de Madrid por los franceses, despojado de su soberbia librería por el rey intruso, y de sus cuadros, durante la primera guerra civil. Los tesoros desaparecieron, la librería volvió muy incompleta y los cuadros se quedaron en el Museo de Madrid, con gran perjuicio de ellos y del edificio a cuyo ornato se destinaron.

El monasterio forma un cuadrilongo de setecientos cuarenta y cuatro pies de largo por quinientos ochenta de ancho, del centro de cuya fachada trasera, que mira a Madrid, sobresale el Palacio Real, que, para los que atribuyen figura de parrilla a la traza del edificio, representa su asa o mango.

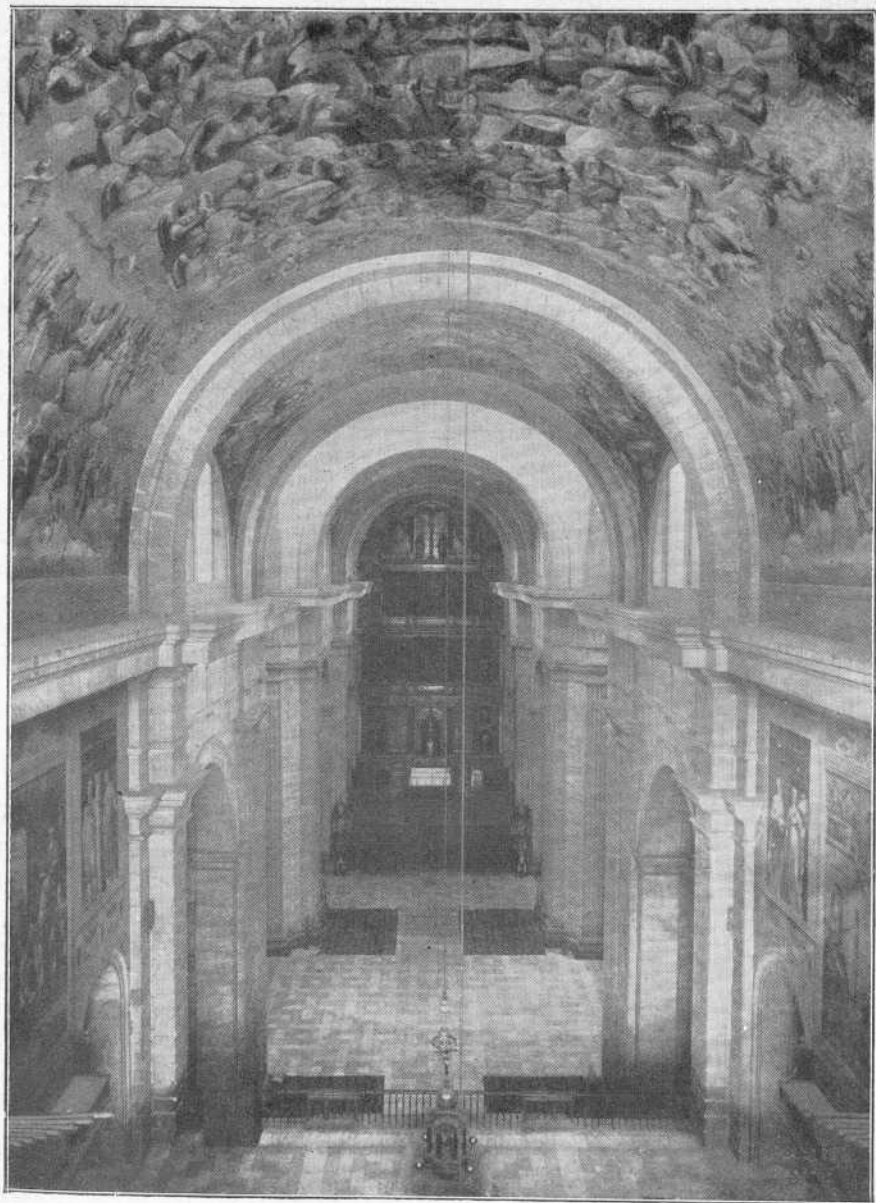
Todo en la iglesia es enorme: las proporciones de las naves, de los pilares, de los retablos. Desde el suelo hasta lo alto de la cúpula tiene trescientos veinte pies, y hay en ella cuarenta altares, habiendo trabajado en el retablo del mayor durante siete años el célebre Jacometrezo, ilustrísimo artista milanés, cuyo nombre verdadero es Giacomo de Trezzo.

—Sepan ustedes—dijo D. Antonio María—que durante los veintitrés años que duró la fabricación de este edificio fueron tantos los trabajadores, capataces, maestros y artistas que aquí se reunieron, que llegó a convertirse esto en un pueblo lleno de viviendas y talleres de todas clases. La actividad que se desarrolló en las obras y el orden que presidió en su ejecución, fueron verdaderamente admirables. Había, sólo en la iglesia, veintidós grúas de dos ruedas, unas bajas y otras altas, puestas en tablados y andamios que parecían llegar al cielo; y ni esas máquinas, ni las que había en las demás partes del edificio, descansaban un sólo instante: tan perfecta y puntualmente estaban arreglados los transportes de los materiales. No se labraban las piedras al pie de las obras, sino en las mismas canteras; y como éstas no estaban todas por aquí cerca, sino que las había en la sierra de Filabres, en Burga de Osma, San Jerónimo del Espejo, Las



EL ESCORIAL (Madrid)—Vista del Monasterio desde la presa

Phot. Laocoste



EL ESCORIAL.—Vista interior del Templo

Fot. Lacoste

Navas, Riberas del Río Genil, sierras de Granada y de Aracena y muchos otros lugares, de donde se sacaban piedras de granito y de otras materias, jaspes de diversísimos colores, mármoles blancos, negros, verdes, pardos, colorados, sanguíneos y de mil otros matices, pueden ustedes figurarse el orden prodigioso y el cálculo puntual que tenía que haber en el trabajo, para que ni los canteros ocupados en esos lugares tan distantes, ni los aparejadores y albañiles que aquí se empleaban en colocar en su sitio las piedras labradas que iban llegando, estuvieran un sólo momento ociosos. Y como en aquel tiempo no había, como ahora, ferrocarriles, háganse ustedes una idea del tráfico de carretas que habría en todos los caminos de España transportando sillares cuadrados y de otras formas, basas, cornisas, capiteles, pedestales, diteles, jambas, dovelas y otras piezas de tan descomunal tamaño, que requerían, cuando menos, siete yuntas de bueyes, cuando no diez, doce, veinte y hasta cuarenta para arrastrarlas.

«Aquí era de ver—dice el padre Fray José de Sigüenza en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*—una procesión o rosario tan largo, de bueyes ensartados tan iguales y tan parejos, y tirar todos a punto de aquella pesada carga, que parecían entenderse para arrancar con ella; y cuando no era esto muy a una, acontecía arrancar del casco los cuernos de los que quedaban faltos o postreros.»

»Pero no eran sólo piedras, sino también enórmes vigas y alfaradas y piezas de madera de toda suerte, que se cortaban en los bosques de todo el reino, y hasta en Indias; hierro, cobre, plomo y otros metales; cal, yeso, estuco, ladrillos, azulejos y mil otras cosas las que se necesitaban para la fábrica de El Escorial. Y como todo el trabajo, hasta el de labrar las imágenes, relicarios, esculturas y pinturas para la iglesia, y las telas de raso, terciopelo y bordados de oro y plata para los ornamentos del culto, se hacía al mismo tiempo en los talleres y conventos de la Península y de los otros Estados del rey de España, imagínense ustedes el sinnúmero de personas que estaban ocupadas en las obras.

»Aquí mismo se fabricaban las espuelas, sogas y cables, de que se hacía enorme consumo. Todos estos contornos estaban llenos de fraguas, fundiciones y talleres, en que se hacían las campanas, estatuas, rejas, candelabros y demás objetos de metal, y las techumbres, hojas de puertas y ventanas, silleras de coro y demás infinitos objetos de madera.



Fot. Lacoste

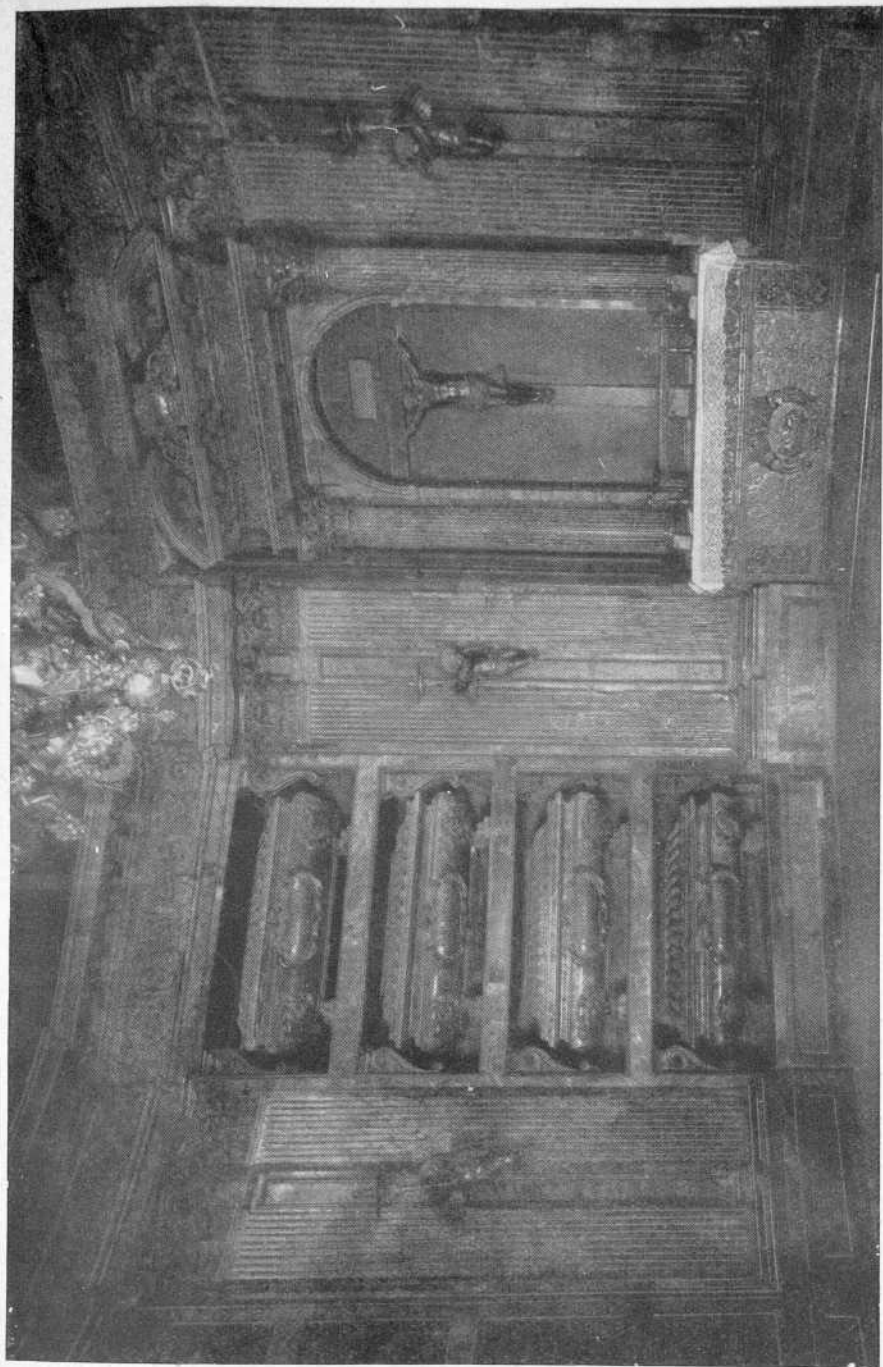
EL ESCORIAL.—Vista del Patio de los Reyes



»Casi todos los trabajadores eran navarros y vascongados, gente díscola y bulliciosa. Catorce años después de comenzadas las obras, se sublevaron un día porque el alcalde había preso a unos cuantos de ellos por no sé qué faltas, y fueron en tumulto contra el alcalde, que se vió obligado a poner en libertad a los presos.

»El maestro y director de las obras era un religioso dominico, fray Antonio de Villacastín, hombre de la férrea voluntad y singulares dotes de mando necesarias para manejar y meter en vereda a toda aquella turba. A él se debieron algunas medidas que se pusieron en práctica para abreviar los trabajos, una de las cuales fué la de dividir la fábrica de la iglesia en veinte destajos, que se encomendaron a sendos maestros, cada uno de ellos con cuarenta canteros bajo su gobierno. Esa medida permitió acabar en seis años un trabajo para el que se habían calculado veinte. Ese fray Antonio de Villacastín contestó a Juan Bautista de Toledo cuando le invitó éste a ayudarle a poner la primera piedra: «Poned vos la primera, que yo me reservo para la última». Y así lo hizo, poniendo el 13 de Septiembre de 1584 la última piedra del pórtico.

»Muchísimos artistas, pintores, escultores y lapidarios acudieron aquí de todos los dominios de Felipe II, y de fuera de ellos, invitados por el Rey. Parecía como si quisiera éste suplir con la riqueza de los accesorios del edificio la pobreza y aridez de su arquitectura. Así se cubrieron de frescos tres mil pies cuadrados de muro, y así se cubrieron también de cuadros de los mejores pintores de la época todas las salas y galerías. Por desgracia, era aquél el peor tiempo de la pintura italiana, y las obras que dejaron sus artistas no pueden calificarse de maestras. Y no lo ignoraba Felipe II, cuyo gusto no era menos delicado que su amor a las artes, y que, quebrantando sus inclinaciones económicas, pagaba espléndidamente a los artistas. Era también lo que llaman un reliquiomaníaco. Nada menos que quinientos quince relicarios dejó en la iglesia de El Escorial, preciosos en su mayor parte. El general francés La Houssaye, digno mandatario del corso hipócrita que representó la comedia de hacerse coronar por manos del Pontífice, robó todo el oro, plata y pedrería de ellos, más de cien vasos sagrados de oro y plata, la admirable custodia, la estatua de plata de tamaño natural de San Lorenzo y cuanto halló de algún valor intrínseco en el edificio. Catorce carros cargó con esos despojos.»



EL ESCORIAL.—Vista del Panteón de los Reyes



Felipe II, joven. (Retrato por Antonio Moro)

Fot. Lacoste

Un viaje por España

Toda esa relación hizo D. Antonio María a sus compañeros de viaje, en la altura llamada «Silla del Rey», por ser donde Felipe II solía sentarse a contemplar los progresos de su obra.



Fot. Lacoste

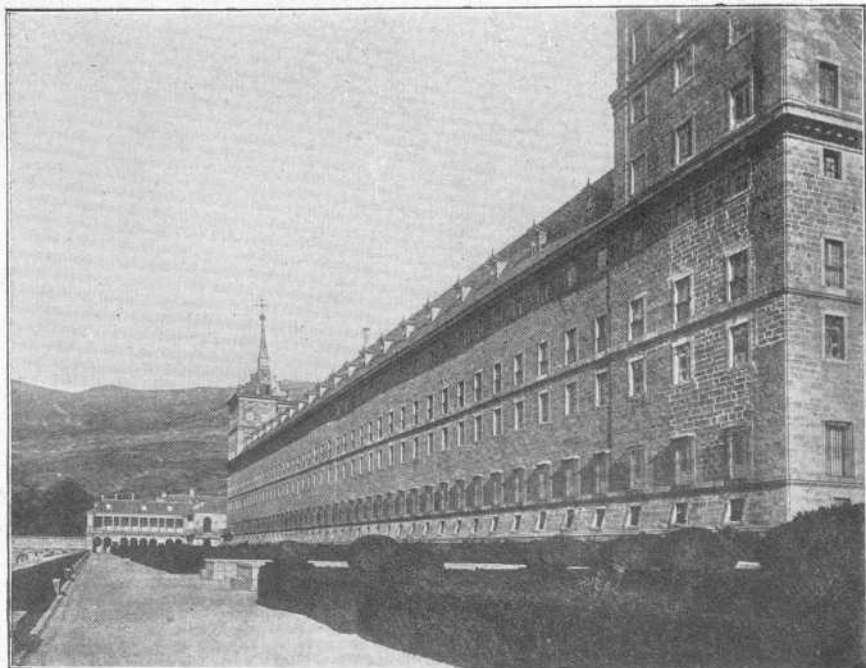
EL ESCORIAL.—Vista del patio de los Evangelistas

—Ahora,—le dijo Sir Roberto,—voy a manifestaros francamente una opinión, con la que sé que no estáis conforme: la de que este

edificio, en el que no veis sino una enorme mole de piedra, destituida de belleza y sentimiento artístico, es para mí una obra de arte de primer orden.

—¿Habláis de veras?

—Y tan de veras. ¿Qué mérito encontráis en la Pirámide grande de Egipto? ¿Cuál en esos dos colosos que se alzan en la llanura de



Fot. Laurent

EL ESCORIAL.—El paseo de los Frailes y la galería de los conyalecientes

Tebas? Ninguno, ¿verdad? Pues están universalmente reconocidos como obras de arte, por el efecto que producen en el ánimo del espectador. Son símbolos elocuentísimos de la tenebrosa religión del antiguo Egipto, expresión de sus sombríos misterios y de su oscura y enigmática teogonía. También ese edificio que tenemos ahí a nuestros pies es la expresión exacta y fidelísima del carácter de la época

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

y del genio del monarca que lo construyeron. Hay en él una grandeza y una austeridad que encajan perfectamente en el carácter de Felipe II: hasta el lugar en que se encuentra parece haber sido escogido para contribuir con el edificio a la expresión de su genio, de sus ideas y de sus principios religiosos y políticos. No es una obra anodina e insípida ese conjunto de piedras: en su silencio, habla al alma con un lenguaje elocuentísimo. Cuantos han visitado El Escorial convienen en que es la expresión petrificada de toda una sociedad y de toda una época: por eso he dicho y repito que es una obra de arte de primer orden.

—Puede ser que tengáis razón, Sir Roberto; pero lo que creo es que no es una sociedad ni una época lo que El Escorial representa, sino al mismo rey Felipe II, que fué, más que Juan Bautista de Toledo y que Juan de Herrera, el verdadero arquitecto que lo ideó y lo hizo. Todos los planos y proyectos pasaban por sus manos, y en todos hacía supresiones y añadiduras. Hasta en los detalles más mínimos intervino; bien que lo mismo hizo en todos los asuntos tocantes a la gobernación y administración de sus Estados, hasta en aquellos menudos pormenores que caían bajo la jurisdicción de sacristanes, escribientes y covachuelistas. Con razón decía, pues, que el oficio de rey era muy trabajoso.

CAPÍTULO XXXVII

COMO de El Escorial a Madrid sólo hay nueve leguas, nada amenas ni divertidas por cierto, las anduvieron en poco tiempo nuestros amigos, muy entretenidos hablando sobre mil asuntos diversos, y, entre ellos, sobre la capital de España, en que muy pronto habrían de encontrarse.

No les era enteramente desconocida, por anteriores conversaciones y lecturas, y menos a D. Antonio María, que había estado en ella algunos meses, aunque hacía muchísimos años, en uno de los últimos de la década del 50 al 60, cuando aun no se habían construido o estaban en germen los barrios de Salamanca, Pozas, Guindalera y

Prosperidad, que reunidos ocupan tanta o quizás mayor extensión que toda la antigua villa.

—Madrid no es población histórica, porque su existencia no se remonta muy atrás. Tampoco es monumental, porque comenzó a desarrollarse tarde y pobremente. La falta de seguridad de que nuestros reyes se estableciesen permanentemente en la villa, rompiendo con su antigua y constante costumbre de no vivir fijos en ninguna parte, debió de contribuir a que no se fabricasen edificios sólidos y duraderos. Otra cosa hubiera sido si la villa hubiese tenido condiciones de vida originadas en su situación geográfica; pero hay que convenir en que es población del todo artificial, y que sin la constante residencia en ella de la corte y de todos los centros oficiales de la monarquía española durante tres siglos (los peores, por cierto, de nuestra historia), no tendría más importancia que Sigüenza, Cuenca, Guadalajara, o cualquiera otra semejante villa de esta región. Les hago esta advertencia para que no sufran ustedes un desengaño figurándose que van a ver ni la capital que correspondería a país como España, tan abundante en poblaciones monumentales y artísticas, ni nada parecido a esas grandes metrópolis de América y Australia, en que se vive rodeado de todos los adelantos modernos llevados a extremos desconocidos en Europa, ni siquiera a las ciudades europeas de primera o siquiera mediana importancia.

Así hablaba D. Antonio María a sus compañeros, para evitarles el desencanto que habrían de experimentar a su entrada en la villa.

—Todos estos campos que venimos atravesando desde nuestra salida de El Escorial, y aun los que hay hasta la misma sierra, hoy tan áridos,—decía D. Antonio María yendo desde Colmenarejo a Aravaca,—eran hace siglos un bosque abundante en osos, jabalíes y otras alimañas. Madrid era entonces un lugar de grandes atractivos para los cazadores. Por eso los tenía para Enrique IV, que era aficionadísimo a la caza, y que se pasaba buenas temporadas en Madrid y en el Pardo, lugar que está no lejos del primero, río arriba, donde hay un antiguo palacio real, que fué en su origen un apeadero de caza.

—¿Y por qué se le ocurrió a Felipe II establecerse en Madrid de asiento?—preguntó Sir Roberto.

—Para mí, tuvo varias razones. El primer rey de Castilla que hizo vida sedentaria fué Felipe II; y el haber elegido a Madrid por

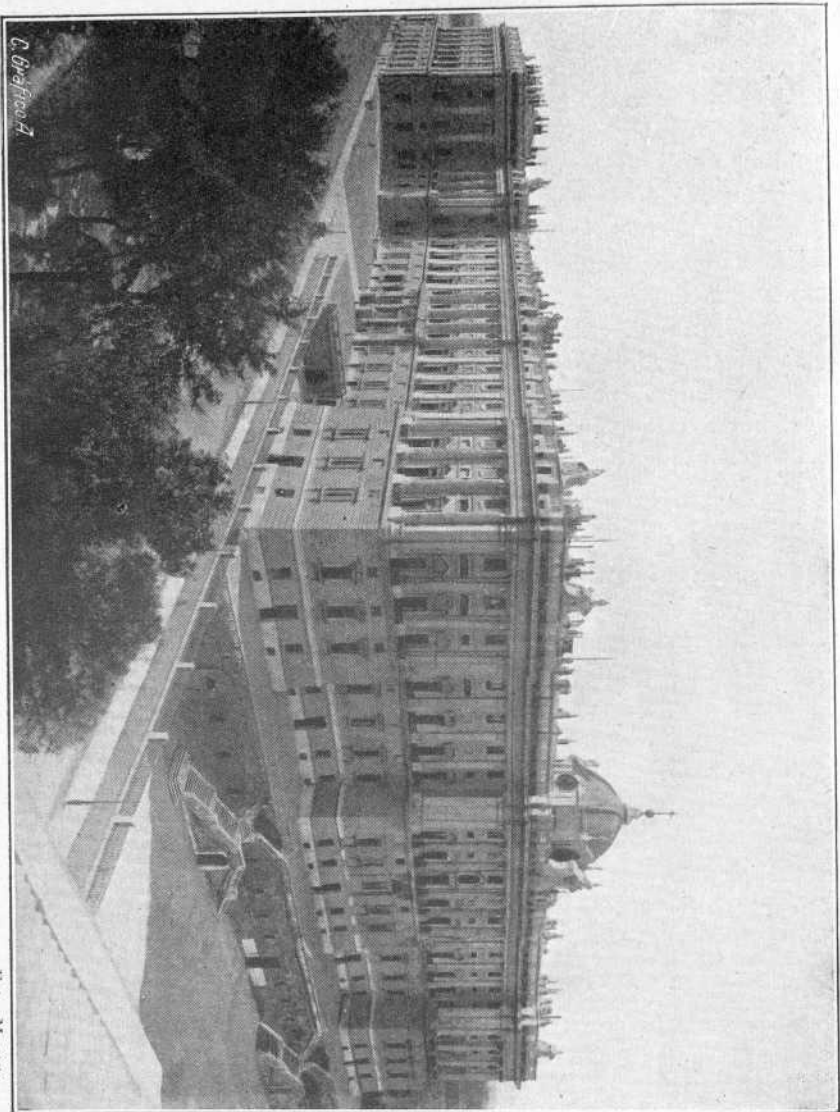
U n v i a j e p o r E s p a ñ a

residencia debió de ser, en primer lugar, por lo mismo que los reyes godos, desde Leovigildo, habían preferido a Toledo: por lo céntrico de su posición en la Península; en segundo lugar, porque, siendo Madrid villa de poca importancia, no despertaba los celos de las ciudades cabezas de reino, como León, Burgos, Toledo y otras (1). Al hecho de haber fijado su asiento Felipe II en un punto de Castilla hay que atribuir en gran parte las alteraciones de Aragón que ocurrieron en su mismo reinado, y la independencia de Portugal y de Flandes, y las rebeliones de Cataluña que sucedieron en los siguientes. Para decirlo de una vez: el establecimiento de la corte en una población de Castilla ha sido causa de la mala consolidación de la unidad nacional, que al fin y al cabo no ha llegado a efectuarse, porque Portugal, que era una provincia importantísima de la monarquía gótica, y que debió siempre formar parte de España, se hizo independiente; y no digo lo mismo de Flandes, Nápoles y Sicilia, porque, por más que fuesen tan del dominio de nuestros reyes como estas tierras que pisamos, no están incluídas en España.

—¿Y cómo creéis que hubiera podido evitarse la desmembración de España? ¿Estableciendo la corte en Lisboa?

—Eso dicen hoy muchos, porque ven independiente a Portugal; pero no tienen en cuenta que los sublevados entonces habrían sido Castilla, Aragón y Cataluña. Lo que le falta hoy a España por el oeste, le faltaría por otro lado: tendríamos a Portugal, pero no a Cataluña ni Valencia. Y no hay que olvidar que de todas las provincias de España, la que menos se hubiera resignado a no tener consigo a su soberano habría sido Castilla, porque los aragoneses y catalanes estaban muy hechos a las largas ausencias de sus reyes, que a veces hasta prefirieron para su residencia sus dominios de Italia; pero los castellanos estaban tan mal acostumbrados, que promovieron el alzamiento de sus Comunidades sólo porque Carlos V tuvo que ir a coronarse a Alemania. A mi entender, el único medio que hubieran

(1) Reclus, en su Geografía, entre otros errores sobre España, dice que el haberse establecido en Madrid la corte con preferencia a Toledo fué por haber tomado parte esta última ciudad en las Comunidades, y haber sido Madrid centro del Gobierno durante esas turbulencias. No cabe decir más desatinos sobre un hecho ocurrido tan largo tiempo después de las Comunidades.



C. G. Franco A.

MADRID.—Palacio Real

Fot. Moreno

tenido nuestros reyes de conservar sus dominios habría sido estar continuamente peregrinando de uno en otro sin calentar asiento en ninguno, y sin olvidar, por supuesto, los de América, que eran los más extensos, y que, por estar en vías de formación, más exigían su presencia; pero este sistema se armonizaba mal con el carácter de Felipe II y con el sistema centralizador que pretendía establecer en el gobierno.

—Madrid, a lo que parece, era población muy insignificante en esa época,—dijo Frasquito.

—Tampoco hay que exagerar la insignificancia de Madrid entonces; pues era población tan importante, poco más o menos, como Guadalajara, Alcalá de Henares, Sigüenza, Brihuega, Madrigal, Torresillas y otras, en que, como en ella, se reunieron muchas veces Cortes en los siglos XIV, XV y XVI. También tomó Madrid parte bastante activa en las alteraciones de las Comunidades. Era una población chica, sí; pero no tanto que pudiera considerársela como una aldea, como piensan algunos.

Pasado Aravaca, y siguiendo nuestros viajeros el camino que llevaban, fueron a desembocar en el que va de Carabanchel a Madrid, y torciendo a la izquierda, se dirigieron hacia el puente de Segovia.

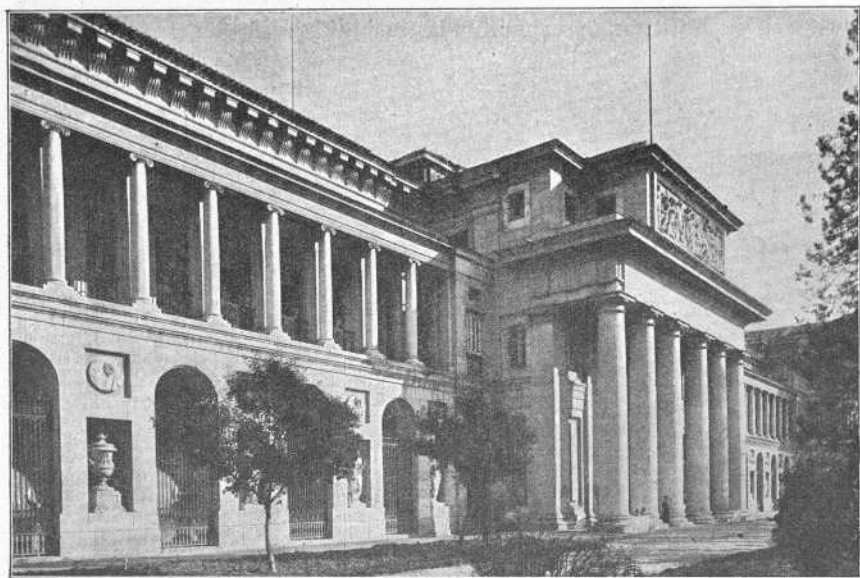
—Ese edificio grande que ahí vemos—dijo Willy—debe de ser el Palacio Real; ¿no es así?

—Has acertado, Willy. Ocupa el lugar mismo en que estuvo el antiguo alcázar, que se quemó en la Navidad de 1734. La primitiva muralla de Madrid, que era muy fuerte, venía a terminar por ambos lados en el alcázar, que formaba, puede decirse, parte de ella. Todavía se distingue perfectamente la línea que seguía este antiguo recinto; pero de la muralla ya no queda ni señales. En el siglo XVI todavía se veían largos trozos de ella y algunos torreones; pero ya desde mucho tiempo antes ocupaban los arrabales mucho mayor espacio que la villa, y se había construido una tapia que los comprendía a todos ellos. Ya veremos despacio todo eso cuando estemos dentro.

Dejaron los caballos y acémilas al cuidado de Miguel en una posada de la calle de Segovia y fueron a alojarse cerca de la Puerta del Sol, para estar en un lugar céntrico, llevándose consigo a Currillo, para lo que pudiera ofrecérseles.

CAPÍTULO XXXVIII

ESTUVIERON siete días nuestros viajeros en Madrid en continuo movimiento y curioseándolo todo. Visitaron cuantos edificios hay en la villa que ofrezcan algo de notable, entre ellos el Palacio Real. En el Museo del Prado, que goza muy justa fama de ser de los más ricos de Europa, se pasaron largas horas. La Armería Real, que también



MADRID.—Museo del Prado

Fot. Moreno

es muy buena, no pudieron verla, porque, habiéndose quemado algún tiempo antes el edificio en que estaba, se trabajaba a la sazón en reorganizarla; pero se desquitaron examinando las de los duques de Medinaceli e Infantado, que, aunque no comparables con ella, contienen objetos muy curiosos, y el Museo de Artillería, que también es digno de verse.

—Con las colecciones de armas antiguas, así como con las de monedas y medallas, cacharros, minerales, insectos, plantas y otras

semejantes, estoy del todo conforme,—dijo D. Antonio María a Sir Roberto hallándose en el Museo de Pinturas;—pero de ninguna manera apruebo las colecciones de cuadros.

—¿Y por qué?—le preguntó Sir Roberto.

—Porque los cuadros no se han hecho para formar colecciones, sino para ornamento de las iglesias, capillas, salas o localidades, cualesquiera que sean, a que sus autores los destinaron.

—Tampoco las armas se hicieron para formar colecciones, sino para servirse de ellas en la guerra,—le contestó Sir Roberto.

—Pero los cuadros siguen teniendo la aplicación práctica que tenían cuando se pintaron, mientras que las armas antiguas, únicas que se coleccionan, ya no lo tienen. ¿Qué diríais de quitar los cañones de las fortalezas para formar colecciones con ellos? El cuadro que pintó Velázquez para tal trozo de muro de determinado edificio debe dejarse en su sitio; porque para ornamento de ese sitio fué hecho, y no para ser encerrado en un museo, y porque sólo en aquel sitio puede producir todo su efecto por la disposición de las luces, que ya tuvo en cuenta el autor al pintarlo. Quitad un cuadro de su lugar, y causaréis dos daños: uno, al lugar para que fué hecho el cuadro, que dejáis privado de ese adorno; otro, al cuadro, que colocáis junto con otros mil en condiciones desfavorables para su visualidad. Desde ahora os digo que no puede haber un museo de pinturas en que todos los cuadros estén colocados como deben. Hay que tener en cuenta, además, que la belleza de un cuadro no está sólo en la pintura en sí, sino en su armonía con el estilo del local a que fué destinado y con los demás objetos de él. Por último, toda colección, sea de cuadros, sea de lo que quiera, tiene un gravísimo inconveniente: el de que un incendio, un saqueo o una guerra acaben con todo de un golpe. Si este Museo de Pinturas hubiera existido a principios del siglo, apenas quedaría en toda España un cuadro de Velázquez, porque estarían todos ellos en Francia y en otros países extranjeros, adonde se los habrían llevado algunos de los aprovechados generales franceses que estuvieron al frente del Gobierno de Madrid. Si yo fuera pintor, me dedicaría exclusivamente a la pintura al fresco, para librar a mis trabajos de las garras de los coleccionistas,—dijo riéndose D. Antonio María.

Frente a la fachada del Museo de Pinturas, se alzaba el famoso grupo de Daoiz y Velarde, que antes había estado en otro lado y que después fué nuevamente mudado de sitio.

—¿Qué representa este grupo?—preguntó Sir Roberto.

—A Luis Daoiz y a Pedro Velarde, capitanes de artillería que dieron el grito de guerra contra los franceses en 1808. Daoiz era na-

tural de Sevilla; pero pertenecía por la línea paterna a una noble familia navarra que procedía de la villa de Aoiz, como su nombre lo dice, pues *Daoiz* es sinalefa de *de Aoiz*, como *Dávila* lo es de *de Ávila*. En cuanto a Velarde,



Pedro Velarde
(1779-1809)



Luis Daoiz
(1767-1808)

era montañés, natural de Muriada, aldea de Asturias de Santillana. Velarde, aunque el más joven de los dos, pues sólo tenía veintitantos años, mientras que Daoiz rayaba en los cuarenta, fué el que tomó la iniciativa. Hay



MADRID.—Grupo de Daoiz y Velarde

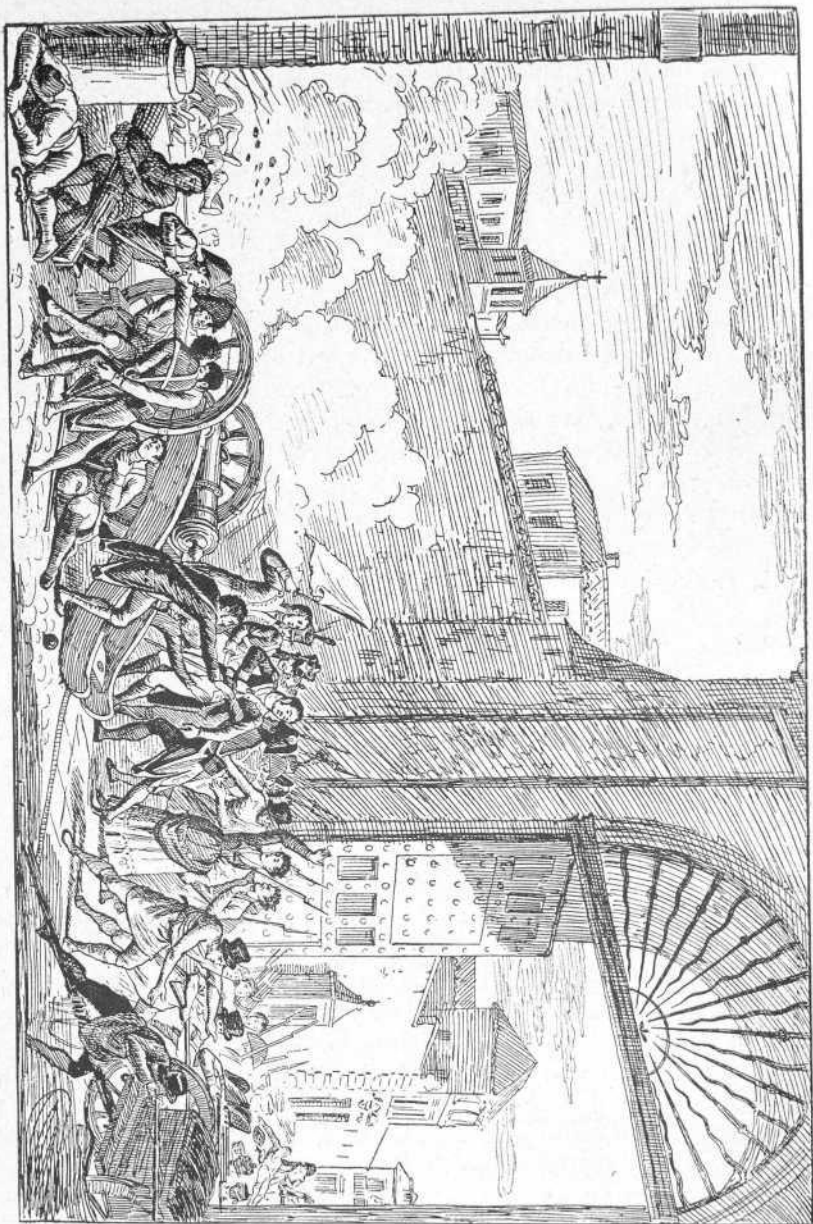
que advertir que las circunstancias eran muy difíciles, porque Murat y las tropas francesas estaban en Madrid con la anuencia del rey de España, y contaban con el apóyo de las autoridades españolas.

Todo acto de agresión a

ellas era, pues, una rebeldía contra la legalidad vigente; era lo que se llamó más adelante un pronunciamiento. Velarde, ardiendo en ira al ver al pueblo de Madrid atropellado por los soldados franceses, porque sucedía el caso el 2 de Mayo, día en que el pueblo estaba medio amotinado porque se oponía a la salida para Bayona del infante don Francisco, único representante que quedaba aquí de la familia real, se dirigió al Parque de Artillería, donde se encontraba Daoiz asediado por la turba que le pedía las armas allí almacenadas; y tanto le habló, y tales razones adujo para persuadirle a que franquease al pueblo las puertas del edificio, que Daoiz siguió su consejo. Ya dado ese paso, no les quedaba otro remedio que ir a los cuarteles a sublevar a las tropas españolas y suizas que hubiese en la villa, y buscar después todos juntos a los franceses, y cerrar con ellos dondequiera que los topasen, que era lo que a mi juicio mejor hubieran podido hacer, o fortificarse en el Parque y esperar allí el ataque del enemigo, que fué lo que hicieron. El resultado no podía ser dudoso: llegaron tropas francesas, y, después de una o dos tentativas frustradas, se apoderaron por asalto del Parque, perdiendo Daoiz y Velarde la vida en la refriega. Velarde era hombre que valía muchísimo, tanto por su ánimo esforzado como por su instrucción y su inteligencia, y Murat había ya tratado de atraérselo brindándole con el porvenir más risueño; pero causó en él tal indignación el proceder alevoso de los franceses, que toda la inclinación que antes tenía hacia ellos se trocó en odio implacable.

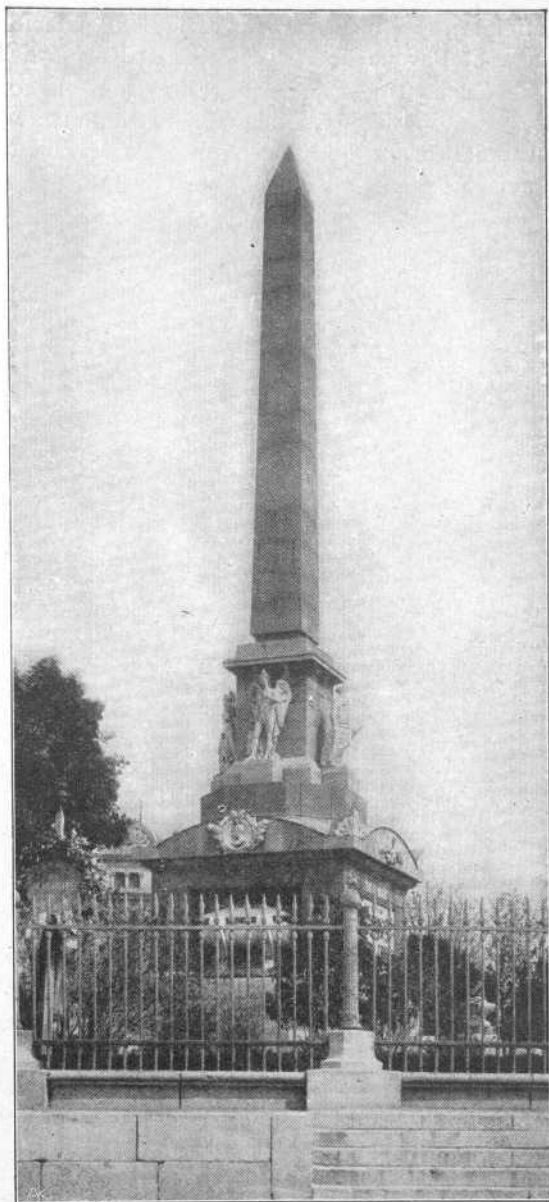
—¡Cómo! exclamó Frasquito.—¿Velarde había sido partidario de los franceses?

—Era uno de los muchos españoles que sentían deseo de innovaciones en sentido que diríamos hoy liberal, y que eran al mismo tiempo admiradores de Napoleón. Como él había muchos en España; unos llegaron en sus ideas hasta las últimas consecuencias y se hicieron afrancesados; otros se quedaron a medio camino, y, tomando las ideas de los franceses, sin aceptar su dominio, formaron el partido constitucional, autor del famoso código doceañista; otros, la generalidad de los españoles que empuñaron las armas, detestaban cuanto venía de Francia: ideas y hombres; algunos otros, como Velarde, que comenzaron por admirar a los franceses y a sus caudillos, se arrepintieron al verlos de cerca. En Velarde, el amor patrio se sobrepuso a todas sus ideas y preocupaciones. El día de que se trata se sentó, como de costumbre, a la



2 de Mayo de 1808.—Defensa del Parque de Artillería contra los franceses
(De un grabado de la época)

mesa de su oficina, que estaba en la calle que llaman «Ancha de San Bernado». Estaba excitadísimo; y al sentir el rumor del pueblo en la calle, se levantó, diciendo al comandante D. José Navarro, que ocupaba una mesa frente a la suya: «¡Es preciso batinos!». Trató de calmarle su superior; pero en esto se oyó un tiro lejano: Velarde no pudo contenerse más, y exclamando: «¡Vamos, vamos a batinos! ¡es preciso morir!» echó mano del fusil de uno de los ordenanzas, y, seguido de otro ordenanza y de un escribiente meritorio, se lanzó a la calle dando gritos de muerte contra los franceses. Al frente de la turba que, cada vez más numerosa, se le iba agregando, llegó al cuartel de voluntarios del Estado, de cuyo coronel consiguió, a fuerza de ruegos y muy a duras penas, que le diese cuarenta hombres con cuatro



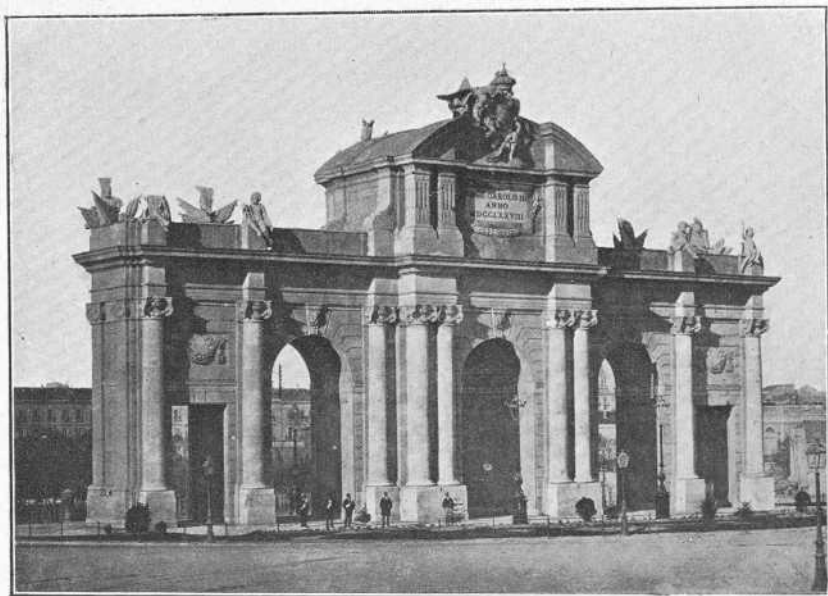
Fot. Moreno

MADRID.—Monumento del 2 de Mayo

Biblioteca Perla

oficiales, y en seguida se dirigió al palacio de Monteleón, donde estaba el Parque de Artillería. Lo demás ya lo he contado.

—Encuentro—dijo Frasquito—que el coronel de los voluntarios del Estado debió, o negarse absolutamente a darle un sólo hombre, si creía hacer mal en ello, o darle cuantos tenía, si pensaba que hacía bien.



MADRID.—La Puerta de Alcalá

Fot. Lacoste

—Tienes muchísima razón, Frasquito. Parece que era uno de esos hombres de carácter indeciso, incapaces de adoptar una resolución. Como ése hay muchísimos, que son siempre funestos y calamitosos.

—Ved aquí,—dijo D. Antonio María indicando el obelisco del Dos de Mayo;—en este mismo sitio y contra las tapias del Retiro, que entonces iban por aquí mismo orillando este paseo por donde vamos, fueron fusilados muchos vecinos de Madrid la noche de los sucesos que os he referido. Murat dictó un bando condenando a muerte a cuantos fuesen habidos con armas; y como los consejos de guerra

franceses entendían por tales hasta los cortaplumas y tijeras, excuso decirnos las atrocidades que se cometerían.

—Esta calle de árboles, que es muy larga,—prosiguió diciendo,—se llama «El Prado»; y hasta hace no muchos años era verdaderamente un prado, que servía de paseo y de lugar de esparcimiento al vecindario. Hay estampas de cerca de tres siglos de fecha que lo representan lleno de gente de a pie y de a caballo y de coches. Su propio nombre es el de «Prado de San Jerónimo», porque pertenecía, como todos estos terrenos, al monasterio de San Jerónimo, que ha dado también nombre a la calle que conduce a él desde la Puerta del Sol. Antes corría por aquí un arroyo con la bastante agua para necesitar varios puentes; pero en tiempos de Carlos III se elevó mucho el piso, y el arroyo corre ahora muy hondo por bajo del suelo.

—¿Qué monumento es aquél?—preguntó Sir Roberto señalando a la Puerta de Alcalá.

—Es una especie de arco de triunfo, erigido en tiempos de Carlos III para conmemorar su entrada en Madrid. Era una de las varias puertas que daban entrada a la villa desde el tiempo de Felipe III; porque os advierto que desde entonces hasta la fundación de los barrios nuevos de Salamanca, Pozas, Pacífico, Prosperidad, Guindalera y algunos más, Madrid no había crecido ni una pulgada. Todo su desarrollo lo tuvo en el siglo XVI. Del XVII hay por ahí un plano de Madrid que demuestra que las tapias que tenía entonces la villa eran las mismas que hemos conocido hasta hace pocos años. En cuanto a vecindario, debía de tener menos que en nuestro tiempo, porque, fuera de la calle Mayor y demás de la villa primitiva, las demás sólo tenían casas de planta baja y de apariencia harto pobre, a juzgar por el plano. En cambio, había entonces infinitamente más caballos y coches que ahora, relativamente a la población.

—Ese edificio que veis ahí en alto—prosiguió D. Antonio María—está ocupado por las oficinas del Ministerio de la Guerra. Lo edificó a fines del siglo pasado una duquesa de Alba. A su muerte, lo compró la villa para regalárselo a D. Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz. Por último, y después de cambiar varias veces de mano y de destino, ha venido a tener el que antes os dije. Como todos nuestros edificios dedicados a oficinas públicas, está todo él lleno de tabiques de citara y de panderete, para formar las covachuelas en que anidan

los innumerables empleados de nuestra complicadísima y enrevesada administración.



MADRID.—Banco de España

Fot. Moreno

—De ese otro que están levantando ahí enfrente no puede decirse lo mismo,—advirtió Sir Roberto.

—Tengo entendido—le contestó D. Antonio María—que se destina a alojamiento del Banco de España; y, efectivamente, si sigue como va, será el mejor edificio de la villa.

—Esa fuente no es fea,—dijo Sir Roberto, por la de la Cibeles, que tenían delante en aquel momento.

—Ciertamente que no,—le contestó D. An-



Ventura Rodríguez
(1717-1785)

tonio María.—Es obra del famoso arquitecto Ventura Rodríguez, autor también de los palacios de los duques de Liria y de Altamira y de otros edificios públicos y particulares, los mejores de Madrid. Al decir que es autor de la fuente, como lo es también de todas las otras del Prado, me refiero a los

Un viaje por España

diseños y trazado de ellas, no al trabajo material de escultura; pues, según las notas que tengo en la cartera, la figura de la Cibeles la hizo Francisco Gutiérrez, y las de los leones, Roberto Michel. Este otro



MADRID.—Biblioteca y Museos nacionales

Fot. Moreno

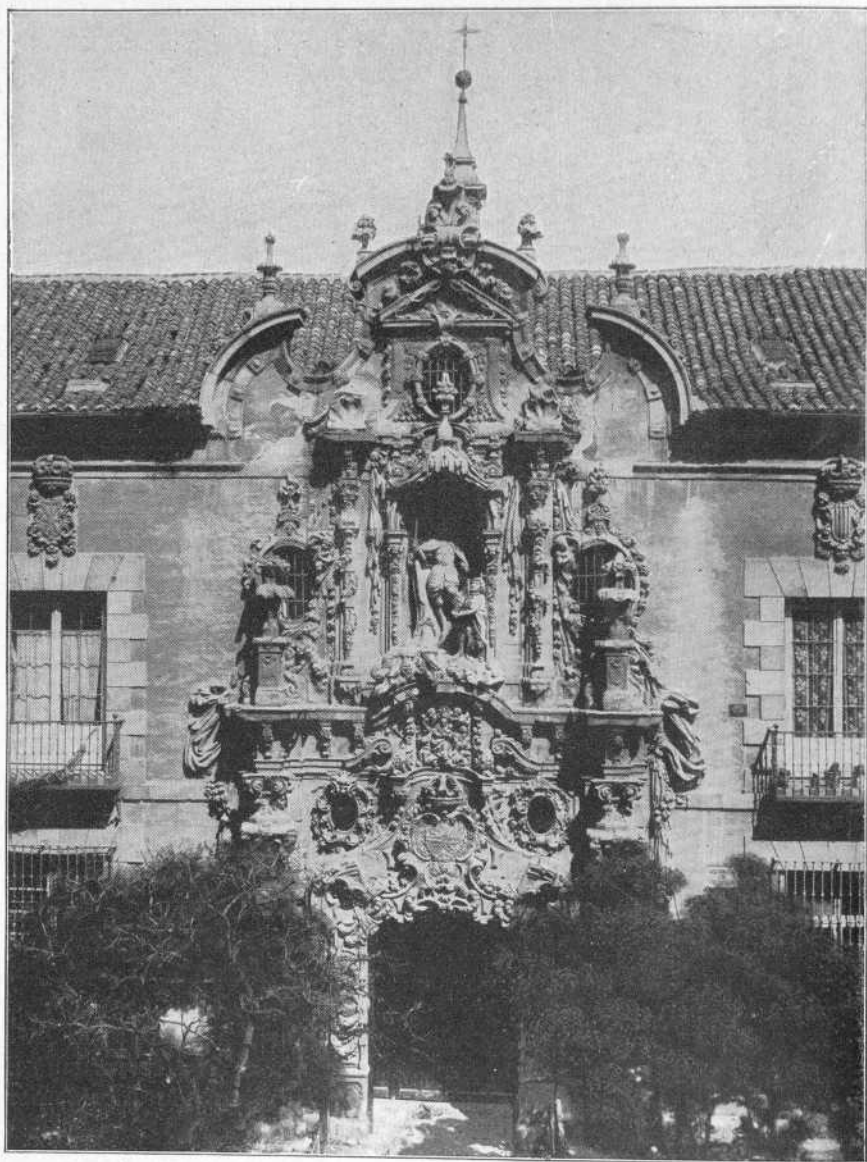
paseo que estamos siguiendo se llamó antes «de los Recoletos Agustinos», y ahora, más brevemente, «de Recoletos», por el monasterio que había ahí enfrente y que ha desaparecido hace años.

CAPÍTULO XXXIX

IBAN a todo esto bajando la calle de Fuencarral. Al pasar frente al Hospicio, llamó D. Antonio María la atención de sus compañeros sobre la estrafalaria portada, obra de Pedro de Rivera, y uno de los ejemplares más conocidos, en Madrid a lo menos, del estilo churrigüesco.

—¿Por qué se llama puerta a esta plaza?—preguntó Frasquito al llegar a la Puerta del Sol.

—Porque a la entrada de la calle Mayor estuvo hasta el siglo XVI una de las puertas de la villa, que, al ensancharse ésta, se trasladó a aquella otra que vimos antes, y que se llama Puerta de Alcalá, por estar sobre el camino que conduce a Alcalá de Henares. Esta Puerta del Sol no pertenecía tampoco al primitivo recinto, sino a la tapia



MADRID.—Puerta del Hospicio

Fot. Moreno

Un viaje por España

que formaba el segundo. El primer recinto estaba mucho más adentro, y la puerta a que vino a sustituir esta del Sol se llamaba de Guadajajara.



Fot. Moreno

MADRID.—Puerta de Toledo

Así, andando por todas partes, observándolo todo y discurrendo sobre lo que veían y sobre cuanto les venía a las mientes, se pasaron los siete días que estuvieron en Madrid.

Fueron uno de ellos a ver la Real Fábrica de Tapices; pero estaba ociosa en aquellos días, y supieron que venía estándolo de ordinario

Biblioteca Perla

desde tiempo atrás. Aquella visita los condujo a hablar acerca de las industrias de Madrid.

—Hay mucha gente—decía D. Antonio María—que cree que aquí no hay industria de ninguna clase; otros, yéndose al extremo opuesto, dicen que Madrid es población muy industrial, fundándose en lo que tributa al Estado por ese concepto. Ni unos ni otros están en lo cierto. Los que aprecian la importancia industrial de Madrid por el importe de la tributación, se olvidan de que gran parte de ella corresponde



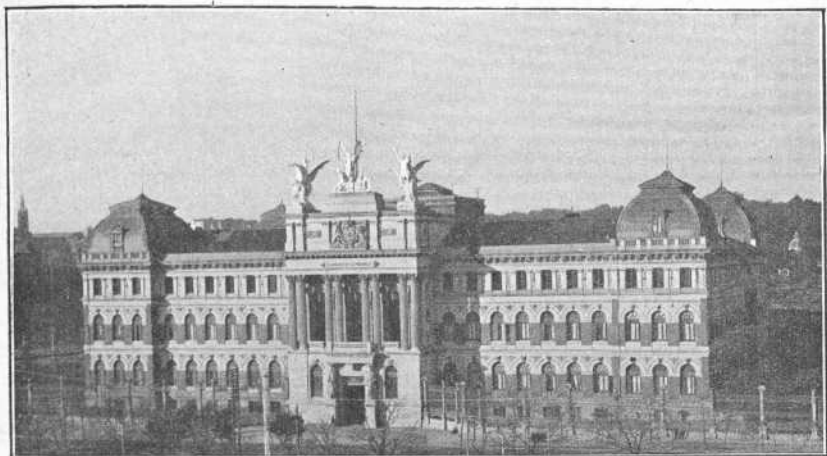
Fot. Moreno

MADRID.—Congreso de los Diputados.

a grandes Empresas y Compañías que tienen aquí sus oficinas centrales, figurando los tributos que pagan como correspondientes a la industria local, no siéndolo; pero los otros también se engañan, porque aquí hay bastante industria, aunque casi toda en pequeña escala. Hay algunos buenos establecimientos tipográficos, donde se hacen muy buenos trabajos, y los guantes de Madrid son también muy celebrados, hasta fuera de España. La perfección de la industria tipográfica de Madrid no es de hoy, pues en el siglo pasado se hicieron aquí ediciones magníficas, tanto en la Imprenta Real como en las de Sancha e Ibarra. Otra de las industrias en que se distinguió Madrid hasta hace no

Un viaje por España

mucho tiempo fué la fabricación de escopetas y armas de fuego manuales. Esa industria, como la de la imprenta, no nació en España, sino que fué importada de Alemania; pero tuvo aquí aprovechadísimos discípulos, que no tardaron en convertirse en maestros y hasta en inventores. Cristóbal de Friesleva fué uno de ellos. Aunque se estableció en la villa de Ricla, cerca de Zaragoza, aprendió su oficio en Madrid, y fabricó arcabuces cargados por la recámara tres siglos antes que el francés Robert y su discípulo Lefauchaux. Otro famoso



For. Lacoste

MADRID.—Ministerio de Fomento

fabricante de escopetas madrileño fué Nicolás Bis, inventor de los cañones de callos de herradura, allá por fines del siglo XVII. Las escopetas de Francisco López, arcabucero de Carlos III, tenían fama en toda Europa. Hasta Vizcaya, donde tan gran desarrollo tiene hoy esa industria, puede decirse que vino a aprenderla a Madrid; pues Agustín de Pustindui, que la montó en aquella provincia en el siglo pasado, fué discípulo de Joaquín de Celaya, arcabucero de Fernando VI. Melchor Álvarez fué otro notable fabricante madrileño de escopetas, algunas de las cuales, de gran mérito, figuran en museos extranjeros. Él fué el primero en España que forjó cañones retorcidos

en espiral. Ya de nuestro tiempo son los Zuloagas, uno de los cuales montó en la villa de Éibar una famosísima fábrica de armas. En



Fot. Moreno

MADRID.—Iglesia de San Francisco el Grande. Fachada

Madrid hay también fundiciones de hierro y de otros metales, talleres de coches y carros, molinos de grano movidos por vapor, talleres de encuadernación de libros, carpintería y ebanistería, fábricas de muebles, chocolate, jabón, velas, fósforos, hielo, cerveza y mil

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

otras cosas que no recuerdo; hornos de cal, tejas y ladrillos... En fin, multitud de industrias, aunque, por lo común, repito, en pequeña escala.

Al día siguiente de esta conversación salieron para Toledo.

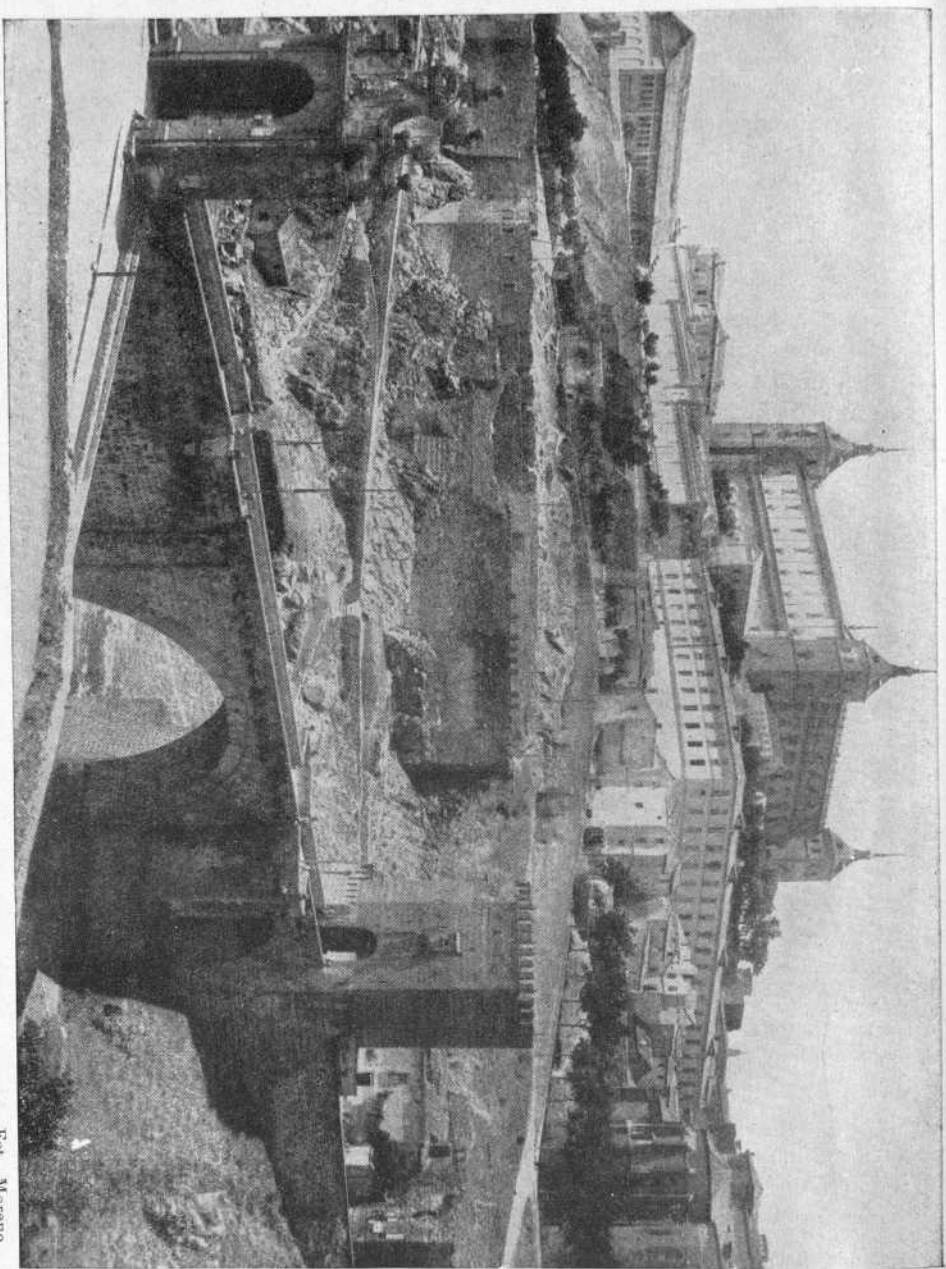
CAPÍTULO XL

DE modo,—decía Sir Roberto conforme iban camino de Toledo,— que la primera vez que suena el nombre de Madrid en la Historia es cuando refiere la expedición de Ramiro II de León a Toledo, en el año 939.

—Precisamente,—le contestó D. Antonio María.—De seguro existiría antes de ese tiempo; pero no consta en ninguna parte, ni vuelve a saberse de ella hasta el tiempo de Alfonso VI, que se apoderó de la villa poco antes que de la ciudad de Toledo. Por cierto que los segovianos pretenden que asistieron a la toma de Madrid; pero debe de ser un cuento, porque Segovia y Ávila y toda la tierra comprendida entre el río Duero y la sierra vino a poblarse, poco más o menos, al tiempo mismo y aun después de la conquista de esta comarca. Toda esta tierra, hasta Andalucía, pertenecía al reino de Toledo, que fué uno de los más grandes que se formaron de las ruinas del califato de Córdoba.

—Toledo era entonces, a lo que parece,—dijo Sir Roberto,—una de las ciudades más importantes de España.

—Se ha exagerado mucho la importancia de Toledo. En todo tiempo, y hasta en el de los reyes godos sucesores de Leovigildo, que fué el primero que le dió el título de «Ciudad Real», y que estableció en ella su corte, fué inferior Toledo en población y en riqueza a muchas otras ciudades de España. El haberla elegido los reyes godos para corte debió de ser principalmente por su situación céntrica y su fortaleza, que, antes de usarse cañones, era grandísima. Ya Tito Livio dice de ella que era ciudad pequeña, pero muy fuerte. Después de la conquista de los árabes se la llamó despreciativamente *Toledueta*, que así hay que entender el nombre de *Tolétula*, o *Tolantola* que se le daba entre los andaluces, quienes nunca debieron de ver con buenos ojos que la prefirieran los reyes godos, para capital de sus



TOLEDO.—Vista parcial

Fot. Moreno



Fot. Hauser y Menet

TOLEDO.—La Catedral

estados, a Córdoba, Sevilla, Écija, Málaga y otras ciudades más ricas, pobladas e importantes.

—¿Influiría acaso ese hecho en la invasión de los árabes?

—¡Quién sabe! Hay tanta obscuridad en todo lo que se refiere a ese tiempo, que caben todas las conjeturas. A mi ver, en la caída del imperio gótico debieron de tener gran parte las rivalidades entre unas y otras provincias.

Llegaron a Toledo ya oscureciendo, porque se habían detenido mucho tiempo en Illescas durante las horas más calurosas del día.

No descansaron los cinco siguientes ni un sólo instante, y aun se quedaron sin ver muchas cosas curiosas de Toledo, que, desde el punto de vista arqueológico, es la población más digna de estudio de España, y casi pudiera decirse que de Europa, por la grandísima variedad de estilos de sus casas y monumentos.

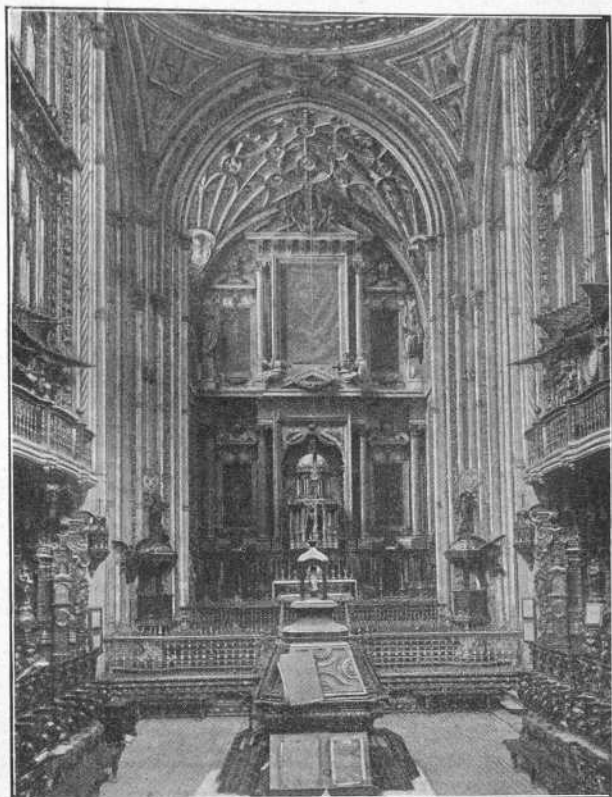
La catedral es de estilo gótico, adulterado en muchos de sus accesorios, como generalmente sucede en los edificios cuya construcción ha tenido que durar varios siglos. Por la enorme altura y amplitud de sus naves, por el prodigioso número de obras maestras del arte que en ellas y en sus capillas se encierran, es uno de los monumentos más ilustres, no de España, ni aun de Europa, sino del mundo.

En el solar que ocupa se alzaron antes otros templos, el último de los cuales fué la Mezquita mayor de los musulmanes. Dirigió las obras un tal Pedro Pérez, que murió, ya muy viejo, en 1285, y la lápida de cuyo sepulcro, descubierta en el siglo XVII al derribar la antigua capilla de Santa Marina para levantar la actual del Sagrario, está hoy en la sacristía de la capilla de Santa Marina, vulgarmente llamada «de Doctores», de la misma catedral. Ignórase quiénes le sucedieron hasta Rodrigo Alonso, Alvaro Gómez, Anequin Egas, Martín Sánchez y Juan Guas, que sucesivamente dirigieron los trabajos desde 1389 hasta 1493. César Bermúdez da los nombres de ciento cuarenta y nueve artistas, de los muchísimos más, arquitectos, escultores, pintores, orfebres, forjadores y lapidarios, que durante un período no menor de seiscientos años contribuyeron a la construcción y ornato de ese monumento maravilloso.

Consta de siete naves, contando con las de las capillas, las cuales van creciendo en altura desde las últimas, que son las más bajas, hasta la central, que tiene 116 pies desde el suelo hasta la clave de

Un viaje por España

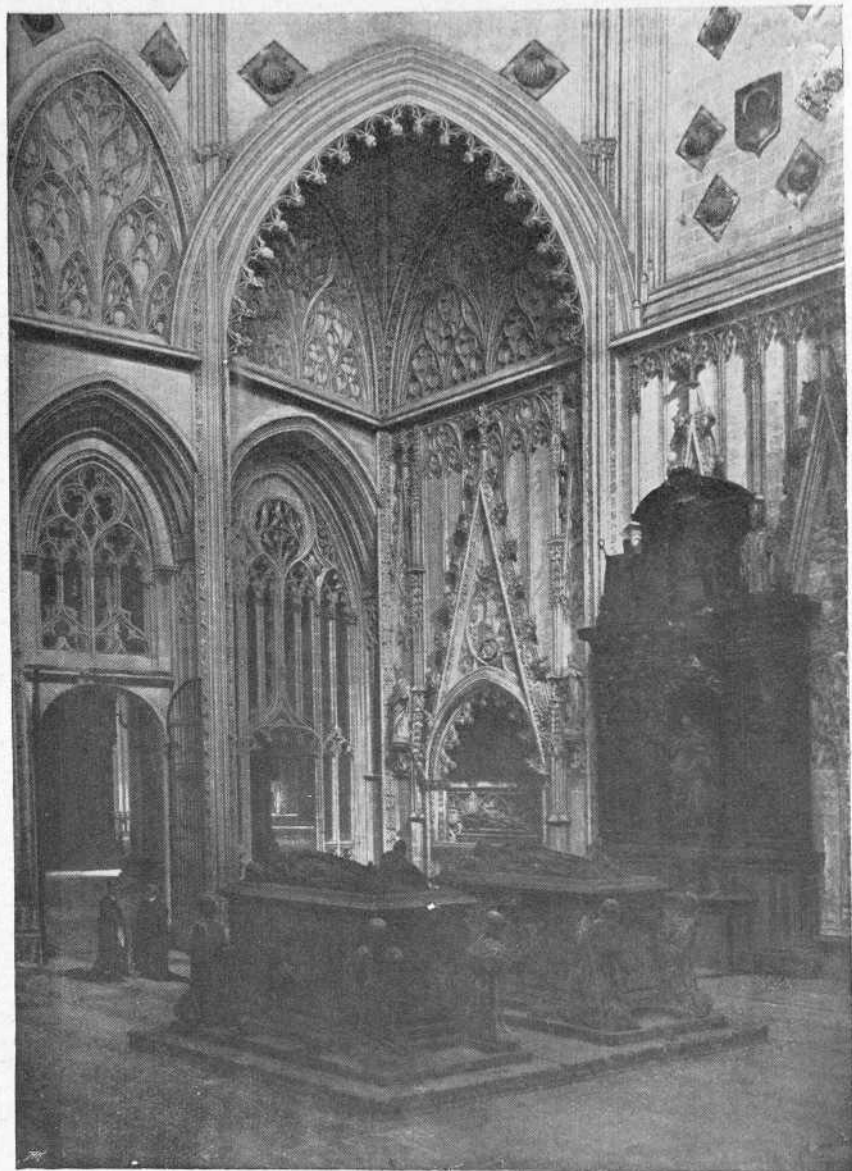
las bóvedas, disposición que da por fuera al edificio la forma piramidal propia de las iglesias góticas. Tiene 404 pies de largo y 204 de ancho. Ochenta y ocho pilares formados de haces de columnillas sos-



Fot. Garzón

TOLEDO.—Catedral. Vista general del crucero y altar mayor

tienen sus sesenta y dos bóvedas, y setecientos cincuenta ventanales cubiertos de admirables vidrieras pintadas a fuego, entre los cuales se cuentan los tres maravillosos rosetones calados de la nave central y de los brazos del crucero, dan luz a sus naves y sus veintiséis capillas. Ciento cuarenta y dos años, desde 1418 a 1560, invirtieron en



Fot. Laurent

TOLEDO.—Capilla y sepulcros del Condestable Don Álvaro de Luna
y su esposa, en la Catedral

fabricar esas vidrieras toda una pléyade de artistas, muchos de cuyos nombres se conocen.

Catorce reyes y reinas y multitud de infantes, prelados y personajes ilustres tienen espléndidos sepulcros en sus capillas. En la de Santiago o de D. Álvaro están los del célebre condestable y maestre de Santiago D. Álvaro de Luna, y cinco más, de su mujer y otras personas de su familia y descendencia.



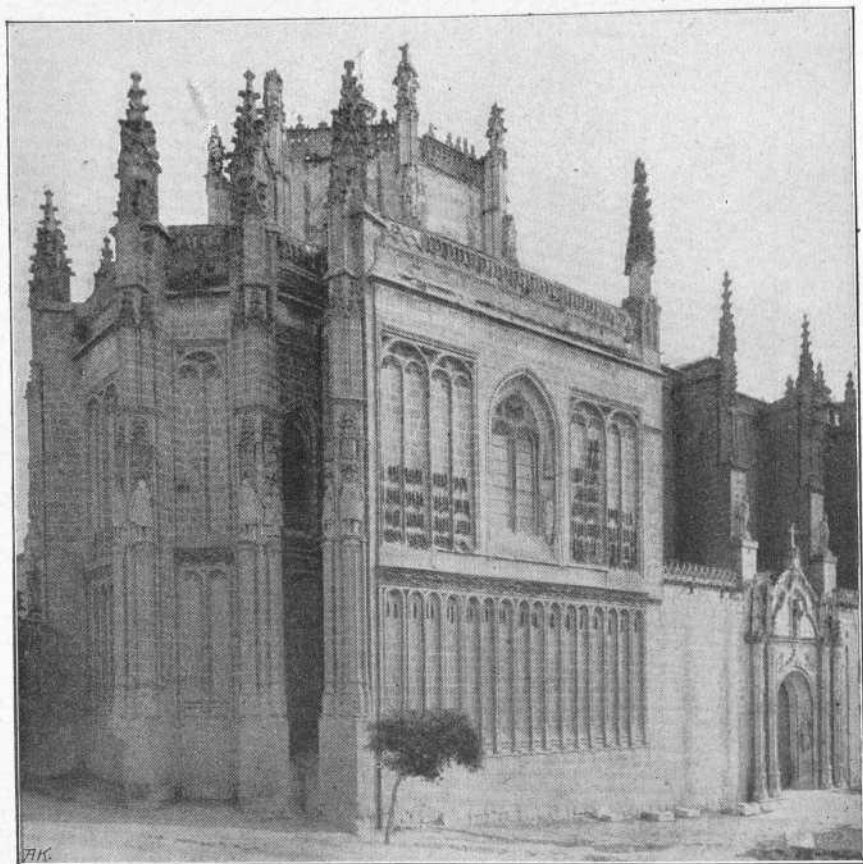
Fot. Garzón

TOLEDO.—Coro de la Catedral

Del coro no hay más que decir sino que es un museo de escultura. En su sillería baja talló maese Rodrigo, aparte de infinitas figuras de flores, animales y arabescos, todos los episodios guerreros del reinado de los Reyes Católicos, que permiten al anticuario estudiar las armas y trajes de la época; y la alta, hecha en tiempos más modernos por Alonso Berruguete y Felipe de Borgoña, es obra admirable sobre toda ponderación.

Biblioteca Perla

Pero ni ellas ni nada del edificio puede describirse; ni, aunque se pudiera, sería éste lugar de hacerlo. Cortaré, pues, en seco la comenzada descripción, limitándome a consignar que en los tres días segui-



TOLEDO.—San Juan de los Reyes

Fot. Moreno

dos que se pasaron nuestros amigos dentro de esa iglesia portentosa, desde la hora de abrirse hasta la de cerrarse sus puertas, distaron muchísimo de ver todo lo que en ella hay digno de verse, o mejor dicho, y nunca más propiamente, de admirarse.

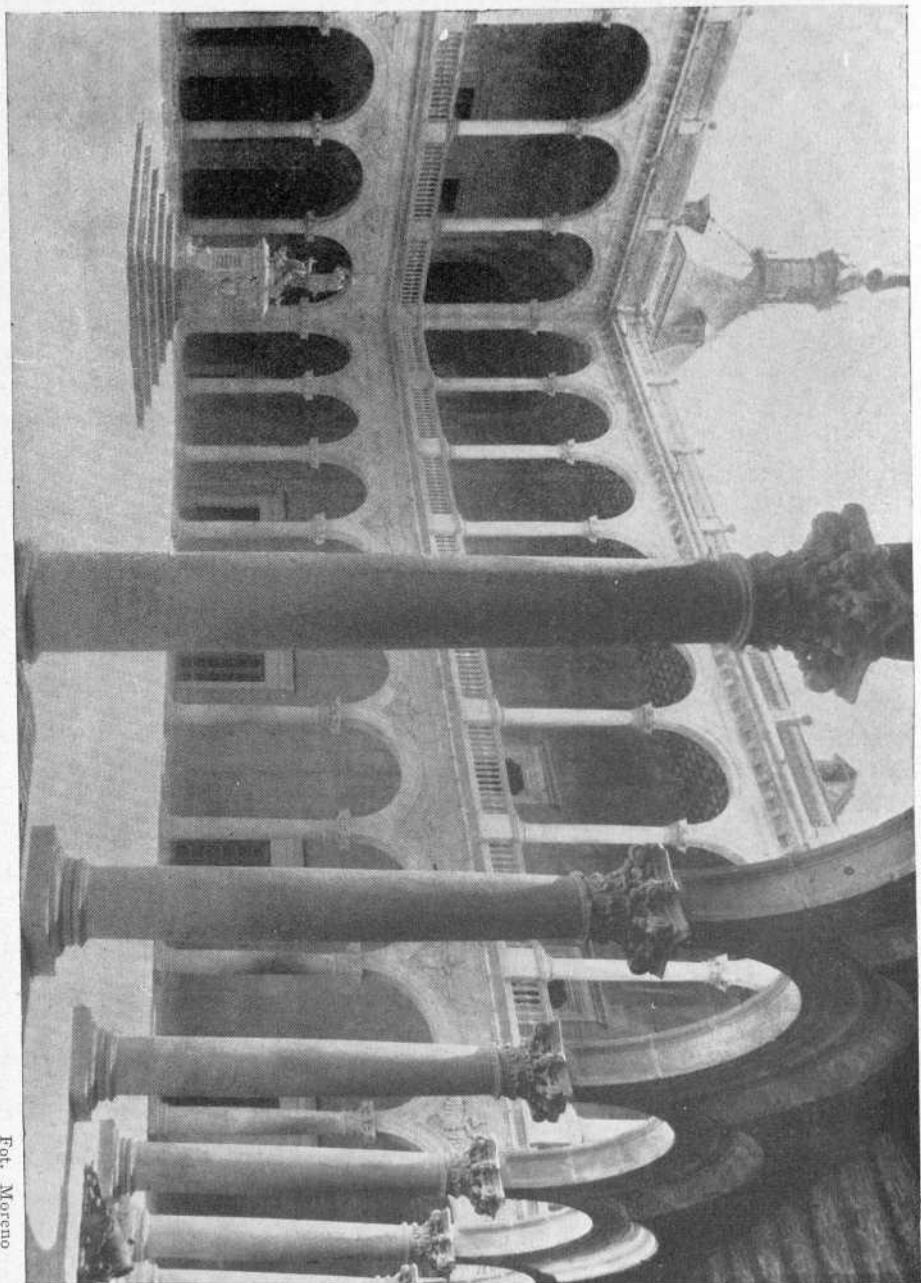
Un viaje por España

Las demás horas de esos días y las restantes de su estancia en Toledo, las dedicaron a ver muy por encima sus innumerables monumentos y a andar a la ventura por la ciudad, que es ya por sí, y tomada en su conjunto, un puro monumento, en que no hay plaza, ni calle, ni esquina, ni hueco de muro, sea puerta o ventana, ni siquiera herraje de puerta, que no sea un documento histórico, artístico o arqueológico.

—Esta ciudad tiene fama por sus espadas y armas blancas,—dijo Willy.

—No sólo por sus armas, sino por sus tejidos de seda, brocados de oro y plata y por otros artefactos; como que en la Edad Media, y hasta bien entrada la Moderna, era población muy industrial, que se distinguió por lo bulliciosa y turbulenta. Las rebeliones y motines de la gente toledana han dejado fama perdurable; pero todo eso acabó. Hoy es una ciudad muerta. Hay, cierto es, una fábrica de armas fuera de la ciudad, allá en la Vega; pero vive artificiosamente, merced a la iniciativa y gestión del Estado, que es el propietario de ella, y quien, por intermedio del Cuerpo de Artillería, la dirige y administra. La fundó Carlos III, como otras de sedas, paños, alfarería y otros artículos que se establecieron por el mismo tiempo en varias ciudades y villas del Reino, con el loable propósito de resucitar antiguas y decaídas o extinguidas industrias; pero casi todos esos establecimientos cesaron de trabajar en la guerra de la Independencia. Esta fábrica de armas tuvo mejor suerte; pero las armas que hoy se fabrican, aunque son muy buenas, nada tienen de común con las antiguas, ni siquiera en la primera materia de que se hacen; pues consta positivamente que los antiguos espaderos de Toledo forjaban sus armas con acero de una mina que llaman de «hierro helado», que está cerca de la villa de Mondragón, en Vizcaya, mientras que la fábrica de armas actual se vale de aceros extranjeros. Tampoco se siguen los mismos procedimientos de fabricación, pues antiguamente se forjaban las hojas de una sola pieza de acero, y hoy se componen de dos partes: una interior, llamada *alma*, que es una barra de hierro dulce, y otra exterior, formada de placas de acero llamadas *tejas*, que se consolidan entre sí y con el *alma* a fuego y martillo.

—¿De modo,—dijo Willy,—que las espadas de Toledo de hoy no tienen semejanza con las antiguas?



TOLEDO.—Patio del Alcázar

Fot. Moreno

Un viaje por España

—Ninguna absolutamente. En lo antiguo, era una industria particular, que ejercían muchos espaderos agremiados, como lo estaban por aquel tiempo todos los oficios, y cada uno de ellos tenía su sistema propio, que solía guardar secreto y transmitir como herencia a sus hijos o sucesores. Por eso no todas las armas de Toledo gozaban de igual reputación, sino de más o de menos, según el taller de que procedían. Cada espadero tenía su marca, y muchos de ellos no sólo trabajaron en Toledo, sino en otras ciudades. Se conocen los nombres y las marcas de muchos de ellos, aunque suele ignorarse de no pocos el tiempo que vivieron.

—Debe advertirse—añadió D. Antonio María—que la fama de las buenas espadas no era monopolio de Toledo, pues las tenían también varias ciudades de España, como Valencia, Zaragoza, Sevilla, Cuéllar y otras. La espada de Francisco I de Francia, que hasta el tiempo de la invasión francesa estuvo en la Armería Real, estaba hecha en Valencia, y muchas de las llamadas «del Perrillo», por la marca que llevaban en la hoja, que era la usada por el espadero Julián del Rey, fueron forjadas en Zaragoza y en otras partes. Ese Julián del Rey, así llamado por haber sido el rey Católico su padrino de bautismo, era moro, y fué espadero de Boabdil el Chico, último rey de Granada.

Durante sus visitas a la catedral, no pudo menos de recaer la conversación de nuestros amigos sobre el rito gótico o muzárabe, que todavía se observa en una de sus capillas.

—Ya sabéis—les dijo D. Antonio María—que era el que seguía en toda España hasta muy a fines del siglo XI, y se había introducido en ella al mismo tiempo que el Cristianismo. Sus rezos, himnos y ceremonias habían sido recopilados y puestos en orden por los Santos obispos, Isidoro y Leandro en el siglo VII. En el XI se propuso el Papa Gregorio VII unificar las ceremonias eclesiásticas en todas las naciones y mandar sus legados a los diversos reinos en que España entonces se dividía, con objeto de persuadir a sus reyes y prelados a que adoptasen el ritual romano. El primero de los Estados españoles que entró por el nuevo régimen fué el de Aragón, en cuya iglesia de San Juan de la Peña se celebró la primera misa con arreglo al ritual romano, el día 13 de Marzo de 1071, en presencia del rey Sancho Ramírez y del legado del Papa Hugo Cándido. En Castilla encontró la

Biblioteca Perla

innovación gran resistencia en el pueblo; pero el rey, cediendo a las instancias de su mujer, que era francesa, y de los muchos señores y eclesiásticos de esa nación que habían venido por aquel tiempo a España a tomar parte en la Reconquista y a repoblar los territorios



Fot. Moreno

TOLEDO.--Puerta de Visagra

ganados a los moros, dispuso que se adoptase el rito romano. Conservóse, sin embargo, el gótico en seis parroquias de Toledo. Hoy sólo subsiste, por excepción, en la capilla muzárabe de la catedral y en la capilla llamada de Talavera, del claustro de la catedral vieja de Salamanca.

CAPÍTULO XLI

Por segunda vez, y desde Toledo, volvieron nuestros amigos a Madrid y emprendieron el camino a Segovia por Guadarrama, con objeto de ver el famoso acueducto romano. Trasmontaron, pues, la sierra por Guadarrama, y cruzando la posesión real de Rófrío, abundantísima en ciervos, fueron a dar en Segovia.

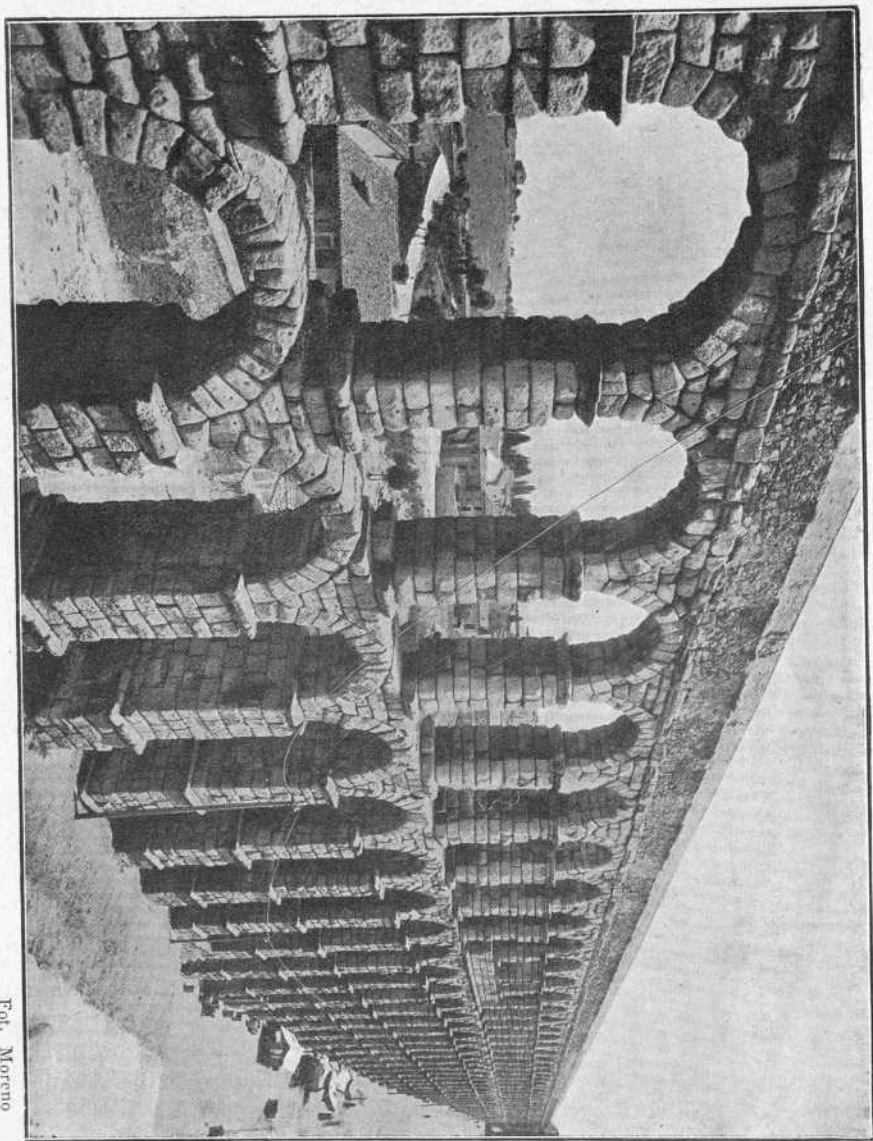
Por el camino que llevaban se llega a uno de los arrabales, en que se entra por una especie de arco muy deteriorado, encima del cual hay dos estatuas de guerreros.

—Esas estatuas—dijo D. Antonio María—son las de Día Sanz y Fernán García, capitanes de los tercios segovianos que asistieron a la conquista de Madrid en tiempo de Alfonso VI; pero les diré a ustedes con la mayor reserva que entonces no había capitanes, ni tercios, ni segovianos; de modo que el hecho no puede ser más discutible.

Echóse a reír Sir Roberto de tan buena gana, que no pudo hablar en un buen rato.

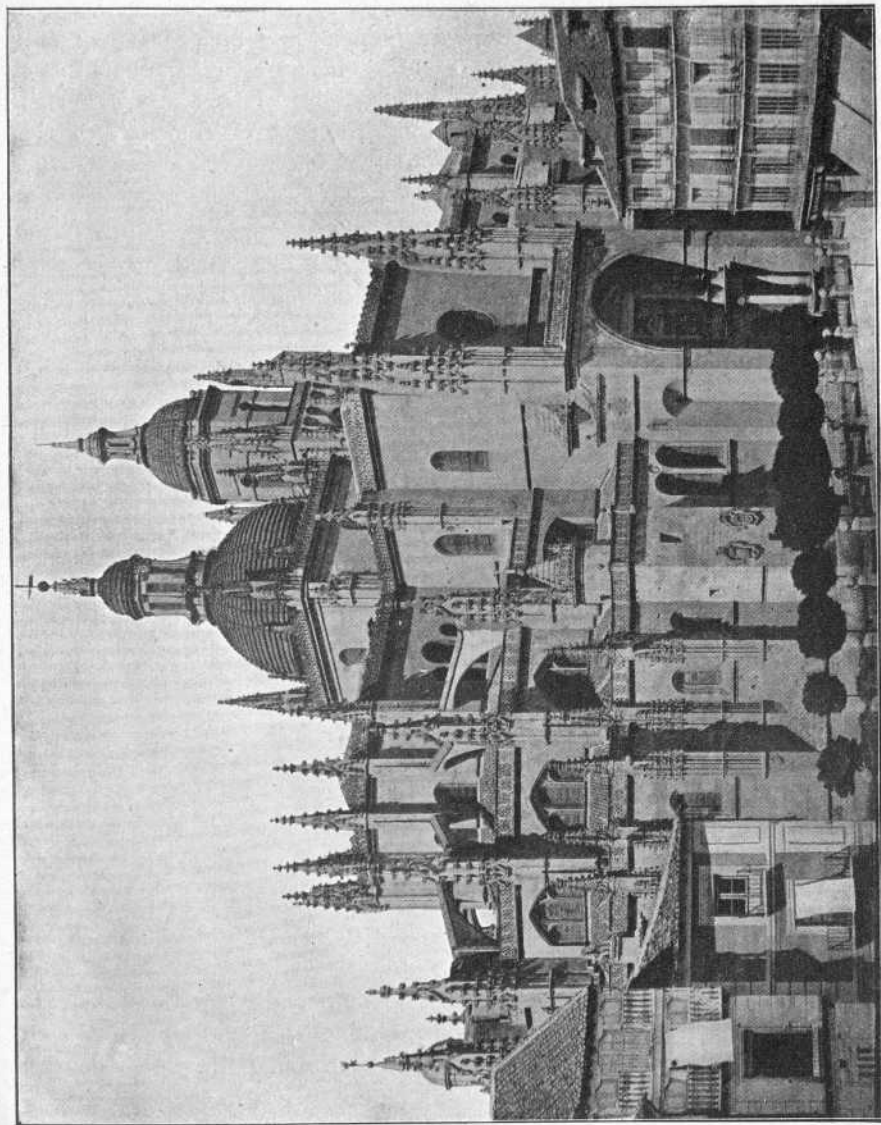
—Explíquenos usted eso, D. Antonio María,—dijo cuando hubo recobrado el uso de la palabra.

—Pues es muy sencillo. La palabra *capitán*, tomada, indiscutiblemente, de la lengua italiana, no sé si directamente o por intermedio de la francesa, no se introdujo en la nuestra hasta muy adelantado el siglo XIV; de modo que en el XI, en que fué la conquista de Madrid, no teníamos capitanes. Tercios tampoco los hubo, ni siquiera la palabra con la acepción de cuerpo armado, hasta el siglo XVI, en que tuvo principio para designar a ciertas unidades orgánicas compuestas de arcabuceros, piqueros o lanceros y hombres armados de espada y rodela. Por último, Segovia estaba poblándose cuando se conquistó a Madrid, que fué poco antes que a Toledo, siendo sabido que la población de Segovia, como las de Ávila, Salamanca y toda esta región, llamada entonces Extremadura, fué encomendada por Alfonso VI a su yerno D. Ramón de Borgoña por ese mismo tiempo. Ya ven ustedes cómo estaba en lo firme al decir que no podía haber entonces capitanes, ni tercios, ni segovianos. Ahora añadiré, a mayor abundamiento, que hasta muy a fines del siglo XII no comenzaron las milicias concejiles; lo que quiere decir que, aunque



SEGOVIA.—Perspectiva del Acueducto Romano

Fot. Moreno



Fot. Moreno

SEGOVIA.—La Catedral, vista desde la plaza

hubiera estado poblada Segovia a fines del XI, cuando se conquistó el reino de Toledo, no hubiera mandado a tomar parte en la empresa milicias que no podía tener ni tenía. Noten ustedes también que este arco es moderno, relativamente hablando, y que esos guerreros están ataviados a estilo del siglo XVI; lo que no es negar que se haya querido representar en ellos a los susodichos Dña Sanz y Fernán García, cuya existencia tengo por tan problemática como los oficios y hechos que se les atribuyen. Pronto veremos el famosísimo acueducto, que es uno de los monumentos romanos más notables y mejor conservados de España y aun de Europa. No sólo es una obra soberbia, comparable con el puente de Alcántara y tan vieja como él, sino que sigue sirviendo para el objeto a que fué destinada.

—¡Qué! ¿sigue llevando agua a la ciudad?—preguntó Willy.

—Casi un río lleva a Segovia desde más de tres leguas de distancia. Primeramente ese arroyo corre a flor de tierra; después, cuando el descenso del terreno va haciéndolo necesario, se encauza en un arcaduz de durísima mampostería, que va poco a poco creciendo en altura, hasta que lo bajo del terreno le obliga a sostenerse sobre arcos que aumentan progresivamente en elevación conforme baja el terreno, hasta formarse dos hileras de ellos, que en la parte más alta se elevan 102 pies sobre el suelo. Comenzando desde allí a subir el nivel del piso hasta la ciudad, que está situada en una eminencia, van menguando en altura los pilares de donde arrancan los arcos, hasta reducirse a su primitivo tamaño.

—Lo prodigioso de que se conserve en buen estado una obra semejante,—dijo Sir Roberto,—es la intervención que tiene en ella elemento tan destructor como el agua.

—A lo que hay que agregar la circunstancia de ser en esta tierra frecuentísimas y rigurosísimas las heladas, lo que aumenta considerablemente sus efectos destructores.

Está construido el acueducto con sillares de granito sin argamasa interpuesta, que se sostienen por su propio peso.

Se dice que a fines del siglo XI, cuando acababan de poblar la ciudad los cristianos, hicieron una incursión los moros de Toledo en sus cercanías y rompieron el acueducto por una parte de él en que no es todavía muy grande la altura de los arcos, y que así estuvo hasta el tiempo de los Reyes Católicos, en que un religioso del

monasterio del Parral (situado en las afueras de la ciudad), llamado Fray Juan de Escobedo, recompuso los arcos derruidos, dejándolos como debieron de estar en su principio.

—Más adelante se han hecho algunos otros trabajos de recomposición, que no sé cuáles sean,—dijo D. Antonio María;—pero he leído en alguna parte que al verlos el mariscal francés Ney, exclamó: «¡Aquí empieza la obra del hombre!», como indicando que lo demás de la fábrica era cosa sobrehumana.

La ciudad de Segovia se alza sobre una altura escarpadísima y está ceñida todo en redondo de muros y torreones, que deben de ser del tiempo de su repoblación por D. Ramón de Borgoña, a fines del siglo XI; porque, si bien algunos trozos de ellos pueden, como se dice, ser romanos, el hallarse entre sus piedras algunas lápidas romanas con los letreros vueltos al revés, y que debieron de pertenecer a otras fábricas o a antiguos sepulcros, demuestra que en su mayor parte son de tiempo más reciente. Algunas de las puertas que dan entrada a la ciudad son de forma muy elegante y a todas se sube por asperísimas cuestas, porque la única que había de fácil acceso había sido, muy indiscretamente, derribada pocos años antes de la visita de nuestros amigos.

La mayor parte de las iglesias de Segovia, que tiene muchas, demostrando en su número cuánto más poblada estuvo antiguamente que ahora, deben de ser del mismo tiempo que las murallas, a juzgar por su estilo románico. La del monasterio del Parral, la del hospicio de Santa Cruz, ambas fuera de puertas, y quizás alguna otra, son góticas, como también la catedral, que es magnífica. Todo el siglo XVI se invirtió en construirla, habiéndola comenzado el mismo famoso arquitecto Juan Gil de Hontañón, autor de los planos de la nueva de Salamanca y del cimborrio de la de Sevilla.

Los arrabales, tan antiguos como la ciudad, pues que en el siglo XII se concedió franquicias y privilegios a sus moradores que se pasasen a vivir intramuros, se componen en su mayor parte de casuchas, en cuya construcción no es raro ver columnas y otras piedras labradas, que evidentemente formaron parte de más nobles edificios.

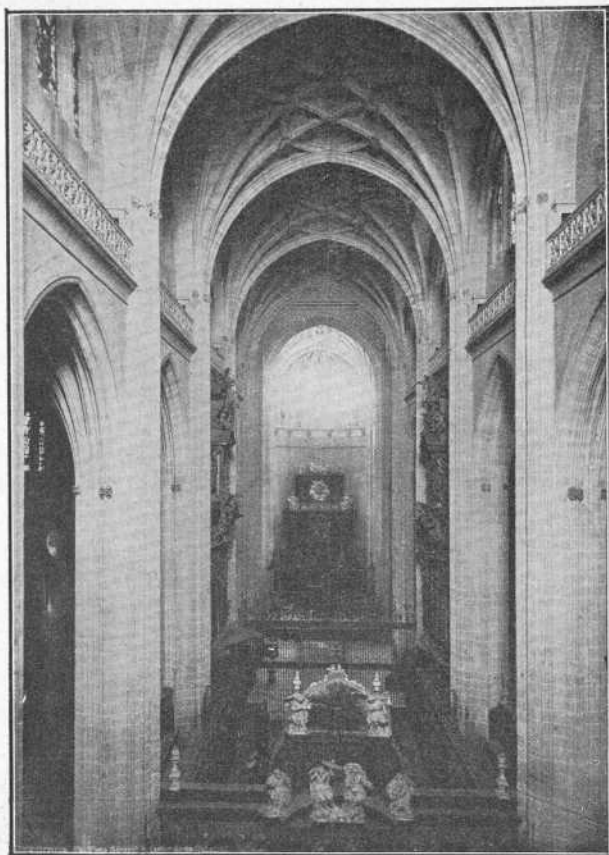
Abundan las casas de piedra con hermosas y blasonadas puertas, y algunas de ellas con torres almenadas provistas de ladroneras y matacanes. Algunas de esas torres, como la llamada de San Juan y

la de Lozoya, son altísimas, y se distinguen de muy lejos descollando sobre la masa del caserío.

Muchas casas tienen los muros de la fachada cubiertos de extraños

adornos y dibujos, que algunas veces consisten en nervios o resaltes que marcan los contornos irregulares de las piedras de que están contruidos. Una hay extrañísima, cuya fachada, formada de sillares de granito labrados en punta de diamante, ha dado motivo al nombre de «Casa de los Picos» con que se la designa.

Un nervio o moldura que suele ir adornado de pequeñas bolas en todo su contorno, y que, sobresaliendo de la superficie de la fachada, encuadra a la puerta y al escudo de armas que va



Fot. Moreno

SEGOVIA.—La Catedral. Vista general del interior

encima de ella formando una especie de frontispicio, es detalle muy común en las casas antiguas de algunas pretensiones, no sólo de Segovia, sino de toda esa región de Castilla.

U n v i a j e p o r E s p a ñ a

—¿De qué tiempo serán estas casas?—preguntó Frasuquito.

—Creo—le contestó su padre—que la mayor parte de las que tienen aspecto de antiguas, datan de los siglos XIV, XV y principios del XVI. Nota su parecido con la de los Lujanes, que vimos en Madrid, y que debe de ser del XV.

—Debía de ser Segovia población muy importante en los siglos pasados para tener tantas y tan buenas iglesias y, sobre todo, tan soberbia catedral como tiene,—dijo Sir Roberto.

—Era importantísima por su industria de paños, y estaba habitada por una numerosa población fabril, bastante inclinada a revueltas y motines,—le contestó D. Antonio María.

En el agitado período de las minoridades de Fernando IV y Alfonso XI, en los siglos XIII y XIV, figuró mucho, y también en todo el curso del siglo XV, por lo muy frecuentemente que se detenían los reyes en ella; por último, se señaló mucho en la guerra de las Comunidades, por el calor con que abrazó el partido de los rebeldes. Su diputado a las Cortes de la Coruña, Rodrigo de Tordesillas, fué muerto y arrastrado por las calles a su vuelta a la ciudad por haber votado el subsidio solicitado por el rey para ir a coronarse a Alemania, y Juan Bravo, capitán de su milicia, fué uno de los tres degollados en Villalar al día siguiente de la batalla. Todavía existe su casa, cuya pequeña pero elegante fachada de piedra da a la calle Real, y la trasera, a la muralla de que forma parte.

—Y de su industria de paños, ¿qué se ha hecho?—preguntó Willy.

—Acabó hace tiempo, como la de seda de Toledo, cueros de Córdoba y tantas otras que había en diferentes ciudades de España. Carlos III, en sus esfuerzos por levantar al país, quiso restablecerla bajo los auspicios del Estado y fundó aquí un gran establecimiento en un edificio de los arrabales, llamado hoy «la Casa Grande», que está a temporadas abandonada o convertida en cuartel; pero, a pesar de sus buenos deseos, se extinguió de nuevo la industria después de un breve pero brillante período de vida. Llegaron en su reinado a labrarse aquí paños bastante finos, como lo prueba el regalo que hizo a vuestro rey Jorge III de un traje de paño metido en un sobre; bien es verdad que no ha llegado a mi noticia el tamaño del sobre.

—Aunque abultara tanto como un número del *Times*—dijo Willy—sería finísimo, porque el paño, por delgado que sea, no puede serlo tanto como la seda o el lienzo.

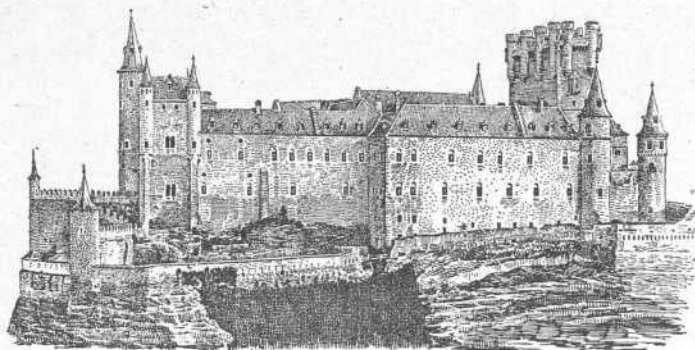
Biblioteca Perla

—Antiguamente—prosiguió D. Antonio María—no había aquí una fábrica de paño, sino muchísimas, de más o menos importancia. Los fabricantes, como en todas partes sucedía en aquel tiempo, estaban agremiados y daban ocupación a muchos miles de familias.

—¿Y dónde estaban esas fábricas?—preguntó Willy.

—Debían estar hacia la orilla del río. Por allí había un arrabal de San Pedro, que ha desaparecido del todo. La campana de su iglesia juega gran papel en los frecuentes motines y asonadas de que era teatro Segovia en algunos tiempos.

Iban hablando así nuestros viajeros conforme se dirigían al Alcázar.



SEGOVIA.—El Alcázar

La fachada de este edificio da sobre una vasta explanada, en donde estuvieron hasta 1520 la catedral, los claustros, la canonjía y el obispado, y de donde se quitaron al comenzar las obras de la catedral nueva, que es la que hoy existe.

Con gran sorpresa de D. Antonio María, que sabía que el Alcázar se había quemado algunos años antes, se lo encontraron en muy buen estado de conservación por fuera y en vías de restauración por dentro.

Por lo que les dijo uno que parecía maestro o capataz de los albañiles que allí trabajaban, hacía tiempo que se estaba restaurando el edificio por cuenta del Estado.

—¿Y van a dejarlo tal como estaba?—le preguntó D. Antonio María.

—¡Ca; no, señor! Eso costaría un dineral; y tampoco sé si podría hacerse, porque no creo que se conserven dibujos de las esculturas, de los artesonados y de los frisos de los muros, que eran de muchísimo mérito. Por lo que tengo entendido, nos conformaremos con imitar lo que se pueda con yeso y cartón piedra.

Domínase desde la puerta trasera del Alcázar gran extensión de tierra, hasta perderse la vista en el lejano horizonte; porque la roca en que la ciudad está fundada se levanta allí eminentísima y abrupta en figura de proa de barco, ceñida a sus pies por el río Eresma, que va a dar sus aguas al Duero cerca de Tordesillas, y por el arroyo Clamores, que desemboca en Eresda, al pie mismo de ella.

—Este Alcázar sería, sin duda, la residencia de los reyes castellanos cuando vinieran a Segovia,—dijo Sir Roberto.

—Esa es la creencia general,—le contestó D. Antonio María;—pero no exacta. Los reyes solían parar en el Alcázar en tiempo de revueltas; pero de ordinario vivían en el Palacio real, que, más que tal palacio, es un conjunto heterogéneo de casas formando una isla o manzana dentro del casco de la ciudad.

Vieron nuestros amigos la iglesia de San Esteban, que tiene una torre muy notable, considerada como un raro ejemplar de estilo románico, objeto de la curiosidad de muchísimos artistas, que acuden de muy lejos a contemplarla. La del Corpus Christi, que fué antes sinagoga judaica, es un raro ejemplo del estilo morisco. Tiene los arcos de herradura, pero data seguramente de tiempo posterior a la repoblación de la ciudad por los cristianos. Acerca de ella corre una tradición relacionada con la sangrienta persecución de que fueron objeto los judíos durante la regencia de Doña Catalina de Alencastre. En la de San Millán, situada extramuros, y románica, como casi todas, les chocó ver representado al Santo a caballo, espada en mano y atropellando moros.

—Es que ustedes no saben, ni muchísima gente tampoco,—dijo D. Antonio María,—que San Millán fué el patrón de Castilla, como Santiago lo fué de Galicia y, por extensión, de todo el reino leonés, y que se le atribuían los mismos milagros que a Santiago. Por eso, aunque fué un santo anacoreta del siglo VI que nada tuvo de guerrero, como tampoco Santiago, que fué un pescador, se le representa como a él en esa actitud belicosa. Lean ustedes el poema de San Millán, de Gonzalo de Berceo, que es de lo más antiguo que se ha

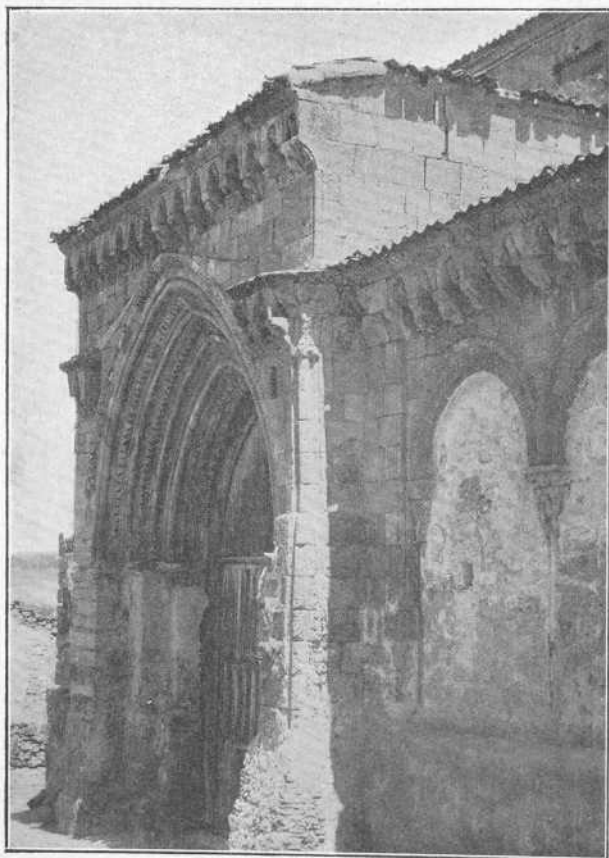
escrito, en castellano, y verán allí a San Millán, junto con Santiago, combatir por los aires en la batalla de Simancas en favor de los castellanos y leoneses, respectivamente, contra los moros. Tradiciones confusas de esa celeberrima batalla deben de haber dado origen, a mi ver, a la fabulosa de Clavijo.

El monasterio de San Millán, llamado «de la Cogolla», edificio que por lo inmenso ha merecido que se le llame «Escorial de la Rioja», fué para los antiguos castellanos lo que el sepulcro de San-

tiago para los gallegos y leoneses. Por eso puso Almanzor especial empeño en destruirlo, como lo hizo, efectivamente, pocos años antes de su muerte.

—¿Se le reconstruyó, por lo visto?—preguntó Sir Roberto.

—Sí, pero en otro paraje cercano al que antes ocupaba. Ha habido tres monasterios de San Millán: el «de Suso», que fué el primitivo; el «de Yuso», que sucedió a éste, y el actual, que está casi en ruinas.



Fot. Moreno

SEGOVIA.—Portada de la Iglesia de San Juan

Un viaje por España

Bajaron nuestros amigos a la orilla del río para visitar el santuario de la Virgen de la Fuencisla, de gran devoción entre los segovianos, y la iglesia gótica del monasterio del Parral. La capilla de la Fuencisla tiene una reja que se doró, como dice en el letrero que hay allí, a costa del gremio «de cardar y apartar», recuerdo de la antigua industria de paños de la ciudad; y la iglesia del Parral, gótica, de una sóla nave, pero elegantísima, será dentro de muy poco, si no lo es ya a estas horas, un montón de escombros, por el abandono en que se encuentra.

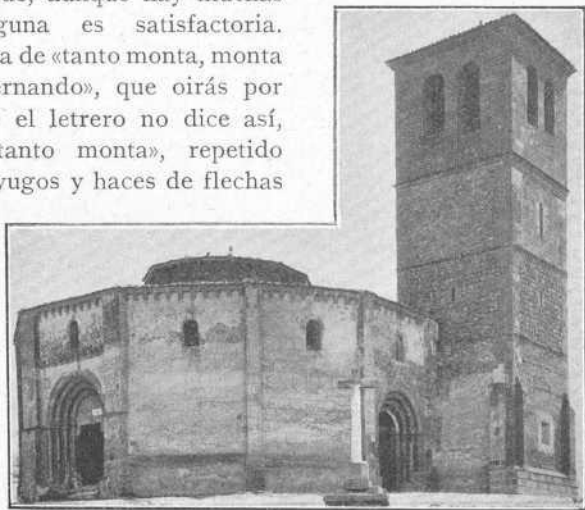
—Más merecía esta iglesia ser restaurada que el Alcázar,—dijo Sir Roberto.

—Tenéis mucha razón. La restauración del Alcázar debió limitarse a conservar sus ruinas en el mejor estado posible.

Antes de subir a la ciudad quisieron echar una ojeada nuestros amigos al convento de Santa Cruz, precioso edificio gótico del tiempo de los Reyes Católicos. En sus muros campea muchas veces repetido el lema de «Tanto monta» de aquellos soberanos, interpolado con los yugos y haces de flechas.

—¿Qué quiere decir eso de «tanto monta»?—preguntó. Frasquito.

—No se sabe, porque, aunque hay muchas interpretaciones, ninguna es satisfactoria. Desde luego es falsa la de «tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando», que oírás por ahí a muchos, porque el letrero no dice así, sino «tanto monta, tanto monta», repetido muchas veces, con los yugos y haces de flechas grabados entre las palabras. Yo creo que debe de ser una especie de jeroglífico, cuyo inventor fué, a lo que creo recordar, el célebre Antonio de Nebrija. Aunque ya se ha acabado en Segovia la industria de los paños, sigue



Fot. Moreno

SEGOVIA.—Iglesia de la Vera Cruz

siendo su principal tráfico el de lanas, porque es región la suya casi más ganadera que agrícola, y famosa por la finura de sus carneros merinos. En sus contornos, hasta la sierra, hay casas, que llaman esquiladeros, destinadas a lo que su nombre dice, y en algunos lugares de su provincia, particularmente en Santa María de Nieva, por donde pasaremos mañana, si Dios quiere, todavía hay fábricas de paños, aunque bastos.

Hoy tiene Segovia algunas fábricas de papel y de loza artística, y como a dos leguas de allí, en la Granja, una de vidrio, que en otro tiempo tuvo la fama de ser de las mejores de Europa.

Cerca de la Granja están los pinares de Balsain, muy famosos desde hace siglos por sus maderas, de las que sigue haciéndose gran tráfico, hallándose montadas allí mismo sierras mecánicas de vapor para labrarlas.

Como acertase a caer en jueves el último de los días que estuvieron en Segovia nuestros amigos, pudieron estudiar en la plaza Mayor los trajes y tipos de los campesinos de la región, que acuden desde muy lejos al mercado que semanalmente se tiene allí ese día.

—Estos trajes campesinos—dijo D. Antonio María—experimentan los mismos cambios y modificaciones que los que se usan entre la gente de las grandes ciudades. Tienen sus modas, como los nuestros; y lo prueba el hecho de que, por raros que nos parezcan, son distintos de los que se usaban hace cuarenta o cincuenta años. Hay, sin embargo, algunas partes de ellos que indiscutiblemente se remontan a época muy antigua: tales son las abarcas, las madreñas, las antiparas y otras tales prendas, cuyo uso se origina más en la necesidad que en el capricho.

—¿A qué se llama antiparas?—preguntó Willy.

—La misma pregunta me hice yo hace algunos años leyendo esa palabra en una relación histórica escrita en el siglo XVI; pero tuve la suerte de encontrar la definición de ella en un libro del mismo tiempo. Antiparas son unas polainas sin avampíes.

CAPÍTULO XLII

AL pasar por Garcillán, camino de Santa María de Nieva, para donde habían salido muy temprano, se le ocurrió a D. Antonio María poner a prueba los conocimientos de Frasquito en el idioma

y le preguntó si sabía lo que significaba el nombre de ese pueblo. Frasquito se reconoció incompetente para contestar a la pregunta.

—Y a tí, Willy, ¿se te ocurre lo que puede significar Garcillán?

—A mí—contestó Willy—me parece nombre propio de persona, compuesto de dos: «Garci», contracción muy frecuente de García, como en Garci Pérez y Garci Laso, e «Illán», que es la forma más castellana del nombre «Julián».

—Pues has dado en el clavo, Willy. Se conoce que esta aldea la fundaría algún sujeto llamado Garci Illán, y le dió su nombre. Lo más común es que sean los pueblos y localidades los que den nombre a las personas; pero sucede a veces lo contrario: que son las personas quienes los dan a las localidades, y éste es uno de esos casos.

—Este nombre de Garcillán se parece bastante al de «Perillán», que está también compuesto de dos: «Per», contracción de «Pero» o «Petro», e «Illán»,—dijo Willy.

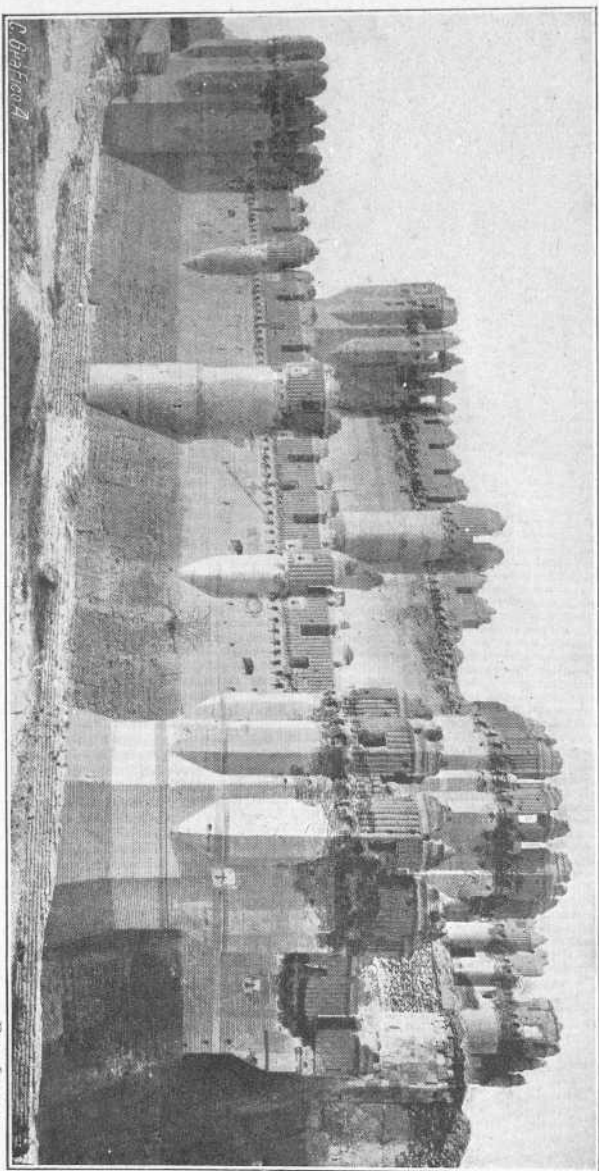
—Sin embargo,—dijo Frasquito,—«perillán» es nombre común, equivalente al de bribón o pillo.

—Probablemente se habrá originado esa significación de «perillán» en algún sujeto que se llamase así y que fuera un tunante de marca mayor. Ya ves: de «Quijote» y de «Lazarillo», que son nombres propios de personas, aunque fabulosas, se han hecho nombres comunes; quijote se dice de la persona muy puntillosa en cosas de honra, y lazarrillo, al conductor de ciegos.

Santa María de Nieva, adonde llegaron como a mediodía, era antes de 1399 una aldea pequeña; pero en ese año fundó allí la reina Doña Catalina de Alencastre, mujer de D. Enrique *el Doliente*, un convento de dominicos, en cuya iglesia se venera la imagen de Nuestra Señora de Nieva, descubierta pocos años antes por un pastor; y desde entonces se despertó tal devoción en todos los pueblos de la comarca, y aun de lejos de ella, por esa imagen y su santuario, que la aldea se convirtió en villa de relativa importancia, pues hasta se celebraron allí Cortes. Hoy también la tiene por los paños, aunque bastos, que en ella se fabrican.

—Por lo que veo,—dijo Sir Roberto a D. Antonio María,—la fabricación de paños es industria propia de toda esta tierra.

—Seguramente,—le contestó D. Antonio María.—De la antigua industria sólo ha sobrevivido lo primitivo y elemental de ella, así como



Alcázar

COCA (Segovia).—El Castillo

Fot. Lacoste

en otros pueblos, famosos en otro tiempo por sus fábricas de loza, se ha conservado la fabricación de cazuelas y pucheros de barro. Es natural que fuera la industria del paño propia de esta región, porque el ganado lanar fué y sigue siendo su principal riqueza. Todavía por aquí se hace una fiesta del esquileo.

A las tres de la tarde llegaron a Coca, villa antiquísima y de gran importancia en tiempo de los romanos, que conservó hasta bastantes siglos después, pero sin ninguna hoy. Merece atención su castillo, de estilo gótico y ejemplar notable de palacio fortificado de la Edad Media, y su iglesia parroquial de Santa María, en que hay varios sepulcros de caballeros del linaje de Fonseca, que fueron señores de la villa y de la no lejana de Alaejos. Ésta de Coca pasó después por herencia a los duques de Alba.

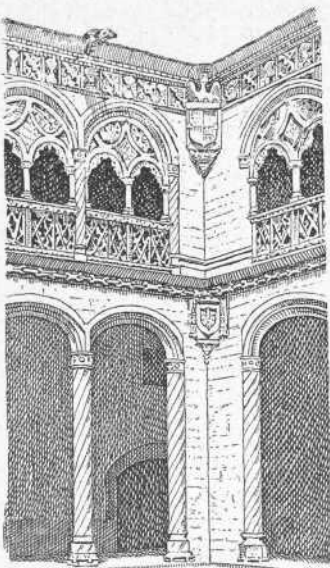
Fueron a pernoctar a Olmedo, villa de gran consideración en otro tiempo y famosa por las batallas que se riñeron en su campo en las guerras civiles de los reinados de D. Juan II y de D. Enrique IV. Tenía, a principios del siglo, siete parroquias y varios conventos. El retablo de la iglesia de San Andrés es notable, como de Berruguete, que fué quien lo hizo.

—No hay pueblo ninguno de toda esta región,—decía D. Antonio María a sus compañeros de viaje a la madrugada del día siguiente, yendo hacia Medina del Campo desde Olmedo,—cuyo nombre no suene frecuentísimamente en la historia castellana de los siglos XIV y XV, y principalmente en la del último. Ahí, a nuestra derecha, queda Valladolid, que no fué nunca capital de Castilla, como algunos mal enterados pretenden, pero sí lugar de muy ordinario paso y residencia de la Corte durante las minoridades de Fernando IV y Alfonso XI, y donde a cada momento entraban y salían los reyes siguientes, hasta mediados del siglo XVI. Ahí se casó D. Pedro el Cruel con la desgraciada Doña Blanca, murió en cadalso D. Álvaro de Luna, murió también Cristóbal Colón, y nació Felipe II. Un poco más adelante, y también a nuestra derecha, está Tordesillas, famosísima en la historia de las disensiones del reinado de D. Pedro el Cruel y en la de las Comunidades, largo tiempo adelante. También quedan por ese lado Torrelobatón, Villalar, Simancas. No tardaremos en llegar a Medina del Campo, villa que hoy nada tiene de particular, como no sea el recuerdo de haber muerto en su castillo de la Mota, que aun se conserva, la Reina Católica en 1504; pero que fué famosísima antes de Car-

los V por sus ferias, frecuentadas por mercaderes y negociantes, no sólo de España, sino de Francia, Alemania, Inglaterra, Flandes, Italia y otras naciones, y en que se atravesaban sumas de dinero increíbles. Data su decadencia de la guerra de las Comunidades, en cuyos principios fué quemada involuntariamente por Antonio de Fonseca. Natural de esa misma villa de Medina del Campo, e hijo de un regidor de ella, fué Bernal Díaz del Castillo, que a los diecinueve o veinte años de edad tomó parte como soldado en la conquista de Méjico, de

la que, ya viejísimo, escribió una historia que, por la minuciosidad en los pormenores y por la ingenuidad y llaneza del estilo, es uno de los libros más curiosos que pueden leerse, y del que dice Robertson que no hay otro semejante en lengua alguna. Ahí, a nuestra izquierda, y muy cerca, está Madrigal, donde nació en 1451 la Reina Católica, que vino a morir cincuenta y tres años después en Medina del Campo. Por cierto que Madrigal se distingue por dos particularidades: ser la única población de la corona de Castilla que, sin más título que el de villa, tuviera voto en las antiguas Cortes, y también la única en España, y quizás en el mundo, cuyo recinto, de antiguos muros, forme un círculo perfecto.

—Y dígame usted, padre, esta tierra por que vamos caminando, ¿pertenece al antiguo reino de Castilla, o al de León?



VALLADOLID.—Patio del Colegio de San Gregorio

—Están tan unidos ambos reinos desde hace muchos siglos, que se han confundido las fronteras que los separaban. Hoy puede decirse que los mismos habitantes de estos territorios no saben a cuál de ambos reinos pertenecen. En las geografías modernas, las provincias de Valladolid y Palencia se adjudican al reino de León; pero en el lenguaje corriente, no sólo se llama castellanos a los naturales de esas dos provincias, sino también a los de Salamanca. En la duda, he acudido a los historiadores antiguos, que son los únicos

que pueden decidir el punto. Garibay, que escribía en tiempo en que estaban más frescos que ahora los recuerdos de la época en que Castilla y León formaban Estados distintos e independientes entre sí, traza la raya entre ambos desde el Puerto de Llanes, en la costa de Asturias, hasta las fuentes del río Carrión, y desde ahí, sucesivamente por los cursos de ese río, Pisuerga y Duero, y por los de los riachuelos Trabancos (que él llama Ebán) y Regamón, hasta un lugar llamado Horcajo de Medianedo, por medio del cual pasa la susodicha raya, que va después por las cumbres de la Sierra. Según la cuenta de Garibay, Palencia y Valladolid son de Castilla; pero están precisamente en la raya; Simánkas y Tordesillas, de León, y lo mismo Palacios Rubios y Peñaranda de Bracamonte. Como quiera que sea, este terreno por donde andamos ahora es de Castilla; pero estamos tan cerca de León, que tardaremos muy poco en cruzar la raya.

CAPÍTULO XLIII

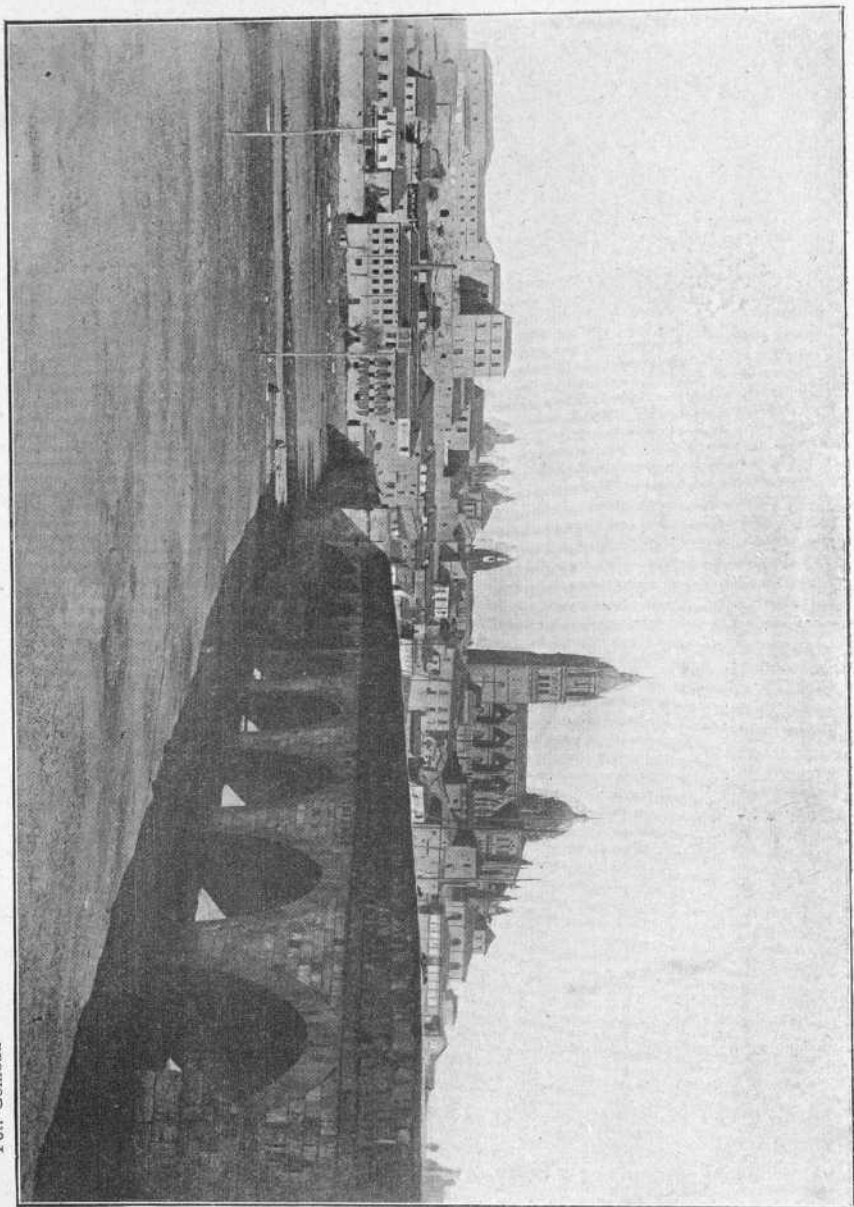
ESTAMOS en la famosa ciudad des Tormes, en Roma la Chica, en la Atenas de España, en la insigne, ilustre y sabia Salamanca, que por tantos siglos fué lumbrera del mundo. Aquí tenemos que permanecer muchos días, a pesar de la urgencia de que estemos en Galicia antes de Agosto; y aun así, apenas podremos ver sino muy por encima y de pasada sus monumentos.

Así les decía D. Antonio María a sus compañeros de viaje al tiempo de entrar en la ciudad. Se alojaron en una de las mejores fondas, donde, después de cenar, se acostaron, esperando con impaciencia el nuevo día para echarse a la calle.

Así lo hicieron a las primeras luces del alba. Llegaron a la plaza Mayor, que es, según fama, la más grande de España.

Ya comenzaba a haber gente por las calles y abrirse las tiendas, de las que hay más de ciento en los porches de la plaza, cuando se encaminaron nuestros amigos paso a paso hacia las catedrales; y lo digo así, en plural, porque hay dos en Salamanca, la vieja y la nueva colindantes y en mutua comunicación.

La nueva es del siglo XVI, y comparte con la de Segovia el privilegio de ser la última de estilo gótico erigida en España, por lo que



SALAMANCA.—Vista de la ciudad desde el puente romano sobre el Tormes

Fot. Gombau

tiene mucho de plateresco en los detalles. El mismo Juan Gil de Hontañón, autor de la de Segovia, trazó los planos de ésta.

—Aquí tienes buena ocasión—dijo D. Antonio María a Frasquito—de estudiar y comparar los órdenes de arquitectura románico y gótico en estas dos catedrales; porque la vieja es románica, aunque del último período de ese estilo, cuando ya tocaba en gótico, y la nueva, gótica, aunque también es de su último período, cuando tocaba ya en plateresco. Aunque la catedral nueva es magnífica, ofrece más interés la vieja, a juicio de los arqueólogos. A ella se refieren aquellos conocidos versos latinos:

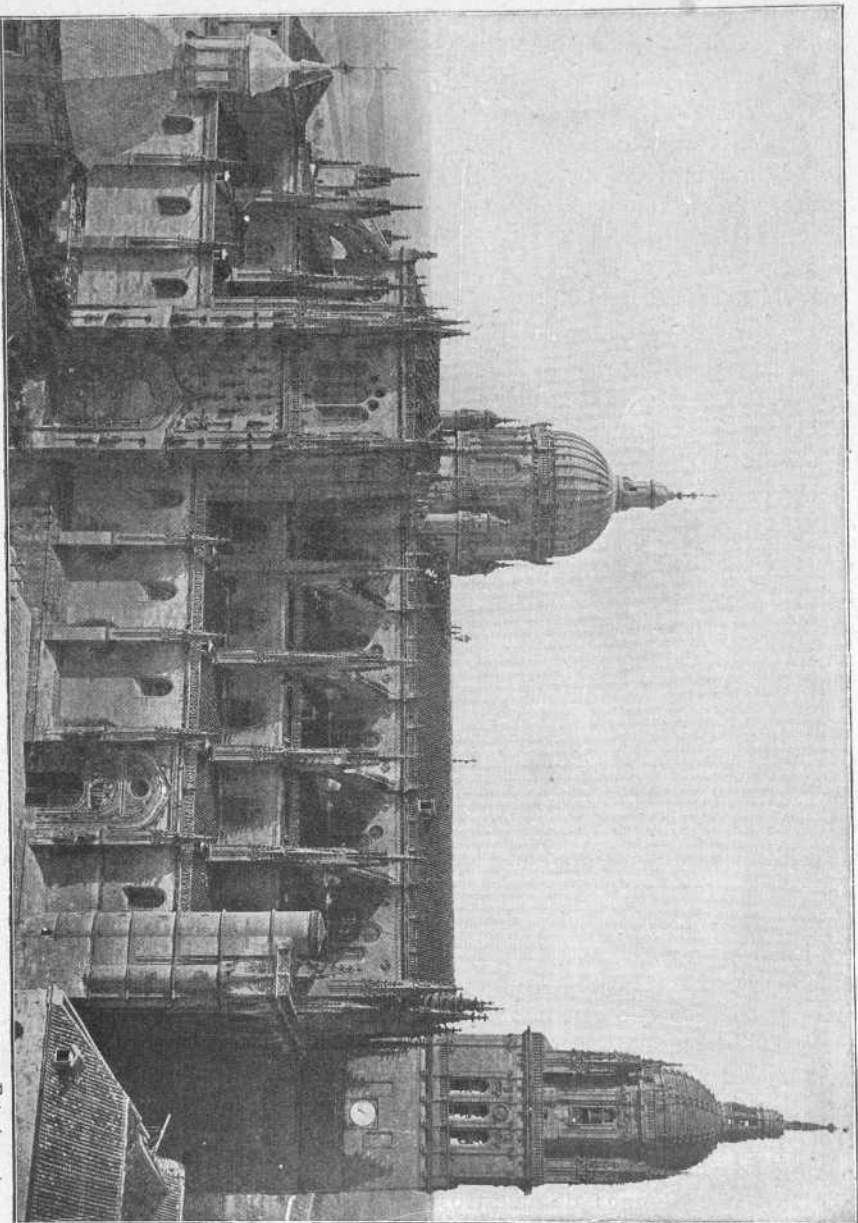
«Dives Toletana, Sancta Ovetensis,
Pulchra Leonina, Fortis Salamantina»

en que se la llama fuerte; y con razón, porque, con sus muros almenados y sus torres y cúpulas cubiertas de escamas, parece un castillo.

El gallardo domo sostenido en diáfanas arcadas, flanqueado por cuatro esbeltos pináculos, que corona el crucero, es obra muy original y de gran mérito por los difíciles problemas de construcción resueltos que representa; así lo dice Edmundo Street, autor inglés de un tratado muy apreciable sobre arquitectura gótica en España.

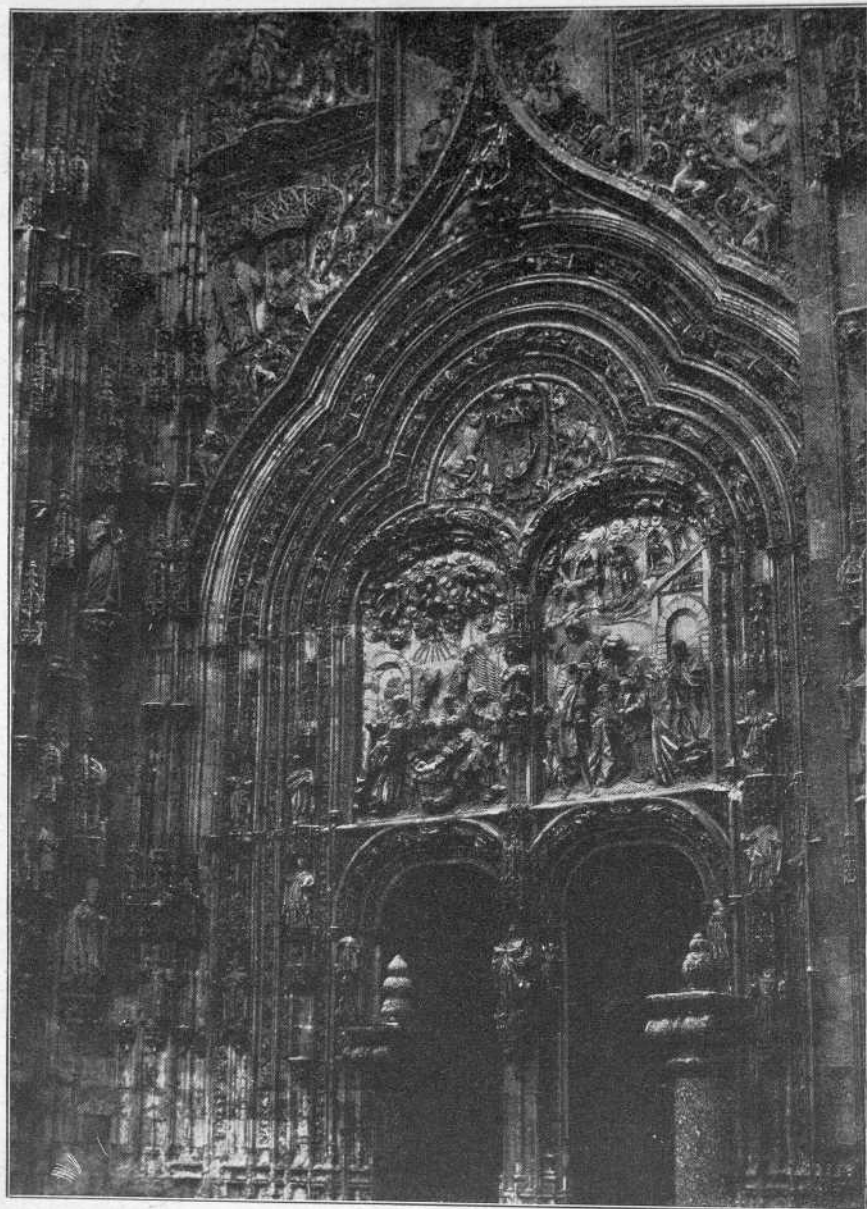
Comenzóse la catedral vieja en 1102, siendo obispo de la ciudad, y a un mismo tiempo de la de Zamora, aquel D. Jerónimo, confesor del Cid, a quien había hecho ese caudillo obispo de Valencia cuando la conquistó en 1098.

—De este D. Jerónimo—dijo D. Antonio María—han hecho algunos historiadores mal advertidos un obispo «Visquío», que no hubo nunca, interpretando por nombre propio la palabra «visquío», pretérito pasado antiguo del verbo «vivir», que se lee delante de su nombre en la crónica del Cid. Las palabras de la crónica son éstas: «El obispo D. Hieronymo visquió buena vida et honesta»; y de ese «visquío» han hecho apellido de D. Jerónimo los dichos historiadores, y de ellos ha pasado ese error a otros más modernos. No es el único caso de tales equivocaciones en nuestra historia, porque también hace papel en ella cierto moro «Aceipha», que no tuvo más existencia real que el obispo Visquío, habiendo nacido ese otro error de la palabra árabe «aceifa», empleada en su significado de «hueste o ejército» por algunos de nuestros antiguos cronistas latinos, e inter-



SALAMANCA.—La Catedral, vista desde el Seminario

Fot. Lacoste



Fot. Lacoste

SALAMANCA.—La Catedral. Puerta del Nacimiento



pretada como nombre propio por algunos que los siguieron. Cierta rey godo «Acosta» que algunos historiadores suponen, es otro personaje cuya fabulosa existencia se originó en las primeras letras de Constantino y la última de la palabra precedente, que se ven en algunas borrosas medallas bizantinas; y por último, recuerdo también haber visto en cierta historia del Perú, escrita por un Fulano de Xerez, como nombre propio de un inca, el de «Cuzco», de la ciudad así llamada.

Un siglo tardó en construirse la catedral vieja. Hay en ella accesorios de estilo gótico, especialmente en los sepulcros, que son muchos los que tiene, y algunos soberbios; pero, a pesar de ello, y de ser apuntados los arcos principales, la iglesia es de estilo románico.

El claustro, que haría muy buen papel en la ciudad más artística de Italia, es interesantísimo. Él fué la cuna de la celeberrima Universidad, que se albergó allí hasta que en el reinado de D. Alfonso XI dejó de depender del obispo y se hizo pontificia.

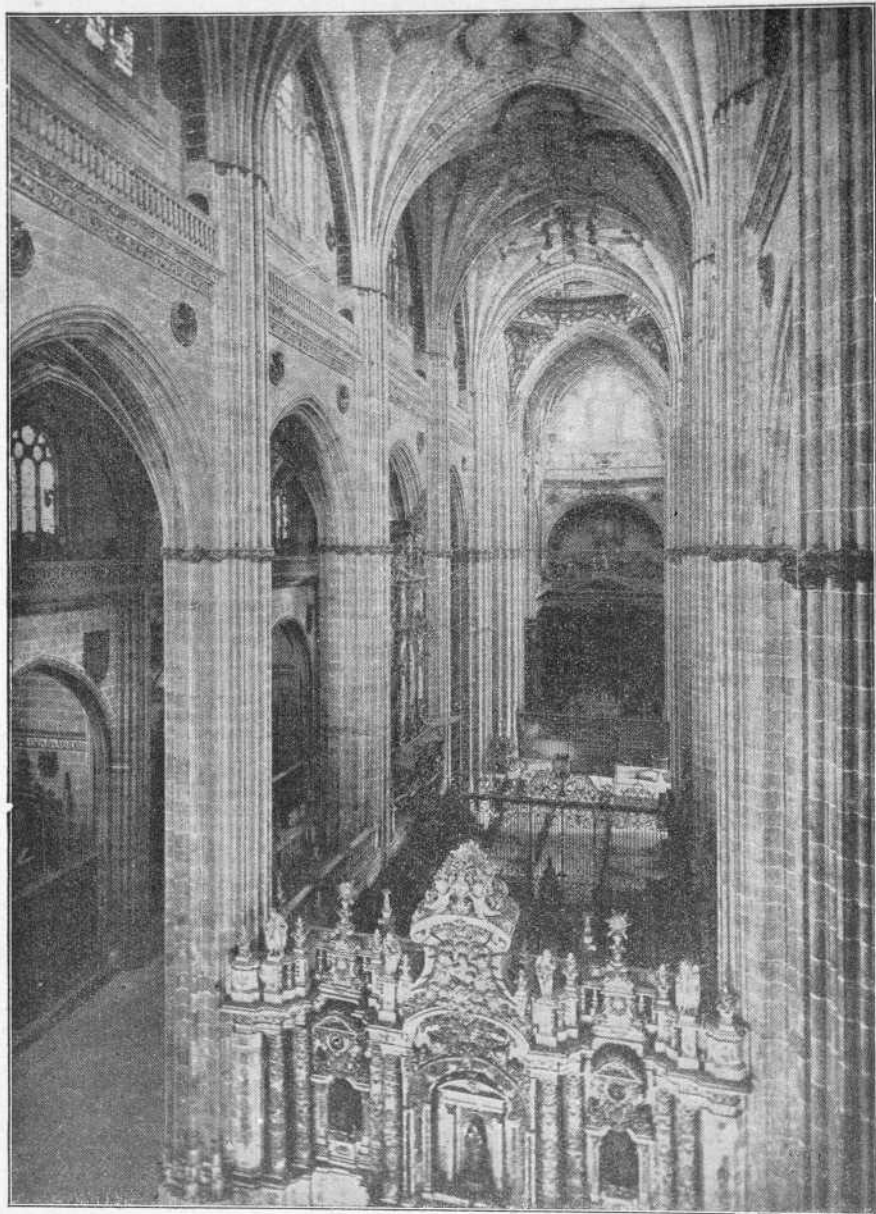
En su capilla de Santa Bárbara se conferían hasta hace muy poco los grados mayores; en otra, llamada «del doctor Talavera», se siguen celebrando los oficios conforme al rito gótico o muzárabe; en otra tercera, la «del Canto», se celebraron concilios; en una cámara que da también al claustro se verificó el proceso contra los Templarios, que fué fallado por quince obispos.

Todo el claustro y sus capillas están llenos de sepulcros admirables, entre los cuales merecen citarse los del obispo D. Juan Lucero, de D. Gutierre de Monroy y su mujer doña Constanza de Anaya y de don Diego de Anaya, fundador del colegio de San Bartolomé, uno de los muchos que hay en Salamanca, el cual sepulcro está sostenido por ocho leones y rodeado de una reja de hierro de labor prodigiosa.

Desde la catedral vieja se trasladaron nuestros amigos a la nueva, que está inmediata, y por la que ya habían pasado antes sin detenerse. Es del estilo gótico florido, que precedió al plateresco.

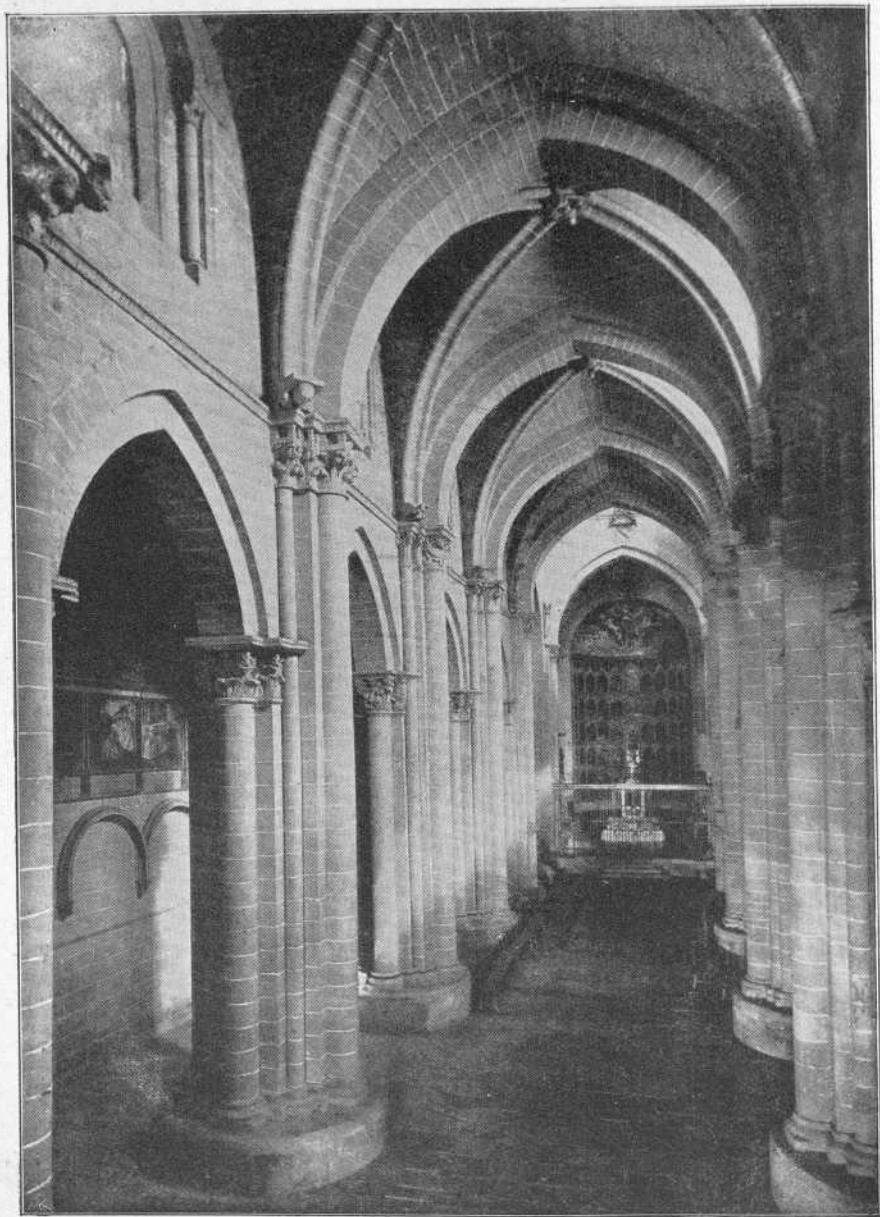
En sus fachadas se ven centenares de estatuas. La más notable es la de Poniente, cuya portada, obra de Juan de Juni y de Gaspar Becerra, es digna de los mayores elogios. En la fachada norte está la puerta «de las Palmas», en la cual la entrada de Cristo en Jerusalén que la adorna es un prodigio de escultura.

Más de doscientas agujas o pináculos coronan la fábrica, que presenta admirable perspectiva desde dondequiera que se la mire.



Fot. Lacoste

SALAMANCA.—Nave principal de la Catedral



SALAMANCA.—Nave mayor de la Catedral Vieja Fot. Lacoste

Un viaje por España

Su interior tiene el aspecto grandioso e imponente de las grandes iglesias góticas. No acabaría nunca si hubiera de describir sus innumerables capillas, altares, verjas, retablos, cuadros y sepulcros.

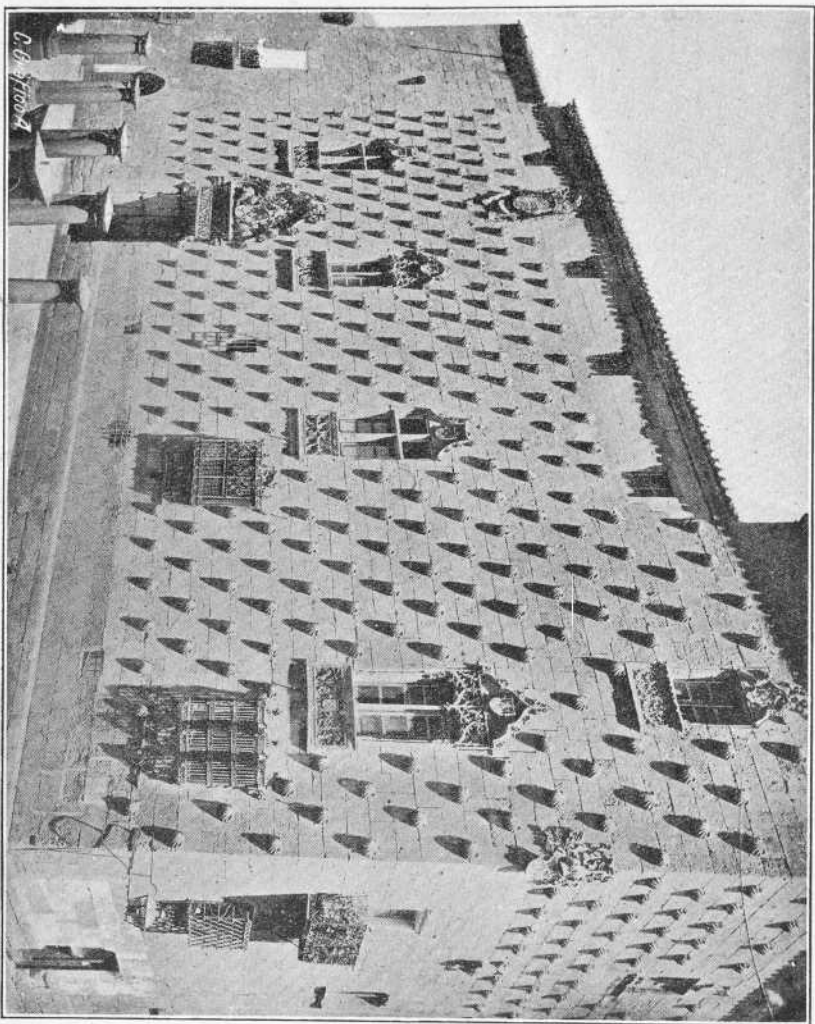
Detrás del altar mayor de la capilla del Carmen está el sepulcro del obispo D. Jerónimo, trasladado allí desde la iglesia vieja, así como un crucifijo, llamado «el Cristo de las Batallas», que se dice llevaba a guisa de estandarte cuando iba con el Cid en sus empresas guerreras. Es una obra ruda, de madera oscura, pero ejemplar muy interesante de escultura del siglo XI. En la sacristía hay otro, llamado «Cristo Chico del Cid», que llevó también a Salamanca el obispo don Jerónimo, y que, según dicen, llevaba el Cid pendiente del arzón de la silla. Este es de bronce y de estilo bizantino.

CAPÍTULO XLIV

PERO qué distinto es todo esto de Andalucía, y hasta de Extremadura y aun de Madrid!—decía Sir Roberto conforme se dirigían por las calles en busca de la casa llamada «de las Conchas», que es una de las curiosidades de Salamanca que señalan todas las guías.

—¡Parece que estamos en otro planeta!

—Es que ustedes los extranjeros—le contestó D. Antonio María—tienen ideas muy equivocadas de España; y ahora todavía más falsas que hace siglos, por la manera de viajar. Antes se viajaba, poco más o menos, como lo hacemos nosotros, y se tenía más tiempo y ocasiones de estudiar el país, poniéndose en contacto con sus moradores de todas clases y condiciones; mientras que ahora, viéndolo todo al paso del tren, sólo se conocen los puntos extremos del camino, y éstos muy mal. Además, suelen traer los viajeros llena la cabeza de conceptos erróneos, divulgados por los que los precedieron, y que contribuyen a hacerles ver las cosas por un prisma falso y engañoso. Quien visita por primera vez un país sin noticia ninguna de él, está en mejores condiciones para conocerlo que quien va a él con noticias adquiridas en lecturas y conversaciones; porque en el primer caso sufrirá los efectos de sus propias equivocaciones, y en el segundo, de las suyas y de las ajenas.



C. G. B. 1004

SALAMANCA.—Casa de las Conchas

Fort. Laoste



SALAMANCA.—La Clerecía. Fachada

Fot. Gombau

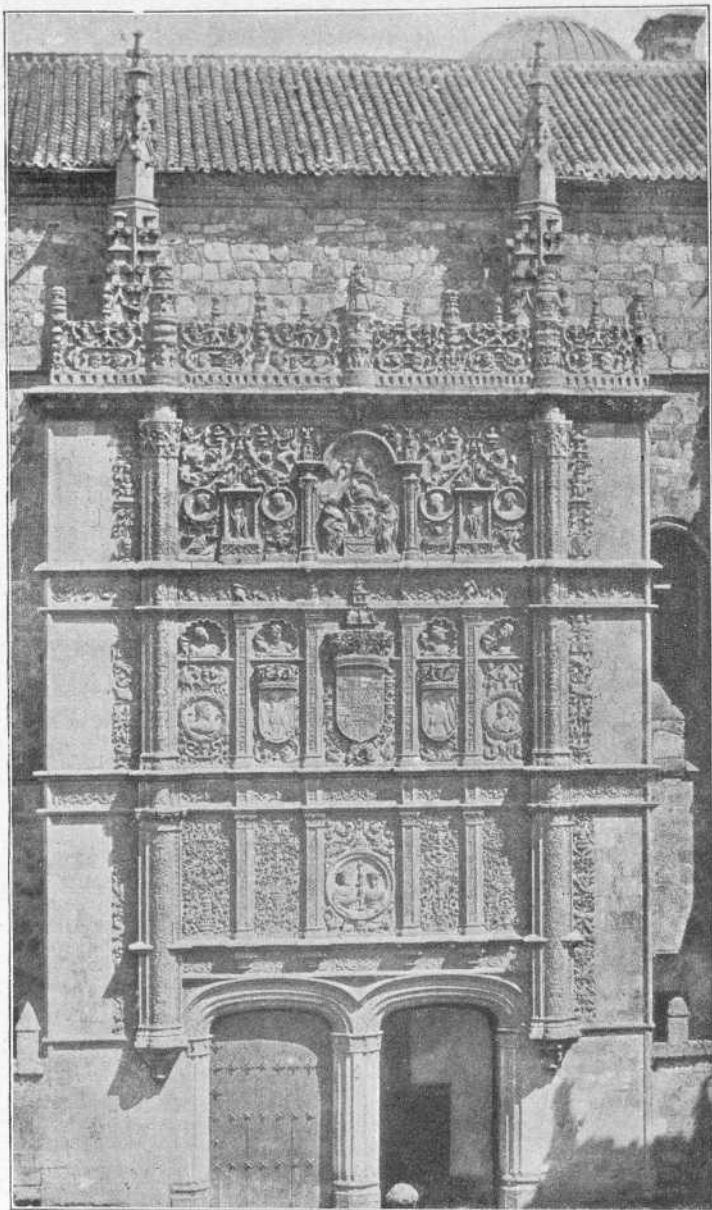
Así hablando, iban por la calle de la Rúa, que es una de las más típicas de Salamanca. Todo en ella es curioso y lleva al espectador a otros siglos: la gente, las casas y las tiendas, llenas éstas de objetos que llamaban en alto grado la atención de Sir Roberto y de las cuales adquirió unas lindas arracadas de filigrana de oro, que podrían figurar muy bien en cualquier museo de artes retrospectivas.

Llegaron, por fin, a la «Casa de las Conchas», así llamada por las de piedra en alto relieve que adornan su fachada, y que al proyectar su obra sobre el pulimentado muro cuando lo hieren los rayos del sol, producen singular efecto. Es difícil formarse idea de la elegancia de ese edificio de otra manera que viéndolo. Sus ventanas, dos de las cuales llevan columnillas en medio a modo de ajimeces; la línea de las afiladísimas esquinas; los herrajes de la puerta, tam- los escudos con las cinco flores de lis de los Maldonados, que rompen bién figurando conchas, y el precioso patio de estilo gótico, son del más delicado gusto artístico.

La Clerecía o iglesia y convento de los jesuítas, que está enfrente, es un edificio colosal. Sólo las llaves de sus diferentes habitaciones y dependencias pesan diecinueve arrobas. Es el edificio más grande que posee en España la Compañía de Jesús. Su iglesia, lo mismo que todo él, pertenece a ese estilo greco-romano modificado en sentido barroco, que se conoce con el nombre de *jesuítico* y que no puede recomendarse por lo elegante ni artístico.

La Universidad es una de las maravillas de Salamanca. Su fachada es el triunfo del estilo heráldico y decorativo: sólo el verla merece la pena de que un arquitecto haga un viaje a Salamanca. Es del tiempo de los Reyes Católicos, de estilo plateresco, y en ningún caso cuadra mejor ese nombre, porque es una filigrana de plata, que honraría a Benvenuto Cellini, hecha de piedra.

La Universidad, más que un edificio, es un barrio, pues tiene inmediatos a él el Instituto y las Escuelas Menores. Mejor debiera decirse que la Universidad era la ciudad entera, siendo innumerables los colegios incorporados que había en sus ámbitos. Entre ellos se contaban cuatro *Colegios Mayores*; cuatro de las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y San Juan de Jerusalén; ventiún *Colegios Menores* y dos *Seminarios*, casi todos los cuales ocupaban sendos edificios, magníficos, con sus iglesias correspondientes y con numerosas dependencias, de los cuales algunos subsisten.

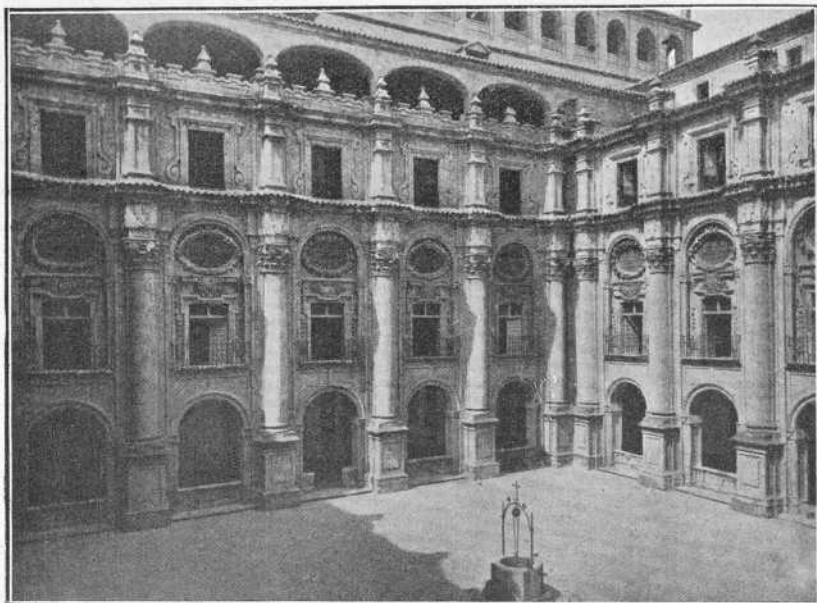


Fot. Lacoste

SALAMANCA.—Fachada de la Universidad

Biblioteca Perla

Había en 1569 setenta cátedras en la Universidad de Salamanca. A ocho mil solía llegar por ese tiempo el número de los estudiantes, y aun algunos años hubo hasta doce mil. Pero ningún dato puede dar idea de la actividad intelectual de Salamanca en los siglos pasados como el de haber allí, a principios del XVI, nada menos que cincuenta imprentas y ochenta y cuatro librerías. Así lo dice D. Antonio Agustín, testigo del hecho.



Fot. Gombau

SALAMANCA.—Patio del Seminario Conciliar

Al hacerse pontificia la Universidad en el reinado de D. Alfonso XI, trocó la dirección del obispo por la del papa, cuyo delegado vino a ser el maestro-escuela de la catedral, que ejercía al mismo tiempo el cargo de cancelario de la Universidad. Él confería los grados, y era, por delegación del papa y del rey, juez eclesiástico y civil, no siendo el rector sino director administrativo y económico del Establecimiento. Por eso en la Capilla Pontificia de la Universidad no se

pedía (ni se pide hoy, obedeciendo a la costumbre), por el obispo, sino por el papa y por los doctores de las Facultades. Cada nuevo papa comunicaba a la Universidad su elección por carta especialmente dirigida a ella. Marchaban tan de acuerdo en aquellos tiempos la religión y el saber, que la Universidad era una institución tan eclesiástica como civil. Los doctores de Salamanca tenían asiento en el coro de la catedral, y los canónigos, en los actos universitarios.

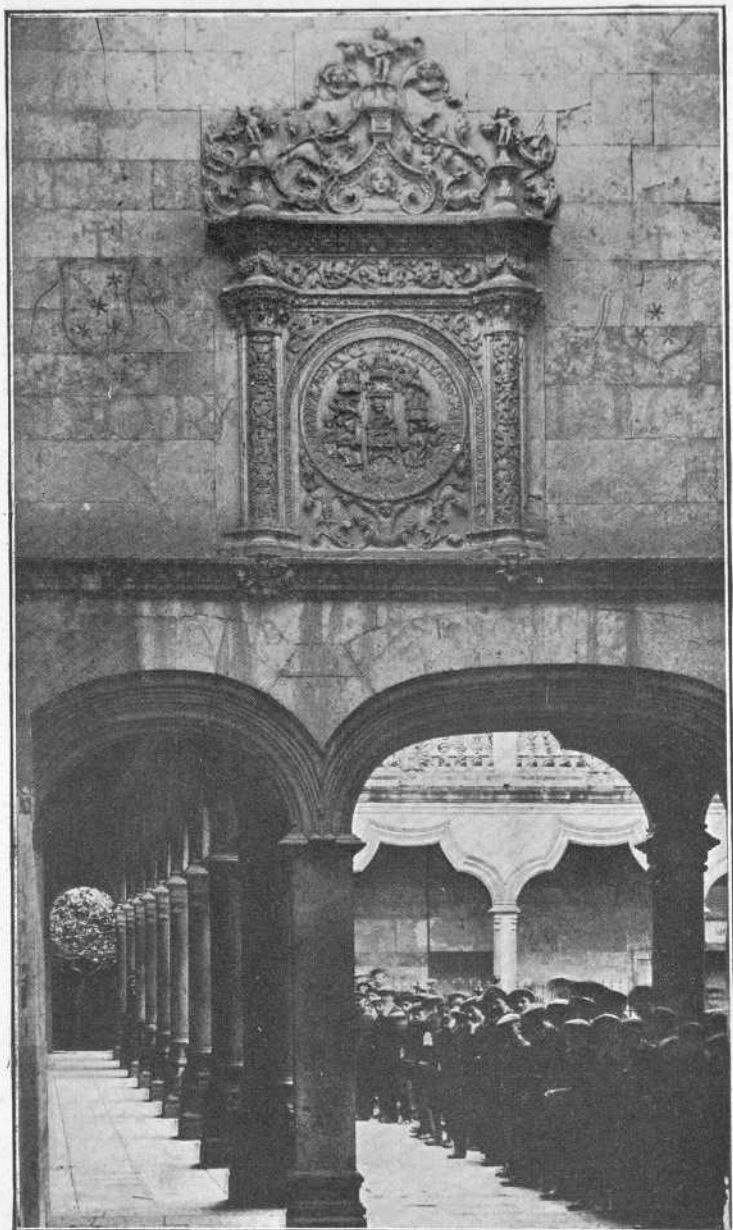
Sobre tales asuntos relativos a la Universidad iban hablando don Antonio María y Sir Roberto conforme recorrían sus aulas y claustros, cuando, habiendo oído Willy decir a D. Antonio María que hasta el reinado de Felipe II se habían siempre provisto las cátedras por sufragio de los estudiantes, como también los puestos de consiliarios, dijo:

—No me sorprende ese sistema, porque es el que se sigue hoy en nuestras universidades de Oxford y Cambridge; pero confieso que no entiendo cómo los que ignoran una materia pueden discernir quién sabe lo bastante de ella para enseñarla.

—Pues no sé cómo no entiendes que los estudiantes puedan acertar en la elección de sus catedráticos, cuando se acepta hoy que los pueblos pueden elegir sus representantes, que han de tratar y resolver mil asuntos y problemas tan arduos, que seguramente no están al alcance de los más de los que les dieron sus votos.

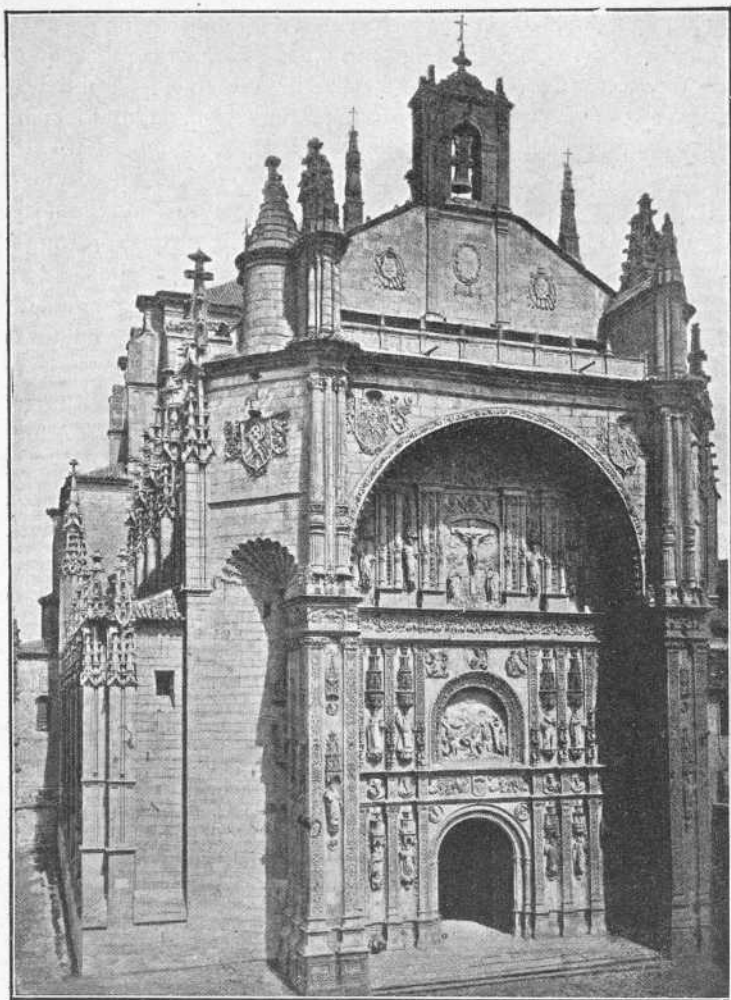
—Ni tampoco, generalmente, al de los mismos representantes que los discuten y resuelven,—dijo Frasquito.—Le digo a usted eso, padre, porque le he oído quejarse muchas veces de lo que se pierde el tiempo en las Cortes hablando de nimiedades, y de la poca atención que se concede en ellas a las cosas que interesan al país, las cuales se tratan entre los bostezos de los pocos diputados y senadores que se quedan sentados en los escaños, porque los más de ellos abandonan la sala y sólo acuden cuando llega el momento de votar; lo cual hacen sin conciencia de lo que hacen y obedeciendo a las órdenes que reciben de los jefes de los partidos, quienes tampoco toman por guía de sus actos el interés público.

—Efectivamente, me he expresado así muchas veces, y con razón. Pero ¿sabes tú quién tiene la culpa de que haya llegado a tal punto la deficiencia de las Cortes en el cumplimiento de su misión, que esté ya desacreditado en el concepto de muchos el régimen parlamentario? Pues el pueblo mismo y, particularmente, aquellos elementos



SALAMANCA.—Instituto

Fot. Gombau



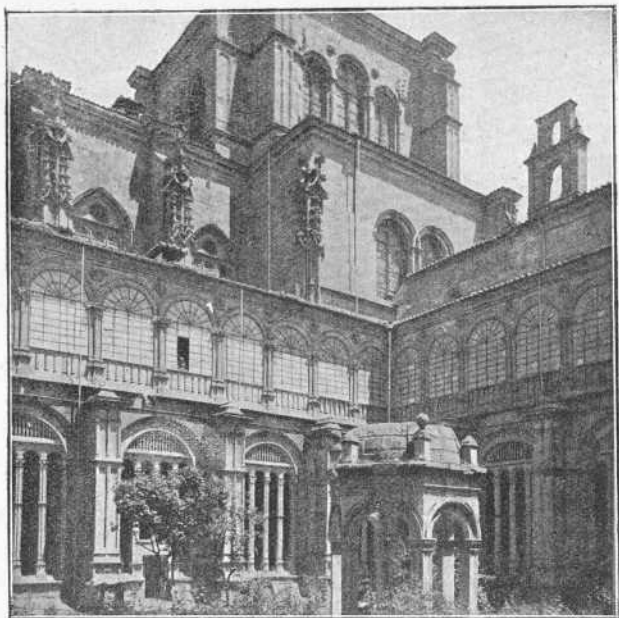
SALAMANCA.—San Esteban

Fot. Gombau

de él que, por su riqueza, su ilustración, su cultura y su conocimiento de los hombres y de las cosas, debieran interesarse directa y activamente en los asuntos públicos, y que, en vez de hacerlo así, los abandonan en manos de quienes hacen de la política una profesión y un modo de vivir. Has de tener muy presente, Frasquito, que en el régimen representativo, que cuando funciona bien es tan bueno como cualquiera otro (porque, en realidad, no hay sistema malo cuando se le emplea como se debe), no gobiernan los pocos que están al frente de los departamentos de la Administración pública, sino que gobernamos todos por medio de los representantes que mandamos a las Cortes. Pero si las clases sociales llamadas directoras, porque deben dirigir y guiar a las que pueden y saben menos que ellas, se retraen y se meten en su casa y se desentienden de los negocios públicos para dedicarse exclusivamente a los suyos particulares, dejan de ser tales clases directoras, para convertirse en dirigidas: ¿y por quién? pues por elementos nada sanos, que, al ver abandonada función tan importante como la representación del país en las Cortes, se apoderan de ella y se hacen señores y dueños del Reino. El mal ya sé que es muy complicado, teniendo de él no poca culpa el poco contacto que hay en España entre el pueblo laborioso y las clases pudientes, por el predominio de la vida urbana sobre la rústica, predominio que nunca podrá deplorarse tanto como merece, por lo funestísimo de sus consecuencias. Todos debemos hacer cuanto esté en nuestra mano por ponerle remedio. Yo he tratado de ponérselo en cuanto he podido, estableciéndome en medio de mis propiedades, rodeado de mis colonos y arrendatarios, y consagrándome a su mejoramiento moral y material, que es a la vez el mío propio. Si todos los españoles que pueden hacer lo que yo lo hicieran, otra sería la suerte de nuestro país; pero aun los que no pueden, todavía tienen en su mano muchas maneras de contribuir a remediar los males públicos, y una de ellas es tomando en la política la participación que el régimen les atribuye, y sin la cual no puede funcionar ese régimen debidamente. Todos deben votar en las elecciones, y nunca hacerlo para salir del paso, como es muy frecuente, obedeciendo a las primeras influencias que se ejercen sobre su voluntad, sino muy a conciencia, como procederían si se tratase de lo que más tocara a su interés particular. Ante todo, hay que desconfiar mucho de los que lo muestran muy grande en ser elegidos; porque el verdadero mérito va siempre junto

Un viaje por España

con la modestia y con la repugnancia a exhibirse. Pero, volviendo al asunto que ha motivado esta digresión, te diré que no sólo en las Universidades de Oxford, Cambridge y Salamanca se nombran o nombraban los catedráticos por sufragio de los estudiantes, sino también en las de París, Tolosa, Bolonia, Praga y demás Universidades



Fot. Gombau

SALAMANCA.—Claustro de San Esteban

antiguas, porque todas estaban cortadas por el mismo patrón. Todas ellas se habían modelado sobre la de París, que, discurrendo con imparcialidad, hay que convenir en que fué la más antigua. Comenzó en 1200 bajo Felipe Augusto, y muy poco después, y para mí a imitación suya, se fundaron las de Oxford, Valencia, Salamanca, Tolosa y otras varias.

CAPÍTULO XLV

POCO descansaron nuestros amigos en los varios días que estuvieron en Salamanca.

Un día estuvieron en el Colegio del Arzobispo, así llamado por su fundador, D. Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, cuyo escudo campea en la fachada del edificio, obra maravillosa del arte plateresca, como tantos otros que hay en esa ciudad monumental.

El inmenso patio, obra de Berruguete, Alonso de Covarrubias y Pedro de Ibarra, con elegantísimas pilastras y columnas y ciento veintiocho admirables medallones con las enjutas de los arcos, es digno de la fachada. También es de Berruguete el retablo de la capilla.

Hospédanse en ese Colegio los estudiantes irlandeses que, por costumbre tradicional no interrumpida desde que Felipe II fundó para ellos el Colegio de San Patricio, que estaba antes en otro edificio, vienen a Salamanca a seguir la carrera eclesiástica. Hay allí siempre diez o doce.

Para ir a ese Colegio, que está en una altura, se atraviesan vastos escampados, en que había antes barrios enteros, destruidos por los franceses en la guerra de la Independencia, parte para construir reductos y fortalezas, parte para utilizar las maderas como combustible.

En esos barrios, que ocupaban casi una tercera parte de la ciudad, estaban el magnífico monasterio de San Vicente, los de San Cayetano, San Agustín, la Merced, la Penitencia y San Francisco, y los espléndidos Colegios Mayores de Cuenca, Oviedo, Trilingüe y del Rey.

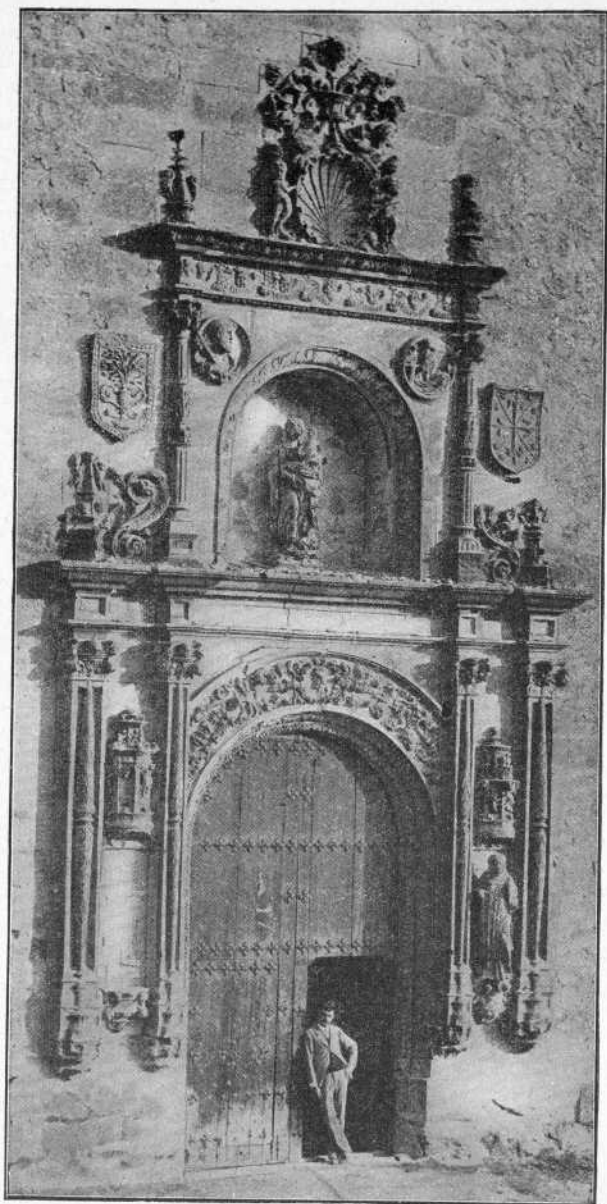
El duque Wellington, que tomó por asalto el 27 de Junio de 1812 las fortificaciones construidas por los franceses con las ruinas de esos monumentos, decía con fecha 18 del mismo mes:

«El enemigo evacuó el 16 a Salamanca, dejando guarnecidas las fortalezas que había edificado sobre las ruinas de trece conventos y veintitantos colegios que había en este emporio de ciencia.»

Y con fecha 10 de Febrero del año siguiente:

«He sabido que el enemigo destruyó más colegios y grandes edificios de Salamanca para quemar sus vigas y demás maderas.»

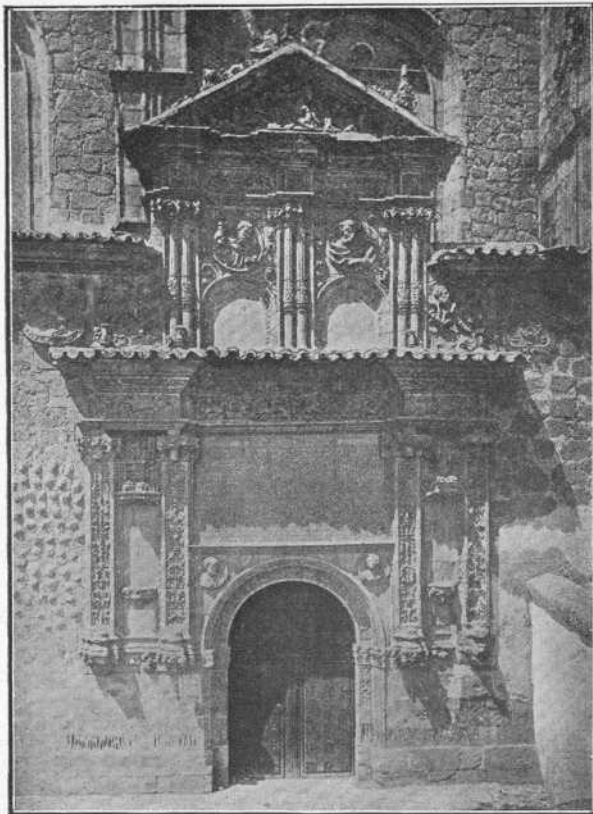
Alude aquí, sin duda, a la ruina y feroz venganza que tomaron los franceses de sus derrotas en la noche del 15 de Noviembre de 1812.



Fot. Gombau

SALAMANCA.—Portada del Convento de las Dueñas

«La verdad es—dice Mesonero Romanos en sus *Memorias de un setentón*—que la antiquísima y monumental ciudad había sucumbido casi en su mitad, como si un inmenso terremoto, semejante al de Lisboa a mediados del pasado siglo, hubiese querido borrarla del mapa.»



Fot. Gombau

SALAMANCA.—Sancti-Spiritus

Pasando entre la catedral y el Colegio Viejo, se llega muy pronto al de Santo Domingo, llamado más comúnmente de San Esteban, porque sustituyó a la iglesia de este nombre, destruida en 1256 por una riada. Es un magnífico edificio gótico y de los más ricamente ornamentados que hay, no en España, sino en el mundo. Tiene un claustro digno del edificio. Una larga galería conduce a la cámara llamada *De profundis*, donde se dice que Colón presentó por primera vez su proyecto a la comunidad del

convento y a los doctores de la Universidad allí reunidos.

—Como estaba muy divulgada la noticia de que fué mal acogido ese proyecto por la asamblea de doctores y de frailes daminicos reunida para examinarlo, bueno es qu les advierta a ustedes—dijo don

Un viaje por España

Antonio María—que es completamente falsa, como tantas otras que pasan por moneda corriente en la Historia. El proyecto fué benévolamente recibido por todos, y hasta con entusiasmo por los dominicos, que fueron de allí en adelante los mayores protectores de Colón. Él mismo nos lo dice en estas palabras, que nos ha transmitido el Padre las Casas:



Fot. Gombau

SALAMANCA.—Convento de las Dueñas. Claustro

«A fray Diego de Deza y al convento de San Esteban o de Santo Domingo de Salamanca debieron los Reyes Católicos las Indias.»

Por eso debió de poner por nombre Santo Domingo a la primera ciudad que se fundó en las Indias.

—¿Y a qué vino Colón a Salamanca?—preguntó Willy.

—Porque estaban aquí los Reyes Católicos. Estuvo alojado en este mismo convento durante el invierno de 1486 a 1487, que permaneció en esta ciudad.

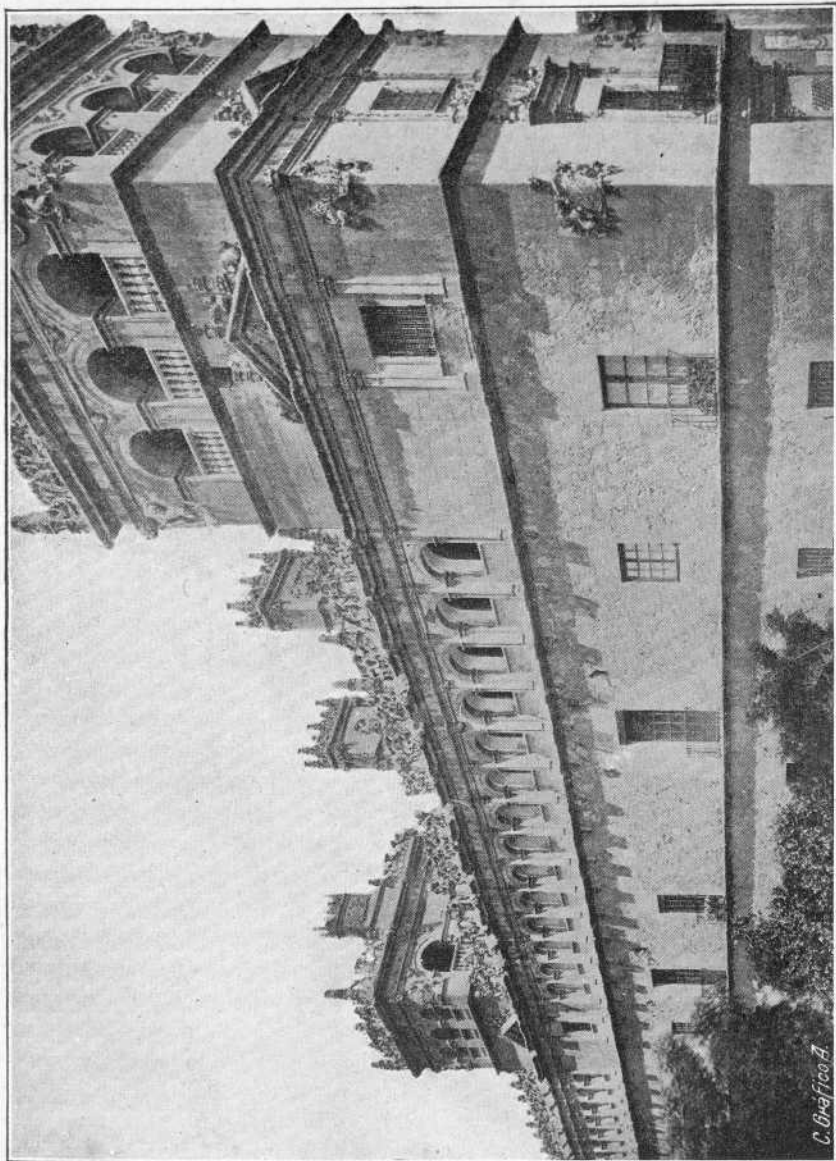
Desde el convento de Santo Domingo se baja al río pasando por un barrio arruinado, que ocupa el lugar en que estuvo hasta el tiempo

de Enrique IV el antiguo alcázar. Por allí cerca estuvo también en otro tiempo la Judería. El puente, que tiene 176 metros de longitud, consta de veintiséis arcos, de los cuales los primeros quince, contando desde la ciudad, son romanos, y los once restantes, del tiempo de Carlos V.

La ciudad, vista desde el otro lado del río, ofrece soberbio aspecto con sus antiguas murallas, torres y monumentos. La piedra de que están construidos sus principales edificios procede de Villamayor, distante como una legua. Se deja trabajar como cera cuando está recién sacada de la cantera, y después adquiere dureza diamantina.

En otros paseos que dieron nuestros viajeros por la ciudad, vieron la esbelta y elegante *torre del Clavero*, así llamada por haberla edificado en 1484 D. Alonso de Monroy, clavero de Alcántara. Es octógona, con sendas garitas coronadas por capiteles en lo alto de sus ocho caras, que le dan el aspecto más gentil y aéreo que puede imaginarse. Pertenecía antes a un edificio que ha desaparecido, dejándola aislada. Vieron también el convento de las Dueñas, de preciosa portada plateresca; el de Agustinas Recoletas, cuya iglesia greco-romana es de mucho mérito; el de las Bernardas; el del Espíritu Santo, que tiene una soberbia techumbre sobre el coro y un magnífico retablo en el altar mayor; la curiosa iglesia de San Marcos, de planta circular por fuera y con tres ábsides por dentro; la de San Martín, con sus dos hermosas portadas; el colegio de la Orden de Calatrava, la iglesia de Santo Tomás de Cantorbery, la preciosa casa llamada «de la Salina», con su admirable fachada plateresca y su espléndido patio; la casa del Marqués de Cerralbo, en que se alojó el duque de Wellington, también notable por la portada y los medallones que decoran el patio; la casa llamada *de las Muertes*, por las calaveras de piedra que tenía antes en la portada, y siempre notable por su primorosa fachada de estilo plateresco, y el palacio de Monterrey, también de estilo plateresco, que sirvió de modelo al edificio que se construyó para pabellón español en la Exposición de París de 1867. No se cansaban nuestros amigos de andar de ceca en meca por la ciudad viendo obras maestras de las artes.

—Más que tal edificio o cuál iglesia, me sorprende a mí el aspecto monumental y grandioso de algunos barrios de la ciudad,—decía Sir Roberto.—¡Qué severa grandeza en las fachadas, qué perfección en las esculturas, qué gallardía en las columnas y arcos, qué elegancia



Fot. Lacoste

SALAMANCA.—Casa de Monterrey

en los perfiles de las portadas y balconajes, qué finura y delicadeza en todas las líneas de la arquitectura! Es un conjunto que infunde veneración y respeto: verdaderamente, merece esta ciudad el nombre de «Roma la Chica».

CAPÍTULO XLVI

POr la mañana montaron todos a caballo y se encaminaron hacia los Arapiles. Sabido es que así se llaman dos mogotes o eminencias que hay en el campo que cae como una legua al este de la ciudad al otro lado del río.

—Vamos, Willy,—le dijo D. Antonio María:—cuéntanos la batalla con todos sus preliminares.

Willy, conforme recorrían el campo e iban pasando por esta y la otra aldea de las varias que en él hay y que jugaron papel más o menos importante en la batalla, refería hechos y episodios de ella, que había sabido por su abuelo. Al mismo tiempo hizo una minuciosa relación de todas las operaciones que la precedieron desde que, ganadas las ciudades de Badajoz y Ciudad Rodrigo por el duque de Wellington, se internó éste en tierra de España, y, después de tomar las fortificaciones de Salamanca, se dirigió en busca de Marmont, que se había refugiado tras del Duero; pero yo, para abreviar palabras, diré aquí en muy pocas lo que Willy refirió muy detenidamente y con mil pormenores.

En los primeros días de Junio de 1812, lord Wellington, que ya había tomado a Ciudad Rodrigo y a Badajoz, pasó el arroyo Águeda y se encaminó a Salamanca, donde, para ponerse en defensa, había hecho el general francés Marmont todos los estropicios que ya se han dicho. Al saber éste la aproximación del duque, dejó mil hombres de guarnición en las fortalezas de la ciudad y se retiró a poca distancia de ella para dar calor con su presencia a sus defensores y estar a la expectativa vigilando los movimientos del enemigo. El mismo día que Marmont evacuó la plaza, que fué el 16 de Junio, se presentó Wellington ante ella, y habiendo visto que las fortificaciones que habían dejado los franceses requerían un ataque en Ciudad Rodrigo. El 27, después de batirlas en brecha, se apoderó

de ellas, poniendo a Marmont en el caso de refugiarse tras del Duero, que pasó por Tordesillas, extendiéndose por la orilla derecha con su ejército, mientras Wellington se mantenía en la izquierda, pudiendo ambos ejércitos verse y observar mutuamente sus movimientos, por lo despejado del terreno.

Pasados algunos días, tuvo Marmont la idea de tomar la ofensiva repasando el río e interponiéndose entre Wellington y Ciudad Rodrigo, para cortarle su línea de retirada y de comunicaciones. Para disimular su propósito, fingió mover su ejército hacia Toro, mientras preparaba el paso del río por Tordesillas, que verificó en la noche del 16 al 17 de Julio.

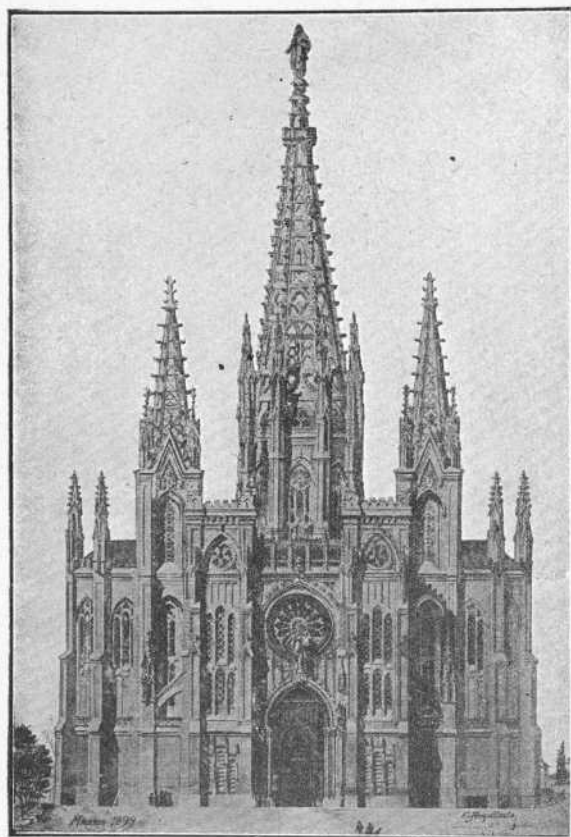
Al ver Wellington a los franceses del lado de acá del río Duero y tan a su derecha, retrocedió lentamente hacia Salamanca, defendiendo el paso del río Guarena, que hay que cruzar para ir allí desde Tordesillas; pero Marmont, remontando hacia su izquierda el curso de ese río, lo pasó aguas arriba y se presentó al costado del ejército de Wellington, amenazándole su línea de comunicación con Ciudad Rodrigo. Siguió Wellington su marcha de retirada hacia Salamanca, y Marmont, al mismo tiempo que él y paralelamente, marchó con su ejército a tan corta distancia, que fueron cañoneándose por dos o tres días conforme marchaban. En la tarde del 20 repasó Wellington el Tormes cerca de Salamanca, y el 21 lo cruzó Marmont algo más arriba. Por fin, el 22 se dió la batalla.

En la mañana de ese día desplegó Marmont su ejército, apoyando su derecha en la aldea de Calvarrasa de Arriba, mientras intentaba con la izquierda envolver al ejército contrario avanzando rápidamente hacia el camino de Ciudad Rodrigo. Los combates que se sostuvieron al mismo tiempo disputándose la posesión de los Arapi-les, por muy encarnizados y sangrientos que fuesen, deben ser considerados como incidentes secundarios de la batalla, porque el hecho importante y decisivo de ella consistió en el ataque dirigido por Wellington contra la extrema izquierda francesa mandada por Thomières, que, al acentuar su movimiento de avance hacia el camino de Ciudad Rodrigo, se había separado demasiado del resto de su línea. Al notarlo Wellington, la atacó vigorosamente y medio la deshizo, perdiendo el mismo Thomières la vida en la refriega. Ya entonces se entabló el combate en el resto de la línea, con desventaja general de los franceses, que, después de disputar encarnizada-

mente el campo, tuvieron que retirarse vencidos hacia Alba de Tormes. Marmont fué herido gravemente, y después de él, Clausel, que le había sustituido en el mando. Perdieron además los franceses doce

mil hombres, seis mil quinientos prisioneros, once canónes, muchos carros, dos águilas y gran número de estandartes. Los aliados perdieron cinco mil doscientos hombres, de los cuales, tres mil ciento setenta y seis eran ingleses. El gobierno británico premió a Wellington con un título de marqués y con cien mil libras esterlinas.

Esta explicación, enriquecida con cien pormenores y circunstancias, la fué haciendo Willy a sus compañeros de viaje al mismo tiempo que recorrían todo aquel campo y sus aldeas, en las que oyeron de boca de sus campesinos relatos de episodios que habían sabido ellos por



Fot. Laurent

ALBA DE TORMES.—Basílica de Santa Teresa

sus padres, o que habían visto por sus propios ojos, porque todavía quedaban por allí viejos que habían alcanzado el tiempo de la batalla.

Con uno se encontraron que tendría cerca de noventa años, todavía lo bastante fuerte para andar a caballo, que le puso al suyo la albarda y anduvo acompañando a nuestros viajeros en gran parte